
G
MÁFIA
GALANIS
Grupo Editorial
Portal
La Rehén del Mafioso
GRIEGO
Éxito de ventas internacional
JÉSSICA MACEDO

GALANIS
MAFIA

Rehén del Mafioso GREGO

International Best Seller

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal
Segredo
BELO HORIZONTE | 2026

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño gráfico: Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Índice

Sumário

Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Agradecimientos

Sinopsis

Un rescate que parecía una sentencia de muerte.

Una arqueóloga inocente atrapada con la Bestia.

Y una huida que se transformó en obsesión...

Andreas Galanis es el Ejecutor. Conocido como "La Bestia del Puerto", es la fuerza bruta detrás del imperio de la familia. No negocia, elimina. Para el mafioso, los sentimientos son debilidades que se arrancó del pecho junto con su humanidad. Su misión era simple: cazar a los enemigos y proteger a la familia, costase lo que costase.

Chloe Stamos vivía rodeada por el pasado, restaurando reliquias en el silencio seguro de un museo. Su vida era predecible y tranquila, hasta que se convierte en el blanco de una guerra que no comprende. Cazada por mercenarios, es "salvada" por el único hombre más peligroso que sus perseguidores.

Andreas la secuestra para protegerla, arrastrándola hacia mar abierto y hacia el interior de una tormenta de violencia. Ella esperaba un héroe, pero encontró un carcelero tatuado e implacable.

Lo que Andreas no preveía era que la mujer frágil que arrojó a su barco sería la única capaz de domar su furia. Atrapados en alta mar, con solo una cama y rodeados de enemigos, el odio da paso a una necesidad arrolladora.

Andreas prometió no tocarla. Mintió.

Chloe ya no es solo una rehén o una llave para el tesoro. Ella es *suya*... Y Andreas Galanis teñirá el Mar Egeo de rojo antes de dejar que alguien se la arranque de los brazos.



Andreas
GALANIS

Prólogo

La lluvia en Tesalónica no caía; golpeaba el asfalto. Era una tormenta fría e implacable venida del norte, transformando el puerto industrial en un escenario de gris y óxido.

Me gustaba. El clima combinaba con mi humor.

Limpié la hoja de mi cuchillo táctico en la pernera del pantalón del hombre que gemía a mis pies. La tela barata absorbió la sangre oscura, mezclándola con la grasa del suelo de la nave abandonada.

El sujeto, un informante de bajo nivel llamado Nikos que creía que podía jugar a dos bandas, estaba encogido en posición fetal, sujetándose la mano izquierda donde faltaba un dedo meñique.

—Por favor... —lloriqueó, tartamudeando por el dolor y el frío —. Lo juro por mi madre... no sabía que era una trampa.

Me agaché, quedando a la altura de sus ojos. El olor a miedo era agrio, superponiéndose al hedor a pescado podrido y gasóleo

que impregnaba el lugar.

—Juraste por tu madre cuando cogiste mi dinero la semana pasada, Nikos —dije, con una voz calmada, casi aburrida—. Y ahora, Damon ha escapado de nuevo. El almacén está vacío. La pista se ha enfriado. ¿Qué me dice que tu madre no estaría muy decepcionada con tu incompetencia?

—¡Es un fantasma, Galanis! —gritó Nikos, desesperado—. Cambia de escondite cada doce horas. Tiene ojos en todas partes. Dicen que está comprando lealtad con oro antiguo... monedas que no se ven desde hace siglos.

Eso llamó mi atención.

—¿Oro antiguo? —presioné la hoja fría contra su mejilla—. Explícate.

—Es lo que dicen en los muelles. No paga con euros ni criptomonedas. Paga con reliquias. Piezas de museo. Dice que tiene acceso a la "Caja Fuerte del Mar".

Fruncí el ceño. Oro antiguo. Reliquias. Eso encajaba con las obsesiones de mi padre. El viejo usaba el contrabando de artefactos como fachada, pero quizás hubiese más verdad en la mentira de lo que imaginábamos.

Me levanté, guardando el cuchillo en la funda sujeta a mi muslo. Mi móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta de cuero mojada. Era Athan.

Lo cogí inmediatamente.

—*Informe* —la voz de mi hermano llegó clara, cortando la estática de la lluvia.

—La rata cantó, pero la canción es vieja —informé, dando una patada leve en la pierna de Nikos para mantenerlo quieto—. Damon limpió el lugar antes de que llegáramos. Pero el informante ha dicho algo interesante. Damon está pagando a mercenarios con oro histórico. Piezas antiguas.

—*El "Legado"* —concluyó Athan al otro lado—. *Está accediendo a los escondites de padre.*

—Parece que sí. Está financiando una guerra con la herencia que robó.

Sentí la frustración quemarme en el pecho como ácido. Hacía dos meses que habíamos enterrado a María, la traidora, y que descubrimos que Damon era nuestro medio hermano bastardo. Durante sesenta días, había cazado a este hombre como un perro rabioso, solo para encontrar humo.

Fallé en la isla, al proteger el perímetro, y esa culpa ardía en mi piel más que cualquier cicatriz.

—*Vuelve a casa, Andreas* —ordenó Athan—. *Alex y Spiros han encontrado algo en los archivos del anillo. Una imagen encriptada que puede darnos la ubicación que Damon está buscando.*

—Voy de camino.

Colgué el teléfono y miré a Nikos, que me observaba con una esperanza patética.

—Lárgate —avisé, dándole la espalda—. Sal de Grecia. Si vuelvo a ver tu cara, me llevo el resto de la mano.

Salí de la nave hacia la tormenta, caminando hacia mi moto. El agua helada me escurría por el cuello, pero no enfriaba mi rabia.

Damon podía tener el oro y los secretos. Pero yo tenía la voluntad, y iba a arrancarle la cabeza, aunque tuviera que drenar el Mar Egeo para encontrarlo.



Chloe
STAMOS

Capítulo 1

El sótano del Museo Arqueológico Nacional de Atenas era mi lugar favorito en el mundo. Mientras arriba los turistas ruidosos sacaban fotos con flash (a pesar de los avisos) y los niños corrían por los pasillos de mármol, allí abajo el tiempo se detenía.

El aire estaba acondicionado, mantenido a exactos 20 grados con humedad controlada, y olía a polvo milenario, productos químicos de conservación y silencio.

Ajusté la lámpara sobre la mesa de trabajo y cambié la lente de aumento de mis gafas. Ante mí reposaba un fragmento de ánfora rescatada de un naufragio en la costa de Creta.

—Has tenido una vida difícil, ¿verdad? —susurré al trozo de cerámica, pasando el pincel suave sobre una incrustación de coral—. ¿Quién te sostuvo por última vez? ¿Un mercader? ¿Un esclavo? ¿Un pirata?

—¿Hablando con los cacharros otra vez, Chloe?

Di un salto en el taburete, casi tirando el pincel.

Penélope, la becaria de restauración, estaba parada en la puerta del laboratorio, sujetando dos vasos de café humeantes y una sonrisa divertida. Tenía mechas moradas en el pelo y llevaba una bata dos tallas más grande que ella.

—Son mejores oyentes que la mayoría de las personas, Penny —respondí, ajustándome las gafas en la nariz y aceptando el vaso de café que me ofreció—. Gracias. Me has salvado la vida.

—El Dr. Elias está ahí arriba, andando de un lado para otro como un pingüino nervioso —avisó Penélope, sentándose en la mesa de al lado y balanceando las piernas—. Los inversores de la Fundación Stavros han llegado para ver el progreso del proyecto Anticitera. Te quiere allí en diez minutos.

Suspiré, con el gusto del café amargo en la boca.

—Quiere que sonría y diga palabras bonitas para que hombres ricos firmen cheques. Soy arqueóloga, Penny, no una chica de anuncio.

—Eres la arqueóloga jefe, experta en descifrar griego arcaico y la única persona en este edificio que entiende los mapas de aquel naufragio —corrigió ella—. Y, según el Dr. Elias, tienes "una cara que vende cultura". Lo que quiera que eso signifique.

—Significa que cree que mi cerebro es un accesorio —refunfuñé, quitándome los guantes de látex.

Miré mi reflejo en el cristal oscuro de la estufa de secado. Pelo castaño recogido en un moño flojo que ya estaba soltando mechones, ojos grandes tras las gafas de montura gruesa, una camiseta ancha manchada de disolvente. No parecía alguien que "vendía cultura". Parecía alguien que vivía en una cueva.

Y me gustaba.

Mi vida era sencilla. Predecible. Vivía en un apartamento pequeño en Exarchia, rodeada de libros y plantas que siempre

olvidaba regar. Mis noches las pasaba traduciendo pergaminos bizantinos o viendo documentales. No había drama. No había peligro. Solo la seguridad confortable del pasado.

—Voy a subir —dije, vencida—. Si no voy, bajará aquí e intentará explicarme por milésima vez lo importante que es el "networking".

Caminé por los pasillos de las entrañas del museo, pasando por cajas numeradas que contenían tesoros incalculables. Amaba la historia porque no cambiaba. Los muertos no mentían, no traicionaban, no decepcionaban. Solo esperaban, pacientes, a ser comprendidos.

Cuando llegué al hall principal, la luz del día hirió mis ojos acostumbrados a la penumbra. El Dr. Elias estaba cerca de la entrada, rodeado por un grupo de hombres con traje. Me hizo señas con impaciencia.

—¡Ah, aquí está! Nuestra pequeña joya del sótano. Chloe, ven aquí.

Forcé una sonrisa y caminé hacia ellos. Mientras estrechaba manos sudorosas y respondía preguntas superficiales sobre datación por carbono, sentí un escalofrío extraño en la nuca. Una sensación de estar siendo observada.

Miré hacia la entrada del museo. Al otro lado de la calle concurrida, un coche negro estaba parado. Cristales tintados. Parecía un depredador al acecho.

Sacudí la cabeza. *Para, Chloe. Estás leyendo demasiados thrillers.*

Volví mi atención a los inversores, sin saber que aquella sensación de seguridad que tanto valoraba estaba a punto de hacerse añicos. El pasado que tanto amaba estaba a punto de chocar con un presente muy violento.



Andreas
GALANIS

Capítulo 2

La Mansión Galanis solía ser un lugar de silencio y estrategia. Sin embargo, últimamente, parecía... viva, y eso me ponía nervioso. Desde que Athan se casó y desde que casi lo perdimos todo por la traición de María, la casa había cambiado.

La seguridad era de nivel militar: guardias con fusiles en el perímetro, sensores de movimiento, barridos electrónicos diarios. Era una fortaleza impenetrable. Pero por dentro... había cambios sutiles, como flores frescas en los jarrones del recibidor.

La nueva cocinera, contratada bajo una verificación de antecedentes rigurosa (yo mismo comprobé hasta el árbol genealógico de su bisabuela), no tenía el calor de María, pero seguía las instrucciones de Eleni.

Entré en el comedor temprano por la mañana, todavía con la ropa del viaje de vuelta de Tesalónica. Olía a carretera y cansancio.

La escena en la mesa me hizo parar en la puerta.

Athan estaba en la cabecera, impecable como siempre, leyendo una tableta. Pero no estaba aislado. Su silla estaba arrimada cerca de la de Eleni, y su mano reposaba protectora en la espalda de ella, acariciando la columna de su esposa con un ritmo distraído y constante.

Eleni estaba pálida. El brillo del embarazo del que la gente hablaba parecía, en realidad, un tono verde oliva esta mañana. Miraba fijamente una tostada seca como si fuera un instrumento de tortura.

—Buenos días. —Mi voz salió como un gruñido, ronca por la falta de sueño.

Athan levantó la vista. Su mirada de general evaluó mi estado en un segundo.

—¿Nada en Tesalónica?

—Nada. —Tiré de una silla y me dejé caer en ella, haciendo crujir el cuero.

Puse mi pistola sobre la mesa, al lado de la mantequera de plata. El contraste del metal negro del arma con el mantel de lino blanco era la definición de nuestra vida.

—La rata huyó antes de que yo llegara.

Eleni miró el arma. No se estremeció. En los últimos dos meses, había aprendido a convivir con la violencia. Incluso aprendió a disparar, gracias a las clases obsesivas de Athan en el sótano.

—Estás horrible, Andreas —comentó ella, con voz débil, pero con un toque de humor.

—Y tú parece que vas a vomitar en mi café —repliqué, sin maldad real—. ¿El heredero está dando guerra hoy?

Ella hizo una mueca y se llevó la mano a la boca, empujando la silla hacia atrás con un movimiento brusco.

Athan soltó la tableta al instante. La máscara de frialdad cayó, sustituida por el pánico irracional que sentía siempre que ella demostraba cualquier malestar.

—¿Eleni? —La sujetó por los hombros—. ¿Quieres que llame al médico? ¡Despina, trae agua!

Puse los ojos en blanco. Era patético. El hombre que decapitaba enemigos estaba temblando porque su esposa tenía náuseas.

—Es solo... el olor... —murmuró ella, respirando por la boca—. Huevos revueltos.

Athan miró el plato de huevos como si quisiera ejecutarlos por ofender a su mujer.

Suspiré, metiendo la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta de cuero. Había pasado por una farmacia de formulación magistral a la vuelta, supuestamente para comprar analgésicos para mis hombros. Pero, por algún motivo estúpido, me acordé de un artículo que leí mientras esperaba en la consulta del médico cuando llevé a uno de mis hombres que recibió un tiro.

Saqué el frasco pequeño y un paquete de caramelos. Los tiré sobre la mesa, deslizándolos por la madera pulida hasta que pararon frente a Eleni. El ruido hizo que los dos miraran.

—¿Qué es esto? —preguntó Athan, desconfiado, cogiendo el frasco como si fuera veneno.

—Aceite esencial de jengibre y caramelos de jengibre cristalizado —respondí, sirviéndome café solo y evitando su mirada —. Dicen que corta las náuseas al momento. Mejor que los medicamentos químicos.

El silencio en la mesa fue absoluto durante tres segundos.

Eleni cogió el frasco de la mano de Athan. Lo abrió y olió. La expresión de náusea se suavizó inmediatamente.

—Jengibre... —susurró, poniéndose una gota en la muñeca e inhalando. El color empezó a volver a sus mejillas—. Andreas... ¿has comprado esto para mí?

Me encogí de hombros, mordiendo una tostada con agresividad.

—Estaba en la farmacia comprando cosas útiles. Lo vi en el mostrador. Pensé que si dejabas de parecer un fantasma, Athan dejaría de andar por la casa gruñendo a las paredes. Es puramente egoísta. Quiero paz para comer.

Athan me miró. Había un brillo de diversión y, peor, de orgullo en sus ojos.

—¿Lees sobre náuseas matutinas, hermano?

—Leo sobre cómo resolver problemas —corté, sintiendo que mis orejas se calentaban—. ¿Funciona o no funciona?

Eleni se metió uno de los caramelos en la boca. Cerró los ojos y suspiró de alivio.

—Funciona. El sabor es fuerte, pero la náusea se ha pasado. —Abrió los ojos y me sonrió. Un sorriso genuino y dulce—. Gracias, Andreas. De verdad. Eres... detallista.

Bufé.

—No te acostumbres. Soy el Ejecutor, no la enfermera.

—Eres un oso de peluche con una Glock —provocó Eleni.

Athan se rio por lo bajo, relajándose en la silla.

—Y tú llegas tarde, Andreas. —La voz helada vino de la cabecera opuesta.

Me giré y mi madre estaba allí, como una reina en su trono. Vestía seda negra, perlas y una expresión que podría cortar la leche en la mesa. No parecía una viuda de luto; parecía una general en tiempo de guerra.

—Buenos días a ti también, *Mitéra* —murmuré, sirviéndome café.

Ella me analizó con esos ojos azules quirúrgicos.

—Hueles a sangre seca y a fracaso, hijo mío. ¿Supongo que Damon sigue respirando?

Apreté la mandíbula.

—La rata huyó. Pero dejó pistas.

—Las pistas no pagan el precio de la traición de María —dijo ella, cortando un trozo de fruta con precisión letal—. Quiero su cabeza, Andreas. No quiero informes. No quiero un "casi". Ese bastardo ensució la memoria de mi matrimonio y amenazó a mi nieto.

Miró la barriga de Eleni con una protección feroz, después volvió la mirada hacia mí.

—Si no consigues encontrarlo, tal vez deba salir de mi retiro y enseñaros cómo se caza una serpiente en el propio jardín.

—Voy a encontrarlo —garanticé, con voz baja—. Aunque tenga que quemar Grecia.

—Estupendo. —Tomó un sorbo de té—. Entonces, deja de jugar a las enfermeras con tu cuñada y ve a hacer tu trabajo.

Me tragué el resto del café. El oso de peluche volvió a la jaula. La Bestia estaba lista para trabajar.

El sótano de la mansión era mi hábitat natural. Frío, artificial y enfocado en resultados. Cuando entré en la Sala de Guerra, la atmósfera estaba cargada. Spiros estaba tecleando frenéticamente, rodeado de latas de bebida energética. Alex estaba de pie frente a la pantalla principal, con los brazos cruzados y el traje de lino impecable contrastando con las ojeras profundas.

—¿Qué tenemos?

Athan entró justo detrás de mí, con su presencia llenando la sala.

—Spiros ha conseguido romper la última capa de encriptación de la carpeta "Linaje" —dijo Alex, sin rodeos—. No eran solo documentos financieros o médicos. Había un archivo de imagen oculto en el código fuente. Un archivo gigantesco.

—¿Fotos comprometedoras? —pregunté.

—Un mapa —respondió Athan, acercándose a la pantalla.

Spiros pulsó una tecla. La pantalla gigante en la pared se iluminó. Lo que apareció no era un mapa de Google Earth. Era el escaneado de alta resolución de un pergamino antiguo, amarillento y manchado por el tiempo. Parecía algo sacado de un museo del siglo XVIII. Mostraba un tramo del Mar Egeo, pero las líneas costeras estaban dibujadas a mano, con anotaciones en una caligrafía cursiva y elegante y en griego arcaico.

—¿Qué demonios es eso? —Fruncí el ceño, acercándome—. Parece un mapa de búsqueda del tesoro de una película de piratas.

—Es exactamente lo que parece —dijo Alex—. Pero mirad las anotaciones en los márgenes. La letra es de nuestro padre.

Reconocí la caligrafía de Konstantin Galanis, angulosa y agresiva.

—"Donde el silencio duerme, el poder despierta" —leyó Alex —. Y hay una serie de coordenadas numéricas anotadas al lado. Coordenadas de GPS moderno.

—¿A dónde llevan? —preguntó Athan.

Spiros cambió la pantalla a un mapa moderno. Un punto rojo pulsaba en medio del mar, al sur de la isla de Creta, en una zona de azul profundo.

—En medio de la nada —dijo el chico—. Fosa Helénica. Aguas profundas. No hay islas, no hay plataformas petrolíferas. Solo agua.

—Naufragio —dije, la comprensión golpeándome como un martillo—. Es la ubicación de un naufragio.

Athan asintió, con los ojos fijos en el punto rojo.

—Padre usaba la empresa de transporte para traficar con armas y drogas. Pero siempre tuvo aquella... obsesión. Antigüedades. Artefactos. Decía que era para blanquear dinero, comprar influencia con los museos y el gobierno.

—¿Y si es más que eso? —sugirió Alex—. Damon está desesperado. Está usando oro antiguo para pagar mercenarios. Si

ese mapa lleva a un depósito sumergido... a un barco que padre usaba como caja fuerte secreta...

—Puede haber millones ahí abajo —completé—. O algo peor. Cabezas nucleares. Secretos de Estado. Cosas que valen más que el dinero.

—Necesitamos saber qué dice el mapa —decidió Athan, señalando el pergamino digital—. Los símbolos náuticos, el texto en griego arcaico, las referencias mitológicas. No es un mapa común. Es un código. Necesitamos descifrar esto antes que Damon. Si él tiene una copia, o si sabe dónde buscar...

—Yo no leo griego arcaico —admití—. Apenas tengo paciencia para leer el periódico.

—Ni yo —dijo Alex—. Necesitamos a un especialista. Alguien de fuera que entienda de historia marítima, cartografía antigua y que no haga preguntas.

Spiros levantó la mano tímidamente.

—Hum... ¿señores? Me he adelantado. He hecho una búsqueda cruzada en las bases de datos académicas y universitarias. Hay pocos especialistas de este nivel en Grecia. La mayoría son viejos profesores universitarios que morirían de un infarto si vieran un arma. Pero hay un nombre...

Tecleó algo y se abrió una nueva ventana. La foto de una mujer apareció.

No parecía una experta en nada peligroso. Tenía cara de bibliotecaria que pedía perdón por respirar. Gafas de montura gruesa que escondían la mitad de la cara, pelo castaño recogido en un moño desordenado que parecía estar a punto de desmoronarse, sujetando un libro viejo contra el pecho como si fuera un escudo.

Entonces miré sus ojos. Eran grandes, inteligentes y tenían una terquedad silenciosa.

—Chloe Stamos —leyó Spiros—. 26 años. Arqueóloga jefe del sector de restauración del Museo Nacional. Doctorado en Historia

Marítima. Su tesis fue sobre rutas de comercio olvidadas y criptografía en cuadernos de bitácora antiguos. Es considerada un prodigio en el descifrado de dialectos muertos.

—Parece... rompible —comenté, analizando la foto con desdén—. Una ratita de biblioteca. Va a llorar la primera vez que le grite.

—Ella es la mejor —insistió Spiros—. Y trabaja en el sótano del museo. Solitaria. Sin familia cercana en Atenas. El perfil perfecto para una... consultoría discreta.

Athan miró la foto, luego a mí. Su sonrisa fue fría.

—Sirve. Tráela.

—¿"Tráela" cómo? —pregunté, cruzando los brazos—. ¿Una invitación formal para un té con la mafia?

—No tenemos tiempo para tés —respondió Athan, volviendo a mirar el mapa—. Damon puede estar descifrando esto ahora mismo. La necesitamos aquí hoy. Andreas, vas tú.

—¿Yo? —me señalé a mí mismo—. Yo soy la sutileza en persona, Athan. Voy a asustar a la chica hasta la muerte.

—Exactamente —Athan me miró fijamente—. No quiero que venga por dinero. Quiero que venga por miedo. El miedo garantiza el silencio. Coge a la chica. Tráela aquí. Si colabora, le pagamos y la soltamos después. Si no...

—Yo la convenzo —completé, sintiendo la familiar oleada de adrenalina.

Miré la foto de Chloe Stamos nuevamente. La arqueóloga, guardiana del pasado. Parecía segura en su mundo de polvo y libros. Mal sabía ella que el Lobo iba a llamar a la puerta del museo y yo no solía pedir permiso.

—Dalo por hecho —dije, dándome la vuelta hacia la salida—. Voy a buscar a nuestra nueva "empleada".

Salí de la sala, dejando la estrategia atrás. Era hora de la caza.



Chloe STAMOS

Capítulo 3

El museo por la noche tenía vida propia. Las sombras se alargaban entre las estatuas de mármol, y el silencio era tan absoluto que podía oír el zumbido de las lámparas de seguridad en el pasillo.

Eran las ocho de la tarde. El Dr. Elias y el resto del equipo ya se habían ido hacía horas, pero yo continuaba en el laboratorio del sótano, perdida en la traducción de un manifiesto de carga del siglo XVIII que parecía no tener sentido.

—"Donde el silencio duerme..." —murmuré, pasando el dedo sobre el texto descolorido en la pantalla del ordenador—. ¿Qué querías decir con eso, Capitán?

Estiré los brazos, sintiendo crujir la espalda. Mi taza de café estaba vacía. Decidí que era hora de irse a casa. Me escocían los ojos y estaba empezando a ver patrones donde no existían. Me levanté y empecé a guardar mis notas en el bolso.

Fue cuando las luces parpadearon. Una vez. Dos veces...

Entonces, se apagaron completamente, sumiendo el sótano en una oscuridad densa, rota solo por la luz verde de las salidas de emergencia.

—Genial —refunfuñé, tanteando en busca de mi móvil—. El cableado de este edificio es tan antiguo como las momias.

Encendí la linterna del móvil y caminé hacia la puerta del laboratorio.

Oí un sonido. No fue el sonido de una rata o el crujido de una tubería. Fue el ruido inconfundible de una bota pesada pisando cristal roto en el pasillo.

Me detuve, sintiendo el corazón dispararse contra las costillas.

—¿Señor Petros? —llamé al guardia nocturno—. ¿Es usted?

Nadie respondió. Pero los pasos continuaron y me di cuenta de que no era solo una persona. Eran dos. Tal vez tres...

Retrocedí hacia el interior del laboratorio, el instinto de supervivencia gritó más fuerte que la lógica. El Sr. Petros era un hombre de setenta años que arrastraba los pies. Aquellos pasos eran rápidos y precisos. Intenté cerrar la puerta, pero mis manos temblaban tanto que se me cayó la llave.

La puerta se abrió de una patada brutal antes de que pudiera recuperarla.

El haz de mi linterna iluminó dos figuras vestidas de negro, con máscaras cubriendo el rostro. Eran grandes, armados y no parecían estar allí para robar jarrones.

—Chloe Stamos —dijo el más grande. No fue una pregunta.

Retrocedí hasta que mi espalda chocó contra la mesa de trabajo.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? —Mi voz salió aguda, aterrorizada.

Cogí la primera cosa que mi mano encontró en la mesa: un bisturí de restauración. Era ridículo contra las armas que ellos tenían, pero era algo.

El hombre se rio, con el sonido amortiguado por la máscara.

—Suelte eso, doctora. Damon la quiere entera. El cerebro, por lo menos.

¿Damon? Yo no conocía a ningún Damon.

—Tenéis a la persona equivocada... yo soy solo una arqueóloga...

—Tú eres la llave —avanzó él.

Intenté correr hacia la salida lateral, pero el segundo hombre fue más rápido. Me agarró por el brazo, torciéndolo a la espalda con fuerza. Grité de dolor, soltando el bisturí.

—¡Callada! —siseó él, presionando un paño con olor químico contra mi cara. ¿Cloroformo? No, era solo un trapo sucio para ahogar mi grito.

Luché. Le di una patada en la espinilla y le arañé el brazo cubierto por la chaqueta táctica. Pero yo no era una luchadora. Pasaba mis días limpiando polvo de cerámica. Ellos eran depredadores.

—Ponla a dormir —ordenó el primer hombre—. Tenemos que salir antes de que...

La frase murió en su garganta.

Un sonido de trueno resonó en el pasillo. No... un disparo.

La cabeza del hombre que sujetaba mi brazo explotó hacia adelante en un rociado de rojo oscuro. Su agarre se soltó instantáneamente, y el cuerpo pesado se desplomó en el suelo, llevándome con él.

Caí de rodillas en la sangre caliente, gritando, gateando para alejarme del cadáver.

—Pero qué c... —el otro hombre giró, levantando el arma hacia la puerta.

Una sombra gigantesca llenó el marco. No conseguí ver la cara, solo la silueta ancha e imponente contra la luz de emergencia del pasillo. Y el brillo del cañón de una pistola.

El intruso disparó. La bala alcanzó el hombro del hombre de Damon, haciéndolo soltar el arma y aullar de dolor.

La sombra avanzó. No corrió; embistió como un tanque de guerra.

El hombre herido intentó sacar un cuchillo con la mano buena, pero el recién llegado fue más rápido. Le pateó la rodilla al mercenario con un chasquido nauseabundo de hueso partiéndose, y cuando el hombre cayó, lo golpeó en la sien con la culata de la pistola.

El silencio volvió al laboratorio, pesado y húmedo.

Yo estaba encogida debajo de la mesa, temblando violentamente, abrazando mis rodillas sucias de sangre que no era mía.

El hombre gigante se giró hacia mí.

Guardó el arma en una funda en la espalda y cogió mi linterna, que había caído al suelo, apuntándola a su propio rostro para que pudiera verlo.

Contuve la respiración.

Era la cosa más aterradora y fascinante que había visto jamás. Alto, muy alto, con hombros que parecían capaces de derribar paredes. Vestía una chaqueta de cuero negra gastada y una camiseta gris que marcaba músculos tensos.

Pero fueron los ojos los que me paralizaron. Verdes. Un verde tormentoso, salvaje, rodeado por pestañas espesas y una cicatriz fina que cortaba la ceja.

No parecía un policía, ni un héroe. Era... una bestia.

El tipo se agachó, extendiendo una mano grande y callosa en mi dirección. Había sangre en los nudillos.

—¿Estás herida? —Su voz era grave, ronca, como piedras siendo trituradas.

Negué con la cabeza, incapaz de hablar.

—Levántate —ordenó. No fue amable... solo práctico.

Acepté su mano porque no tenía elección. Me levantó con facilidad, como si pesara tanto como una de aquellas estatuas huecas.

—Gracias... —conseguí susurrar, con las lágrimas escurriendo —. Me iban a llevar... ¿es usted de la policía? ¿El Dr. Elias llamó a seguridad?

El hombre soltó una risa corta y seca. No había humor en ella.

—¿Policía? —Sacudió la cabeza, mirando los cuerpos en el suelo con indiferencia total—. No, *glikia mou* (mi dulce). La policía llega demasiado tarde. Yo llego en el momento justo.

Me sujetó el brazo, en un agarre firme y posesivo.

—Vamos.

—¿A dónde? —pregunté, frenando los pies—. Necesito dar mi declaración... ellos mataron... usted mató...

Se detuvo y me miró. La intensidad de aquella mirada verde me hizo sentir pequeña.

—Tú no vas a dar ninguna declaración. Tú vienes conmigo.

—¿Qué? ¡No! —Intenté tirar de mi brazo—. ¡Suélteme! ¡Yo no voy a ningún lado! ¡Acaba de matar a un hombre!

El desconocido suspiró, impaciente.

—He matado al hombre que te iba a meter en un maletero y llevarte a un torturador. ¿Crees que estás segura ahora? —Señaló la puerta—. Hay más de ellos ahí fuera. Damon te quiere... Y si Damon te quiere, significa que eres mía.

—¿Suya? ¡Yo no soy de nadie! —Grité, con el pánico volviendo—. ¡Socorro!

Puso los ojos en blanco.

—Terquedad. Odio a la gente terca.

Antes de que pudiera gritar de nuevo, se agachó y pasó el brazo por mis piernas, cargándome sobre su hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡Suéltame! ¡Bruto! —Golpeé su espalda, mis manos chocando inútilmente contra el cuero grueso de la chaqueta.

—Quédate quieta o te amordazo —avisó, empezando a caminar hacia fuera del laboratorio, pasando por encima del cuerpo del hombre que había ejecutado—. Estoy salvando tu vida, arqueóloga. Intenta no ser ingrata.

—¡Esto es un secuestro! —sollocé, viendo el suelo del pasillo pasar rápido mientras él andaba a zancadas largas.

—Llámalo "custodia protectora agresiva" —replicó—. Soy Andreas Galanis y acabas de ser ascendida a problema mío.

El nombre Galanis hizo sonar una campana en mi mente nublada por el miedo. Las noticias... La boda sangrienta... La mafia.

Dejé de luchar, el terror me dejó flácida. Había sido salvada de los lobos solo para ser cargada a la cueva del oso.

Andreas abrió la puerta de servicio del museo de una patada y la lluvia fría de la noche golpeó mi rostro, mezclándose con mis lágrimas.

Me arrojó dentro de una furgoneta negra sin identificación y cerró la puerta de un golpe, encerrándome en la oscuridad con él.

—No hagas esto más difícil de lo que ya es —murmuró, encendiendo el motor.

Mientras la furgoneta aceleraba por las calles mojadas de Atenas, me di cuenta de que mis días tranquilos en el sótano habían terminado.

Ya no era la guardiana del pasado. Era rehén del presente.



Andreas
GALANIS

Capítulo 4

La lluvia golpeaba el techo de la furgoneta como balas de granizo, un sonido constante que llenaba el silencio tenso dentro del vehículo.

Conducía con una mano en el volante y la otra descansando en la palanca de cambios, mis ojos barriendo los retrovisores cada tres segundos. Nadie nos seguía. Estaba seguro de ello porque conocía las rutas de escape de Atenas mejor de lo que conocía las líneas de mi propia mano.

En el asiento del copiloto, la chica, Chloe, estaba encogida contra la puerta, abrazándose a sí misma como si fuera un escudo antibalas. Estaba temblando. Podía oír su respiración irregular y corta, luchando contra el pánico.

Su olor invadía el espacio confinado: libros viejos, polvo de museo y miedo. Era un aroma limpio, irritantemente inocente para el mundo en el que acababa de entrar.

—¿Vas a matarme? —La voz inocente rompió el silencio. Era baja, pero firme.

No aparté los ojos de la carretera mojada.

—Si quisiera matarte, Doctora, habría dejado que esos dos carniceros terminaran el trabajo en el laboratorio. Me habría ahorrado la molestia de cargarte.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Dinero? —Giró la cara hacia mí.

Por el rabillo del ojo, vi que sus gafas estaban torcidas. Había una mancha de sangre en su mejilla —la sangre del hombre que ejecuté—.

—No tengo dinero. Soy funcionaria. Mi padre es profesor jubilado.

Solté una risa seca.

—No quiero tu dinero. Tengo dinero suficiente para comprar el museo entero y transformarlo en un aparcamiento.

—Entonces, ¿por qué? —Su voz subió una octava, rozando la histeria—. ¿Por qué sacarme de allí? ¿Por qué meterme en una furgoneta?

Pisé el freno bruscamente en un semáforo en rojo, haciendo que se proyectara hacia adelante. El cinturón de seguridad se bloqueó, sujetándola.

Me giré hacia ella. La luz roja del semáforo iluminó el interior del coche, pintando su rostro de carmesí.

—Porque eres la llave —respondí, directo—. Damon, el hombre que envió a esos mercenarios, cree que puedes darle lo que quiere.

—¡Yo no conozco a ningún Damon!

—Pero conoces la historia. Conoces barcos muertos. —Me incliné sobre la consola central, invadiendo su espacio. Ella retrocedió, prensando la espalda contra el asiento—. Eres la experta en criptografía antigua, ¿no? La "prodigio" que lee cuadernos de bitácora como si fueran el periódico de ayer.

Sus ojos se abrieron de par en par tras las lentes gruesas.

—¿Cómo sabes eso?

—Sé todo lo que importa. —El semáforo se puso en verde y aceleré—. Damon está buscando algo que mi padre escondió. Un naufragio del que él cree que tú puedes descifrar el mapa. Si te hubiera cogido, Chloe, te habría arrancado la información del cerebro y después habría tirado el resto del cuerpo a una zanja.

Se quedó en silencio, digiriendo la brutalidad de mis palabras. No iba a suavizar la situación, no estaba allí para ser amable. Necesitaba entender que su mundo académico se había acabado.

—¿Y tú? —preguntó tras un minuto—. ¿Tú eres diferente a él?

Apreté el volante. La pregunta era justa.

—Yo soy el mal menor —respondí—. Conmigo, respiras, comes... y si colaboras, tal vez salgas de esta entera.

—Esto es un secuestro.

—Llámalo consultoría forzada de alto riesgo.

Entramos en la zona portuaria del Pireo. No la parte turística, donde atracaban los cruceros, ni la parte comercial concurrida donde se cargaban los contenedores de los Galanis. Fui hacia el muelle privado, un sector aislado, rodeado por rejas altas y protegido por sombras.

Paré la furgoneta frente al portón. Ilias, que estaba de guardia, reconoció el vehículo y abrió paso inmediatamente. Aparqué cerca del agua.

—Vamos —ordené, apagando el motor.

Bajé y di la vuelta para abrir su puerta. La lluvia había aumentado, transformándose en un temporal. Chloe no se movió. Miraba la oscuridad de fuera, el mar negro que golpeaba contra el muelle.

—Sal del coche.

—No —dijo ella, agarrando el cinturón de seguridad—. No voy a entrar en un barco contigo.

Suspiré, pasándome la mano por la cara mojada. Mi paciencia, que ya era corta, se estaba acabando.

—Mira, princesa de la biblioteca, he tenido una noche larga. He matado a dos hombres, he conducido por media Atenas y estoy empapado. No tengo tiempo para negociar.

—¡Entonces, déjame ir!

—Si sales de este coche y andas diez metros, estarás sola. Damon tiene ojos en todas partes. ¿Quieres probar suerte?

Dudó. El miedo era visible, pero la terquedad también.

—Prefiero a la policía.

—La policía trabaja para quien paga más y ahora, Damon está pagando muy bien.

Sin esperar más argumentos, me incliné hacia el interior de la furgoneta, solté su cinturón de seguridad y le agarré el brazo.

—Vamos.

Tiré de ella hacia fuera. Tropezó en el asfalto mojado, sus zapatos inadecuados resbalando. Intentó soltarse, golpeando mi mano con la bolsa de lona.

—¡Suéltame! ¡Bruto!

No respondí. Simplemente me agaché, pasé el brazo por sus piernas y me la eché al hombro nuevamente. Ella gritó, golpeando mi espalda. Era como ser atacado por un gatito furioso. Irritante, pero inofensivo.

Caminé por el muelle de madera, con el sonido de mis botas ahogado por la tormenta.

Allí estaba. El Cerbero.

No era un yate de lujo como el de mi hermano. Era una lancha táctica de interceptación, pintada de negro mate, con motores lo suficientemente potentes para dejar atrás a la guardia

costera y casco reforzado para aguantar tiroteos. Era un barco de guerra, no de recreo.

Salté a la cubierta, aterrizando con firmeza a pesar del peso extra en el hombro. Pateé la puerta de la cabina y bajé los escalones hacia el interior. El barco se mecía con la marea agitada.

Puse a Chloe en el suelo, en medio de la pequeña sala principal de la cabina. Se tambaleó, sujetándose a una mesa atornillada al suelo para no caerse. Su pelo se había soltado del moño, cayendo en mechones mojados y desordenados sobre la cara. Las gafas estaban empañadas. Parecía una rata mojada.

Pero cuando levantó la barbilla para encararme, vi fuego.

—No tienes derecho —siseó ella.

—Tengo el arma —repliqué, cerrando la puerta de la cabina y tirando la llave al bolsillo—. En mi mundo, ese es el único derecho que importa.

Fui hasta la pequeña nevera y cogí una botella de agua, lanzándosela. Ella la cogió en el aire, sorprendiéndome con el reflejo rápido.

—Bebe, siéntate e intenta no vomitar. Zarpamos en cinco minutos.

—¿A dónde?

—Lejos —empecé a verificar los instrumentos de navegación —. A donde nadie pueda encontrarte. Especialmente Damon.

Miró alrededor, al espacio confinado, funcional y masculino. Solo había un sofá cama, la mesa de navegación y equipos electrónicos.

—Solo hay una cama —observó, la voz fallándole.

Me giré hacia ella, una sonrisa torcida y sin humor en el rostro.

—No te preocupes, arqueóloga. No eres mi tipo. Me gustan las mujeres dispuestas y menos... polvorientas.

Vi la ofensa pasar por sus ojos, seguida de alivio.

—Genial. Porque prefiero dormir con las momias que con un asesino.

Solté una risa baja. Tenía la lengua afilada. Esto iba a ser interesante.

—Acomódate, Chloe. El viaje va a ser largo.

Encendí los motores. El rugido del Cerbero vibró a través del casco. Solté las amarras y aceleré, dejando el puerto y la civilización atrás.

Tenía la llave, solo necesitaba hacerla girar en la cerradura, y si ella pensaba que yo era un bruto... no tenía ni idea de lo que era capaz de hacer para proteger a mi familia.



Chloe
STAMOS

Capítulo 5

El mundo era una mezcla vertiginosa de negro y gris. El barco no se deslizaba sobre el agua; golpeaba las olas. A cada impacto del casco contra el mar revuelto, mi estómago se anudaba más fuerte.

Estaba empapada hasta los huesos. La lluvia fría de Atenas había pegado mi ropa al cuerpo, y el viento de mar abierto congelaba la humedad en mi piel.

Me tambaleé hacia el interior de la cabina, sujetándome en las paredes de metal frío para no caer. El olor allí abajo era una mezcla de aceite de motor, cuero y... hombre. Era un olor denso, cerrado.

—Siéntate allí —la voz de Andreas vino de arriba, gritando sobre el rugido del motor.

Intenté obedecer y caminar hasta el sofá de cuero oscuro. Entonces el barco dio una guiñada violenta a la derecha.

Mi bilis subió.

—Voy a... —Me llevé la mano a la boca, sintiendo el sudor frío escurrir por mi frente.

Andreas bajó los escalones de un salto. Vio mi color, o la falta de él, y entendió inmediatamente. No gritó de asco, ni se apartó. Con una velocidad impresionante para un hombre de su tamaño, me agarró del brazo y me empujó hacia una pequeña puerta lateral.

—Baño. ¡Ahora!

Entré en el cubículo minúsculo y caí de rodillas ante el inodoro de metal. Expulsé lo poco que tenía en el estómago, convulsionando con la fuerza del mareo y del terror de las últimas horas.

Estaba temblando tanto que me castañeteaban los dientes. Lágrimas de esfuerzo y humillación escurrían por mi cara, mezclándose con el agua de la lluvia.

Sentí una mano grande en mi nuca.

Me encogí, esperando un golpe, pero la mano solo sujetó mi pelo mojado y pesado, apartándolo de mi cara, impidiendo que se ensuciara. Continué allí unos minutos, respirando el aire viciado del baño, sintiendo su mano caliente en mi espalda, firme como un ancla.

Cuando los espasmos pararon, me apoyé en la pared fría, exhausta.

—¿Has terminado? —preguntó Andreas, con voz ronca, impaciente, pero no cruel.

Asentí, incapaz de hablar.

El grandullón abrió el grifo del lavabo minúsculo, mojó una toalla de mano oscura y me la entregó.

—Límpiate.

Me pasé la toalla por la cara, quitándome el gusto amargo de la boca y el sudor. Cuando intenté levantarme, mis piernas fallaron. El suelo del barco parecía moverse en direcciones imposibles.

Andreas bufó.

—Eres un desastre, arqueóloga.

Se agachó, me pasó el brazo por la cintura y me levantó sin esfuerzo, guiándome fuera del baño estrecho y depositándome en el sofá de la cabina principal.

Estaba temblando incontrolablemente ahora. El frío se había instalado en mis huesos. Me abracé a mi propio cuerpo, intentando parar el temblor, pero era inútil. Mis dientes hacían un ruido irritante.

Andreas me observó un segundo, con las manos en la cintura y la chaqueta de cuero goteando en el suelo. Parecía una montaña de irritación.

—Vas a entrar en hipotermia si sigues con esa ropa mojada —refunfuñó.

Andreas se giró y abrió un armario de metal empotrado en la pared. Sacó una camiseta negra de algodón, que en sus manos parecía normal pero en mí sería un vestido, y la tiró en mi regazo.

—Quítate eso. Ponte la seca.

Miré la camiseta y luego a él.

—No voy a... quitarme la ropa delante de ti.

Soltó una risa corta, seca y arrogante.

—Chica, acabo de sujetarte el pelo mientras vomitabas el alma. ¿Crees que estoy interesado en verte desnuda y temblando como un pollito mojado?

El rubor subió por mis mejillas pálidas.

—Gírate —pedí, en un susurro digno.

Puso los ojos en blanco, pero se giró, yendo a tocar algunos equipos en el panel de navegación.

Con dedos entumecidos y torpes, me quité la blusa empapada y el sujetador húmedo. La piel de mis brazos estaba erizada. Me puse su camiseta rápidamente.

La tela era suave, gastada por el uso, y estaba caliente y seca. Pero lo que me golpeó fue el olor. La camiseta olía a él. Cedro, sal marina y algo metálico que supuse que era pólvora. Era un olor intimidante, pero, extrañamente... seguro.

La camiseta me llegaba hasta la mitad de los muslos. Me quité los vaqueros mojados y me quedé solo con las bragas y su camisa, cubriéndome con una manta de lana que estaba en el brazo del sofá.

—Puedes girarte —murmuré.

Andreas se giró. Su mirada cayó sobre mí, barriendo mi cuerpo encogido bajo la manta y su camiseta. Por una fracción de segundo, sus ojos verdes se oscurecieron, y sentí un escalofrío diferente en la base de la columna. ¿Miedo? ¿O una conciencia súbita de que estábamos solos en medio de la nada?

Pero parpadeó y la frialdad volvió.

—Mejor.

Caminó hasta la pequeña cocina compacta y volvió con una botella de agua.

—Bebe despacio.

Cogí la botella. Nuestros dedos se rozaron. Su mano era áspera, callosa, llena de cicatrices pequeñas. Manos que mataban y que también habían sujetado mi pelo con delicadeza.

Mientras bebía el agua, empecé a observar el ambiente.

La cabina no era lujosa. Era funcional y militar. Había mapas náuticos esparcidos sobre la mesa, algunos con anotaciones agresivas en bolígrafo rojo. Había pantallas de monitorización parpadeando con datos de GPS y sonar... y armas.

Una pistola estaba dejada casualmente sobre la mesa, al lado de una brújula. Un cuchillo de combate estaba sujeto a un soporte en la pared.

Era la guarida de un depredador y yo llevaba su ropa.

—¿A dónde vamos? —pregunté nuevamente, con la curiosidad de historiadora luchando contra el pavor de la víctima—. Dijiste que era lejos.

Andreas se sentó en la silla del navegador, girándose para encararme. Estiró las piernas largas, ocupando casi todo el espacio libre.

—Vamos a donde apunta el mapa —dijo, señalando con la barbilla una tableta sobre la mesa—. Tú eres la experta.

Miré la pantalla de la tableta. Había una imagen digitalizada de un pergamino. Mis ojos se entrecerraron instintivamente. Olvidé el mareo por un segundo.

—Eso es... —me incliné hacia delante, apretando la manta alrededor del cuerpo—. Eso es un mapa de ruta comercial del siglo XIX. Pero la caligrafía... las anotaciones marginales...

—¿Puedes leerlo? —preguntó, intenso.

—Es griego arcaico mezclado con dialecto de marinero —respondí, con el cerebro académico asumiendo el control—. "Donde el silencio duerme"... —Leí la frase.

Andreas me observaba como un halcón.

—Continúa.

—¿Por qué tienes esto? —Le miré—. Esto es una pieza de museo. O debería serlo.

—Esto es una herencia familiar —corrigió, sombrío—. Y es la razón por la cual Damon quería cortarte la cabeza. Cree que esto lleva a un tesoro.

—¿Y tú? ¿Qué crees tú?

Andreas se levantó y vino hacia mí. Paró tan cerca que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para ver su cara. La cicatriz en la ceja le daba un aire peligroso, pero los ojos... había inteligencia brutal en ellos.

—Yo creo que esto lleva a una guerra, Chloe, y tú acabas de ser reclutada para el frente.

Tragué saliva. El pavor volvió, helado. Sin embargo, mezclado con él, había una chispa de otra cosa. ¿Curiosidad? ¿El misterio del mapa? ¿La intensidad de aquel hombre...?

Estaba atrapada en un barco con una bestia. No obstante, por primera vez en mi vida, la historia no estaba en un libro. Me estaba pasando a mí.

—Necesito mis gafas —dije, ajustándome la montura torcida en la nariz—. Si voy a leer esto... necesito ver.

Andreas sonrió. Una sonrisa pequeña, de lado, que no llegó a ser amable, pero que hizo que mi estómago se revolviera de una manera que no tenía nada que ver con el mar.

—Entonces lee, Arqueóloga. Porque nuestra vida depende de ello.



Andreas
GALANIS

Capítulo 6

Dejé a Chloe curvada sobre la tableta, ajustándose esas gafas grandes que insistían en resbalar por la nariz, y subí al puente de mando.

Necesitaba aire. El olor a vómito había desaparecido con la limpieza, pero su olor, algo como papel viejo y lluvia, estaba empezando a impregnar la cabina demasiado pequeña para los dos... y eso me irritaba.

Fuera, la tormenta se había calmado para convertirse en una llovizna fina y helada. El mar estaba negro y las olas golpeaban rítmicamente contra el casco del Cerbero.

Cogí mi teléfono vía satélite con una línea segura y marqué el número de Athan. Contestó al primer tono.

—Andreas. —La voz de mi hermano estaba alerta. Probablemente estaba en el despacho, vigilando las cámaras de la mansión mientras Eleni dormía en el piso de arriba.

—El paquete está seguro —informé, apoyando el codo en la borda y mirando al horizonte vacío—. Estamos en aguas internacionales. Ruta norte, contorneando las Espóradas.

—¿Y la oposición?

—Dos menos para el ejército de Damon. —Me limpié una gota de lluvia de la cara—. La encontraron en el museo. Iban a llevársela. Tuve que intervenir antes de lo planeado. El lugar quedó... sucio.

Oí el suspiro de Athan.

—Alex se encargará de la limpieza con la policía. Lo importante es que la cogiste antes que él. ¿Cómo está ella?

Bufé, recordando la escena en el baño.

—Es un desastre, Athan. Una ratita de biblioteca que tiembla si hablas alto. Pasó la primera hora vomitando las tripas en mi baño y la segunda hora mirándome como si yo fuera el anticristo.

Para mi sorpresa, Athan soltó una risa baja y ronca al otro lado de la línea.

—Mareos y miedo... sé bien lo que es eso.

Fruncí el ceño. El tono en su voz no era de escarnio. Era... suave. Casi cariñoso.

—Te estás ablandando, hermano —acusé, sintiendo un gusto amargo en la boca—. El matrimonio te ha ablandado el cerebro. ¿Desde cuándo nos importa el confort de civiles? Ella es una herramienta. Si se rompe, conseguimos otra.

Hubo un silencio en la línea. Cuando Athan respondió, su voz se había endurecido, pero todavía había aquel fondo de humanidad que yo desconocía.

—No subestimes la fragilidad, Andreas. A veces, es lo único que nos mantiene humanos. Y mujeres así... tienen una forma de entrar en nuestras defensas que ninguna arma consigue. —Hizo una pausa—. Mantenla viva. Necesitamos ese mapa.

—La mantendré viva —garanticé, áspero—. Pero no esperes que le coja la manita. Buenas noches.

Corté la llamada y me quedé mirando el teléfono negro en mi mano.

Humanos...

Athan era diferente. Desde que Eleni entró en aquella casa, con sus ojos grandes y esa barriga que cargaba el futuro de la familia, mi hermano había cambiado. Era más peligroso, sí, pero también más... expuesto.

Amor, afecto, cuidado... en nuestro mundo, eso eran solo nombres bonitos para "blanco". Tener a alguien que te importara significaba tener un punto débil donde el enemigo podía clavar el cuchillo.

Yo prefería ser como el Cerbero: blindado, frío y solo.

Guardé el teléfono y bajé de vuelta a la cabina. El calor allí abajo me golpeó, en un contraste bienvenido con el frío de la cubierta.

Paré en el último escalón, observándola antes de que me viera.

Chloe estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo, la tableta iluminando su rostro con una luz azulada. La chica todavía llevaba mi camiseta negra.

La prenda le quedaba ridícula. Los hombros caían, el cuello dejaba el pescuezo fino a la vista, y el dobladillo le llegaba a la mitad de los muslos.

Mis ojos bajaron a esos muslos.

Eran pálidos, suaves, no bronceados y tonificados como los de las modelos que solía llevarme a la cama por una noche. Eran piernas de quien pasaba la vida sentada estudiando. Había un pequeño hematoma morado en su rodilla, probablemente de cuando me la eché al hombro.

Tragué saliva, sintiendo una punzada inesperada en la entrepierna.

¿Qué coño es esto?

No era mi tipo. Ni de lejos. Me gustaban las mujeres que conocían el juego, que eran fuertes, voluptuosas y que no necesitaban ser salvadas. Chloe Stamos era delgada, torpe, usaba gafas de culo de botella y olía a libros viejos.

Pero allí, vistiendo mi ropa, con el pelo castaño secándose en ondas desordenadas alrededor del rostro concentrado... había algo en ella.

Era una belleza extraña. Silenciosa. Como encontrar una flor rara naciendo en medio del hormigón agrietado.

Se mordió el labio inferior mientras hacía zoom en la imagen del mapa, y me pillé acompañando el movimiento con una atención que rozaba la obsesión.

Sacudí la cabeza, irritado conmigo mismo. *Es la adrenalina*, decidí. *He matado a dos hombres, estoy en un barco en medio de la nada. Cualquier cosa con pulso parecería atractiva ahora.*

Forcé a mis pies a moverse, haciendo ruido a propósito.

Chloe levantó la cabeza de un salto, abriendo mucho los ojos tras las lentes. El miedo volvió a su rostro instantáneamente.

Bueno... El miedo era útil, mantenía las cosas en su sitio.

—¿Has conseguido algo, arqueóloga? —pregunté, caminando hacia la nevera para coger una cerveza, evitando mirar sus piernas de nuevo.

—Es... es complejo —tartamudeó, con voz ronca—. Pero creo que sé por dónde empezar.

—¡Estupendo! —Abrí la lata con un chasquido—. Porque mi paciencia es más corta que esa camiseta que llevas puesta.

Vi su cara sonrojarse violentamente, y tiró del dobladillo de la tela para cubrirse las rodillas.

Tomé un trago largo de la cerveza, observando el rubor en su piel. Athan podía tener razón sobre muchas cosas, pero se equivocaba en una: yo no iba a dejar que nadie entrara en mis defensas.

Especialmente no una mujer que parecía que iba a romperse si la tocaba con un poco más de fuerza.



Chloe STAMOS

Capítulo 7

La pantalla de la tableta brillaba en la penumbra de la cabina, un faro de lógica en medio del caos en el que se había convertido mi vida.

Olvidé, por unos minutos preciosos, que llevaba puesta la camiseta de un asesino y que flotaba en medio de la nada.

El mapa digitalizado frente a mí era fascinante. No era solo un dibujo geográfico; era un rompecabezas histórico. Había referencias a corrientes marítimas que no habían sido mapeadas desde la época de los otomanos y símbolos que mezclaban mitología con navegación práctica.

"Donde el silencio duerme"...

Pasé la yema del dedo sobre la frase en la pantalla, intentando sentir la textura del pergamino original a través del cristal frío.

Fue entonces cuando sentí otro tipo de textura. El peso de una mirada.

Levanté los ojos despacio, con miedo de encontrar lo que sabía que estaba allí.

Andreas estaba apoyado en el fregadero de la pequeña cocina, sujetando una lata de cerveza. No estaba mirando el mapa. Me estaba mirando a mí.

Sus ojos verdes, tormentosos e intensos, estaban fijos en mi cara... o tal vez en la línea de mi cuello expuesto por el cuello ancho de su camiseta. No desvió la mirada cuando lo pillé. Andreas simplemente siguió bebiendo, moviendo la garganta fuerte con cada trago, con una indiferencia depredadora que me hizo encogerme en el sofá.

Era como una bestia enjaulada, demasiado grande para aquel espacio, irradiando una energía violenta que hacía que el aire pareciera más enrarecido. Me sentía una coneja atrapada en la madriguera con un lobo que, por ahora, estaba saciado, pero que podía decidir atacar en cualquier momento.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Andreas, rompiendo el silencio y haciéndome saltar.

—Es... es complicado —tartamudeé, ajustándome las gafas que resbalaban por la nariz sudada—. Las coordenadas no cuadran con los mapas modernos. Necesito hacer una triangulación basada en las estrellas que usaban en la época.

Andreas dio un paso adelante. Mi corazón se disparó. No tenía a dónde ir. Detrás de mí estaba la pared del barco. Delante, él. Alrededor, kilómetros de océano oscuro y helado.

Pero antes de que pudiera acercarse más, el barco dio una guiñada brusca, golpeado por una ola lateral.

El mundo giró.

El mapa en la pantalla de la tableta se duplicó en mi visión. La bilis subió a mi garganta, ácida y caliente.

—Oh, no... —Me llevé la mano a la boca y cerré los ojos, sintiendo el sudor frío brotar en la nuca nuevamente.

Oí el sonido de la lata de cerveza siendo colocada en la encimera con fuerza y sentí sus manos en mis hombros... calientes, grandes y firmes.

—Respira —Su voz vino de arriba, autoritaria—. No luches contra el balanceo. Acompáñalo.

Me forzó a recostarme en el sofá, quitándome la tableta del regazo con una mano, mientras la otra mantenía mi cuerpo estable.

Abrí los ojos, mareada. Andreas estaba agachado frente a mí, rebuscando en una caja de primeros auxilios que había sacado de debajo del banco.

Sacó una pastilla y una botella de agua.

—Tómate esto —ordenó, poniendo la pastilla en mi palma—. Es Dramin fuerte. Te dejará frita o al menos impedirá que te vuelvas del revés.

Obedecí, tragándome el medicamento a palo seco, desesperada por alivio. Bebí el agua que me ofreció, con mis manos temblando tanto que él tuvo que sujetar la base de la botella para que no la derramara.

Me quedé allí, respirando hondo, esperando a que el mareo pasara, sintiendo la presencia maciza de Andreas invadir mi espacio personal. Por un momento, con él agachado allí, cuidando de mí, sentí una punzada de gratitud. El tipo podía ser un bruto, pero no era sádico.

Abrí los ojos para agradecerle.

Andreas me observaba, con la expresión cerrada.

—Intenta retener eso en el estómago —dijo, cogiendo la tableta que había dejado en el sofá y limpiando la pantalla con la manga de la camisa, como si yo la hubiese contaminado—. No quiero que vomites encima del equipo. Esta tableta cuesta más que tu salario anual. Si se estropea, la pagas tú.

La gratitud se evaporó instantáneamente, sustituida por una oleada de indignación que superó incluso a la náusea.

—¿En serio? —solté, la voz débil, cargada de veneno—. ¿Es eso lo que te preocupa? ¿La tableta?

—Es la única copia del mapa que tenemos aquí. Es más útil que tú en este momento.

Le miré, incrédula.

—¿Por qué haces eso? —pregunté, con la frustración dándome un valor estúpido—. Siempre que pareces mínimamente humano... siempre que pareces capaz de un gesto amable... tienes que abrir la boca y recordar que eres un ogro. ¿Es un mecanismo de defensa o naciste así?

Andreas dejó de limpiar la pantalla y levantó la vista. El verde en sus ojos chispeó peligrosamente. Se inclinó hacia delante, invadiendo mi espacio hasta que nuestras narices casi se tocaron.

—No soy humano, Chloe. Soy el hombre que te secuestró. No busques amabilidad aquí, solo supervivencia. Te doy medicinas para que funciones, no porque me importe tu bienestar.

Tragué saliva, con el miedo volviendo a helarme la sangre. Tenía razón. Estaba romantizando al carcelero.

Nos quedamos mirándonos en un silencio tenso, su respiración golpeando mi cara, oliendo a cerveza y menta.

Entonces, un sonido alto y prolongado rompió la tensión.

El ruido vino de mi barriga. Fue alto. Innegable. Un rugido de hambre de quien no comía desde hacía doce horas y acababa de vomitar lo poco que tenía.

La cara de Andreas no cambió, pero vi un músculo tensarse en su mandíbula. Mi cara, por otro lado, se encendió. Quería fundirme con el tapizado del sofá y desaparecer.

Andreas se apartó lentamente, poniéndose de pie. Miró mi barriga (que todavía rugía, traidora) y después mis ojos mortificados.

Por un segundo, creí ver temblar la comisura de su boca, como si estuviera aguantando una sonrisa. Pero fue tan rápido que debió de ser una alucinación por mi parte.

—Genial —refunfuñó, dándose la vuelta y caminando hacia la minicocina—. Además de mareada y terca, estás muerta de hambre.

Abrió la nevera con fuerza.

—Voy a hacer algo de comer. Intenta no morirte de vergüenza mientras tanto.

Me subí la manta hasta la nariz, escondiendo mi cara, y me encogí en el sofá. Era un monstruo. Un bruto insensible. Pero, mientras oía el ruido de sartenes moviéndose, no pude dejar de notar que, a pesar de todo, la Bestia estaba cocinando para mí.



Andreas
GALANIS

Capítulo 8

La tormenta fuera se había calmado a un balanceo rítmico y constante, pero la tensión dentro de la cabina del Cerbero continuaba densa como la niebla.

Yo estaba apoyado en la encimera de la minicocina, observando a la chica sentada en el sofá.

Chloe comía.

No, "comía" era una palabra demasiado civilizada. Devoraba el sándwich improvisado que yo había hecho: pan, queso, jamón y un resto de tomate que encontré en la nevera, con la voracidad de quien no comía desde hacía una semana.

La camiseta negra que llevaba (mi camiseta) resbalaba por el hombro delgado a cada mordisco, y se limpiaba la comisura de la boca con el dorso de la mano, sin nada de esa etiqueta cursi que las mujeres del círculo de Athan solían tener.

Ella era... real.

—¿Está bueno? —pregunté, con la ironía enmascarando la extraña satisfacción que sentía al verla comer la comida que preparé.

Chloe tragó, tomando un trago largo de la botella de agua. Se ajustó las gafas y me miró. Sus ojos, sin la sombra del mareo, eran claros e inteligentes.

—Es comestible —respondió, defensiva—. Considerando que fue hecho por un hombre que probablemente usa ese cuchillo para cosas mucho peores que cortar queso.

Solté una risa nasal.

—Tienes la lengua afilada para ser una rehén, arqueóloga.

—Y tú tienes habilidades domésticas sorprendentes para ser un asesino, Galanis.

Caminé hasta la mesa de navegación y me senté en la silla giratoria, quedándome frente a ella. El espacio era pequeño. Mis rodillas casi tocaban las suyas.

—Saltémonos las cortesías —dije, poniéndome serio—. Has comido. El mareo se ha pasado. ¡Ahora a trabajar!

Señalé la tableta que había dejado a un lado.

Chloe suspiró, cogiendo la tableta. Su postura cambió. Los hombros se relajaron, la expresión se concentró. Era como si, al sostener la historia en las manos, entrara en un territorio donde ella era la autoridad, y no yo.

—No es solo un mapa geográfico —empezó, deslizando el dedo por la pantalla—. Es un palimpsesto digital.

—Habla mi idioma, Chloe.

—Significa que hay capas de información escondidas bajo el dibujo principal. —Me miró, con los ojos brillando con el desafío intelectual—. Quienquiera que haya hecho esto, usó referencias de la *Odisea* de Homero como código de encriptación.

Fruncí el ceño.

—¿Poesía? ¿Escondió millones en oro y armas usando poesía?

—"Donde el silencio duerme, el poder despierta" —citó la frase del margen—. Eso no es una instrucción literal. Es una referencia mitológica. En la mitología, el silencio duerme en las cuevas de Morfeo o... en las profundidades donde las sirenas no cantan.

—¿Y dónde queda eso en el mundo real?

—Milos —dijo ella, convencida—. La isla de Milos. Hay una red de catacumbas y cuevas marinas que eran usadas por piratas y contrabandistas hace siglos. Las coordenadas numéricas aquí... —señaló la serie de números.

Me quedé en silencio, procesando. Athan tenía razón. La necesitábamos. Yo podría mirar ese papel durante cien años y nunca llegaría a "Milos" y "Teatro".

—¿Estás segura? —pregunté.

—Estoy segura de la traducción, quien lo hizo usó la lógica histórica, el tesoro está en una cueva sumergida en la costa sur de Milos. Llamada *Kleftiko*. El Escondite de los Ladrones.

—Apropiado —murmuré.

Me levanté y fui hasta el panel de control, verificando nuestra posición actual.

—Estamos a cuatro horas de Milos si fuerzo los motores.

—¿Vamos para allá? —Su voz falló un poco, con el miedo volviendo—. Andreas... si lo que dices es verdad, y Damon también está buscando esto... él puede estar allí.

Me giré hacia ella, reparando en lo pequeña que parecía en el sofá, abrazando las rodillas cubiertas por mi camiseta.

—Damon no te tiene a ti —dije, firme—. Puede tener el mapa, pero no tiene la llave para leerlo. Él está derribando puertas a patadas. Nosotros tenemos el secreto de la cerradura.

Caminé hacia ella y apoyé las manos en el respaldo del sofá, atrapándola allí.

—Tú nos vas a llevar hasta allí, Chloe, y yo voy a garantizar que nada te toque. Ni Damon, ni sus hombres.

Ella me miró, sosteniendo mi mirada.

—¿Y quién me protege de ti? —susurró.

La pregunta flotó en el aire, pesada y eléctrica. Mis ojos bajaron a su boca, después a la piel pálida del cuello. La atracción era una molestia, un picor que no podía rascar.

Me alejé antes de hacer algo estúpido.

—Yo no hago daño a lo que es mío —respondí, con voz ronca —. Y hasta que encontremos ese tesoro, eres mía.

Volví al timón, acelerando el barco.

—Intenta dormir, Arqueóloga. Llegaremos a Milos antes del amanecer y vas a necesitar energía para nadar.

—¿Nadar? —chilló ella.

Sonreí al cristal oscuro frente a mí.

—Dije que era una aventura, no un crucero.

El Cerbero saltó sobre una ola, y nos sumergimos en la noche, hacia el escondite de los ladrones.



Chloe
STAMOS

Capítulo 9

El balanceo del barco había dejado de ser una amenaza constante de náusea para convertirse en un ritmo de fondo, casi hipnótico, que mi cuerpo, sorprendentemente, empezaba a aceptar. Tal vez fuera el efecto de la medicina fuerte que Andreas me había dado, o simplemente el agotamiento puro y simple amortiguando mis sentidos.

Estaba sentada en el suelo de la cabina, con la espalda apoyada en el sofá de cuero gastado, las piernas cruzadas de forma torpe. La tableta reposaba en mi regazo, la luz azulada de la pantalla siendo la única iluminación en aquel rincón, proyectando sombras largas en mi rostro, lleno de coordenadas de navegación antiguas, que ahora estaba cubierto por mis garabatos frenéticos.

Tiré del cuello de la camiseta negra de Andreas, sintiendo el tejido suave rozar mi cuello. Olía a él: una mezcla embriagadora de sal marina, cedro y algo metálico y peligroso que no conseguía

identificar, pero que hacía que mi estómago se revolviera de una forma diferente al mareo.

Era un olor de masculinidad cruda y el hecho de estar envuelta en él me daba una sensación contradictoria de protección y vulnerabilidad.

—Estás demasiado callada.

Su voz vino de arriba, grave y ronca, cortando el silencio de la cabina como un trueno distante.

Levanté la cabeza y miré hacia la escalera de metal.

Andreas bajó, escalón a escalón, trayendo consigo una ráfaga de aire fresco y húmedo de la noche. Parecía enorme en aquel espacio confinado, llenando la cabina con su presencia aplastante. El viento había despeinado su pelo oscuro, y la chaqueta de cuero brillaba con salpicaduras de agua salada, reflejando las luces tenues del panel de instrumentos.

Se detuvo al final de la escalera, observándome. Su postura era relajada, pero los ojos verdes estaban alerta, barriendo el ambiente como un depredador verificando su territorio.

—Estoy pensando —respondí, mordiendo la punta del bolígrafo de plástico, un hábito nervioso que tenía desde la universidad.

Andreas soltó una media sonrisa, esa curva de labios arrogante que me irritaba y fascinaba en la misma medida. Caminó hasta la pequeña nevera, haciendo crujir levemente el suelo bajo el peso de sus botas.

—Siempre y cuando pienses rápido —dijo él, cogiendo otra botella de agua y desenroscando el tapón con un movimiento seco —. Estamos a una hora de la costa de Milos. Necesito un objetivo, Chloe. Lo que mi padre estaba señalando.

Volví mi atención al mapa digital, trazando las líneas imaginarias con el dedo.

—No es una epifanía. Es traducción. Y la traducción requiere contexto. —Señalé el texto cursivo en el margen del mapa digitalizado—. Tu padre no era solo un criminal, Andreas. Era culto. O al menos, tenía un sentido del humor muy peculiar. No usó solo coordenadas geográficas. Usó estrofas.

—¿Estrofas? —Andreas se acercó, interesado.

—Sí. De un poema de Odysseas Elytis. —Le miré, sintiendo la excitación del descubrimiento suplantar al miedo por un momento. Era mi terreno. Aquí, yo no era la rehén; era la experta—. Pero alteró las palabras clave. Sustituyó los sustantivos por referencias náuticas.

—¿Poesía moderna en un mapa del siglo XIX? —Andreas arqueó una ceja, escéptico.

—Exactamente. Es un anacronismo deliberado. Es eso lo que llama la atención para quien sabe lo que está leyendo. —Tracé la línea con el dedo, sintiendo el pulso acelerarse—. "Donde el azufre besa el mar, y lo blanco esconde lo oscuro".

Andreas frunció el ceño, se apoyó en la mesa de navegación y cruzó los brazos musculosos sobre el pecho ancho. Su bíceps tensó la tela de la camiseta gris que llevaba debajo de la chaqueta.

—Milos es una isla volcánica, Chloe. Hay azufre en todas partes. Las playas apestan a huevo podrido.

—Sí, pero "lo blanco esconde lo oscuro"... —Insistí, levantándome para estar más cerca de él y mostrarle la pantalla—. Kleftiko. Las famosas rocas blancas de Kleftiko. Las formaciones calcáreas. Son conocidas por sus cuevas y arcos, usados por piratas durante siglos para esconder barcos enteros de la vista de la marina. Lo "blanco" son las rocas. Lo "oscuro" son las cuevas.

—Hay decenas de cuevas en Kleftiko. Es un laberinto.

—Pero solo una tiene "el ojo del cíclope". —Señalé un símbolo minúsculo, casi invisible, dibujado cerca de la costa sur del mapa—. Mira aquí. Parece un círculo con un punto en el medio. En la cartografía antigua, esto podía ser un faro o una isla menor. Pero

aquí... en el contexto del poema... creo que es una formación rocosa específica. Una entrada que solo es visible desde cierto ángulo o...

—O debajo del agua —completó Andreas, con la comprensión amaneciendo en sus ojos verdes, brillando con una intensidad nueva —. Una entrada sumergida.

—Exacto. —Sonreí, satisfecha—. Las coordenadas numéricas debajo del poema no son latitud y longitud. Son la profundidad y el ángulo de aproximación.

Nos quedamos mirándonos durante un largo segundo. El silencio en la cabina cambió de textura. Ya no era el silencio incómodo del secuestro; era el silencio de la colaboración. Había una conexión allí. Él no entendía de poesía, pero entendía de estrategia y terreno. Y yo, el lenguaje oculto. Juntos, teníamos sentido de una forma perturbadora.

El pensamiento me asustó. Desvié la mirada hacia la tableta, sintiendo la cara calentarse.

—Necesito confirmar la geología —dije, intentando volver a ser la rehén profesional y distante—. Si ha habido desprendimientos recientes o actividad volcánica, la entrada puede estar bloqueada. Necesitamos datos sismográficos.

Andreas se separó de la mesa y sacó un teléfono vía satélite negro y robusto del bolsillo de la chaqueta.

—Voy a llamar a Alex. Él tiene acceso a los levantamientos geológicos de la marina y a los satélites meteorológicos. Al Príncipe le encanta jugar a ser Dios con sus ordenadores.

Marcó un número y puso el altavoz, tirando el aparato sobre la mesa entre nosotros. La señal de llamada resonó, solitaria.

—*¿Andreas?* —La voz del otro lado contestó al segundo tono. Era clara, culta y ligeramente arrogante, con un fondo de música clásica sonando bajito—. *Ya era hora. Athan está andando en círculos sobre la alfombra persa del despacho, a punto de abrir un agujero en el suelo.*

—Relájate, Príncipe. —Andreas puso los ojos en blanco, pero vi el alivio en sus hombros al oír la voz de su hermano—. Estamos llegando a Milos. La chica ha encontrado algo.

—*La "chica" tiene nombre, animal,* —replicó la voz de Alex, afilada—. *Hola, Doctora Stamos. Espero que mi hermano no esté siendo muy... Andreas contigo. Tiende a olvidar que no todo el mundo ha sido criado en un campo de entrenamiento espartano.*

Sentí mi cara sonrojarse. Era extraño, casi surrealista, oír una voz tan civilizada y educada saliendo de aquel teléfono de guerra, en medio del mar revuelto.

—Estoy sobreviviendo —respondí, lo suficientemente alto para que el micrófono lo captara, lanzando una mirada de reojo a Andreas—. Aunque la hospitalidad deja que desear.

Andreas bufó.

—*Bueno saber que todavía tienes espíritu,* —Alex rio suavemente—. *¿Qué necesitáis?*

—Kleftiko —dijo Andreas, poniéndose serio—. Necesito un mapa sonar del fondo del mar en la costa suroeste. Buscamos una entrada de cueva sumergida que parezca un ojo. O algo que padre llamaría "ojo del cíclope".

Oí teclas siendo pulsadas rápidamente al otro lado de la línea.

—*Kleftiko... antiguo escondite de piratas y contrabandistas. Muy apropiado para ti, Andreas. ¿Te está gustando jugar al Capitán Garfio?*

—Cállate la boca y busca, Alex.

—*Lo tengo,* —la voz de Alex cambió instantáneamente, perdiendo el tono de broma y volviéndose fría y eficiente—. *Hay una formación de tubo de lava sumergida a doce metros de profundidad. La entrada es circular, con cerca de tres metros de diámetro. Las coordenadas cuadran con la propiedad de una empresa pantalla liquidada en los años 90. Era de padre.*

—Bingo —Andreas sonrió. Una sonrisa depredadora, llena de dientes blancos, que hizo que mi estómago diera un salto.

—*Andreas,* —la voz de Alex bajó el tono, volviéndose urgente —. *Ten cuidado. Esa zona es geológicamente inestable. Corrientes fuertes y muchas rocas afiladas. Y si Damon está monitorizando frecuencias de sonar activo, os va a ver.*

—Lo sé. Vamos a entrar en modo silencioso. Envía las coordenadas exactas al GPS del barco.

—*Enviando ahora. Y Andreas... tráela entera. Athan no quiere más sangre inocente en la cuenta de la familia. Ya tenemos demasiados fantasmas en esta casa.*

—Corto.

Andreas finalizó la llamada antes de que Alex pudiera decir algo más, cortando la conexión con el mundo exterior. El teléfono pitó, indicando la recepción de los datos.

Andreas me miró. La atmósfera en la cabina cambió nuevamente. La broma, si es que hubo alguna, había terminado. *Ahora es real... y peligroso.*

—Lo has oído —dijo, guardando el teléfono—. Doce metros de profundidad. Tubo de lava.

Tragué saliva, sintiendo la garganta cerrarse.

—Yo... yo tengo el certificado de buceo recreativo. Hice un curso en Rodas hace dos años. Pero nunca he buceado en cuevas. Es oscuro, estrecho... es peligroso.

Andreas se separó de la mesa y vino hacia mí. Se paró frente a mí, con su sombra cubriéndome, bloqueando la luz tenue de la cabina. Parecía una montaña infranqueable.

—No vas a bucear sola, Chloe. Yo voy a estar allí.

La frase, dicha con aquella voz grave y ronca, hizo que mi corazón fallara un latido. Había una promesa implícita allí, una intimidad forzada que me asustaba más que el agua.

—¿Tienes equipo aquí? —pregunté, intentando mantener la voz firme, pero fallando miserablemente.

—Tengo. El Cerbero está preparado para todo. —Se giró hacia un armario de metal cerrado en la pared opuesta—. Vamos a prepararnos. Quiero estar en el agua en cuanto lleguemos. Damon puede no tener el mapa, pero tiene recursos. Si ve el barco parado mucho tiempo, ataca.

Abrió el armario con una llave que se sacó del cuello. Dentro, vi trajes de buceo negros, tácticos, cilindros de oxígeno y máscaras *full-face*.

Andreas miró el equipo y después a mí, evaluando mi tamaño, mi fragilidad y la ropa ancha que vestía.

—Vamos a tener que ser rápidos, arqueóloga —dijo, apretando la mandíbula, como si anticipara una batalla—. Y vas a necesitar ayuda.

Su mirada quemó en mi piel, prometiendo que el buceo sería la parte fácil de la noche.



Andreas
GALANIS

Capítulo 10

Milos surgió en la oscuridad como la espina dorsal de un monstruo dormido. Los acantilados blancos de Kleftiko, famosos en las postales turísticas, parecían por la noche dientes de piedra listos para masticar cualquier barco que se acercara demasiado.

Apagué las luces de navegación del Cerbero a dos millas de la costa, guiándome solo por el radar térmico y la memoria muscular. El mar estaba más calmado, protegido por la bahía natural, pero la corriente todavía tiraba del casco con fuerza. Era un lugar traicionero. Perfecto para piratas... y para mi padre.

Anclé el barco en una ensenada protegida, donde la sombra de las rocas nos escondería de cualquier patrulla aérea o marítima. El silencio cayó sobre nosotros cuando apagué los motores, oyendo solo el sonido del agua golpeando el metal.

Bajé a la cabina.

Chloe estaba sentada en el sofá, con la tableta en el regazo, pero sus ojos estaban fijos en la escotilla, intentando ver qué había fuera. Cuando me notó, se levantó, con la postura tensa.

—¿Hemos llegado? —preguntó.

—Estamos encima del objetivo —respondí, yendo directo al armario de equipos—. Kleftiko. La cueva debe de estar directamente debajo de la proa, a doce metros.

Abrí el armario de metal y saqué los trajes de buceo. El olor a goma y polvos de talco llenó el aire. Le lancé el más pequeño.

—Póntelo.

Chloe cogió el traje de goma negro, sujetándolo contra el pecho. Miró la prenda, después a mí, después al baño minúsculo.

—No tenemos tiempo para pudores, Arqueóloga —avisé, quitándome mi propia camisa y tirándola al suelo—. El baño es demasiado estrecho para que consigas ponerte esto sola. El traje es ajustado. Vas a necesitar ayuda.

Ella tragó saliva, con los ojos barriendo mi torso desnudo, parando por un segundo en la cicatriz de cuchillo que tenía en las costillas derechas, antes de desviar la mirada rápidamente. Su cara estaba colorada.

—Yo puedo —se empeñó.

—Chloe... —Di un paso adelante—. Damon debe de estar esperando a que salga el sol. Nosotros tampoco podemos esperar. Quítate la ropa.

Chloe dudó un segundo más, luego suspiró, derrotada por la lógica. Se giró dándome la espalda. Con movimientos temblorosos, se quitó mi camiseta que llevaba puesta.

La piel de su espalda era pálida, la columna dibujada delicadamente, los omóplatos moviéndose bajo la piel suave. Llevaba unas bragas de algodón. Nada de encaje, nada provocativo, y aun así, la visión de aquella fragilidad expuesta en medio de mi barco de guerra hizo que mi sangre se calentara.

Me obligué a concentrarme en la misión.

—Siéntate —ordené.

Se sentó en el borde del sofá. Me arrodillé frente a ella con el traje.

—Mete los pies.

Obedeció. Tiré del neopreno por sus piernas. Era un material grueso, táctico, difícil de manejar. Tuve que usar fuerza para hacerlo subir por sus pantorrillas y muslos. Mis manos, grandes y ásperas, rozaban su piel suave con cada tirón.

Sentí el temblor en sus piernas. No sabía si era frío o miedo. U otra cosa...

—Levanta la cadera —instruí.

Se apoyó en mis hombros para levantarse. El toque de sus manos en mi piel desnuda fue como una descarga eléctrica. Tiré del traje hacia arriba, cubriendo su cadera y cintura. El neopreno se pegó a su cuerpo como una segunda piel, delineando cada curva, cada detalle.

—Los brazos.

Se puso las mangas. Después venía la parte difícil. La cremallera estaba en la espalda.

La giré de espaldas a mí. Aparté su pelo castaño, que caía sobre el cuello, y sujeté el tirador de la cremallera en la base de la columna. Subí el cierre despacio. El sonido de la cremallera cerrándose fue alto en el silencio.

Cuando terminé, mis manos pararon en los hombros de Chloe. Podía sentir su respiración acelerada, el pecho subiendo y bajando rápido. Me incliné, con mi cara quedándose peligrosamente cerca de la curva de su cuello.

Su olor, incluso a través del olor a goma del traje, era dulce.

—Gírate —murmuré.

Se giró. Estábamos muy cerca. El espacio en la cabina parecía haberse encogido.

Cogí el cinturón de lastre, los pesos de plomo necesarios para hundirse.

—Brazos arriba.

Levantó los brazos. Envolví su cintura con el cinturón pesado. Para cerrar la hebilla, tuve que abrazarla, mi pecho desnudo rozando el neopreno que cubría sus pechos.

Oía su corazón latiendo. Rápido y desacompasado.

Mis ojos encontraron los suyos. Tras las lentes de las gafas, los ojos castaños estaban dilatados y oscuros. No tenía solo miedo. Había curiosidad allí y la misma tensión eléctrica que estaba haciendo que mis músculos se tensaran.

Apreté el cinturón.

—¿Apretado? —pregunté, con una voz más ronca de lo que pretendía.

—Un poco —susurró ella.

—Tiene que estarlo. La presión ahí abajo va a comprimir el traje. Si está flojo ahora, se caerá después.

Cogí el chaleco equilibrador con la botella de oxígeno. Pesaba para ella.

—Gírate de nuevo.

Le coloqué el equipo a la espalda, ajustando las correas en los hombros y en el pecho. Mis manos pasaron por debajo de los brazos para cerrar los clips frontales, rozando el lateral de sus pechos.

Chloe jadeó.

Paré. Mis manos todavía estaban sujetando las hebillas. Podía sentir su calor irradiando hacia mis dedos. Sería tan fácil... tan fácil tirar de ella hacia mí. Olvidar el mapa, olvidar a Damon, olvidar el mar de ahí fuera.

Apreté la mandíbula. *¡Céntrate, Andreas! Céntrate.*

Terminé de ajustar el equipo y di un paso atrás, creando una distancia necesaria.

—Siéntate y ponte las aletas —ordené, dándome la vuelta para ponerme mi propio traje. Lo hice con violencia, intentando liberar la frustración física.

Cuando estuvimos listos, subí a la cubierta, ayudándola a subir la escalera con el peso de la botella. La noche estaba fría. El mar, negro como la brea.

La llevé hasta la plataforma de buceo en la popa.

—Ponte la máscara —dije, cogiendo su regulador de aire—. Respira solo por la boca. Despacio.

Se puso la máscara. Le sujeté la cara con las dos manos para verificar el sellado. Mis pulgares acariciaron las sienes, apartando mechones de pelo que podrían dejar entrar el agua.

—Escucha bien, Chloe —dije, mirándola a los ojos a través del cristal de la máscara—. Ahí abajo está oscuro. Es desorientador. Vas a sentir miedo. Es normal.

Ella asintió, agarrando mi antebrazo con fuerza.

—Si entras en pánico, no subas. Si subes demasiado rápido, tus pulmones explotan. Si tienes problemas, mírame. Yo voy a estar ahí.

Cogí su mano y la llevé a mi pecho, donde estaba mi propio regulador.

—Yo soy tu oxígeno —repetí la promesa que hice más temprano—. Mientras estés conmigo, respiras. ¿Entendido?

—Entendido —su voz salió ahogada por la goma.

—Vamos a saltar a la de tres. Sujeta la máscara. Una... dos...

—Tres.

Dimos un paso adelante, juntos, y el mar negro nos engulló. El choque del agua fría fue inmediato, silenciando el mundo de la

superficie, llevándonos al reino donde el silencio dormía y, esperaba yo, el tesoro despertaba.



Chloe
STAMOS

Capítulo 11

El mundo sobre la superficie desapareció en un instante, sustituido por un abrazo helado y negro. El agua invadió mi traje, en una capa fina y fría que pronto se calentó con el calor de mi cuerpo, pero el choque inicial me hizo atragantarme con el regulador. Burbujas plateadas subieron delante de mi máscara, corriendo hacia la superficie que ya no conseguía ver.

Respiré hondo, forzando a mis pulmones a aceptar el aire seco y comprimido del tanque. El sonido de mi propia respiración era ensordecedor, un silbido rítmico que resonaba en mi cabeza: *inspirar, espirar, inspirar, espirar...*

Encendí la linterna sujeta a mi muñeca. El haz de luz cortó la oscuridad, iluminando partículas de sedimentos que flotaban como polvo cósmico.

Una mano me agarró el hombro.

Giré en el agua, con el corazón disparado.

Era Andreas.

Bajo el agua, parecía aún más grande, una sombra flotante y poderosa. La luz de su linterna iluminaba su rostro a través de la máscara. Los ojos verdes estaban fijos en los míos, tranquilos y enfocados. Hizo la señal de "OK" con la mano.

Respondí con la misma señal, aunque mi muñeca temblaba.

Señaló hacia abajo, hacia el abismo oscuro que se abría bajo nuestros pies.

Bajamos.

A cada metro, la presión aumentaba en mis oídos. Me acordé del entrenamiento: pinzar la nariz, soplar, compensar. Lo hice repetidamente, siguiendo a Andreas como un pez piloto sigue a un tiburón.

El fondo del mar surgió en la oscuridad. Rocas blancas, fantasmagóricas, cubiertas de algas y esponjas. Estábamos navegando por un laberinto de piedras que parecían dientes de un gigante.

Andreas paró e iluminó una pared de roca vertical frente a nosotros.

Allí estaba.

Una abertura circular, perfectamente redonda, oscura como tinta. El "Ojo del Cíclope" que había visto en el mapa. No parecía una entrada; parecía una boca esperando para tragarnos.

Andreas me miró y señaló la cueva. Después, se señaló a sí mismo e hizo un gesto de "sígueme".

Entró primero.

Dudé. La idea de entrar en aquel agujero estrecho, con toneladas de roca y agua sobre mi cabeza, hizo que se me encogiera el pecho. La claustrofobia, un monstruo que ni sabía que tenía, despertó.

No puedo, pensé. *Me voy a quedar atrapada. Se va a acabar el aire.*

Pero entonces vi la luz de Andreas allí dentro, disminuyendo a medida que avanzaba. Si me quedaba aquí fuera, sola en la oscuridad del océano, sería peor.

Di una patada con las aletas y entré en el túnel.

Era estrecho. Mis aletas rozaban las paredes de piedra. El techo estaba a centímetros de mi cabeza. La oscuridad era absoluta, rota solo por los haces de nuestras linternas que bailaban caóticamente en las rocas.

Empecé a respirar demasiado rápido. *Hah-hah-hah.* El aire no parecía suficiente. Me dolía el pecho.

El pánico empezó a nublar mi visión. Me iba a ahogar. Allí mismo, en aquella tumba de piedra.

De repente, algo bloqueó mi camino.

Andreas había parado y se había dado la vuelta. Estaba flotando justo delante de mí en el túnel estrecho. Debió de haber oído mi respiración frenética por el comunicador de corto alcance, o tal vez simplemente lo *supiera*.

Me agarró los hombros con las dos manos, estabilizándome en el agua. Acercó su cara a la mía, hasta que las lentes de nuestras máscaras se tocaron.

No podía hablar, no de verdad, pero sus ojos hablaban. Eran anclas verdes en medio del caos negro. Me miraba con una intensidad que perforaba el miedo.

Sentí su mano salir de mi hombro e ir a mi pecho, con la palma sobre mi corazón, sobre el regulador. Presionó levemente.

Calma, decía el gesto. *Respira conmigo.*

Inspiró de forma exagerada, su pecho expandiéndose contra el mío. Espiré. Inspiró de nuevo. Lo copié.

Nos quedamos allí, suspendidos en la oscuridad, respirando al unísono. El calor de su cuerpo irradiaba a través del traje,

calentando el mío. Era sólido y real.

Yo soy tu oxígeno.

Su frase resonó en mi mente. E, increíblemente, funcionó. Mi corazón desaceleró. El pánico retrocedió a los rincones de mi mente.

Asentí despacio, indicando que estaba bien.

Andreas me apretó el hombro una última vez antes de darse la vuelta y continuar nadando.

El túnel se abrió en una cámara más grande, una cueva sumergida donde nuestras luces no alcanzaban el techo. En el centro, sobre un pedestal natural de piedra, reposaba algo artificial.

No era un cofre del tesoro de madera podrida. Era una caja de metal militar, gris y cubierta de incrustaciones, pero intacta. Estaba sujeta a la roca por cadenas gruesas.

Andreas nadó hasta ella. Sacó un cuchillo de la pierna y empezó a raspar las incrustaciones de la cerradura. Me acerqué, iluminándole el área.

Era eso. El legado de Konstantin Galanis. El secreto por el cual hombres habían muerto.

Andreas guardó el cuchillo y sujetó la caja con las dos manos. Afirmó los pies en la roca y tiró. Sus músculos se tensaron bajo el traje negro.

La caja no se movió.

Lo intentó de nuevo, con más fuerza. Nada.

Andreas me miró y señaló la base de la caja. Había pernos de metal anclados en la piedra. Necesitábamos soltarlos. Andreas me entregó el cuchillo. Señaló uno de los pernos e hizo un gesto de palanca.

Entendí. Trabajamos juntos. Él forzaba la caja hacia un lado mientras yo usaba el cuchillo para intentar soltar la fijación corroída del otro. Mis dedos dolían, el esfuerzo consumía mi aire más rápido, pero no paré.

Finalmente, con un chasquido amortiguado por el agua, el metal cedió. La caja se soltó, levantando una nube de arena y sedimentos.

Andreas agarró el asa de la caja. Hizo una señal de "subir".

Nadamos de vuelta por el túnel, con él empujando la caja delante y yo justo detrás, iluminando el camino. Cuando salimos del "ojo" y vimos el azul oscuro del mar abierto sobre nosotros, sentí ganas de llorar de alivio.

Subimos despacio, respetando la descompresión.

Cuando rompimos la superficie del agua, el aire nocturno invadió mis pulmones en cuanto me quité el regulador y me arranqué la máscara.

—¡Lo hemos conseguido! —me atraganté, tosiendo agua salada, agarrándome a la escalera del Cerbero.

Andreas emergió a mi lado, lanzando la caja pesada hacia la cubierta con un golpe sordo. Se quitó la máscara y sacudió el pelo mojado, esparciendo gotas de agua.

Me miró. Su cara estaba mojada, las pestañas pegadas, y respiraba con fuerza.

—Te quedaste bloqueada ahí abajo —dijo, no como una acusación, sino como un hecho.

—Yo... tuve miedo —admití, temblando de frío ahora que la adrenalina bajaba.

Andreas nadó hacia mí, acorralándome contra el casco del barco. Estaba tan cerca que podía sentir su calor en el agua fría.

—Pero no subiste —dijo, con voz ronca—. Te quedaste. Respiraste.

Levantó la mano mojada y me tocó la cara, pasando el pulgar por mi mejilla helada.

—Eres valiente, Chloe. Para ser una ratita de biblioteca.

El elogio torcido hizo que mi corazón se disparara más que la inmersión.

—Vamos a subir —dijo, apartándose—. Antes de que nos congelemos o Damon nos encuentre.

Subió primero y me subió a la cubierta.

Caímos al suelo del barco, al lado de la caja de metal, exhaustos, mojados y victoriosos. Miré el cielo estrellado y después a Andreas, que estaba tumbado boca arriba, riendo por lo bajo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Mi padre era un hijo de puta —dijo él, mirando la caja—. Pero sabía esconder las cosas.

Andreas giró la cabeza y me miró. Su sonrisa desapareció, sustituida por aquella intensidad verde.

—Y ahora, Arqueóloga... vamos a ver lo que vale tu vida.



Andreas
GALANIS

Capítulo 12

La caja pesaba como un cadáver.

Emergí al lado de la escalera de popa del Cerbero, con los músculos del hombro ardiendo por el esfuerzo de arrastrar aquel bloque de metal oxidado desde el fondo del mar. Escupí la boquilla del regulador e inspiré el aire de la noche, salado y frío, llenando mis pulmones con voracidad.

—¡Andreas! —Chloe emergió justo detrás de mí, quitándose la máscara y echándose el pelo mojado hacia atrás. Estaba jadeando, con los labios morados de frío, pero los ojos... los ojos brillaban con una adrenalina que yo conocía bien.

Icé la caja a la cubierta con un gruñido, el metal golpeando la fibra de vidrio con un sonido sordo.

Saqué a Chloe del agua. Resbaló en la cubierta mojada y cayó contra mi pecho. Por un segundo, sentí su cuerpo temblar contra el mío a través de las capas del traje.

No nos demoramos. La noche estaba helada y necesitábamos ver qué habíamos rescatado.

Llevé la caja al interior de la cabina y la puse sobre la mesa de navegación. El ambiente se quedó instantáneamente pequeño. Estábamos ambos goteando, oliendo a mar.

Me bajé la cremallera del traje hasta la cintura y saqué los brazos, dejando la parte de arriba colgando en la cadera. El aire de la cabina erizó mi piel mojada.

Chloe se abrazó el cuerpo, temblando, con los ojos fijos en la caja.

Era un objeto militar antiguo. Metal gris, corroído por incrustaciones y tiempo, con una cerradura manual compleja que parecía soldada por el óxido.

—¿Qué hay ahí dentro? —susurró ella, acercándose.

—Vamos a descubrirlo.

Cogí mi cuchillo de combate, el mismo que usé para limpiar pescados y cortar gargantas. Intenté meter la punta de la hoja en la rendija de la tapa para hacer palanca. El metal chirrió, protestando. El óxido aguantaba firme.

—Cuidado —avisó Chloe—. Si fuerzas demasiado, puedes dañar el contenido.

—No se va a abrir con amabilidad, arqueóloga. —Apliqué más fuerza, tensando los músculos de mi brazo—. Esto fue hecho para resistir bombas.

Forcé la hoja. El metal cedió un poco.

—Vamos allá, pedazo de basura... —gruñí.

De repente, el cuchillo resbaló.

Fue demasiado rápido. La hoja se deslizó por la superficie mojada de la caja y, con el impulso de mi fuerza, rasgó la palma de mi mano izquierda, que sujetaba el objeto.

—¡Joder!

Solté el cuchillo, que cayó al suelo con un golpe.

Miré mi mano. Un corte profundo atravesaba la palma, justo debajo de los dedos. La sangre rojo vivo empezó a brotar inmediatamente, mezclándose con el agua del mar y goteando en la mesa.

—¡Andreas! —Chloe estuvo a mi lado en un instante.

—Es superficial —mentí, cerrando el puño para estancar el flujo, irritado conmigo mismo. Un error de aficionado. La impaciencia era mi enemiga.

—No es superficial. Está sangrando mucho. —Su voz cambió. Ya no era la rehén asustada. Era firme—.

Corrió hasta el armario donde guardaba el botiquín de primeros auxilios y volvió con gasas, antiséptico y vendas.

—Siéntate —ordenó ella.

La miré, sorprendido por la audacia.

—He dicho que estoy bien. Abre la maldita caja.

—Siéntate, Andreas —repitió ella, empujando mi hombro bueno. Era fuerte para alguien de su tamaño—. Vas a manchar el mapa de sangre si sigues siendo terco.

Bufé, pero me senté en el sofá.

Chloe acercó un taburete y se sentó frente a mí, entre mis piernas abiertas. La proximidad era desconcertante. Cogió mi mano herida con una delicadeza que yo no merecía. Sus dedos eran finos, fríos, pero el toque era seguro.

—Va a escocer —avisó, vertiendo el antiséptico en el corte.

Apreté los dientes, pero no emití sonido. El dolor era un foco.

Observé su cara mientras trabajaba. Estaba concentrada, con la lengua entre los dientes, limpiando la sangre con cuidado meticuloso. Una gota de agua cayó de su pelo mojado en mi rodilla.

—Tienes manos de cirujana —comenté, la voz saliendo más baja de lo que pretendía.

Ella levantó la vista un segundo. Tras las lentes empañadas, su mirada castaña encontró la mía.

—Restauro cerámicas de tres mil años que se deshacen si respiras mal —dijo, volviendo a vendarme la mano—. Coser a un ogro es fácil en comparación.

Solté una risa nasal.

—Ogro. Te gusta esa palabra.

—Te pega.

Terminó el vendaje, sujetando la venda con firmeza. Pero no me soltó la mano inmediatamente. Nos quedamos allí, conectados. Su pulgar acarició la parte de arriba de mi mano, rozando una cicatriz antigua en los nudillos.

—¿Cómo te hiciste esto? —preguntó, suavemente.

—Dando un puñetazo a una pared —respondí—. Tenía dieciocho años.

—¿Por qué?

—Porque la pared no sangraba y yo quería ver algo que no sangrara cuando golpeaba.

Chloe me miró, y vi una tristeza profunda en sus ojos. No vio la violencia; vio el dolor detrás de ella. Aquello me incomodó. No quería piedad.

Tiré de mi mano, rompiendo el contacto.

—Gracias —murmuré, levantándome bruscamente—. Ahora, veamos si valió la pena el tétanos.

Volví a la mesa. Con la mano vendada, sujeté la caja. Con la otra, cogí una pata de cabra pequeña que estaba en la caja de herramientas.

—Apártate.

Encajé la palanca y forcé. Esta vez, con el ángulo correcto, la bisagra oxidada estalló y se rompió. Abrí la tapa.

El interior estaba forrado de terciopelo podrido. Y allí dentro, anidados como joyas, había dos objetos.

El primero era una daga.

Pero no una daga cualquiera. La vaina era de oro trabajado, con escenas de caza en relieve. El mango era de marfil, amarillento por el tiempo, con una cabeza de león esculpida en la punta.

Chloe jadeó, acercándose.

—Micénica... —susurró, maravillada—. Andreas, esto tiene más de tres mil años. Es una pieza real. Debe de valer una fortuna en el mercado negro.

—A mi padre le gustaban los juguetes caros —cogí la daga. Pesaba. La hoja, cuando tiré un poco, todavía brillaba, hecha de un bronce que no conocía la corrosión—. Pero Damon no quiere esto para vender. Esto es una llave.

—¿Llave?

Señalé el segundo objeto en la caja.

Era un cilindro de metal. Un criptex. Pero los laterales no tenían letras. Tenían ranuras. Ranuras que parecían coincidir con el patrón de la hoja de la daga.

—Un cifrado mecánico —dijo Chloe, con los ojos brillando de excitación intelectual—. Necesitas insertar la hoja en el cilindro para que los engranajes internos giren y liberen lo que hay dentro.

—Exacto.

Cogí el cilindro. Estaba frío y pesado.

—Si abrimos esto... —la miré—. Tendremos la siguiente ubicación.

—Y Damon estará un paso por detrás —completó ella.

Miré mi mano vendada, después a la mujer que acababa de cuidarme, y por fin al arma antigua que mi padre había escondido en el fondo del mar. Estábamos en medio de una tela de araña y, a cada movimiento, nos quedábamos más atrapados.

—Vamos a descansar —decidí, cerrando la caja—. Mañana intentamos abrirlo. Estoy sangrando, tú estás temblando de frío y el mar está empeorando.

Chloe asintió, abrazándose nuevamente.

—Solo hay un problema —dijo ella, mirando alrededor de la cabina apretada.

—¿Qué?

—El sofá está empapado. Entró agua por la escotilla cuando subimos la caja.

Miré el sofá. Estaba, de hecho, empapado de agua salada. Inutilizable para dormir.

Miré la cama de matrimonio, atornillada al suelo en el rincón de la proa. La única cama seca del barco.

Suspiré, pasándome la mano buena por la cara.

—Genial —refunfuñé—. Simplemente genial.

Chloe me miró, cautelosa.

—Yo duermo en el suelo.

—No seas ridícula. Vas a coger una neumonía. —Empecé a quitarme las botas—. Vamos a compartir la cama.

—¿Qué?

—Me has oído. ¿Es una cama *king size*? No. Pero caben dos si nadie se mueve mucho. —La miré fijamente, desafiante—. A menos que tengas miedo de que te ataque mientras duermo.

Ella levantó la barbilla, la terquedad volviendo.

—Tengo un cuchillo de tres mil años ahora, Andreas. Prueba suerte.

Sonreí. Una sonrisa cansada, pero genuina.

—Justo.

Apagué la luz principal, dejando la cabina en la penumbra roja de la luz de emergencia.

Era hora de dormir con el enemigo. O, al menos, con la única mujer que tuvo el valor de coserme la mano y amenazarme en la misma noche.



Chloe STAMOS

Capítulo 13

La luz roja de emergencia de la cabina transformaba el ambiente en algo salido de un submarino de guerra... o de una pesadilla erótica.

Estaba parada en medio del espacio exiguo, con los brazos cruzados sobre el pecho, temblando de frío. El traje de buceo, que antes me mantenía caliente, se había convertido en una piel helada y húmeda, pegándose a mi cuerpo y absorbiendo el poco calor que me quedaba.

Miré el sofá empapado y mi pila de ropa en el rincón. Los vaqueros y la blusa que llevaba cuando fui secuestrada todavía estaban húmedos por la lluvia de Atenas. Mis bragas y el sujetador estaban mojados en mi cuerpo.

No tenía nada seco que ponerme.

Excepto...

Mis ojos se posaron en la mesa de navegación. La camiseta negra de Andreas, la misma que había usado más temprano, estaba allí, doblada de cualquier manera. Seca, grande y con su olor.

—¿Te vas a quedar ahí parada, convirtiéndote en una estatua de hielo, o vas a moverte?

La voz ronca de Andreas me hizo saltar.

Estaba al otro lado de la cabina, cerca de la cama, empezando ya a quitarse su propio traje de buceo. No parecía importarle ni un poco mi presencia. Con movimientos bruscos y eficientes, se bajó la cremallera y empezó a pelar el traje de su cuerpo ancho.

Desvié la mirada, sintiendo que mi cara ardía.

—Mi ropa está mojada —murmuré, mirando a la pared de metal—. Y mi ropa interior también.

Oí el sonido mojado de su traje cayendo al suelo.

—Usa la camiseta —dijo, con la voz ahogada mientras se sacaba los brazos de las mangas—. Es lo que hay.

—¿Y por debajo?

—Por debajo, nada, Chloe. A menos que quieras asar unas bragas en el motor del barco.

Tragué saliva. ¿Dormir sin bragas, usando solo su camiseta, en la misma cama que él? La situación estaba escalando de "incómoda" a "peligrosa" muy rápido.

—Yo... me voy a cambiar en el baño.

—No seas ridícula. El baño es un cubículo y está mojado. cámbiate aquí. No estoy mirando.

Arriesgué una mirada hacia él, para ver si realmente estaba de espaldas, y me arrepentí. O tal vez no...

Andreas acababa de empujar el traje de buceo hacia abajo, pasando por las caderas y los muslos, hasta los tobillos. Le dio una patada a la goma para alejarla.

Estaba desnudo. Completamente desnudo. Y no tenía prisa por cubrirse.

Se quedó de espaldas a mí, caminando tranquilamente hacia su maleta abierta sobre un banco.

Mi respiración se bloqueó. *¡Dios del cielo!*

Su espalda era un paisaje de músculos definidos que se movían bajo la piel bronceada como placas tectónicas. La columna vertebral era un valle profundo rodeado por cordilleras de tensión. Había tatuajes tribales que bajaban desde los hombros hasta la lumbar, tinta negra marcando la piel.

Pero mi mirada bajó. No pude evitarlo.

Su culo era... compacto. Firme. Cuadrado, con hoyuelos laterales donde el músculo glúteo se encontraba con el muslo poderoso. No era el culo de un modelo de revista; era el culo de un hombre que pasaba la vida forzando su cuerpo al límite.

Sentí un calor súbito y violento en mi bajo vientre, totalmente inapropiado para una rehén. Debería estar desviando la mirada, escandalizada. En vez de eso, estaba... apreciando.

Andreas se agachó para coger algo de la maleta, y los músculos de los muslos y de las nalgas se contrajeron en una exhibición de fuerza que me dejó con la boca seca. Cogió un bóxer negro y se lo puso con un movimiento rápido, cubriendo la visión.

Solté el aire que ni me había dado cuenta de que estaba reteniendo.

Andreas se giró, ajustándose el elástico del bóxer en las caderas. Me pilló mirando. *Claro que me pilló.*

Una sonrisa lenta, arrogante y de medio lado surgió en su rostro.

—El espectáculo ha terminado, arqueóloga. Tu turno.

Me sonrojé violentamente, sintiendo el calor subir hasta la raíz del pelo.

—Yo no estaba... yo solo...

—Coge la camiseta —interrumpió, caminando hacia la mesa y lanzándome la prenda de algodón—. Y quítate ese traje de una vez. Tienes los labios morados.

Cogí la camiseta en el aire.

Andreas se tumbó en la cama, cruzando los brazos detrás de la cabeza, ocupando dos tercios del colchón. Cerró los ojos, pero yo sabía que no estaba durmiendo.

Me giré dándole la espalda, encarando la puerta cerrada de la cabina. Con las manos temblorosas, me bajé la cremallera del traje. El aire frío de la cabina golpeó mi piel desnuda a medida que me quitaba el neopreno. Era una lucha quitarse la goma mojada de las piernas sin caerse.

Me quedé desnuda. Completamente expuesta en la penumbra roja. Sentí el peso de su mirada en mi espalda. Sabía, con cada fibra de mi ser, que había abierto los ojos.

Me puse su camiseta lo más rápido que pude. La tela suave y seca bajó por mi cuerpo, cubriéndome hasta la mitad de los muslos. Su olor me envolvió instantáneamente, como un abrazo fantasma.

Sin bragas. La sensación de la tela rozando mi piel sensible y fría era enloquecedora.

Respiré hondo y me giré.

Andreas estaba mirando. Los ojos verdes brillaban en la penumbra, fijos en mis piernas desnudas.

—Ven —dijo, golpeando el espacio vacío a su lado en el colchón—. No muerdo. A menos que tú lo pidas.

La provocación me hizo poner los ojos en blanco, pero ayudó a disipar un poco el miedo paralizante. Caminé hasta la cama, sintiéndome pequeña y vulnerable.

Me tumbé en el borde, lo más lejos posible de él, de espaldas al centro de la cama. Me encogí en posición fetal, tirando de la camiseta para cubrirme las rodillas.

El colchón se hundió cuando él se acomodó.

—Acércate —refunfuñó.

—Estoy bien aquí.

—Te vas a caer si el barco se balancea y hace frío.

Sentí su mano grande y caliente agarrar mi cintura y tirar de mí hacia atrás. Grité de sorpresa cuando mi espalda chocó con su pecho ancho y caliente.

—Quédate quieta —murmuró cerca de mi oído—. Es solo calor corporal. Supervivencia básica.

Intenté quedarme rígida, pero el calor que irradiaba de él era irresistible. Pasó el brazo pesado sobre mi cintura, la mano reposando posesivamente en mi barriga, por encima de la camiseta.

Sentí su erección presionar contra la base de mi espalda. Estaba duro. Y llevaba solo un calzoncillo fino.

Mi corazón se disparó.

—Andreas... —susurré, en una advertencia débil.

—Duerme, Chloe —cortó, con la voz ronca—. Estoy cansado, me duele la mano y tenemos un tesoro que encontrar mañana.

Enterró la cara en mi pelo mojado y suspiró.

Me quedé inmóvil, sintiendo cada centímetro de su cuerpo contra el mío. La "Bestia" me estaba usando como almohada humana. Y, a pesar del peligro, a pesar del arma en la mesita de noche y de la misión suicida... me sentí extrañamente segura.

Cerré los ojos, dejando que el balanceo del mar y el calor de mi secuestrador me llevaran hacia el sueño, sabiendo que, cuando despertara, las fronteras entre nosotros estarían aún más borrosas.



Andreas
GALANIS

Capítulo 14

Dormir era imposible.

El balanceo rítmico del barco, que normalmente me mecía como una cuna de acero, en aquel instante parecía conspirar contra mi cordura. El problema no era el mar, sino la mujer pegada a mí.

Chloe dormía profundamente, su respiración suave rozando mis omóplatos, su cuerpo anidado en el mío como si fuera un puto oso de peluche gigante. Su mano, pequeña y delicada, descansaba sobre mi abdomen, quemando mi piel a través de la tela de la camiseta que me había robado.

Estaba duro. Dolorosamente, furiosamente duro.

Cerré los ojos, apretando los dientes, intentando forzar a mi cuerpo a relajarse.

Esto es ridículo, pensé. *Es una rehén. Una civil. Una ratita de biblioteca que se marea con el oleaje.*

No era mi tipo. A mí me gustaban las mujeres que conocían el juego, que entraban en la habitación sabiendo que saldrían marcadas y satisfechas, sin conversaciones sobre sentimientos o historia antigua. Mujeres que tenían curvas peligrosas y miradas depredadoras.

Chloe era... suave. Frágil. Olía a jabón barato y a libros viejos. Sus piernas, entrelazadas con las mías, eran finas, sin la definición muscular que yo solía admirar. Si la apretara con un poco más de fuerza, se rompería.

No debería querer esto. Ni debería estar imaginando cómo sería girar ese cuerpo pequeño en la cama, separar esos muslos pálidos y enterrarme en ella hasta que olvidara su propio nombre.

La imagen mental hizo que mi polla pulsara violentamente contra el elástico del bóxer.

Solté un gruñido bajo de frustración.

—Infierno —susurré.

Athan tenía razón. El matrimonio lo había ablandado, y yo me estaba contagiando de la enfermedad. Estaba aquí, acostado con una mujer a la que había secuestrado, preocupado por no despertarla, mientras mi cuerpo gritaba por tomarla.

Sentí su mano moverse en sueños, deslizándose hacia abajo, peligrosamente cerca de mi entrepierna.

Fue la gota que colmó el vaso.

Le sujeté la muñeca con cuidado, moviendo su mano lejos, y me zafé del abrazo. Me levanté de la cama en un movimiento fluido, con el aire frío de la cabina golpeando mi piel sudada. Chloe refunfuñó algo, abrazando la almohada que yo había abandonado, y volvió a dormirse.

Me quedé parado en la oscuridad un segundo, observándola. En la penumbra roja de la luz de emergencia, parecía un ángel caído en el lugar equivocado.

—Eres un problema, Arqueóloga —murmuré—. Un problema que necesito resolver pronto.

Me puse unos pantalones tácticos negros, dejando el cinturón desabrochado, y cogí mi pistola de la mesa. No me puse camisa. El frío sería bueno para aclarar la mente.

Subí la escalera hacia la cubierta, cerrando la escotilla detrás de mí.

La noche estaba oscura, sin luna. El Cerbero se mecía suavemente en la ensenada protegida de Kleftiko. El aire salado llenó mis pulmones, limpiando su olor dulce de mis fosas nasales.

Caminé hasta la proa y me apoyé en la barandilla, mirando hacia la oscuridad del mar abierto. Encendí un cigarrillo, el brillo de la brasa siendo la única luz en la cubierta. Di una calada profunda, sintiendo la nicotina calmar mis nervios.

¿Qué estaba haciendo? Tenía una misión. Encontrar el tesoro, matar a Damon, proteger a la familia. El sexo con la rehén no estaba en el plan. El apego emocional mucho menos.

Necesitaba concentrarme. Tenía que ser la Bestia.

Miré al horizonte, con mis ojos acostumbrados a la oscuridad, barriendo la línea de agua por hábito. Todo parecía tranquilo. El radar estaba en modo silencioso, pasivo, para no emitir señal. Éramos invisibles.

O eso pensaba.

Mis ojos captaron un movimiento. No una luz, sino una ausencia de ella. Una sombra más oscura que la noche, cortando la espuma blanca de las olas a unos quinientos metros de distancia.

Entrecerré los ojos.

No era un barco de pesca. El perfil era bajo, aerodinámico y venía rápido.

Tiré el cigarrillo al mar y presté atención.

El sonido llegó un segundo después. El zumbido bajo y ahogado de motores potentes rodando a bajas revoluciones para

una aproximación furtiva.

—¡Mierda! —maldije.

Miré a la izquierda. Otra sombra.

Dos lanchas. Ruta de interceptación. Sin luces de navegación.

Damon...

No necesitaba el mapa descifrado. Había rastreado el barco. O tal vez tuviera satélites barriendo el área térmica. No importaba cómo, solo que estaban aquí.

La lujuria que sentía hacía un minuto se evaporó instantáneamente, sustituida por la frialdad letal del combate.

Corrí hacia el panel de control externo y golpeé con la mano el botón de alarma silenciosa, que encendería las luces tácticas de la cabina. A continuación, salté hacia la escotilla, abriéndola con un estruendo.

—¡Chloe! —grité hacia el agujero negro—. ¡Despierta!

El sonido de una ametralladora rasgando el silencio de la noche fue la respuesta. Las balas rebotaron en el metal de la cubierta a centímetros de mi pie, soltando chispas.

No había más tiempo para pensar en sexo o fragilidad. La guerra nos había encontrado.

—¡Baja la cabeza! —rugí, bajando las escaleras de vuelta al infierno, listo para sacarnos a los dos de allí o matar a quien intentara entrar.



Chloe
STAMOS

Capítulo 15

El mundo no se acabó con un estruendo, sino con el sonido de cristales estallando y el grito de un monstruo.

Desperté con el corazón en la garganta, el sonido de un disparo rasgando el aire sobre mi cabeza. Me senté en la cama, desorientada por la oscuridad roja de la luz de emergencia y por el balanceo violento del barco.

El sitio a mi lado estaba frío. Andreas había desaparecido.

—¿Andreas? —llamé, con mi voz perdiéndose en el ruido ensordecedor de balas golpeando el metal de la cubierta.

La escotilla se abrió con un estruendo.

Andreas bajó las escaleras, no andando, sino deslizándose como una sombra letal. Iba sin camisa, con la piel bronceada brillando de sudor y salpicaduras del mar, los músculos tensos como cables de acero. En la mano derecha, sujetaba una pistola negra que

parecía una extensión natural de su brazo. En la izquierda, cargaba un fusil de asalto que yo ni sabía que estaba a bordo.

—¡Al suelo! —rugió, haciendo que su voz se superpusiera al caos de fuera—. ¡Ahora!

Rodé de la cama, cayendo al suelo duro de la cabina, cubriéndome la cabeza con los brazos. Estaba temblando de una manera que venía de la médula de mis huesos.

Andreas pateó el interruptor de la luz, sumiendo la cabina en la oscuridad total.

—Quédate aquí —ordenó, agachándose a mi lado por un segundo. Su mano, caliente y áspera, me agarró el tobillo en la oscuridad, en un toque de verificación y de posesión—. Si alguien baja por esa escalera que no sea yo... disparas.

Deslizó una segunda pistola por el suelo hasta que chocó con mi pierna.

El metal frío contra mi piel desnuda fue un golpe de realidad. Yo era arqueóloga. Restauraba jarrones, no disparaba a personas.

—Andreas, no... —sollocé—. No me dejes aquí.

—Están intentando abordar —dijo, con frialdad en la voz—. Son dos barcos. Voy a distraerlos. No salgas de aquí.

Se levantó y desapareció escaleras arriba, volviendo a la tormenta de plomo.

Me quedé encogida en el suelo, abrazando el arma pesada con las dos manos y las lágrimas escurriendo por mi cara. Oía los pasos de Andreas en la cubierta encima de mí, pesados y rápidos. El sonido de su arma era diferente. Más alto y definitivo.

Entonces oí otro sonido. Un golpe sordo en la cubierta, justo encima de la escotilla abierta. Pasos que no eran los de Andreas. Voces gritando en una lengua que no era griego.

Estaban a bordo.

El terror me heló la sangre. Si bajaban... si mataban a Andreas...

No pude quedarme quieta. El miedo a no saber qué estaba pasando era peor que el miedo a ver. Me arrastré hasta la base de la escalera, escondiéndome en las sombras, y miré hacia arriba.

La escena en la cubierta era una pesadilla iluminada por destellos de disparos y por la luz de la luna que intentaba romper las nubes.

Vi a Andreas.

Estaba cerca de la borda de estribor. Un hombre vestido de negro acababa de saltar de la lancha enemiga a nuestro barco. El invasor levantó un cuchillo. Andreas no retrocedió. Avanzó.

Vi el brazo de Andreas moverse en un borrón, interceptando la muñeca del hombre en el aire, torciéndola con un chasquido audible que me hizo cerrar los ojos por un segundo. El hombre gritó, pero el sonido se cortó cuando Andreas, en un movimiento fluido y brutal, clavó su propio cuchillo en la garganta del invasor.

Empujó el cuerpo al mar como si fuera basura.

—Uno —oí contar a Andreas, con una voz desprovista de cualquier emoción.

Pero había otro.

Por el otro lado, por la proa, un segundo hombre subió, apuntando un subfusil a la espalda expuesta de Andreas.

—¡ANDREAS! —grité, saliendo de mi escondite sin pensar.

El grito hizo que Andreas girara y se tirara al suelo en el momento exacto en que el hombre disparó. Las balas mordieron la fibra de vidrio donde la cabeza de Andreas estaba un segundo antes.

El hombre se giró hacia mí, con el arma apuntando a la escotilla. Vi la muerte. Tenía ojos oscuros y llevaba una máscara táctica.

Sin embargo, antes de que pudiera apretar el gatillo, dos tiros sonaron.

El pecho del tirador explotó hacia adelante, y antes de caer, reveló a Andreas tumbado en la cubierta, con la pistola extendida y

humo saliendo del cañón. El cuerpo del segundo hombre cayó hacia atrás, golpeando la borda antes de deslizarse al agua oscura.

Silencio...

De repente, el único sonido era el motor del barco y el batir de las olas. Las lanchas enemigas, viendo caer a sus hombres, giraron y aceleraron alejándose, desapareciendo en la noche.

Andreas se levantó despacio. Estaba jadeando. Su pecho desnudo subía y bajaba con fuerza. Había sangre, oscura y brillante, manchando su hombro y su abdomen.

Andreas se giró hacia mí. La expresión en su rostro era terrible. Salvaje, con ojos verdes dilatados, negros de adrenalina y violencia. Parecía un demonio que acababa de salir del infierno.

Dio un paso en mi dirección, todavía sujetando el arma. Debería haber corrido. Debería haberme escondido en el baño y cerrado la puerta. Aquel hombre acababa de matar a dos personas delante de mí con la facilidad con la que yo quitaba el polvo a un libro.

Sin embargo, mientras lo miraba, a la sangre y a la soledad brutal de aquella figura bajo la lluvia fina... no sentí ganas de huir, sino un dolor físico en el pecho. Miedo. No de él. Sino *por* él.

La imagen de Andreas tumbado en la cubierta, casi siendo asesinado porque yo grité, pasó por mi mente.

Solté el arma que sujetaba y subí la escalera corriendo.

—Chloe, quédate at... —empezó, con voz ronca, levantando la mano para pararme.

Lo ignoré. Salí a la cubierta fría y me lancé contra él.

El impacto le hizo dar un paso atrás. Envolví su cintura desnuda y sudada con mis brazos, enterrando la cara en el pecho del Ejecutor, justo encima del corazón que latía como un tambor de guerra.

—Estás sangrando... —sollocé, con mis manos tanteando su espalda, verificando si había agujeros de bala, si estaba entero—.

Casi te matan... Andreas, Dios mío...

Sentí su cuerpo ponerse rígido, tenso como una piedra contra el mío. Estaba con los brazos abiertos, el arma en una mano y el cuchillo en la otra, sin saber qué hacer con el abrazo. Esperaba que gritara. Esperaba que lo llamara monstruo.

—Los he matado, Chloe —dijo, la voz dura, vibrando en su pecho contra mi cara.

—Tú me has salvado la mía —respondí, apretándolo más fuerte, sin importarme la sangre que ensuciaba la camiseta que yo llevaba—. Tú me has salvado.

Lentamente, vacilante, sentí la tensión drenarse de él. Las armas cayeron de sus manos, golpeando la cubierta con un sonido metálico. Los brazos de Andreas bajaron y me envolvieron.

No fue un abrazo amable. Fue un abrazo rompehuesos. Me apretó contra sí como si quisiera fundirme con su cuerpo, enterrando la cara en mi cuello, inhalando mi olor con desesperación.

—Deberías haberte quedado ahí abajo —gruñó, con la barba arañando mi piel, la respiración caliente y temblorosa—. Podrías haber muerto.

—No pude... no pude dejarte solo.

Andreas levantó la cabeza y me sujetó la cara con las manos sucias de sangre y pólvora. Me miró a los ojos, buscando la mentira y el miedo, pero solo encontró la verdad desnuda y cruda.

Yo había visto a la Bestia, la violencia y... había corrido a sus brazos.

Andreas soltó un sonido que era mitad risa, mitad gemido de dolor.

—Estás loca, Arqueóloga. Completamente loca.

Por un segundo, bajó la frente y la apoyó en la mía, cerrando los ojos, permitiéndose respirar mi aire. Sentí su corazón martillear contra mi pecho, en un ritmo frenético que igualaba al mío.

Pero el momento de paz duró solo un latido.

De repente, su cuerpo se puso rígido nuevamente. La Bestia despertó.

Andreas me apartó con un empujón brusco, sujetándome los hombros con fuerza suficiente para hacerme daño. Sus ojos verdes, que por un instante parecieron vulnerables, se encendieron en llamas, barriendo el horizonte oscuro detrás de nosotros.

—Van a volver —gruñó, cambiando el tono de alivio a comando militar en fracción de segundos—. Esos dos barcos solo se han retirado para reagruparse. Necesitamos salir de aquí ahora.

Me soltó y corrió hacia el panel de control en la cubierta superior, saltando sobre el cuerpo del hombre que había matado sin ni siquiera mirar hacia abajo.

—¡Entra en la cabina! —gritó, girando la llave de contacto y empujando el acelerador.

El Cerbero rugió, despertando los motores con una vibración violenta que sacudió la cubierta.

—Andreas... —Intenté acercarme, todavía aturdida por el cambio brusco, mis manos extendidas hacia él.

—¡ADENTRO! —berreó, girándose hacia mí con una expresión tan feroz que retrocedí—. ¡Sal de la maldita cubierta, Chloe! ¡Si te pegan un tiro ahora, juro que te mato yo mismo!

El barco dio un salto hacia adelante, levantando la proa y cortando el agua con violencia. Tuve que agarrarme a la barandilla para no caer.

Le miré una última vez. Andreas estaba pilotando con una mano y limpiándose la sangre de la cara con la otra. Los ojos fijos en el radar y en el mar negro al frente. Su mandíbula estaba trabada con tanta fuerza que podía ver el músculo saltar.

Andreas ya no me estaba abrazando, había vuelto al modo de combate. La furia que emanaba de él era palpable, en una ola de calor que competía con el frío de la noche.

Me tragué el llanto y obedecí, tropezando hacia el interior de la cabina de mando, sujetándome donde podía, mientras el barco aceleraba hacia mar abierto, dejando los cuerpos y la sangre atrás, pero llevando la tensión explosiva con nosotros.



Andreas
GALANIS

Capítulo 16

El mar abierto era un vacío negro, pero dentro de la cabina del Cerbero, el aire era lo suficientemente denso para cortarlo con un cuchillo.

Empujé la palanca del acelerador hacia el piloto automático y bajé las escaleras a la cabina, golpeando las botas en los escalones de metal con fuerza excesiva. La adrenalina del tiroteo todavía quemaba en mis venas, mezclada con una rabia fría y aterradora que no sentía desde hacía años.

Chloe estaba allí, en medio de la sala, abrazando su propio cuerpo. Todavía llevaba mi camiseta, manchada con mi sangre y con la suciedad de la cubierta. El pelo era un nido de ratas, las gafas torcidas, y temblaba.

Sin embargo, no era miedo lo que había en sus ojos. Era shock y desafío.

Avancé sobre ella como una ola rompiente.

—¡¿Qué tienes en la cabeza?! —rugí, con mi control desvaneciéndose y el sonido de mi voz llenando el espacio minúsculo.

Chloe retrocedió un paso, golpeando la espalda en la pared del baño, pero levantó la barbilla.

—¡No podía dejarte allí solo!

—¡Te mandé quedarte abajo! —Golpeé la pared al lado de su cabeza con la mano, atrapándola. El metal vibró con el impacto—. ¡Dije que no salieras! ¡Eres civil, Chloe! ¡No sabes sujetar un arma, no sabes luchar, no sabes una mierda sobre este mundo!

—¡Te he salvado la vida! —gritó ella de vuelta, con la cara colorada de furia y pánico—. ¡Aquel hombre iba a dispararte! Si no hubiera gritado...

—¡Si no hubieras gritado, habría oído cómo llegaba! —mentí, o tal vez no. Estaba ciego de rabia. La imagen de ella saliendo por la escotilla, expuesta a las balas, se repetía en mi mente en bucle—. ¡Te convertiste en un blanco! ¡Si aquella bala hubiera acertado cinco centímetros a la izquierda, estaría limpiando tus sesos de mi cubierta ahora!

Le agarré los hombros, sacudiéndola levemente. La fragilidad de sus huesos bajo mis manos solo aumentó mi furia.

—¡¿Quieres morir, joder?! —grité en su cara—. ¿Es eso? ¿Quieres morir?

Chloe me empujó. Sus manos pequeñas golpearon mi pecho desnudo y ensangrentado con una fuerza sorprendente.

—¡Quiero que sigas vivo! —berreó ella, con las lágrimas desbordándose de los ojos grandes—. ¡No quería quedarme sola en este barco contigo muerto!

La confesión flotó en el aire, pesada y eléctrica.

La miré. Chloe estaba jadeando, con el pecho subiendo y bajando rápido, los labios entreabiertos y temblorosos. La camiseta le resbaló de un hombro.

La rabia no desapareció.

La adrenalina de la muerte, cuando no encuentra salida, se convierte en otra cosa. Se convierte en... deseo.

La distancia entre nosotros, que ya era mínima, se evaporó.

—Eres un problema, Chloe —gruñí—. Un maldito problema.

—Entonces resuélvelo —me desafió, con los ojos castaños fijos en mi boca.

La última barrera de control se partió.

Choqué mi boca contra la suya. No hubo amabilidad, mucho menos petición de permiso. Fue una colisión. Mis manos fueron a su pelo, agarrando los mechones con fuerza, tirando de la cabeza hacia atrás para profundizar el ángulo.

Chloe no retrocedió. Hizo un sonido en la garganta, un gemido de frustración y necesidad, y abrió la boca para mí.

Nuestras lenguas se encontraron en una pelea sucia y desesperada. La besé como si quisiera devorarla, castigarla y poseerla, todo al mismo tiempo. Sabía a sal, miedo y una dulzura que me volvía loco.

Prensé su cuerpo contra la pared, encajando mi muslo entre sus piernas, frotando mi erección dolorosa contra su intimidad a través de la tela de la camiseta.

Ella jadeó en mi boca, las uñas clavándose en mis hombros desnudos, arañando la piel, mezclando el dolor con el placer.

—Andreas... —suspiró mi nombre como una oración y una maldición.

Bajé los besos a su cuello, mordiendo la piel suave, chupando el pulso frenético de la garganta. Mi mano bajó, agarrando su muslo, subiendo la camiseta... Toqué la piel desnuda y caliente.

Iba a tomarla. Allí mismo. Contra la pared de metal, con el olor a pólvora y sangre todavía en el aire. Necesitaba enterrarme en ella para asegurarme de que estábamos vivos.

Le agarré la cintura, listo para levantarla.

Entonces, mis ojos enfocaron una mancha roja en el cuello de la camiseta que llevaba. Mi sangre y la de los hombres que maté.

La realidad cayó sobre mí como un cubo de agua helada.

Paré...

Mi respiración era un rasguño en el silencio. Mi cuerpo temblaba de necesidad. Sin embargo, mi mente se bloqueó. Este barco estaba sucio. Había cuerpos flotando ahí fuera y sangre en la cubierta, en mis manos y en su ropa.

No era un príncipe azul, pero tenía códigos. Y follarme a esta mujer, en este escenario de carnicero, parecía... incorrecto. Parecía que estaba ensuciando la única cosa limpia que quedaba.

Me aparté bruscamente, como si me hubiera quemado.

Chloe se tambaleó, apoyándose en la pared, con los ojos vidriosos de deseo y confusión. Sus labios estaban hinchados y rojos.

—¿Andreas? —susurró, extendiendo la mano hacia mí.

Retrocedí un paso más, pasándome la mano por el pelo, intentando controlar la respiración.

—No —dije, mi voz saliendo como un gruñido áspero—. Aquí no. Así no...

—¿Por qué no? —Su voz tembló, herida—. Me deseas. Siento que me deseas.

—¡El deseo no es la cuestión! —exploté, señalando al techo—. Acabamos de salir de un tiroteo, Chloe. El barco apesta a muerte. Estoy cubierto de sangre. Mereces más que un polvo rápido y sucio en medio de una huida.

Me miró fijamente, con los ojos abiertos de par en par, procesando mis palabras, cruzó los brazos sobre el pecho, a la defensiva, intentando recuperar algo de dignidad.

—No estoy pidiendo flores y velas, Andreas. Yo solo... yo solo quería sentir algo más aparte de miedo.

—Y yo no voy a usarte para aliviar mi estrés —repliqué, dándole la espalda para no ver la decepción en su rostro—. Ve a dormir. Olvida esto...

—Soy virgen.

Las dos palabras pararon el mundo. El sonido del motor del barco desapareció y el batir de las olas desapareció.

Giré sobre los talones, encarándola.

—¿Qué has dicho?

Chloe levantó la barbilla, con la cara ardiendo en un rojo vivo, pero la mirada firme.

—He dicho que soy virgen. Nunca he estado con nadie.

Sentí como si hubiera recibido un puñetazo en el estómago. La miré. Veintiséis años... Inteligente. Guapa de una forma que dolía... e intacta.

De repente, todo tuvo sentido. La timidez. La forma en que se sonrojaba. La falta de soltura con el cuerpo.

Me pasé la mano por la cara, soltando una risa sin humor, incrédula.

—Joder... —murmuré, mirando al techo—. Claro que lo eres. Claro que la única mujer que secuestraría en la vida tenía que ser una maldita virgen.

La miré de nuevo. La revelación lo cambiaba todo. Si la hubiera tomado, contra esa pared, con la violencia y la prisa que sentía... la habría hecho daño y transformado su primera vez en un trauma, no en un recuerdo.

Athan tenía razón. Ella era cristal y yo era un martillo.

—Esto... —la señalé a ella y luego a mí— ...esto definitivamente no va a pasar ahora.

—¿Por qué? —preguntó, esforzándose para que la voz saliera más alta que su miedo—. ¿Porque no sé qué hacer?

—No. —Di un paso adelante, pero paré a una distancia segura —. Porque tu primera vez no va a ser en un barco de guerra sucio de sangre, con un hombre que acaba de matar a dos personas. Vas a tener una cama, sábanas limpias y yo voy a tener tiempo para hacerlo bien.

Vi sus ojos abrirse de par en par con la promesa implícita en mis palabras.

—Andreas...

—Vete a la cama, Chloe —ordené, con la voz más suave, pero impositiva—. Antes de que cambie de opinión y te enseñe exactamente *por qué* deberías tenerme miedo.

Dudó por un segundo, después asintió. Chloe rodeó la mesa y fue hacia la cama en el rincón de la cabina, tumbándose y girándose de espaldas a mí.

Me quedé parado en medio de la cabina, mirando su espalda, sintiendo mi cuerpo doler de frustración.

Era un asesino... Un monstruo. Sin embargo, aquella noche, sería el guardián de su virtud. Aunque eso me matara.

Cogí una botella de whisky del armario, me senté en el suelo apoyado en la puerta (para asegurar que nadie entrara) y me preparé para la noche más larga de mi vida.



Chloe
STAMOS

Capítulo 17

El viaje de vuelta desde el puerto del Pireo fue un borrón de luces de neón de la ciudad y neumáticos cantando en el asfalto mojado. La lluvia, que nos había castigado en el mar, había transformado Atenas en un espejo oscuro y resbaladizo.

Estaba sentada en el asiento trasero de un todoterreno negro y blindado, con el cuero de la tapicería frío contra mi piel erizada. A mi lado, Andreas parecía una estatua de guerra esculpida en granito. Se había cambiado la camisa manchada de sangre por una camiseta limpia negra que uno de sus hombres, Ilias, había traído, pero el aura de violencia todavía emanaba de él como el calor residual de un horno.

Miraba por la ventana, la mandíbula trabada, una de las manos descansando sobre el muslo, lo suficientemente cerca para sentir su calor, pero lo bastante lejos para establecer un abismo entre nosotros.

El silencio en el coche era absoluto, roto solo por el zumbido del motor potente y por la radio de la frecuencia policial que Ilias monitorizaba a volumen bajo.

Cuando el coche empezó a disminuir la velocidad, salí de mi trance y miré por la ventana. Estábamos en Kifisia, el barrio más rico y exclusivo de Atenas. Ante nosotros, portones de hierro forjado con la altura de dos hombres se abrieron lentamente.

—¿Dónde estamos? —pregunté, mi voz ronca de cansancio y maresía.

—En casa —Andreas respondió—. La Mansión Galanis.

El coche subió la larga alameda. Cuando la casa principal finalmente surgió en la curva, perdí el aliento. No era una casa. Era un palacio moderno con alma clásica. Columnas de mármol blanco sostenían un balcón inmenso en el segundo piso. Parecía el tipo de fortaleza donde dioses griegos vivirían si tuvieran cuentas bancarias en Suiza y ejércitos privados a disposición.

—Es... es una exageración —murmuré.

—Es una fortaleza —Andreas corrigió, el tono seco—. Paredes reforzadas, cristales a prueba de balas, generadores independientes. Si Atenas cae, esta casa sigue en pie.

El coche paró suavemente frente a la escalinata principal. Andreas bajó y dio la vuelta para abrir mi puerta.

Dudé. Me miré a mí misma. Llevaba una camiseta masculina enorme que me llegaba a los muslos, vaqueros que se habían secado en mi cuerpo quedándose rígidos y zapatillas sucias de sal y aceite. Mi pelo era una catástrofe. Entrar en aquel lugar inmaculado parecía profanar un templo.

—Vamos, Chloe —Andreas extendió la mano, impaciente—. No tengo toda la noche y necesitas un baño.

Acepté su mano. Bajé del coche, sintiéndome minúscula ante la fachada monumental.

El hall de entrada era aún más impresionante. El techo abovedado, el suelo de ajedrez de mármol negro y blanco pulido como un espejo. En nichos en las paredes, estatuas de mármol nos observaban.

El sonido de tacones bajos resonó en el mármol. Una señora de uniforme blanco y negro apareció por una puerta lateral. Tenía la postura rígida y la mirada afilada.

—Señor Andreas —dijo ella, con un tono de reprimenda mezclado con alivio—. Habéis vuelto.

—Despina —Andreas saludó con un breve movimiento de cabeza—. Prepara la habitación de invitados del Ala Norte. La arqueóloga se quedará con nosotros por tiempo indefinido.

La mujer, Despina, se giró hacia mí. Su mirada me escaneó de arriba abajo, demorándose en la camiseta ancha, mi pelo desgreñado y la suciedad en mis zapatillas. No fue una mirada hostil, pero fue crítica.

—Mandaré preparar un baño caliente y separar ropa limpia —dijo ella, eficiente—. La niña parece que ha sido arrastrada por el puerto del Pireo.

—Casi lo fue —Andreas refunfuñó—. ¿Dónde está Athan?

La postura de Despina se volvió, si cabe, aún más rígida. Se aclaró la garganta discretamente, desviando la mirada hacia lo alto de la escalera.

—El Señor Athan está... retirado, señor. En el dormitorio principal. Con la señora Eleni.

—Estupendo —Andreas dijo, empezando a caminar hacia la escalera.

—¡Señor Andreas! —Despina dio un paso al frente, alarmada —. Dieron órdenes expresas de no ser molestados. La señora Eleni... la situación es delicada.

—La situación ahí fuera es más delicada, Despina. Tengo la llave del mapa. Necesito que él vea esto ahora.

Andreas empezó a subir la escalinata monumental, tirando de mí por el brazo.

—¡Espera! —susurré—. Has oído a la mujer. Dijo que están "retirados". Eso es código para "no entres o mueres". Pueden estar durmiendo. O... ocupados.

—No me importa si está durmiendo, rezando o resolviendo la paz mundial —Andreas replicó—. Athan me mandó a buscar esto. Lo he traído. El código tiene que romperse hoy.

Subimos al segundo piso. El pasillo era vasto, silencioso y alfombrado. Andreas se detuvo ante una puerta doble de roble oscuro.

Antes de que pudiera levantar la mano para llamar, oí un sonido.

No era un ronquido y definitivamente no era una conversación. Era un gemido. Femenino, alto, arrastrado e inconfundible. Seguido por un sonido grave, gutural, y el ruido rítmico y pesado de un cabecero de cama golpeando contra la pared.

Me congelé. Mi cara se encendió instantáneamente.

—¡Andreas, no! —chisté, tirando de su brazo—. Están... ¡están follando! ¡Por el amor de Dios!

—Lo sé —Andreas no parecía ni un poco afectado—. Athan está compensando el tiempo perdido. Estuvo célibe toda la semana por causa de la paranoia.

—¡No podemos interrumpir!

—Vergonzoso es que tenga que esperar en el pasillo con una caja llena de secretos mientras el mundo arde ahí fuera.

Sin la menor vacilación, Andreas levantó el puño y aporreó la puerta con fuerza.

—¡Athan! ¡Abre esta puerta!

El sonido ahí dentro paró abruptamente. El gemido se cortó. Oí un golpe sordo y una maldición ahogada y furiosa en griego. Me

encogí contra la pared, deseando tener el superpoder de volverme invisible.

Segundos después, la cerradura giró con violencia. La puerta se abrió de golpe.

Athan Galanis apareció.

Llevaba solo unos pantalones de pijama de seda negra, flojos. El pecho ancho y desnudo estaba cubierto de sudor. Había marcas de uñas rojas en sus hombros. Si las miradas matasen, Andreas sería un charco de sangre.

—Si la casa no está ardiendo, Andreas —Athan gruñó, con la voz tan ronca y letal que me hizo temblar—, voy a coger mi arma y te voy a pegar un tiro.

—La casa sigue en pie —respondió Andreas, cruzando los brazos—. Pero hemos traído la llave y a la arqueóloga.

Athan parpadeó, con la información penetrando la niebla de lujuria y rabia. Desvió la mirada de Andreas hacia mí.

—Ah —dijo, pasándose la mano por la cara sudada—. La chica del museo...

Por el hueco entre el brazo de Athan y el marco de la puerta, vi de refilón el interior de la habitación. Era un caos de sábanas revueltas y, en medio de la cama gigantesca, vi la figura de una mujer tirando del edredón hasta la nariz, la cara colorada, los ojos abiertos de par en par y el pelo castaño esparcido como un abanico. Eleni...

Nuestras miradas se cruzaron por un segundo.

—¡Perdón! —chillé, cubriéndome los ojos—. ¡Mil disculpas! ¡Yo no quería... él llamó!

Athan suspiró nuevamente, recuperando la compostura de Don.

—Mañana, Andreas —dijo, en un tono bajo que no admitía réplica—. A las ocho de la mañana, en el despacho. Si vuelves a

aporrear esta puerta antes de que salga el sol, o si oigo tu voz en este pasillo... eres hombre muerto.

—Justo —Andreas coincidió—. Ocho horas. Estate vestido.

Athan lanzó una última mirada mortal a su hermano y nos cerró la puerta en la cara. Oí el sonido del cerrojo girando dos veces inmediatamente.

Andreas se giró hacia mí. Había un brillo de diversión genuina en sus ojos verdes al ver mi estado de mortificación total.

—¿Ves? Nadie ha muerto.

—Eres un sociópata —susurré—. Me van a odiar. He visto cosas... he oído cosas...

—Te lo agradecerán cuando descifres el mapa. Ahora vamos. Despina ya debe de haber arreglado tu habitación y yo necesito whisky.

Me guio hacia otra puerta, en el lado opuesto del pasillo. La abrió y me hizo seña para que entrara.

La habitación de invitados era más grande que mi apartamento entero. Tenía una cama con dosel, cortinas de terciopelo azul marino y un baño privado que podía ver desde allí. Parecía el cielo, pero me sentía en el infierno.

—Quédate aquí —ordenó Andreas—. Hay guardias en el pasillo. Estás segura. Nadie entra aquí sin pasar por mí.

—¿Y tú? —pregunté. De repente, la idea de quedarme sola en aquella habitación enorme me asustó.

Andreas se detuvo. Me miró, y por un momento, el recuerdo de lo que casi pasó en el barco: el beso, la tensión, mi confesión... flotó entre nosotros. Sus ojos bajaron a mi boca.

—Yo me voy al despacho —dijo, la voz áspera—. Tengo una guerra que planear con mis hermanos. Alex debe de estar llegando. Intenta dormir, Chloe.

Cerró la puerta antes de que pudiera responder. Me quedé sola en el lujo silencioso. Estaba en el Olimpo, rodeada por dioses y

monstruos. Pero mi peligro no era el Rey que estaba en la habitación de al lado. Era la Bestia de ojos verdes que acababa de salvarme y abandonarme en la misma noche.



Andreas GALANIS

Capítulo 18

El despacho de Athan olía a café fuerte, cera para muebles y a una rabia silenciosa que parecía impregnar las paredes de caoba.

Eran las ocho de la mañana en punto.

Estaba de pie frente a la mesa de mi hermano, con los brazos cruzados. Athan estaba sentado en su silla de cuero, impecablemente vestido con un traje gris plomo. La única evidencia de la noche anterior era una leve sombra de agotamiento bajo los ojos y una marca roja en el cuello.

Alex estaba en el sofá, con una tableta en el regazo.

—Llegas treinta segundos tarde —comentó Athan, sin levantar la vista.

—El tráfico en la escalera estaba pesado —respondí, seco—. Tuve que esquivar a una ama de llaves furiosa y a una arqueóloga que no sabe usar una cafetera.

Alex soltó una risa corta. Athan finalmente me miró. Sus ojos azules eran hielo puro.

—¿Dónde está? —exigió.

Caminé hasta la mesa lateral y cogí la caja de metal oxidada que había traído del fondo del mar. La puse sobre la mesa de Athan con un golpe pesado. Escamas de óxido y sal seca se soltaron, ensuciando la superficie pulida.

Athan se inclinó hacia delante. Abrí la tapa con la mano buena.

El interior de la caja reveló los trofeos: la daga micénica con mango de marfil y el cilindro de metal, el criptex.

Alex se levantó y vino hasta la mesa.

—Increíble —murmuró Alex—. ¿Esto es real?

—Tan real como el agujero que puede hacerte en el pecho —respondí—. Bronce antiguo, oro y marfil.

—Es una llave —constató Athan, cogiendo la daga. Probó el peso del arma en la mano. Cogió el cilindro con la otra mano.

—Padre convirtió nuestra herencia en un juego de niños —gruñí—. Una maldita búsqueda del tesoro.

—No es un juego, Andreas —dijo Athan—. Es una prueba.

Alineó la hoja de la daga con la ranura en el extremo del cilindro. Con un clic metálico suave, la daga se deslizó hacia adentro. Oímos engranajes internos moverse. El cilindro se desbloqueó. Athan tiró de las dos mitades del criptex, abriéndolo.

Dentro, enrollado en un tubo de vidrio fino, había un pedazo de pergamino. Alex sacó el papel y lo desenrolló sobre la mesa.

No era un mapa. Era un grabado... Un dibujo detallado de una estructura arquitectónica. Parecía un templo. En el centro, un mosaico complejo representando a una gorgona: la Medusa.

Debajo del dibujo, solo una frase en griego:

"Mira a los ojos de ella y ve el fuego que no quema."

Golpeé la mesa con la mano buena.

—¿Estás de coña? —exploté—. ¿Otra adivinanza? ¿Por qué simplemente no dejó la puta contraseña de la caja fuerte?

Athan permaneció inmóvil, mirando el dibujo, pero vi su mandíbula trabarse.

—Porque quería asegurarse de que solo nosotros lo consiguiéramos —dijo Athan—. O tal vez... quería humillarnos.

—Se está riendo de nosotros —comentó Alex.

—Está en el infierno riéndose. Sabía que Damon vendría a por el dinero.

—¿Damon sabe esto? —pregunté.

—Sabe que necesita algo —respondió Athan—. Por eso estaba cazando a la arqueóloga. Él no tiene la llave, Andreas. Nosotros la tenemos.

—Tenemos un dibujo de una Medusa y una frase estúpida —repliqué—. Grecia tiene más templos que olivos. Puede ser en cualquier lugar.

—*Santorini* —la voz de Alex cortó mi queja.

Paré. Athan lo miró.

—¿Qué?

—El mosaico —Alex señaló el dibujo—. Me acuerdo de esto. Cuando éramos niños, padre nos llevó a un viaje. Santorini. Había una tienda de antigüedades que visitaba siempre. En el sótano... había un suelo así.

La memoria de Alex desbloqueó la mía. El olor a azufre. Las calles blancas y azules.

—La tienda del viejo Vasilis —recordé—. Padre usaba aquel lugar para blanquear dinero del tráfico de opio en los años 90.

—¿La tienda todavía existe? —preguntó Athan.

—Vasilis murió, pero la propiedad sigue a nombre del *holding* de la familia —respondió Alex, cogiendo el móvil para confirmar—.

Está cerrada desde hace años. Llenándose de polvo.

—Es allí —decidió Athan—. El siguiente paso está en Santorini.

La puerta del despacho se abrió y nuestra madre entró. El silencio cayó sobre la habitación.

Cassandra caminó hasta la mesa. Su mirada se posó inmediatamente en la caja abierta y en la daga. Tocó el borde de la caja.

—Él guardó esto —dijo ella, la voz fría—. Me acuerdo cuando trajo esta daga. Dijo que era una inversión. Solo no sabía que estaba invirtiendo en nuestra destrucción para salvar el pellejo de un bastardo.

Levantó la vista, encarándonos a los tres.

—Vuestro padre construyó un imperio sobre mentiras. Vamos a acabar con esto.

—Vamos a coger lo que escondió, madre —dijo Athan—. Damon no va a tener nada.

—Se trata de retomar lo que es nuestro. —La mirada de ella sobre el dibujo de la Medusa era quirúrgica—. Vais a ir allí y vais a limpiar la historia de esta familia.

Se giró hacia mí.

—¿Y la chica, Andreas? ¿La arqueóloga?

—Ella viene con nosotros —afirmé, cruzando los brazos—. Es la única que consigue leer los códigos lo suficientemente rápido. Sin ella, estamos ciegos.

Mi madre me estudió.

—La estás protegiendo —constató, seca.

—Es un activo valioso.

—Es una distracción —corrigió Cassandra, dando un paso al frente—. Veo cómo te pones delante de ella. El deseo es un arma

poderosa, Andreas, pero es un arma de doble filo. No seas el tonto que fui yo.

Sentí el peso de aquellas palabras.

—Usa a la chica —continuó—. Protégela, porque necesitamos su mente. Pero recuerda quién eres. Si tienes que elegir entre ella y tus hermanos... sabes cuál debe ser la elección.

—Sé mi deber —respondí, rígido.

—Entonces cúmplelo. —Me soltó el brazo—. Traed el legado de vuelta y volved vivos. No os he criado para ser mártires.

Ella salió del despacho.

—Damon lo descubrirá —avisé—. En cuanto salgamos de Atenas, lo sabrá.

—Deja que lo sepa —dijo Athan—. ¿Y la chica? ¿Ha visto esto?

—Ella ayudó a abrir la primera caja. Ella sabe leer estas cosas. La necesitamos.

—Ella es un riesgo —rebatió Athan—. Es una civil.

—Está bajo mi protección —corté.

—¿"Tu protección"? —Athan repitió—. ¿Te estás acostando con ella?

Sentí mi cuello calentarse.

—Eso no es de tu incumbencia. Y no, no lo estoy. Es una rehén, no una conquista.

—Estupendo —Athan se levantó—. Mantén el enfoque, Andreas. Preparaos. Partimos hacia Santorini mañana y llevad a la chica.

Asentí, cogiendo la caja de vuelta.

Salí del despacho. Mi padre estaba muerto, pero su sombra era larga y fría. Tenía que arrastrar a Chloe a la siguiente fase de su juego sádico.

Subí las escaleras hacia la habitación de invitados. Le dije a Athan que ella no era una distracción. Sin embargo, mientras caminaba por el pasillo silencioso, sabiendo que ella estaba detrás de aquella puerta, vistiendo mi ropa o tal vez nada... sabía que estaba mintiendo... y eso podía matarnos a los dos.



Chloe
STAMOS

Capítulo 19

La habitación de invitados era un mausoleo de silencio y seda azul.

Caminaba de un lado a otro, descalza sobre la alfombra persa, incapaz de quedarme quieta. La imagen de Athan y Eleni en el dormitorio principal, la furia de Andreas en el pasillo, mi propio cuerpo traidor reaccionando a su proximidad... todo giraba en mi cabeza como un carrusel roto.

Estaba limpia. Despina había preparado un baño con aceites que costaban más que mi alquiler y me había dejado un pijama de seda gris plata que se deslizaba sobre la piel como el agua. Pero no me sentía calmada. Estaba... eléctrica.

La puerta se abrió sin aviso.

Me detuve en medio de la habitación, con el corazón saltando en la garganta.

Andreas entró.

Se había duchado. El pelo oscuro estaba húmedo, peinado hacia atrás con los dedos; llevaba un pantalón de chándal negro y una camiseta blanca que marcaba cada músculo del torso. Andreas traía consigo ese olor a tormenta que parecía ser su esencia.

Cerró la puerta con llave tras de sí. El clic de la cerradura fue el sonido más alto del mundo.

—¿Andreas? —llamé, con mi voz fallando—. ¿Ha pasado algo? El mapa...

—El mapa está resuelto —cortó, caminando hacia mí con la determinación de un tanque de guerra—. Partimos mañana al amanecer hacia Santorini.

—Santorini... —repetí, el alivio mezclándose con el pavor—. Entonces vamos a salir de aquí.

—Vamos. —Se detuvo frente a mí, invadiendo mi espacio personal, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás para encararlo —. Pero antes de salir, Arqueóloga, tenemos un asunto pendiente.

El aire salió de mis pulmones. Sabía de lo que estaba hablando. El barco. La pared. El casi.

—Andreas... yo...

No me dejó hablar. Me sujetó la cara con las dos manos grandes y ásperas y me besó. No fue un beso de prueba. Fue un beso de posesión. Tomó mi boca con un hambre que me hizo gemir, su lengua invadiendo, dominando, reivindicando el territorio que había demarcado en el mar.

Sentí el sabor a whisky y menta.

Mis manos subieron a su pecho, agarrando la camiseta blanca, tirando de él para acercarlo más. Mi cuerpo se amoldó al suyo, la seda fina de mi pijama no ofrecía ninguna barrera contra su dureza.

Estaba excitado. Muy excitado...

Andreas bajó los besos a mi cuello, mordiendo el tendón sensible, haciendo que mis piernas temblaran. Sus manos bajaron a mi cintura, apretando con fuerza, y después a mi culo, atrayéndome contra su cadera.

Me estaba quemando... quería eso. Ansiaba que él terminara lo que empezó en el Cerbero.

—Llévame a la cama —susurré, con la vergüenza siendo incinerada por el deseo.

Andreas paró.

Se apartó, respirando pesadamente, con los ojos verdes oscuros y dilatados. Me miró, a mis labios hinchados, a mi pecho subiendo y bajando.

—Paciencia... —dijo, con voz ronca.

Me helé. ¿Rechazo? ¿Otra vez?

—¿Qué?

—Dije que tu primera vez sería en una cama y lo va a ser. —Me guio hasta la cama con dosel y me hizo sentarme en el borde—. Pero no voy a tocarte. Todavía no...

Me senté, confundida y frustrada, el deseo latiendo entre mis piernas.

—No lo entiendo.

Andreas se quedó de pie entre mis piernas abiertas. Cruzó los brazos, en una postura de profesor severo y peligroso.

—Eres virgen, Chloe. No conoces tu cuerpo. Ni sabes qué te gusta, dónde duele, dónde es bueno. —Se inclinó, apoyando las manos en mis rodillas, con la cara cerca de la mía—. No voy a entrar en ti a ciegas. No voy a hacerte daño por ignorancia.

—Entonces enséñame —desafié, temblorosa.

Una sonrisa lenta y diabólica curvó sus labios.

—Es exactamente lo que voy a hacer. Pero no voy a usar mis manos. Voy a usar las tuyas.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Túmbate —ordenó—. Y apóyate en el cabecero.

Dudé, con la cara ardiendo. La masturbación era algo que hacía en la oscuridad, rápidamente, bajo las sábanas, llena de culpa católica y prisa. Nunca delante de nadie. Mucho menos delante de un hombre como él.

—Andreas, no puedo...

—Puedes... y vas a hacerlo. —Su voz era una orden absoluta —. Obedece, Chloe.

Había algo en su tono, una autoridad incuestionable, que desactivó mi vergüenza y activó mi sumisión. Me arrastré hacia atrás en la cama, recostándome en las almohadas de terciopelo. Andreas permaneció de pie, observando.

—Levántate la blusa —dijo él.

Con manos temblorosas, me subí la parte de arriba del pijama, exponiendo mis pechos. Los pezones estaban duros, doloridos de necesidad. Andreas no los tocó. Solo miró, con una intensidad que parecía física.

—Quítate los pantalones.

Me quité la parte de abajo, dando una patada a la tela para alejarla. Me quedé desnuda ante él, expuesta bajo la luz de la lámpara de araña de cristal. Intenté cerrar las piernas, en un gesto instintivo de pudor.

—Abre —gruñó suavemente—. Quiero verte.

Abrí las piernas despacio, sintiendo el aire acondicionado frío en mi piel húmeda. Andreas miró mi sexo, rosa e intacto, y soltó un gruñido bajo que vibró en la habitación.

—Perfecta —murmuró—. Ahora... tócate.

Mi mano flotó en el aire, incierta.

—¿Dónde?

—Donde tú quieras. Donde sea bueno. Empieza despacio.

Cerré los ojos para intentar bloquear su visión mirándome y llevé la mano hacia abajo. Me toqué mi propia piel, tímida.

—Ojos abiertos —ordenó Andreas—. Mírame mientras haces eso.

Abrí los ojos. Su mirada estaba fija en mi mano. Era la cosa más erótica y vergonzosa que había vivido jamás. Empecé a acariciarme. Primero la ingle, luego los labios, sintiendo la humedad que ya estaba allí.

Andreas observaba cada movimiento, con su respiración volviéndose más pesada.

—Encuentra el clítoris —instruyó, con voz gruesa—. Circula. Eso... No tengas miedo.

Obedecí. Mis dedos encontraron el botón sensible. Empecé un ritmo lento. La sensación fue inmediata, una corriente eléctrica subiendo por mi espina dorsal. Solté un suspiro tembloroso.

—¿Eso es bueno? —preguntó.

—Sí...

—Entonces continúa. Más rápido.

Aumenté el ritmo. La vergüenza empezó a derretirse, sustituida por un placer agudo y enfocado. La visión de Andreas, parado allí, vestido, asistiendo a mi placer como si fuera el dueño de él, me excitaba más que cualquier toque.

—Usa la otra mano —dijo—. Apriétate los pechos.

Llevé la mano izquierda al pecho, apretando la carne suave, pellizcando el pezón como él había hecho en el sueño que tuve en el barco.

—Andreas... —gemí, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—No pares. Quiero ver cómo te corres, Chloe. Quiero ver cómo te deshaces para mí.

Su orden fue el gatillo.

Aceleré mi mano. El mundo alrededor desapareció. Solo existía el toque, la respiración de Andreas y la presión creciente en mi bajo vientre. Me retorcía en la cama, con las sábanas de seda arrugándose bajo mi espalda.

El placer subió, en una ola caliente y dorada, hasta que no pude aguantar más.

—¡Andreas!

Grité su nombre cuando el orgasmo me golpeó. Mi cuerpo se arqueó, mis dedos continuaron trabajando, extrayendo cada gota de sensación, mientras temblaba violentamente delante de él.

Me quedé allí, jadeando, con la piel brillando de sudor, la mano todavía entre las piernas, sintiendo las últimas contracciones.

Andreas se acercó a la cama. Su expresión era la de un depredador que acababa de acorralar a la presa.

—Preciosa —dijo, con voz ronca.

Subió a la cama, gateando sobre mí. No hubo más palabras. No se quitó la camisa. Solo se abrió el pantalón de chándal y se liberó, con su erección saltando, gruesa y vehemente.

—Ahora estás lista —susurró, posicionándose entre mis piernas que todavía temblaban del orgasmo. Me sujetó las caderas con las manos grandes, afirmándome en el colchón—. Esto va a doler, Chloe. Pero yo estoy aquí.

Miré sus ojos verdes. Había oscuridad allí, pero también había una promesa.

—Confío en ti —susurré.

Andreas empujó.

Su cabeza rompió mi entrada. Un grito de dolor se quedó atascado en mi garganta, y clavé las uñas en sus hombros. Parecía que me estaba partiendo por la mitad.

Paró, enterrado solo un poco, dándome tiempo. Se inclinó y besó mis lágrimas, besó mi frente, besó mi boca con una ternura sorprendente.

—Respira, *glikia mou* —murmuró contra mis labios—. Relájate para mí.

Respiré. Su cuerpo era pesado, caliente y sólido. Me estaba llenando de una forma que nunca imaginé que fuera posible.

Cuando el dolor agudo disminuyó a un latido sordo, empujó de nuevo. Esta vez, fue hasta el fondo.

El himen se rompió. Sentí el ardor, la invasión total. Estaba en el fondo, tocando mi alma.

Andreas soltó un gemido largo, apoyando la frente en la mía, con los músculos del brazo temblando con el esfuerzo de contenerse para no hacerme más daño.

—Estás apretada... —gruñó—. Tan mía...

Empezó a moverse. Despacio al principio, estocadas largas y profundas que me hacían jadear. El dolor empezó a mezclarse con el placer residual de mi orgasmo, transformándose en algo nuevo. Algo primitivo.

Me aferré a él, envolviendo su cintura con mis piernas, intentando traerlo más cerca, más hondo.

Andreas entendió la invitación. El ritmo aceleró. Las estocadas se volvieron más fuertes, golpeando en el fondo de mi vientre. Me follaba con una posesividad que borraba cualquier duda de quién era yo. Ya no era la arqueóloga.

Era la mujer de Andreas Galanis.

—Mírame —exigió, sujetándome la cara, mientras aumentaba la velocidad.

Miré y vi a la Bestia rendirse.

Se corrió con un rugido ahogado en mi cuello, derramándose dentro de mí, inundándome, sellando nuestra unión con sangre y semilla.

Cuando se desplomó sobre mí, exhausto, lo abracé, sintiendo su peso anclarme a la tierra. Estaba dolorida, marcada e irrevocablemente cambiada.

Andreas me besó el hombro, tirando del edredón para cubrirnos, creando una tienda de privacidad en medio del caos de nuestra vida.

—Mañana vamos a la guerra, Chloe —susurró en la oscuridad.

—Lo sé —respondí, cerrando los ojos.



Andreas GALANIS

Capítulo 20

Desperté antes que el sol.

No era novedad. El sueño siempre fue un lujo que tomaba en dosis pequeñas y vigilantes. Pero aquel día, había una diferencia fundamental.

Había un peso caliente y suave sobre mi pecho.

Abrí los ojos y miré hacia abajo. Chloe estaba durmiendo, con la cara enterrada en la curva de mi cuello, una pierna echada sobre las mías, enlazándome como una hiedra. El pelo castaño se esparcía por la almohada y por mi hombro, haciéndome cosquillas en la nariz.

Me quedé inmóvil, oyendo su respiración suave. Me acordé de la noche anterior. Del miedo en sus ojos, del valor tembloroso y del sonido que hizo cuando la tomé.

Ahora, ella ya no es virgen, ¡es mía!

Sentí un apretón posesivo en el pecho, algo que no tenía nada que ver con lujuria, era un instinto territorial. La había

marcado, sacado sangre y oído sus primeros gritos de placer. Eso creaba un vínculo que, en mi mundo, era más fuerte que cualquier contrato firmado.

Pasé la mano por la espalda de Chloe, sintiendo la piel lisa bajo mi palma. Se movió, refunfuñando algo ininteligible, y apretó el brazo alrededor de mi cintura.

Debería levantarme e ir al despacho, planeando la ruta a Santorini, verificando las armas, asegurándome de que Damon no hubiera puesto una bomba en el Cerbero. Pero me quedé. Por diez minutos más, me quedé... Simplemente siendo la almohada humana de una arqueóloga que olía a flores y sexo.

Cuando el reloj marcó las seis, me forcé a salir de la cama. Me deshice de ella con cuidado, cubriéndola con el edredón.

Fui al baño, me lavé la cara con agua helada y me miré en el espejo. La Bestia estaba allí, devolviéndome la mirada. Sin embargo, había algo diferente en los ojos. Menos oscuridad... Más enfoque.

Me vestí rápidamente. Pantalón táctico, camiseta negra y botas. El uniforme de guerra.

Volví a la habitación. Chloe todavía dormía. Dejé una nota en la mesita de noche y salí.

Estate lista en una hora. Ponte algo cómodo. Andreas.

El comedor estaba sumido en la penumbra habitual.

Mi hermano estaba detrás de la mesa, hablando por teléfono en ruso fluido y agresivo. Alex estaba en el sofá, tecleando en un portátil.

—...si veo a uno de tus hombres cerca de mi puerto, Vladimir, lo consideraré un acto de guerra. —Athan colgó el teléfono con fuerza y me miró—. Buenos días, Andreas. Veo que has sobrevivido a la noche.

—Apenas —respondí, yendo hacia la jarra de café—. Pero la chica está entera.

—¿Entera y... tuya? —preguntó Alex, sin levantar la vista de la pantalla, una sonrisa maliciosa en los labios.

Le lancé una mirada de advertencia.

—Ella es parte de la misión.

—Claro —Rio Alex—. Y yo soy el Papa.

Ignoré el comentario y me giré hacia Athan.

—¿El plan para Santorini?

Athan activó el mapa en la pared.

—El Cerbero está repostado y listo en el puerto privado. He colocado un equipo de apoyo en Oia, disfrazado de turistas, pero mantendrán la distancia. Tenéis que parecer una pareja de vacaciones... o algo parecido. Si Damon percibe movimiento militar, atacará con fuerza total.

—Ya sabe que hemos salido de la isla —recordé.

—Sabe que habéis huido. Pero no sabe a dónde. La ventaja es nuestra, por ahora.

Athan se levantó y caminó hacia mí. Me puso la mano en el hombro.

—Trae lo que sea que esté en esa caja fuerte, Andreas. Pero, sobre todo... tráete a ti y a la chica de vuelta. Vivos.

—Lo haré —prometí.

La puerta se abrió y mi madre entró con la postura de una general inspeccionando a las tropas antes de la batalla. Llevaba un vestido gris oscuro, el pelo recogido en un moño impecable y esa mirada que parecía ver a través de las paredes.

Detrás de ella, Eleni entró cargando una bandeja con *koulouria* frescos, pareciendo la luz que seguía a la sombra de la suegra; detrás de Eleni, tímida, entró Chloe.

Chloe vestía unos vaqueros y una blusa de lino blanca que debía de ser de Eleni, pues le quedaba un poco ancha de hombros.

El pelo estaba recogido en una coleta alta, y llevaba las gafas grandes.

Cuando me vio, su cara se sonrojó violentamente. Sentí mi propia sangre calentarse. El recuerdo de ella desnuda, arqueada en la cama, invadió mi mente con la fuerza de un puñetazo.

—Buenos días —murmuró Chloe, evitando mi mirada y escondiéndose un poco detrás de Eleni.

—Buenos días —respondió Athan, yendo a ayudar a su esposa con la bandeja.

Cassandra se paró en medio de la sala, ignorando la comida. Me miró, después a Chloe. Su mirada era clínica, evaluando si la "pieza" estaba lista para el juego.

—Tenéis un viaje largo —dijo mi madre—. Espero que estéis preparados. Santorini no es solo una isla bonita; es un laberinto.

Caminó hacia Chloe. Mi chica... *mi rehén*, corregí mentalmente, se puso tensa, pero no retrocedió. Se ajustó las gafas y sostuvo la mirada de la Matriarca.

—Descifraste el primer mapa —dijo Cassandra, no como una pregunta, sino como una constatación—. Andreas dice que eres brillante. Espero que tenga razón.

—Hago mi trabajo, Señora Galanis —respondió Chloe, con la voz firme a pesar del nerviosismo—. Me gusta terminar lo que empiezo.

Cassandra asintió, en una leve curva de labios indicando aprobación.

—Bien. Porque en esta familia, no dejamos cabos sueltos. —Se giró hacia mí—. Cuídala, Andreas. Ella es el cerebro de la operación. Tú eres solo el músculo. Intenta no olvidarlo.

Bufé, sirviendo café.

—Gracias por la confianza, madre.

—La confianza se gana con resultados. Tráeme la cabeza de Damon o el legado de tu padre. Preferiblemente, los dos.

Nos sentamos todos. La escena era extrañamente doméstica, si ignorabas la tensión subyacente. Athan y Eleni, la pareja real, con él acariciando la espalda de ella protectoramente. Alex, el príncipe cínico. Cassandra, la reina regente, vigilándolo todo. Y yo y Chloe... el ogro y la rehén.

Miré a Chloe. Estaba conversando bajo con Eleni sobre el mareo en el mar. Se rio de algo que dijo mi cuñada. Era un sonido bonito.

De repente, la tableta de Alex pitó. Un sonido agudo, de alerta roja.

La atmósfera en la sala cambió instantáneamente. La domesticidad se evaporó. Cassandra se puso rígida. Athan soltó la mano de Eleni.

—¿Qué pasa? —preguntó Athan, con la voz de Don volviendo.

Alex miró la pantalla, su rostro palideciendo.

—Damon —dijo—. Hemos interceptado una comunicación en la Deep Web.

—¿Sabe a dónde vamos? —pregunté, levantándome, la mano yendo instintivamente al arma en la cintura.

—Todavía no —respondió Alex, tecleando rápido—. Pero ha subido la apuesta. Ha puesto precio a vuestras cabezas.

Alex nos giró la tableta. Había una foto mía y una foto de Chloe (sacada de la web del museo). Debajo, un valor en criptomonedas que equivalía a una fortuna.

—Cinco millones de euros —leyó Alex—. Vivo o muerto.

Cinco millones. Era dinero suficiente para hacer que cualquier mercenario, traficante o incluso un ciudadano desesperado probara suerte. Atenas entera estaría buscándonos en media hora.

El silencio en la sala fue roto por la voz de mi madre.

—Está desesperado —dijo ella, fría como el mármol del suelo —. Sabe que estamos cerca. Cinco millones es el precio de su miedo.

Me miró.

—Sácala de aquí, Andreas. ¡Ahora!

Miré a Chloe. Estaba parada, sujetando la taza de café con las dos manos, atónita. El miedo había vuelto a sus ojos, pero no estaba llorando.

—Tenemos que irnos —dije.

Caminé hacia ella y le agarré el brazo.

—Andreas... —empezó.

—No hables. Solo ven.

Me giré hacia la familia.

—Cerrad los portones —avisé a Athan.

—Vete —ordenó Athan—. Nosotros aguantaremos aquí.

Cassandra dio un paso al frente, bloqueando mi camino por un segundo. No me abrazó. Me sujetó la cara con una de las manos, con las uñas afiladas presionando mi piel.

—No mueras —ordenó—. Y no dejes que cojan a la chica. Si Damon le pone las manos encima, él gana.

—Va a tener que pasar por encima de mi cadáver —gruñí.

—Eso no puede ocurrir —me soltó la cara—. ¡Ahora vete!

Arrastré a Chloe fuera del comedor, de la mansión y de la seguridad del Olimpo. El mundo ahí fuera quería matarnos y yo estaba ansioso por devolver el favor.

—Vamos al infierno, Chloe —murmuré mientras la metía en el coche—. Espero que estés lista.

Me miró, se ajustó las gafas y, para mi sorpresa, me cogió la mano.

—Mientras tú estés sujetando el arma, yo lo estoy.

Sonreí.

Esa era mi chica.



Chloe
STAMOS

Capítulo 21

La puerta de la Mansión Galanis se cerró detrás de nosotros con un sonido sordo y final, cortando la seguridad del aire acondicionado y el olor a café recién hecho que yo había empezado a asociar con el hogar.

El calor de la mañana de Atenas me golpeó, pero lo que me hizo temblar fue la mirada de Andreas. Ya no era el hombre que había dormido abrazado a mí horas antes, era el Ejecutor.

La postura estaba rígida, los músculos del cuello tensos como cuerdas de acero. Los ojos verdes barrían el perímetro de la propiedad como un radar buscando amenazas invisibles, y la mano derecha descansaba permanentemente sobre el volumen del arma en la cintura, una advertencia silenciosa para cualquier sombra que osara moverse.

—Entra —ordenó, abriendo la puerta del copiloto de un coche deportivo negro y discreto, un modelo rápido y bajo, nada parecido

a los todoterrenos blindados que la familia solía usar.

Dudé, mirando el convoy de seguridad que se formaba al otro lado de la entrada.

—¿Dónde está Ilias? —pregunté, entrando en el asiento de cuero que olía a nuevo—. ¿No viene con nosotros?

—Ilias va a conducir el blindado por la ruta sur como cebo. Va a atraer la atención. Nosotros vamos solos, por la ruta norte, en un coche no registrado.

Cerró la puerta de un golpe y corrió hacia el lado del conductor, moviéndose con una agilidad depredadora.

En cuanto encendió el motor, el coche cobró vida con un rugido agresivo que vibró en mi pecho. Andreas no esperó a que el portón se abriera totalmente; arrancó, cantando neumáticos en la grava blanca, saliendo por los portones de servicio traseros en una nube de polvo.

—Ponte el cinturón y agárrate fuerte —avisó, con los ojos fijos en los retrovisores, las manos apretando el volante de cuero con fuerza—. Vamos a coger la carretera secundaria hacia la costa. Si Damon tiene nuestra ubicación, las avenidas principales son trampas mortales.

Obedecí, abrochando el cinturón de seguridad con manos temblorosas. Observé su perfil. La mandíbula trabada y la concentración absoluta. Parecía haber apagado cualquier emoción humana para convertirse en una máquina de conducción y supervivencia.

—Andreas... —llamé, con mi voz perdiéndose bajo el ruido del motor y del viento que entraba por la ventana semiabierta—. ¿Cinco millones? ¿Es en serio?

Soltó una risa seca, sin humor, mientras tomaba una curva cerrada que me lanzó contra la puerta del copiloto.

—Damon está desesperado. Sabe que, si desciframos el mapa, ha perdido la única ventaja que tenía. Así que ha abierto la

cartera. —Me miró de reojo, y por un segundo, vi la preocupación brillar tras la frialdad—. Felicidades, Arqueóloga. Vales más muerta que cualquier pieza de tu museo.

Tragué saliva. La idea de que cualquier persona en la calle: un motorista, un conductor de camión, un peatón, pudiera sacar un arma y dispararnos por dinero era aterradora. Ya no era una persona; era un billete de lotería andante.

Llevábamos veinte minutos en la carretera, saliendo de la zona urbana de Atenas y entrando en las colinas áridas y sinuosas que rodeaban la ciudad, cuando la postura de Andreas cambió. Se puso aún más tenso, si es que eso era posible.

—¡Mierda! —maldijo por lo bajo.

Miré hacia atrás, siguiendo su mirada en el espejo.

Un sedán gris, genérico y soso, estaba a unos cien metros de distancia. Parecía un coche común, de familia, pero estaba manteniendo la velocidad exacta de la nuestra, imitando cada cambio de carril que Andreas hacía.

—¿Nos están siguiendo? —pregunté, el pánico subiendo por la garganta como bilis.

—¡Agárrate!

Andreas pisó a fondo. El coche deportivo se disparó, con el motor gritando mientras el velocímetro subía a 180 km/h en la carretera estrecha. Los olivos en los márgenes se convirtieron en borrones verdes.

El sedán detrás de nosotros aceleró también. No era un coche de familia. Su motor rugió, acompañando nuestra potencia.

Entonces, vi al pasajero del otro coche sacar el cuerpo por la ventana. El sol de la mañana brilló en el metal negro de un subfusil.

—¡Abajo! —gritó Andreas, empujando mi cabeza hacia sus rodillas con una mano pesada, mientras la otra giraba el volante bruscamente hacia la izquierda.

El sonido fue ensordecedor. La luna trasera estalló en una explosión de diamantes.

Grité, cubriéndome la cabeza con las manos, sintiendo esquirlas de vidrio llover sobre el asiento trasero y sobre mis hombros. El viento invadió el coche, aullando.

—¡Están disparando! —berreé lo obvio, siendo la única cosa que mi cerebro en pánico conseguía procesar.

—¡No me digas! —gruñó Andreas, luchando para mantener el coche en la pista mientras hacía zigzags para dificultar su puntería—. ¡Abre la guantera!

—¿Qué?

—¡La guantera, Chloe! ¡Coge el arma! ¡Ahora!

Tanteé el panel con dedos entumecidos y abrí el compartimento. Mis dedos se cerraron en torno al metal frío y pesado de una Glock negra extra. La saqué, con mis manos temblando tanto que apenas conseguía sujetarla. El peso de la muerte en mi mano.

—¿Qué hago? —grité, mirando el arma como si fuera una serpiente—. ¡No sé disparar desde un coche en movimiento! ¡Ni siquiera sé disparar parada!

—¡No vas a disparar! Solo quítale el seguro y déjala lista por si se acercan. Voy a sacar a esos bastardos de la carretera.

Andreas hizo algo insano.

En vez de acelerar más, pisó el freno con todo.

El coche cantó neumáticos, el humo de goma quemada subió blanco y denso. Fui lanzada contra el cinturón de seguridad, sintiendo el aire salir de mis pulmones.

El sedán gris, pillado por sorpresa por la maniobra suicida, se acercó demasiado rápido. El conductor intentó frenar, pero estaba muy cerca.

Cuando estaban a centímetros de chocar con nuestra trasera, Andreas giró el volante a la izquierda y después violentamente a la

derecha, haciendo que nuestro coche bailara en la pista como un toro enfurecido.

Fue un toque calculado.

El conductor del sedán perdió el control. Su coche hizo un trompo en la pista, girando 360 grados, neumáticos gritando en protesta. Salió por el arcén de tierra y chocó violentamente contra un terraplén de piedras, levantando una nube de polvo marrón y humo. El coche volcó una vez antes de parar boca abajo.

Andreas no paró para ver si estaban vivos. Metió la marcha y aceleró nuevamente, dejando a los perseguidores atrás en la nube de destrucción.

Levanté la cabeza despacio, con el corazón latiendo tan fuerte que me dolía el pecho. Miré por la luna trasera rota, viendo solo polvo y escombros.

—Tú... tú los has derribado —susurré, incrédula.

Andreas me miró. Había un corte pequeño en su mejilla, causado por una esquirla de vidrio volando, y la sangre roja escurría por la barba de tres días.

Sonrió.

Aquella sonrisa salvaje, aterradora y llena de adrenalina que hacía que mis piernas flaquearan y mi sentido de autopreservación desapareciera.

—Bienvenida a mi vida, Chloe.

Extendió la mano y cogió el arma que yo todavía sujetaba con fuerza. La puso en su regazo, con naturalidad.

—Vamos a cambiar de coche. El cristal roto llama mucho la atención. Conozco un lugar a cinco kilómetros de aquí. Un viejo contacto en un desguace.

—¿Y después? —pregunté, limpiándome una esquirla de vidrio del pelo, sintiéndome como si acabara de salir de una película de acción, pero sin el guion.

Andreas me cogió la mano por un breve momento, apretando fuerte, entrelazando nuestros dedos sobre la palanca de cambios. Su calor era la única cosa real en el mundo.

—Después, seguimos el mar —dijo, volviendo los ojos a la carretera—. Y ahí sí, la caza empieza de verdad.



Andreas GALANIS

Capítulo 22

El "yate" que mi contacto consiguió no era exactamente el *Odisseia*. Ni el *Cerbero*.

Era un cayuco de pesca tradicional, de madera descascarillada pintada de azul y blanco, que olía a diésel viejo, sardina y generaciones de trabajo duro. El nombre pintado en la proa, *Agia Sofia*, era casi ilegible bajo el óxido.

—¿Es en serio? —preguntó Chloe, parada en el muelle de madera podrida de la pequeña ensenada clandestina al sur de Ática, sujetando la bolsa de lona contra el pecho. Miraba el barco que se mecía en el agua oscura con una mezcla de duda y horror.

—Es lo que hay —respondí, lanzando la mochila con armas y suministros al interior de la cubierta—. Es lento, es feo y apesta. Lo que significa que la Guardia Costera y los satélites de Damon ni van a mirarlo dos veces. Somos invisibles.

Salté al barco, sintiendo la madera crujir bajo mis botas. Le tendí la mano.

—Vamos, Chloe. El olor a pescado sale en la ducha. La muerte, no.

Suspiró, aceptando mi mano y saltando a bordo. El barco osciló.

Solté las amarras y fui hacia la cabina de mando, si es que se podía llamar así a un cubículo de madera con un timón gastado y una brújula empañada. Encendí el motor. Tosió, se ahogó y finalmente arrancó con un ritmo ruidoso que vibró en mis huesos.

—Ruta directa a Santorini —murmuré para mis adentros, verificando el GPS portátil que había traído—. Si este motor aguanta, llegamos antes de que salga el sol.

Aceleramos hacia la oscuridad del Mar Egeo. No había radar, no había sonar. Solo nosotros y el agua.

Una hora después, la costa de Atenas era solo un brillo naranja en el horizonte distante. El mar estaba en calma, pero el frío de la noche penetraba en mi camiseta fina.

Sentí una punzada aguda en el lateral de mi abdomen. Me llevé la mano a la zona, tanteando la costilla bajo la tela negra. Mis dedos volvieron húmedos y calientes.

—¡Mierda!

La herida que me hice durante el tiroteo en la cubierta del *Cerbero* se había abierto. La había ignorado, pero el esfuerzo de la maniobra brusca en el coche y la tensión de cargar los equipos se cobraron su precio. Además, los fragmentos de la luna trasera en la carretera me habían dejado cortes nuevos y escocidos en los brazos.

—Estás sangrando.

La voz de Chloe vino de la entrada de la cabina. Estaba sujetando dos latas de refresco caliente que debían de estar en el barco desde hacía meses. Miraba la mancha oscura que crecía en mi mano, con los ojos abiertos de par en par tras las gafas.

—Estoy bien —gruñí, volviendo a sujetar el timón, aunque la presión hacía que la herida ardiera como fuego—. Es solo el corte en la mano.

—"Solo el corte" que casi llega al hueso, Andreas. Estás ensuciando todo el barco.

Dejó las latas encima de una caja de herramientas y vino hacia mí. El espacio era minúsculo. Su cuerpo rozó mi brazo cuando se apretujó para quedarse a mi lado. Su olor: flores y aquel champú de mi casa, combatió el olor a diésel.

—Déjame ver.

—Chloe, necesito pilotar...

—¡El mar está vacío! ¡El barco anda recto! —Me cogió la muñeca sin pedir permiso, con una autoridad que me sorprendió.

La gasa estaba saturada, la sangre fresca escurriendo por mis dedos, brillando a la luz tenue del panel.

Ella siseó.

—Eres un idiota terco. Esto hay que limpiarlo y cerrarlo de nuevo, o se va a infectar con toda esta suciedad. ¿Dónde está el botiquín de primeros auxilios?

—En la mochila. Cerca de la proa.

Salió corriendo y volvió segundos después con el botiquín táctico negro.

—Sujeta el timón con la otra mano —ordenó, abriendo la cremallera de la bolsa—. Y no te muevas.

Cambié de mano, sujetando la rueda con la derecha y extendiéndole la izquierda. Sentí el ardor del alcohol en la herida abierta cuando retiró el vendaje antiguo y limpió la zona, pero no emití sonido.

Apreté los dientes. Lo que sentía más que el dolor era su toque.

Las manos de Chloe eran pequeñas, los dedos finos y fríos, pero el toque era seguro. Limpiaba la sangre con una concentración que le fruncía el ceño de una manera... adorable.

Estaba tan cerca. La parte superior de la cabeza de Chloe me llegaba a la barbilla.

—Listo —dijo, terminando de enrollar un vendaje nuevo, apretando con firmeza—. No es una sutura de hospital, pero aguantará si dejas de intentar destruir todo lo que tocas durante cinco minutos.

Chloe sostuvo mi mano vendada entre las suyas un momento más de lo necesario, verificando el trabajo. Sentí el calor de su piel a través de la gasa.

Levanté la vista. Ella estaba mirando mi mano, después subió la mirada a mi cara, respirando un poco más rápido.

—Gracias —murmuré, con voz ronca.

Nos miramos fijamente. A la luz tenue y amarillenta de la lámpara colgada, sus ojos castaños parecían enormes y líquidos.

—Andreas... —empezó, con la voz fallándole, como si quisiera preguntar algo, o tal vez solo decir mi nombre.

La tensión sexual en el cubículo se disparó. Quería besarla. Quería prensarla contra el panel de control sucio y olvidar que había asesinos detrás de nosotros. Pero estaba sucio, herido y pilotando una bañera flotante.

—Ven aquí —interrumpí la tensión antes de que se volviera insoportable o peligrosa.

Tiré de ella hacia el frente del timón, girándola y colocándola entre yo y la rueda de madera.

—¿Qué? —jadeó, sorprendida.

—Mi mano izquierda está inútil por ahora —mentí, parcialmente. Podría pilotar con los dientes si fuera necesario, pero la quería allí.

—Necesitas aprender a pilotar esta bañera. Si tenemos que hacer una maniobra rápida, necesito las dos manos libres para disparar, no para sujetar el timón.

Se quedó rígida por un segundo, sintiendo mi cuerpo contra el suyo, con mi entrepierna rozando su culo con cada balanceo del mar. Podía sentir que la deseaba. No había forma de esconderlo en aquella proximidad.

Entonces, se relajó, aceptando la lección y el contacto.

—¿Qué hago? —preguntó, poniendo las manos sobre el timón de madera barnizada.

—Siente el mar —susurré en su oído, mi barba rozando su mejilla, inhalando el olor del cuello de Chloe—. No luches contra la ola. Córtala en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Así.

Puse mi mano buena sobre las suyas, guiando el movimiento. El barco respondió, inclinándose hacia la derecha, cortando el agua negra.

—Acelerador a la derecha. Brújula al frente. Mantén el rumbo en 160 grados sur. No te desvíes.

Nos quedamos así durante mucho tiempo. Yo, enseñándola a navegar en la oscuridad, usando el pretexto de la clase (y de la herida) para mantenerla en mis brazos. Ella, aprendiendo a sobrevivir. El calor de su cuerpo era lo único que me mantenía caliente en aquella noche helada.

—¿Crees que lo conseguiremos? —preguntó tras un rato, mirando al horizonte negro donde el mar se encontraba con el cielo sin estrellas—. ¿Encontrar el tesoro? ¿Huir de Damon?

Apreté el brazo bueno alrededor de su cintura, apoyando la barbilla en lo alto de su cabeza.

—Tenemos el mapa. Tenemos la llave y tenemos voluntad. —Respiré hondo—. Voy a llevarte hasta allí, Chloe, y después... te llevo a casa.

Se giró en mis brazos, quedándose frente a mí, atrapada entre mi cuerpo y el panel de control. El espacio era inexistente.

—¿Y si mi casa no es ya el museo? —susurró, valiente, con los ojos buscando los míos.

Miré su boca. A la promesa que había allí. Al cambio que había ocurrido en la mujer que secuestré. No quería volver al polvo.

—Entonces encontraremos otra —respondí, ronco, pasando el pulgar de la mano buena por su labio inferior.

El *Agia Sofia* seguía solo, cortando la noche con su motor ruidoso, llevando a dos fugitivos hacia una isla de fuego y secretos. Pero allí, en aquel metro cuadrado de madera vieja y olor a diésel, supe que ya había encontrado algo más valioso que cualquier oro que mi padre hubiera enterrado en el fondo del mar.

Había encontrado a mi compañera.



Chloe STAMOS

Capítulo 23

Santorini surgió de la niebla de la mañana como un sueño fragmentado.

Primero, vi los acantilados oscuros y volcánicos, paredones de roca roja y negra que se alzaban del mar como murallas de una fortaleza natural. Después, en la cima, coronando el abismo, vi el blanco. Las casas blancas de Oia y Fira se derramaban por la ladera como azúcar glas, brillando bajo el primer sol del día.

Era precioso. Era la postal más famosa de Grecia. Pero, vista desde un barco de pesca oxidado, con el olor a diésel y sangre seca impregnado en la ropa, la isla parecía menos un paraíso y más un laberinto.

Andreas apagó el motor ruidoso del *Agia Sofia* antes de que entráramos en la caldera principal. Guio el barco hacia una ensenada pequeña y pedregosa en la costa sur, lejos del puerto concurrido

donde los cruceros gigantescos ya empezaban a descargar miles de turistas.

—Vamos a anclar aquí —dijo, la voz ronca de cansancio—. Es una playa de pescadores. Nadie va a hacer preguntas si dejamos esta lata vieja amarrada al lado de las otras.

El barco golpeó suavemente contra los neumáticos viejos que servían de protección en el muelle de madera. Andreas saltó primero, atando las cuerdas con movimientos rápidos y eficientes. Ignoró el dolor, pero vi la mueca que hizo cuando estiró el brazo.

Me tendió la mano.

—Ven y cúbrete el pelo. Llamas mucho la atención.

Cogí un pañuelo viejo que estaba en la cabina y me lo até a la cabeza, cubriendo mi pelo castaño e intentando esconder mi cara. Cogí la bolsa de lona con nuestras "armas" (el mapa, la daga, el criptex) y salté al muelle. El suelo firme parecía extraño tras horas en el mar. Mis piernas flaqueaban.

—¿A dónde vamos? —susurré, mirando a los lados.

Había algunos pescadores remendando redes, pero solo saludaron con la cabeza a Andreas y volvieron al trabajo. El dinero del contacto de Andreas debía de haber sido bueno.

—Hacia arriba —señaló un sendero empinado que subía el acantilado—. He alquilado una casa en Oia. Una *casa cueva* tradicional. Aislada.

Empezamos a subir. La caminata fue brutal. El sol ya estaba calentando, y nosotros llevábamos ropa pesada y sucia. Andreas caminaba delante, pero paraba cada diez metros para verificar el perímetro, la mano siempre cerca de la cintura, donde el arma estaba escondida bajo la chaqueta de cuero (que se negaba a quitarse, a pesar del calor).

Cuando llegamos a la cima, la civilización nos golpeó.

Calles estrechas de adoquines, llenas de turistas con sombreros de paja, vestidos floridos y cámaras. El olor a protector

solar y *souvlaki* llenaba el aire.

Andreas se puso tenso inmediatamente. Era un lobo en medio de ovejas. Me agarró del brazo, atrayéndome hacia él.

—Quédate pegada a mí —gruñó en mi oído—. No mires a nadie.

Caminamos entre la multitud. Me sentía sucia, inadecuada. La gente se apartaba de nosotros, arrugando la nariz ante nuestro olor a pescado y sudor, o tal vez sintiendo el aura de peligro que Andreas irradiaba.

Un grupo de jóvenes italianos pasó por nuestro lado, riendo. Uno de ellos, un chico bronceado con la camisa abierta, me miró. Sonrió, una sonrisa de apreciación, e hizo ademán de decir algo.

Andreas paró.

No dijo nada, solo miró al chico. Fue una mirada de pura violencia. Una advertencia silenciosa de que, si el chico daba un paso más, perdería la capacidad de andar. La sonrisa del italiano murió. Tragó saliva, desvió la mirada y apresuró el paso, tirando de los amigos.

—Andreas... —llamé, tirando de su chaqueta—. Para. Vas a llamar la atención.

Se giró hacia mí, con los ojos verdes ardiendo.

—Te estaba mirando a ti.

—¡Es un turista! ¡Todo el mundo está mirando a todo el mundo!

—No me gusta —replicó, posesivo—. Eres mi responsabilidad. No quiero a nadie mirando lo que estoy protegiendo.

—¿Estás protegiendo o guardando para ti? —La pregunta salió antes de que pudiera filtrarla.

Andreas no respondió. Solo me apretó el brazo y volvió a andar, abriendo camino entre la multitud con sus hombros anchos.

Finalmente, salimos de la calle principal y bajamos una escalera sinuosa de piedra blanca que llevaba hacia la ladera del acantilado. El ruido de los turistas quedó atrás. Paramos ante una puertecita azul de madera.

Andreas cogió una llave que estaba escondida en una maceta de geranios y abrió.

Entramos en un patio privado, suspendido sobre el mar. La vista quitaba el aliento. El mar azul profundo allá abajo, con el volcán en el centro de la caldera. Pero la casa era una cueva esculpida en la roca volcánica, encalada de blanco, con formas redondeadas y orgánicas.

Andreas cerró la puerta con llave tras nosotros y verificó si había alguien en los tejados vecinos.

—Está limpio —dijo, soltando el aire y relajando los hombros por primera vez en doce horas.

Se giró hacia mí. Su cara estaba sucia de grasa, barba de tres días y ojos cansados. Parecía peligroso y exhausto.

—Bienvenida a nuestro escondite, Chloe.

Entramos en la casa fresca y oscura. El interior era minimalista, elegante y silencioso. Solté la bolsa en el suelo y le miré.

—¿Estamos seguros?

—Por ahora —dijo, quitándose la chaqueta de cuero y tirándola en una silla.

Su camiseta negra estaba pegada al cuerpo. Se pasó la mano por el pelo, despeinándolo aún más.

—Necesito una ducha —murmuró, mirándose las manos sucias y la herida.

La tensión de la huida, el miedo, la adrenalina... todo se canalizó hacia un único punto. No quería que se duchara solo...

—Yo te ayudo —ofrecí, mi voz saliendo en un susurro que pareció un grito en aquella sala silenciosa.

Andreas levantó la cabeza, con los ojos clavándose en los míos. Había sorpresa en ellos. Y hambre.

—¿Estás segura, Arqueóloga? —preguntó, con voz ronca—. Si entras en ese baño conmigo... no voy a garantizar tu seguridad.

Di un paso hacia él.

—No quiero seguridad, Andreas. Te quiero a ti...

Extendió la mano.

—Entonces ven.

Le cogí la mano y lo seguí hacia la oscuridad fresca del baño, dejando el mundo, la mafia y el peligro al otro lado de la puerta.



Andreas
GALANIS

Capítulo 24

El baño de la casa cueva era un útero de piedra y vapor. Las paredes blancas, esculpidas directamente en la roca volcánica, se curvaban a nuestro alrededor, creando un espacio que parecía existir fuera del tiempo.

Estaba apoyado en el lavabo de piedra, observando a Chloe cerrar la puerta tras nosotros. El clic del cerrojo resonó en el silencio húmedo. Se giró hacia mí. El pañuelo que cubría su pelo se había caído, y los mechones castaños estaban pegados al cuello por el sudor de la caminata. Parecía exhausta, sucia y absolutamente preciosa.

—Enciende la ducha —pedí, en un gruñido bajo.

Chloe obedeció, girando el grifo de cobre antiguo. La ducha de techo, ancha como un plato, liberó una cascada de agua humeante que empezó a llenar la zona de ducha abierta, sin cortinas ni cristal. El vapor subió rápidamente, empañando el espejo y suavizando las aristas del mundo.

—Quítate la ropa —dijo ella, sin mirarme a la cara, enfocada en mis botas.

Me senté en el borde de la bañera de obra para quitarme las botas pesadas. Cada movimiento tiraba del corte y hacía latir mi mano herida. Cuando me puse de pie nuevamente, Chloe se acercó. Sus manos, pequeñas y temblorosas, fueron al dobladillo de mi camiseta negra. Tiró de la camiseta hacia arriba. Levanté los brazos.

La camiseta cayó al suelo mojado.

Chloe miró mi torso desnudo. Había nuevos arañazos en mis brazos, hematomas morados en las costillas. Yo era un mapa de violencia.

—Estás hecho un desastre, Andreas —susurró, tocando levemente un hematoma que ni había notado en mi pecho.

—Gajes del oficio.

Me desabrochó el pantalón. El sonido de la cremallera bajando fue demasiado alto. Empujó los vaqueros y el calzoncillo hacia abajo, y yo pateé el resto para alejarlo. Me quedé desnudo ante ella: expuesto, sucio y duro.

Chloe no desvió la mirada. Me miró con una mezcla de fascinación y reverencia que hizo que mi polla pulsara dolorosamente.

—Entra —dijo, señalando el agua.

Entré bajo la ducha. El agua caliente golpeó mi espalda, quemando en los cortes, pero relajando los músculos tensos. Cerré los ojos, dejando que el agua se llevara el olor del puerto.

Sentí un toque en mi espalda.

Abrí los ojos y me di la vuelta.

Chloe se había quitado la ropa. Estaba parada en la entrada de la ducha, desnuda. La piel pálida brillaba a la luz difusa. Sus pechos eran pequeños y perfectos, los pezones endurecidos por el aire frío que entraba por debajo de la puerta. La cintura fina, las

caderas curvas, el triángulo oscuro entre las piernas... era la cosa más pura que había visto jamás.

—Dije que iba a ayudar —murmuró, entrando en el agua conmigo.

Cogió el jabón y empezó a pasarlo por mi pecho. La espuma blanca se mezclaba con el agua que escurría por mi cuerpo. Sus manos eran firmes, pero gentiles, lavando la suciedad, contorneando las cicatrices. Me lavó los brazos, el cuello y, cuando se agachó para lavarme las piernas, rozando sus pechos en mi abdomen, perdí la capacidad de respirar.

—Chloe... —avisé, sujetándola por los hombros y tirando de ella hacia arriba—. Si sigues tocándome así... no voy a conseguir ser amable.

Me miró fijamente. El agua escurría por la cara de Chloe, por las pestañas, por los labios entreabiertos...

—No quiero amabilidad —dijo—. Te quiero a ti.

La última barrera se rompió.

Le agarré la cintura y la prensé contra la pared de piedra mojada. El impacto hizo un sonido sordo. Tomé su boca con un hambre salvaje. El agua caliente caía sobre nosotros, pero el calor que emanaba de nuestros cuerpos era mayor. La besé con desesperación, con la necesidad de probar que estábamos vivos, que habíamos escapado. Ella correspondió, clavando las uñas en mis hombros y con su lengua buscando la mía.

La levanté, sujetando sus muslos. Cruzó las piernas en mi cintura instintivamente.

—Mía —gruñí contra su cuello, mordiendo la piel mojada—. Eres mía, Chloe. ¡Dilo!

—Soy tuya —gimió—. Andreas... por favor.

No esperé. No preparé. Ella ya estaba mojada y lista para mí. Me encajé en su entrada y empujé. Entré hondo, hasta el fondo, en un único movimiento.

Chloe gritó mi nombre, echando la cabeza hacia atrás, golpeándola contra la pared. El sonido resonó en el baño de piedra. El placer fue violento. La sensación de ella, apretada y caliente a mi alrededor, el agua escurriendo entre nuestros cuerpos, el vapor... era demasiado.

Empecé a embestir... Rápido. Fuerte. La pared áspera en su espalda daba tracción. La follaba con una posesividad que rozaba la locura. Quería marcarla, que sintiera mi peso, mi fuerza y mi reivindicación.

—¡Mírame! —ordené, sujetando su cara mojada.

Chloe abrió los ojos. Estaban vidriosos y perdidos.

—Eres la única cosa limpia en mi vida —confesé, con voz quebrada, mientras golpeaba hondo en ella—. La única cosa que no está manchada de sangre.

—No me importa la sangre —murmuró, besando mi mano—. Te quiero, Andreas...

Su confesión fue mi fin.

La apreté contra la pared y me dejé ir. El orgasmo me golpeó como un disparo de cañón, drenando toda la fuerza, toda la rabia y toda la tensión. Rugí contra su boca, derramándome en su interior, llenándola con todo lo que yo era.

Nos quedamos allí durante mucho tiempo, con el agua caliente cayendo sobre nosotros y el vapor envolviéndonos. La sujetaba contra la pared, incapaz de soltarla, con mi cara enterrada en su cuello.

—Nunca voy a dejarte ir —susurré en su piel húmeda.

Chloe acarició mi pelo mojado.

—No quiero ir a ningún lado.

Cerré el grifo, pero no la solté. La envolví en una toalla grande y la cargué hasta la cama, sabiendo que, en aquella isla, rodeados de enemigos, había encontrado mi hogar.



Chloe
STAMOS

Capítulo 25

La noche en Oia tenía un silencio diferente al del mar.

No había el batir de las olas, solo el viento silbando entre las callejuelas blancas y el eco distante de perros ladrando. Andreas y yo caminábamos por las sombras, lejos de la calle principal donde los turistas aún cenaban. Estábamos vestidos con ropa oscura que él había "adquirido" (probablemente robado de algún tendedero, considerando que no tenían etiquetas) para sustituir nuestra ropa sucia.

Me cogía la mano. Su apretón era firme, posesivo, pero no doloroso. Desde el baño... desde que me tomó contra aquella pared mojada... algo había cambiado. La barrera entre nosotros ya no existía. Sentía la tensión en su cuerpo no como una amenaza, sino como una extensión de la mía.

Nos detuvimos ante una puerta de madera azul, descascarillada por el sol, en una calle sin salida. El letrero de arriba

decía: *"Antigüedades Vasilis"*. La tienda parecía abandonada desde hacía años. Las ventanas estaban sucias de polvo, escondiendo el interior.

—Es aquí —susurró Andreas, verificando el perímetro—. La fachada de mi padre.

Se acercó a la cerradura digital moderna que parecía fuera de lugar en la puerta antigua.

—¿Alex? —llamó por el micrófono del auricular que llevaba—. Estamos en la puerta.

No oí la respuesta, pero vi a Andreas teclear una secuencia en el teclado numérico. La lucecita se puso verde y el cerrojo chasqueó. Andreas empujó la puerta y entramos.

El olor a moho, papel viejo e incienso estancado nos golpeó. Andreas cerró la puerta y encendió la linterna táctica, manteniendo la luz baja. El haz de luz reveló un caos organizado. Estanterías del suelo al techo abarrotadas de jarrones, estatuas de bronce, iconos ortodoxos y monedas. La mayoría parecía réplica barata para turistas, pero mi ojo entrenado captó algunas piezas que parecían demasiado genuinas para estar allí tiradas.

—¿Qué estamos buscando? —pregunté, susurrando, aunque estábamos solos.

—El "fuego que no quema" —respondió Andreas, citando la frase del pergamino que encontramos en el criptex —. Y la Medusa.

Empezamos a rebuscar. Andreas revolvía cajones con la delicadeza de un oso, buscando cajas fuertes o dobles fondos. Yo fui a las estanterías, buscando patrones. Nada... Solo polvo y vejestorios.

Caminé hasta el centro de la tienda. El suelo estaba cubierto por alfombras orientales gruesas y polvorientas. Algo me molestó. La disposición de los muebles... parecían formar un círculo alrededor del centro de la sala, como si estuvieran protegiendo o escondiendo el suelo.

—Andreas —llamé—. Ayúdame a quitar estas alfombras.

Me miró, confundido, pero obedeció. Con un tirón fuerte, arrastró la alfombra pesada hacia un lado, levantando una nube de polvo que me hizo toser. Cuando el polvo bajó, apunté la linterna al suelo.

Contuve la respiración.

Allí estaba ella....

Un mosaico romano, perfectamente conservado, incrustado en el suelo de piedra. Piedras negras, blancas y verdes formaban el rostro terrible y bello de una Gorgona. Las serpientes del pelo se entrelazaban en un patrón hipnótico y la boca estaba abierta en un grito silencioso.

Pero eran los ojos los que llamaban la atención. Eran de piedras rojas. Rubíes en bruto, tal vez, o granate. Brillaban bajo la luz de la linterna.

—La Medusa —dijo Andreas, parándose a mi lado—. Es el dibujo del pergamino.

Me arrodillé en el suelo frío, pasando la mano sobre las piedras.

—"Mira a los ojos de ella y ve el fuego que no quema" —recité el acertijo. Miré los ojos rojos del mosaico. Fuego que no quema. Piedras rojas.

—No es una metáfora —murmuré, el cerebro trabajando rápido—. Es un mecanismo.

Intenté presionar el ojo izquierdo. Nada. Era sólido como una roca.

Andreas se agachó a mi lado.

—¿Tal vez necesitemos la daga?

—No. La daga abrió el criptex. Esto de aquí requiere otra cosa. Mira las serpientes.

Señalé el pelo de la Medusa. Había doce serpientes principales. Cada una apuntaba a una dirección diferente, como las agujas de un reloj.

—Doce serpientes —conté—. Y dos ojos.

Me acordé de las coordenadas del primer mapa.

—Andreas, ¿cuál era la profundidad de la primera inmersión?

—Doce metros.

—¿Y cuál era el ángulo de aproximación que seguiste?

—160 grados. Sur-Sureste.

Miré el mosaico. Una de las serpientes apuntaba al sureste. Su cabeza era ligeramente diferente a las otras. Tenía una pequeña depresión en el ojo de la cobra.

—Es una secuencia —me di cuenta—. Doce metros. Serpiente número doce.

Presioné el ojo de la duodécima serpiente.

Click. La piedra se hundió un centímetro.

—Ha funcionado —susurró Andreas, sujetando el arma por instinto.

—Y ahora... —Miré los ojos de la Medusa—. "Donde el silencio duerme". El silencio es la muerte. El ojo de la muerte. En la mitología, la mirada de la Medusa transformaba a los hombres en piedra. Muerte instantánea.

Presioné los dos ojos rojos de la Medusa al mismo tiempo.

Un sonido grave de piedra raspando contra piedra resonó bajo nuestros pies. El suelo tembló. Andreas me tiró hacia atrás, protegiéndome con su cuerpo, mientras el centro del mosaico, la boca de la Medusa, empezaba a abrirse.

Una losa de piedra se deslizó, revelando un compartimento oscuro y cuadrado en el suelo. No era un túnel. Era una caja fuerte de suelo. Me acerqué, iluminando el interior con la linterna.

Solo había un objeto allí dentro. Un libro. No un libro antiguo, sino un cuaderno de cuero negro, moderno, desgastado por el uso. Un diario de a bordo.

Andreas extendió la mano y cogió el cuaderno. Lo abrió. Las páginas estaban cubiertas por la letra de su padre.

—Son coordenadas —dijo, hojeando—. Rutas de navegación, fechas y nombres de barcos.

Se detuvo en la última página escrita. Había una única coordenada, rodeada en rojo, y una fecha: 1944.

—"El Fantasma de Creta" —leyó Andreas la anotación al lado.

—¿1944? —pregunté—. ¿Segunda Guerra Mundial?

—Mi abuelo contaba historias sobre un barco nazi cargado de oro que desapareció en el Egeo durante la retirada alemana —dijo Andreas, con los ojos fijos en la página —. Todo el mundo creía que era una leyenda.

Me miró.

—Mi padre encontró el barco y no se lo contó a nadie. Usó el naufragio como su caja fuerte personal. Lo que Damon quiere... lo que está ahí abajo... no es solo el dinero de padre. Es el oro robado de una guerra.

El peso del descubrimiento cayó sobre nosotros. Si era verdad, aquello valía billones y explicaba por qué Damon estaba dispuesto a matar a la familia entera por ello.

—Tenemos la ubicación —Andreas cerró el cuaderno y lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta —. Vámonos de aquí.

Se levantó y tiró de mí. Pero antes de que pudiéramos dar un paso hacia la puerta, el auricular de Andreas chirrió. Se detuvo, la mano yendo al oído, la expresión cambiando de triunfo a alerta máxima.

—¿Alex? —llamó.

Silencio y entonces, la voz de Alex llegó cortada, urgente.

—*...mboscada... salid... ¡ahora!*

El cristal del escaparate de la tienda explotó hacia adentro.

—¡Abajo! —rugió Andreas, tirándome al suelo y cubriendo mi cuerpo con el suyo mientras el sonido de disparos automáticos rasgaba la noche tranquila de Santorini.



Andreas GALANIS

Capítulo 26

El mundo explotó en ruido y cristales.

Mi instinto fue más rápido que mi pensamiento. Antes de que la primera esquirla del escaparate tocase el suelo, ya estaba sobre Chloe, lanzándola contra el suelo de madera vieja y cubriendo su cuerpo con el mío. Balas de fusil rasgaron el aire sobre nuestras cabezas, diezmando las estanterías de jarrones corintios. El sonido de cerámica de tres mil años siendo pulverizada se mezcló con el rebote del metal.

—¡Quédate abajo! —rugí en su oído, sintiéndola temblar violentamente debajo de mí.

Rodé hacia un lado, sacando la Glock de la cintura, mientras arrastraba a Chloe hacia detrás de un mostrador de roble macizo.

—¡¿Qué está pasando?! —gritó ella, cubriéndose la cabeza con las manos, mientras el polvo de cerámica caía en su pelo.

—Estamos rodeados. Damon nos ha encontrado.

Espié por encima del mostrador. La parte delantera de la tienda estaba en ruinas. Tres hombres vestidos con equipo táctico negro entraban por los agujeros del escaparate, pisando los cristales. Se movían con disciplina militar. No eran matones callejeros; eran profesionales.

—*Objetivo localizado* —oí a uno de ellos hablar por la radio—. El hombre está armado. La chica está con él.

—*Coged el diario* —una voz respondió en el auricular del mercenario, lo suficientemente alta para que yo la oyera en el silencio tenso entre los disparos —. Y matad a Galanis. La chica es opcional.

Damon.... La rabia hirvió en mi sangre. Estaba ahí fuera, mirando.

Me levanté y disparé. Le di al primer hombre en el pecho. El chaleco absorbió el impacto, pero lo derribó. Antes de que pudiera levantarse, le metí una bala en la garganta, donde la protección terminaba. Gorgoteó y cayó sobre una pila de ánforas rotas.

Los otros dos abrieron fuego contra el mostrador. La madera se astilló y trozos volaron a mi cara. Me agaché de nuevo.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Chloe, verificando el cargador. Doce balas. No era suficiente para un asedio.

—¿La puerta trasera? —sugirió ella, con los ojos abiertos de par en par de terror, pero la mente todavía funcionando.

—Deben de haber cubierto la salida. Estamos acorralados.

Miré alrededor. La tienda era un corredor de la muerte. Estrecho, lleno de obstáculos frágiles.

—¡Andreas! —Chloe señaló a la izquierda.

Un cuarto hombre estaba entrando por una ventana lateral, intentando flanquearnos. No podía dispararle sin exponerme a los otros dos en el frente. Necesitaba un arma diferente.

Mis ojos se posaron en una estatua de bronce a mi lado. Un busto de Ares, el dios de la guerra. Pesado y sólido.

Agarré la estatua por el yelmo. Cuando el hombre de la ventana saltó hacia dentro, arrojé el busto con toda la fuerza de mi brazo bueno. El bronce colisionó con la cara del mercenario con un sonido de hueso partiéndose. Cayó hacia atrás, inconsciente (o muerto), derribando una estantería de libros raros.

—Buena puntería —susurró Chloe, en shock.

—Dale las gracias a la mitología —respondí—. Ahora, ¡corre! A la escalera del entresuelo.

—¿Y tú?

—Yo te cubriré. ¡VE!

La empujé hacia la escalera de caracol que llevaba al segundo piso de la tienda. Me levanté y disparé cobertura, forzando a los dos mercenarios del frente a esconderse detrás de columnas de mármol.

Chloe subió la escalera corriendo. Cuando llegó arriba, corrí detrás de ella. Una bala pasó zumbando por mi oreja, quemándome la piel. Otra me alcanzó el muslo de refilón, rasgando los vaqueros, pero sin acertar carne vital.

Llegué al entresuelo y le di una patada a la escalera de madera, derribándola abajo para retrasarlos.

El segundo piso era un almacén. Cajas apiladas, muebles cubiertos con sábanas y una ventana que daba a los tejados de Oia.

—¡La ventana! —señalé.

Chloe corrió hasta ella e intentó abrirla.

—¡Está atascada! ¡La han pintado por encima!

Oí a los mercenarios ahí abajo reorganizándose. Iban a subir. O tirar una granada.

Corrí hasta la ventana. No intenté abrirla. Le di un codazo al cristal, haciéndolo añicos.

—Salta —ordené.

Chloe miró hacia fuera.

—Es alto...

—Es la vida o la muerte, Chloe. ¡Salta!

Le agarré la cintura y la icé al alféizar. Me miró una última vez, y saltó al tejado de la casa vecina, una cúpula blanca típica de las Cícladas. Aterrizó mal, rodando, pero se levantó rápido.

Me subí al alféizar para seguirla, pero me detuve.

Allí abajo, en la calle frente a la tienda, vi un coche negro aparcado en medio del caos de los turistas que corrían. La ventana trasera estaba abierta. Un hombre me miraba.

No llevaba máscara. La cara era una versión distorsionada y cruel de mi propio hermano. Ojos azules fríos y una sonrisa de satisfacción.

Damon....

Levantó la mano e hizo un gesto de "adiós".

Sentí las ganas insanas de saltar allí abajo y matarlo con mis propias manos, olvidando la huida, olvidando todo.... Pero Chloe gritó mi nombre desde el tejado vecino.

—¡Andreas! ¡Están subiendo!

Miré hacia atrás. Las cabezas de los mercenarios surgían en el agujero de la escalera. Disparé tres veces para hacerles retroceder, y entonces salté.

El aire nocturno de Santorini me golpeó la cara. Aterricé en el tejado blanco, el impacto reverberando en mis tobillos y en mi herida.

—¡Corre! —le grité a Chloe, cogiéndole la mano.

Empezamos a correr por los tejados de Oia, saltando de cúpula en cúpula, mientras las balas empezaban a picotear el yeso blanco a nuestro alrededor, transformando la postal griega en un campo de batalla.



Chloe
STAMOS

Capítulo 27

El impacto del aterrizaje en el tejado vecino sacudió todos los huesos de mi cuerpo. Rodé sobre el yeso blanco áspero, raspándome los codos, pero el miedo era un analgésico poderoso. Me levanté tambaleándome, abrazando el bolso con el diario contra el pecho como si fuera un chaleco antibalas.

—¡Corre! —gritó Andreas detrás de mí, su voz compitiendo con el estallido seco de los disparos.

Obedecí.

El escenario era surrealista. Estábamos en Oia, el lugar más fotografiado de Grecia. A nuestro alrededor, cúpulas azules y paredes blancas brillaban bajo la luna y las luces de la ciudad. Turistas cenaban en terrazas debajo de nosotros, ajenos al hecho de que, justo encima de sus cabezas, estaba ocurriendo una guerra.

Salté un murete bajo, cayendo en el tejado de un hotel *boutique*. Una bala golpeó la pared encalada a mi lado, levantando una nube de polvo blanco. Estaban usando silenciadores ahora. La muerte vendría silenciosa.

—¡No pares! —Andreas estaba justo detrás de mí, cojeando levemente, pero manteniendo un ritmo aterrador. Se dio la vuelta y disparó dos veces hacia atrás, cubriendo nuestra retaguardia.

Llegamos al borde del tejado. El siguiente edificio estaba a dos metros de distancia y un metro más abajo.

—¡Salta! —ordenó él.

Dudé. El hueco parecía un abismo oscuro.

—No puedo...

—¡Tú puedes! —Andreas me empujó levemente—. ¡Venga!

Cerré los ojos y salté. El aire pasó por mí. Aterricé con fuerza, torciéndome el tobillo, pero rodé para absorber el impacto como Andreas había hecho.

Oí un gruñido detrás de mí.

Giré la cabeza. Andreas había saltado, pero en medio del aire, se retorció. Un disparo le alcanzó. Cayó en el tejado con un golpe pesado, rodando y chocando contra una chimenea.

—¡Andreas!

Corrí hacia él. Estaba intentando levantarse, con la cara contraída de dolor. Había un rasgón en los vaqueros, en el muslo izquierdo. Sangre oscura empezaba a manchar la tela.

—Estoy bien —gruñó, apoyándose en la pared para ponerse de pie—. Fue de refilón. ¡Sigue corriendo!

—¡Estás sangrando!

—¡Y voy a sangrar mucho más si no mueves esas piernas, Chloe! ¡Vamos!

Me agarró la mano, manchando mi piel con su sangre, y me tiró. Bajamos una escalera exterior de servicio que llevaba a una

calle lateral desierta. El laberinto de Oia estaba jugando a nuestro favor, escondiéndonos en las sombras. Pero necesitábamos salir de la ciudad. Necesitábamos llegar a la costa, lejos de aquel nido de ratas.

Llegamos a una pequeña plaza. Había una moto aparcada: una *enduro* vieja, probablemente de algún habitante local. Andreas no dudó. Corrió hacia la moto.

—¿Sabes hacer un puente? —pregunté, jadeando.

—No hace falta. —Sacó un cuchillo del bolsillo y lo metió en el contacto, forzando el bombín con brutalidad hasta que giró. La moto tosió y arrancó.

—¡Sube!

Monté en la parte de atrás, agarrándome a su cintura. Sentía los músculos de su espalda tensos como piedra bajo la chaqueta.

—Agárrate como si tu vida dependiera de ello —avisó, acelerando—. Porque depende.

La moto arrancó, derrapando en las piedras lisas. Salimos de la plaza volando, entrando en la carretera sinuosa que bajaba el acantilado. El viento me golpeaba la cara, llevándose el sonido de los disparos y los gritos distantes.

Miré hacia atrás una última vez. En lo alto de la colina, siluetas oscuras corrían por los tejados blancos, con armas en las manos. Abracé a Andreas con más fuerza, apoyando la cara en su espalda. El olor a pólvora, sudor y sangre llenó mis pulmones. Estábamos vivos, heridos, cazados y robados, pero vivos y mientras bajábamos hacia la oscuridad de la costa, con la Bestia herida pilotando como un demonio, supe que seguiría a aquel hombre hasta el infierno si fuera necesario.

La moto robada rugía por la carretera costera de Santorini, pero el sonido del viento no era suficiente para ahogar mi preocupación. Estaba agarrada a la cintura de Andreas, con la cara apoyada en su espalda. La chaqueta de cuero estaba pegajosa y húmeda bajo mis dedos. No era lluvia. Era sangre....

Andreas estaba pilotando de forma errática. Las curvas, antes precisas y agresivas, se volvieron temblorosas. La moto oscilaba.

—¡Andreas! —grité contra el viento—. ¡Tienes que parar! ¡Necesitamos ver esa herida!

—No vamos a parar... —Su voz fue llevada por la brisa, débil y ronca—. Hasta el barco.

El plan era volver al *Agia Sofia*, el barco de pesca viejo que habíamos dejado en la ensenada de los pescadores. Era nuestra única ruta de escape invisible.

Bajamos la carretera sinuosa hacia la costa sur. Las luces de Oia quedaron atrás, sustituidas por la oscuridad del mar y de los acantilados. Cuando llegamos a la entrada del sendero de tierra que llevaba a la ensenada, Andreas no consiguió controlar la moto. La rueda delantera golpeó una piedra suelta.

Derrapamos....

La moto volcó hacia un lado, tirándonos al polvo. Rodé, raspándome el brazo, pero me levanté rápido.

—¡Andreas!

Estaba en el suelo, atrapado parcialmente bajo la moto. Gruñó, empujando el peso de metal con un esfuerzo que hizo que las venas del cuello saltaran. Corrí para ayudarlo, tirando del manillar. Andreas se liberó e intentó levantarse, pero la pierna izquierda, la que había sido baleada, cedió inmediatamente. Cayó de rodillas.

—Mierda... —siseó, poniéndose la mano en el muslo. Los vaqueros estaban empapados de oscuro.

—Has perdido mucha sangre —dije, con el pánico subiendo por mi garganta—. No puedes andar.

—Puedo —gruñó, terco como una mula—. Ayúdame a levantarme.

Pasé su brazo por mi hombro e hice fuerza. Pesaba... Pesaba inmensamente. Músculos, huesos y terquedad. Caminamos hacia el

muelle. Eran doscientos metros, que parecían doscientos kilómetros. Andreas cojeaba, arrastrando la pierna, apoyando casi todo el peso en mí. Oía su respiración, sibilante y difícil. Estaba sudando frío, con la piel pálida bajo la suciedad y la barba.

—Estamos casi allí —mentí, viendo la silueta del *Agia Sofia* meciéndose en el agua oscura. Parecía un barco fantasma.

—Chloe... —murmuró, la voz pastosa—. Si llegan... tú coges el barco. Tú te vas. No me esperes.

—¡Cállate la boca, Andreas! Nos vamos juntos.

Llegamos al final del muelle de madera podrida. El barco estaba a un metro de distancia, meciéndose con la marea.

—Salta —dije.

Andreas intentó concentrarse. Me soltó el hombro y dio un paso hacia el borde. Pero su cuerpo falló. Sus ojos se pusieron en blanco. Las rodillas se doblaron.

—¡Andreas!

Intenté sujetarlo, pero era demasiado grande. Se desplomó hacia adelante. No cayó al agua, de milagro. Cayó en la cubierta del barco, golpeándose el hombro con un sonido sordo de peso muerto. La mitad inferior de las piernas quedó colgando hacia fuera, en el muelle.

—¡No, no, no! —Grité, saltando dentro del barco. Agarré su chaleco táctico y tiré.

—¡Andreas! ¡Despierta!

No respondió. Estaba inconsciente. La Bestia había caído.

El pánico amenazó con paralizarme. Estaba sola, en la oscuridad, con un hombre de cien kilos desmayado y sangrando, y mercenarios probablemente viniendo por la carretera.

Miré hacia la carretera. Vi faros distantes bajando la colina. Venían.

La adrenalina inundó mi sistema, expulsando el miedo. No podía ser la arqueóloga ahora. Tenía que ser su compañera.

Agarré las piernas de Andreas y, con un grito de esfuerzo, tiré de él completamente hacia dentro de la cubierta. Era un peso muerto, pero el miedo me dio fuerza. Lo dejé allí, tumbado en el suelo de madera sucio de escamas y sangre.

Corrí hacia las amarras. Mis dedos temblaban, luchando con los nudos mojados.

—Suelta... suelta... —maldije.

La cuerda se soltó. Corrí a la cabina de mando. Me acordé de sus lecciones. Siente el mar. Acelerador a la derecha.

Giré la llave. El motor viejo tosió.

—Por favor... —imploré—. Arranca. ¡Arranca!

Miré al muelle. Los faros estaban más cerca. Oí neumáticos en la grava. Giré la llave de nuevo. El motor diésel despertó con un ruido ahogado, soltando humo negro.

Empujé el acelerador. El barco respondió despacio, con la hélice golpeando el agua. Empezamos a alejarnos del muelle, centímetros por segundo.

Disparos....

Vi destellos de luz en la playa. Balas golpearon el agua alrededor del barco. Una acertó en la madera de la cabina, soltando astillas cerca de mi cara. Me agaché, sujetando el timón con una mano, rezando a todos los dioses griegos, antiguos y nuevos.

—¡Vamos, vamos, vamos! —le grité al barco.

El *Agia Sofia* ganó velocidad, cortando el agua negra. Dejamos el muelle atrás. Cuando estuvimos a una distancia segura, lejos del alcance de las balas, trabé el timón en dirección a mar abierto.

Corrí de vuelta a la cubierta. Andreas todavía estaba allí, inmóvil. El charco de sangre alrededor de su pierna estaba

aumentando. Caí de rodillas a su lado, mis manos cubriendo la herida, intentando estancar el flujo.

—¿Andreas? —llamé, golpeándole levemente la cara—. Andreas, por favor. No te mueras. Prometiste llevarme a casa.

No se movió.

Estábamos a la deriva. El ejecutor estaba caído y la única cosa entre nosotros y la muerte... era yo.

La sangre de Andreas era caliente y pegajosa en mis manos. Escurría por entre mis dedos, manchando la cubierta de madera podrida, mezclándose con la suciedad del barco de pesca.

—¡Andreas! —grité de nuevo, sacudiéndole el hombro—. ¡Despierta, idiota! ¡No puedes morirte ahora!.

No respondió. Su respiración era superficial e irregular. El rostro, bajo la barba de tres días y el hollín, estaba gris. La Bestia, el hombre que parecía indestructible, estaba caído a mis pies como un árbol derribado.

El pánico amenazó con cerrarme la garganta. Estaba en medio del Mar Egeo, en un barco cayéndose a pedazos, con un hombre moribundo y mercenarios probablemente lanzando ya lanchas rápidas para cazarnos.

Miré la oscuridad a mi alrededor. El mar era un abismo infinito.

Necesitaba detener la hemorragia. Rasgué el bajo de mi ropa e hice un un bollo con la tela y presioné con fuerza sobre el agujero de bala en su muslo.

Gimió, todavía inconsciente.

—Eso... siente el dolor —murmuré, llorando de miedo—. ¡Sigue vivo!.

Até la tela con fuerza, usando las mangas de una camisa vieja que encontré en el suelo para hacer un torniquete improvisado encima de la herida.

—Listo. Ahora... ahora necesito ayuda.

Me levanté, resbalando en la sangre. Empecé a registrar el barco frenéticamente. Revolví la cabina de mando. Nada de radio VHF. Estaba rota, los cables colgando.

—¡Maldición!.

Fui a la cubierta. Pateé la mochila de suministros que Andreas había tirado a bordo antes de salir de Atenas. Armas. Munición. El diario de a bordo antiguo. Botellas de agua... Y entonces, en el fondo, vi el brillo de plástico negro.

Un teléfono vía satélite.

Agarré el aparato con las manos temblorosas y sucias de sangre. Lo encendí. La luz verde de la pantalla se encendió, cegándome por un segundo.

Sin señal.

—No, no, no... —Levanté el brazo, apuntando la antena al cielo, girando en la cubierta. —Vamos... por favor....

Conectando.... Señal débil, pero existente.

Fui a las llamadas recientes. Había solo un número marcado repetidamente. Marqué el último número.

El teléfono dio señal. Una. Dos. Tres veces....

—*Contesta, contesta, contesta...*.

—*¿Andreas?* —La voz del otro lado contestó, sonando cansada y tensa. Era Alex.

Solté un sollozo de alivio tan fuerte que mis piernas cedieron y caí sentada en una caja.

—¡Alex! —grité—. ¡Soy yo! ¡Chloe!.

Hubo una pausa de un segundo.

—¿Chloe? ¿Dónde está Andreas? ¿Por qué tienes tú su teléfono?.

—Le... le han pegado un tiro —las palabras salieron atropelladas—. En la pierna. Ha perdido mucha sangre. ¡Se ha desmayado, Alex. No se despierta!.

—Calma. Respira. —La voz de Alex se volvió autoritaria, la misma frialdad de Athan. —*¿Está vivo?*.

—¡Sí! Pero está sangrando mucho. Estamos en un barco... un barco de pesca viejo... *Agia Sofia*. Huimos de Oia. Nos rodearon en la tienda....

—Vale. Necesito vuestra ubicación. Ahora.

Miré el GPS portátil que Andreas había dejado sujeto en el panel del barco. Corrí hasta allí, leyendo los números con dificultad a través de las lágrimas.

—Estamos a... 36 grados norte... 25 grados Este... —leí las coordenadas—. Yendo hacia el sur. ¡Estamos a la deriva, Alex! ¡No sé pilotar esto bien y el motor está fallando!.

Oí teclados siendo aporreados al otro lado de la línea.

—*Os veo. La señal del satélite ha triangulado.* —Alex habló rápido—. *Chloe, escucha*. Estás a cuarenta millas del punto de extracción más cercano. Voy a mandar el helicóptero. Pero va a llevar tiempo.

—¿Cuánto tiempo?.

—Cuarenta minutos. Tal vez cincuenta....

Miré a Andreas. Su cara estaba cada vez más pálida.

—¡No tiene cincuenta minutos! —grité—. ¡Se está muriendo!.

—Es un Galanis. Es duro de matar. —La voz de Alex vaciló, solo por un instante, revelando el miedo que intentaba esconder. —Mantenlo caliente. Estanca la sangre. Y, por el amor de Dios, Chloe, mantén ese teléfono encendido. *Es el único faro que tenemos*.

—¿Y Damon? —pregunté, mirando al horizonte oscuro detrás de nosotros—. Sus hombres....

—*Si aparecen...* —Alex hizo una pausa—. *Usa las armas*. Dispara a cualquier cosa que no sea un helicóptero con el blasón de nuestra familia. Estoy enviando a la caballería. *Aguanta*.

La línea se quedó muda, pero no colgué. Abracé el teléfono contra el pecho. Cincuenta minutos....

Volví al lado de Andreas. Me quité la chaqueta y le cubrí el pecho. Me tumbé a su lado en la cubierta sucia, abrazándolo, intentando transferir mi calor a su cuerpo frío.

—¿Lo has oído? —susurré al oído de Andreas, acariciando el pelo sucio de polvo—. Vienen. Solo tienes que aguantar un poco más.

Andreas no se movió. Su pecho subía y bajaba a un ritmo débil. Miré el cielo estrellado, el mismo cielo que habíamos admirado juntos antes de la inmersión, cuando todo parecía posible.

—No te atrevas a dejarme aquí sola, Andreas —amenacé, llorando. —Si te mueres, te juro que voy hasta el infierno a buscarte solo para matarte de nuevo.

Me quedé allí, sujetando la mano inerte de la Bestia, una rehén rezando para que su secuestrador viviera, mientras el barco viejo se mecía en la oscuridad.

Pero el silencio no duró. Un sonido grave empezó a crecer en el horizonte. Un zumbido de motores potentes cortando el agua.

Levanté la cabeza, con la esperanza encendiéndose en mi pecho.

—Alex... —murmuré.

Sin embargo, cuando miré hacia el norte, no vi luces de rescate. Vi sombras. Dos lanchas rápidas, negras, sin luces de navegación, surgieron de la oscuridad como tiburones hambrientos.

No era la caballería. Era la muerte.

—¡No! —grité, levantándome tambaleante. El pánico me golpeó como un puñetazo. Nos habían encontrado.

Corrí a la mochila de Andreas. Mis manos temblaban tanto que se me cayó el teléfono. Cogí la pistola que él me había enseñado a usar. Era pesada y fría.

Las lanchas se acercaron, rodeando al *Agia Sofia* como depredadores cercando a una presa herida. Focos se encendieron, cegándome.

—*¡Detened el barco!* —Una voz amplificada ordenó—. *¡Entregad el diario!*.

Miré a Andreas, caído e indefenso en la cubierta iluminada. Si subían... lo matarían. Sin dudar. Una furia desesperada se apoderó de mí. No iba a dejar que nadie lo tocara.

—¡Salid de aquí! —grité, levantando el arma con las dos manos, apuntando al foco más cercano.

Apreté el gatillo y el retroceso casi me derribó. La bala alcanzó el agua, lejos del objetivo, pero el sonido hizo que los hombres en las lanchas se agacharan.

—¡Está armada! —gritó alguien.

Disparé de nuevo y de nuevo. Sin apuntar, solo disparando en dirección a las luces, gritando para que se fueran, intentando crear una barrera de plomo entre ellos y el hombre que amaba.

Una ráfaga de ametralladora respondió. La madera de la borda cerca de mí explotó en astillas. Me tiré al suelo, cubriéndome la cabeza, arrastrándome hasta Andreas.

—Andreas... —sollocé, tumbándome sobre él, usando mi cuerpo como escudo humano, sabiendo que era inútil, pero incapaz de hacer otra cosa. —Lo siento... lo he intentado....

El sonido de las lanchas acercándose se hizo más fuerte. Iban a abordar. Cerré los ojos, esperando el fin y entonces, el cielo se abrió.

Un sonido diferente. Un batir rítmico, poderoso, viniendo de arriba. Un viento fuerte barrió la cubierta, levantando polvo y agua. Un haz de luz blanca, tan intenso que parecía el sol, bajó del cielo, iluminando las lanchas enemigas y el rugido de una ametralladora giratoria rasgó la noche.

Vi el agua alrededor de las lanchas explotar en géiseres de espuma. El mar hirvió. Las lanchas de Damon giraron en pánico, intentando huir, pero el helicóptero negro se cernía sobre ellas como un ángel vengador.

Miré hacia arriba, protegiéndome los ojos de la luz y del viento. El helicóptero tenía el blasón de la Lechuza de Atenas en el lateral.

Athan estaba colgado en la puerta abierta, sujeto por un cable de seguridad, sosteniendo un fusil de asalto. El viento le golpeaba la camisa blanca y su cara era una máscara de furia divina. Disparó nuevamente, forzando a los enemigos a retirarse hacia la oscuridad, salvándonos en el último segundo.

El helicóptero bajó, cerniéndose peligrosamente cerca del mástil del barco de pesca. Una cuerda fue lanzada y Athan bajó en rápel, aterrizando en la cubierta con un golpe pesado y el arma lista.

—¡Athan! —grité, intentando levantarme.

Corrió hacia nosotros y me miró, comprobando si estaba herida, y después se arrodilló al lado de Andreas.

—Hermano... —Athan tocó la cara pálida de Andreas—. Estás hecho una mierda.

Andreas no respondió, pero vi su párpado temblar.

—Ha perdido mucha sangre —dije, llorando de alivio—. Necesitamos sacarlo de aquí.

—El equipo médico está ahí arriba —Athan señaló el helicóptero.

Una camilla cesta bajó por el cabrestante, acompañada por un paramédico. Ayudamos a colocar a Andreas en la camilla. Gimió cuando lo movimos, pero no despertó. Lo sujetaron con correas.

—Tú vas con él —ordenó Athan, ayudándome a sujetar el arnés de seguridad del cabrestante a mi alrededor. —Cógele la mano. No la sueltes.

—Nunca la soltaré —prometí.

Fuimos izados hacia el cielo, dejando el barco viejo y el mar de pesadillas atrás. Allá arriba, en la cabina segura del helicóptero, mientras los médicos conectaban a Andreas a sueros y monitores, le cogí la mano fría y miré a Athan, que había subido justo después.

El Rey de Atenas me miró. Había sangre en su camisa, pero sonrió, una sonrisa cansada y orgullosa.

—Has aguantado la línea, Chloe. Lo has salvado.

Miré a Andreas, a su pecho subiendo y bajando con la ayuda del oxígeno. No lo había salvado sola. Pero había luchado por él, volando en dirección a Atenas, sabía que nuestra guerra estaba lejos de terminar.

Sin embargo, habíamos ganado la batalla más importante: la de mantenernos vivos el uno para el otro.



Chloe STAMOS

Capítulo 28

El balcón de la suite presidencial del hospital privado era un lugar solitario y helado. El viento de la madrugada soplaba desde el Monte Hymettus, trayendo el olor a pinos y contaminación de la ciudad dormida, pero yo apenas sentía el frío. Mi cuerpo estaba entumecido, exhausto, vibrando con el eco de la adrenalina que finalmente empezaba a disiparse.

Me abracé los brazos, apoyándome en la barandilla de cristal templado, y miré hacia abajo. El aparcamiento del hospital, generalmente un lugar de tránsito silencioso, se había transformado en un campamento militar. Diez todoterrenos negros y blindados estaban posicionados en formación táctica, bloqueando las entradas y salidas. Hombres con traje oscuro, con auriculares y posturas rígidas, patrullaban el perímetro. Reconocía a algunos de ellos: caras que vi en el puerto, en el *Odisseia*, en la mansión. Era el ejército de Athan.

—Han transformado esto en un fuerte —murmuré, viendo a un guardia interceptar a una enfermera que llegaba para el turno de la mañana.

Había pasado la vida estudiando imperios antiguos. Pero ver a aquel ejército ahí fuera... ver lo que la familia Galanis hacía para proteger a los suyos... eso no era historia antigua. Era un imperio vivo y yo ya no estaba observando desde fuera, a través de un cristal de museo. Estaba dentro de las murallas.

Volví al interior de la habitación, cerrando la puerta de cristal tras de mí. El aire acondicionado estaba caliente, y la habitación olía a lavanda y antiséptico caro. Me senté en el sillón al lado de la cama, observando el pecho de Andreas subir y bajar en un ritmo lento y pesado.

Estaba pálido bajo la barba de tres días, con el rostro marcado por cortes y hollín que ni el baño de la enfermera había conseguido eliminar completamente. Había cables y monitores conectados a él, emitiendo pitidos bajos y rítmicos que eran la única prueba de que la Bestia todavía estaba allí.

Le cogí la mano, la que no tenía vía intravenosa. Estaba fría e inmóvil.

—Eres terco —susurré, sabiendo que Andreas no podía oírme. —Prometiste llevarme a casa, pero me has traído a un hospital.

Le apreté los dedos callosos, deseando que Andreas apretara de vuelta. Pero no hubo respuesta. El médico había dicho que Andreas necesitaba descansar, que la pérdida de sangre y el trauma exigían sedación, pero ver a un hombre tan fuerte reducido a aquella inmovilidad me hacía un nudo en la garganta.

La puerta de la habitación se abrió silenciosamente. Creí que era Athan o Alex, pero el aire en la sala cambió de repente. La temperatura pareció bajar algunos grados, no de frío, sino de reverencia. Levanté los ojos y vi cuando Cassandra Galanis entró.

No parecía una madre que venía a visitar a su hijo herido tras una madrugada de terror. Parecía una reina que venía a inspeccionar

el campo de batalla tras la victoria. Vestía un traje de chaqueta color crema impecable, sin una sola arruga, y el pelo plateado estaba recogido en un moño arquitectónico que desafiaba la gravedad.

Su mirada barrió la habitación, ignorando las máquinas y enfocando en su hijo. Evaluó los vendajes, el monitor cardíaco y el color de su piel. Había una tensión mínima en las comisuras de su boca, la única demostración de que ver a su hijo de aquella manera le afectaba.

Entonces, los ojos azul hielo se fijaron en mí.

Enderecé la postura instintivamente, soltando la mano de Andreas como si me hubieran pillado haciendo algo malo. Estaba sucia. Mi pelo estaba duro de sal y enmarañado, mi ropa eran trapos manchados de aceite y sangre seca del barco, y estaba segura de que olía a humo y agotamiento. Ante la perfección de mármol de Cassandra, me sentí una niña que jugó en el barro e invadió el palacio.

El miedo antiguo volvió. Iba a echarme. Iba a decir que yo era el motivo de que Andreas estuviera en aquella cama.

Cassandra caminó hacia mí. El sonido de sus tacones en el linóleo era rítmico e intimidante. Se detuvo a un paso de distancia, invadiendo mi espacio personal, obligándome a levantar la cabeza para encararla. Tragué saliva, esperando la crítica, la orden de expulsión.

—Gracias —dijo ella.

La palabra salió clara, firme y absolutamente chocante en aquel silencio. Parpadeé, confundida, creyendo que había oído mal.

—¿Perdón?.

—Gracias —repitió Cassandra, quitándose los guantes de cuero suave con calma y poniéndolos sobre la mesita de noche. —Por traer a mi hijo de vuelta y por probar que yo estaba equivocada respecto a ti.

Miré a Andreas, inmóvil en la cama, deseando que se despertara para ver aquello, y después volví a ella.

—¿Equivocada? —pregunté, la voz fallando—. ¿Sobre qué, señora?.

Cassandra suspiró, y por un breve segundo, la máscara de hierro se suavizó, revelando a una madre cansada tras la general.

—Vi cómo Andreas te miró el día en que te trajo a la mansión. Vi la posesividad y el interés. —Sacudió la cabeza levemente. —Pero pensé que eras débil, Chloe. Una académica criada entre libros y polvo, lejos de la realidad brutal de nuestro mundo. Pensé que, a la primera presión, te romperías y te llevarías a mi hijo contigo al fondo.

Extendió la mano y, en un gesto sorprendentemente gentil, tocó un mechón de mi pelo sucio, colocándolo detrás de mi oreja.

—No fui criada para esto —admití, sintiendo las lágrimas quemar mis ojos.

—No. Pero has sobrevivido a ello. —Sus ojos brillaron con respeto genuino—. Athan me lo ha contado. Mantuviste la cabeza fría cuando las balas volaron. Saltaste al mar con él. Salvaste a Andreas y le sujetaste la mano hasta que llegó el rescate. Eso por sí solo ya es la prueba de tu fuerza.

Solté una risa nerviosa, sin humor, mirando mis manos temblorosas y sucias.

—No me siento muy fuerte ahora, señora Galanis. Estoy temblando.

—El temblor es el cuerpo recordando que está vivo —dijo ella, sabia. —La mayor fuerza de mujeres como nosotras, Chloe, no es la violencia física. Es saber mantenerse en pie cuando el mundo intenta derribarnos. Has usado tu mente, has usado tu coraje y eso te hace una Galanis más que cualquier anillo en el dedo.

Entonces, hizo lo imposible. Cassandra Galanis dio un paso adelante y me abrazó. Me quedé rígida por un segundo, aturdida por

el olor a rosas caras y por el calor de aquella mujer que yo creía hecha de hielo. Entonces, mis hombros cayeron. Me relajé. Era un abrazo de bienvenida y de aceptación en el clan.

Me soltó antes de que pudiera emocionarme demasiado y volvió al modo general, alisándose la chaqueta.

—Ahora, mírate —dijo, arrugando la nariz elegantemente ante mi ropa inmunda. —Necesitas un baño, un médico y ropa que no parezca haber sido masticada por un tiburón.

—Yo... no quiero separarme de él —miré a Andreas, sintiendo la necesidad física de monitorizar cada respiración suya—. ¿Y si se despierta?.

—Yo parí a ese niño, Chloe —dijo Cassandra, poniendo los ojos en blanco con una familiaridad que me hizo sonreír. —Sé cuidar de mi hijo durante treinta minutos. No se va a fugar y tú no le sirves de nada desmayándote de agotamiento o cogiendo una infección con esa suciedad.

Extendió una bolsa de tienda de marca que había dejado sobre el sillón al entrar.

—Toma. Hay un baño completo en la suite de al lado, reservada para la familia. Úsalo. La médico ya está esperando para examinar tus heridas.

Cogí la bolsa, sin tener cómo argumentar con la fuerza de la naturaleza que era Cassandra. Miré a Andreas en la cama una última vez. Continuaba durmiendo, ajeno a la conversación. Le pasé la mano levemente por la cara, evitando los vendajes.

—Vuelvo enseguida —le susurré.

Me giré hacia Cassandra.

—Cuide de él, por favor.

—Siempre —respondió ella, sentándose en el sillón que yo ocupaba, asumiendo la vigilia.

Fui al baño de la suite anexa. Cuando cerré la puerta y abrí la bolsa, perdí el aliento. Dentro, no había ropa de hospital o prendas

básicas. Había un conjunto de pantalón y blusa de cachemir color crema, suave como una nube, lencería de seda que costaba más que mi salario mensual en el museo y un par de bailarinas de cuero italiano. Era ropa de lujo, discreta, elegante y cómoda. Ropa de una mujer que pertenecía a aquel mundo. Ropa de una Galanis.

Entré en la ducha. El agua caliente lavó la sal, la sangre y el hollín, llevándose el agua oscura por el desagüe. Lloré un poco, lágrimas silenciosas de alivio y descarga de tensión, mientras el jabón caro hacía espuma en mi piel arañada.

Cuando salí y me puse la ropa nueva, me miré en el espejo. La mujer que me devolvía la mirada tenía ojeras profundas y cortes en la cara, pero vestida de aquella manera, con la barbilla erguida y la mirada enfocada... parecía fuerte. Parecía alguien que había atravesado el infierno y salido del otro lado vistiendo cachemir.

Salí del baño. Una médico joven y eficiente me esperaba en la salita.

—¿Dra. Stamos? —Indicó el sillón—. Siéntese, por favor. La señora Galanis exigió un chequeo completo.

Dejé que me examinara los ojos, escuchara mi corazón, revisara los arañazos y la torcedura en el tobillo.

—Tiene suerte —concluyó ella, aplicando un vendaje nuevo en mi brazo. —Son solo escoriaciones, hematomas y una torcedura leve. Nada roto. El estrés es el factor más importante ahora.

Me entregó dos frascos.

—Antiinflamatorio para el cuerpo y vitaminas. Necesita descansar.

—Gracias.

Volví a la habitación de Andreas. Cassandra todavía estaba allí, sentada en el sillón, sujetando la mano de su hijo. Cuando entré, se levantó, cediéndome el lugar. Me miró de arriba abajo, aprobando la transformación.

—Mejor —dijo—. Ahora estás decente.

Me senté al lado de la cama, cogiendo la mano de Andreas nuevamente.

—¿Se ha movido? —pregunté.

—No. Necesita dormir para curarse. —Cassandra caminó hacia la puerta—. Tú también, Chloe. Mañana será otro día y Andreas va a necesitarte fuerte cuando despierte.

Salió, cerrando la puerta suavemente. Me quedé sola con la Bestia dormida. Estaba limpia, vestida como una reina y aprobada por la Matriarca. Pero, más importante que todo eso, estaba a su lado.

Apreté la mano de Andreas y apoyé mi cabeza en el colchón, al lado de su brazo, lista para esperar el tiempo que fuera necesario hasta que aquellos ojos verdes se abrieran para mí.



Andreas
GALANIS

Capítulo 29

El dolor era un despertador eficiente. Desperté en la suite presidencial del hospital con la sensación de que mi cuerpo había sido desmontado y vuelto a montar con piezas oxidadas. Mi pierna latía con un ritmo sordo, mis costillas ardían con cada respiración y mi cabeza parecía pesada, llena de algodón y analgésicos.

Parpadear fue un esfuerzo. La luz de la mañana entraba por la ventana, hiriendo mis ojos. Intenté moverme, pero paré al sentir un peso en mi mano derecha. Miré hacia un lado.

Chloe estaba durmiendo en un sillón incómodo de cuero beige, arrimado muy cerca de la cama. Su cabeza estaba apoyada en el colchón, cerca de mi cadera, y su mano sujetaba la mía con fuerza, incluso en sueños. Parecía exhausta. Había ojeras oscuras bajo sus ojos, arañazos cicatrizando en la mejilla, pero vestía ropa de cachemir que no parecía pegar con ella, aunque podía apostar que se la había dado mi madre.

La "Bestia" dentro de mí, que generalmente despertaba lista para morder, se calmó instantáneamente. Solté mi mano de la suya con cuidado y llevé los dedos a la cara de Chloe. Acaricié la piel suave de su mejilla con el dorso de los dedos, apartando un mechón de pelo castaño detrás de la oreja.

Se movió, suspiró y abrió los ojos. Eran castaños, cálidos y llenos de preocupación inmediata.

—¿Andreas? —Su voz era ronca de sueño. Chloe se enderezó de un salto—. ¿Estás bien?. ¿Sientes dolor? Voy a llamar al médico....

—Eh... —Le sujeté la muñeca, impidiéndole levantarse—. Estoy bien. Estoy vivo.

Se relajó, con los hombros cayendo, y se inclinó sobre mí, apoyando los codos en el colchón, disminuyendo la distancia.

—Nos has asustado —susurró Chloe—. Pensé que no despertarías tan pronto.

—Tengo cosas que hacer —refunfuñé, intentando sentarme. El dolor en las costillas me hizo apretar los dientes.

—No tienes nada que hacer aparte de quedarte tumbado —reprendió ella, pero había una sonrisa aliviada en sus labios.

Se acercó más. El aroma, aquel olor limpio y dulce que me había mantenido cuerdo en el barco, limpió el olor a hospital de mis fosas nasales.

—Bésame —pedí, o tal vez ordené. La línea era tenue.

Chloe no dudó. Se inclinó y presionó sus labios en los míos. No fue un beso de deseo desenfrenado. Fue un beso de cuidado. Suave, lento y curativo. Los labios de Chloe se movieron sobre los míos con una ternura que me desarmó. Sentí su mano en mi pecho, sobre el corazón, verificando el latido. Cuando Chloe se apartó, me sentí extrañamente más fuerte y más dependiente de lo que me gustaría admitir.

La puerta se abrió, rompiendo el momento. El médico jefe entró, seguido por dos enfermeros y Kostas, que montaba guardia en el pasillo.

—Buenos días, Sr. Galanis —dijo el médico, verificando los monitores—. Veo que ha despertado.

—Quiero salir de aquí —declaré, quitándome los sensores del pecho.

—Andreas... —intentó intervenir Chloe.

—Señor, sus heridas son graves —avisó el médico, nervioso—. La pérdida de sangre fue significativa. Recomendamos observación por 48 horas más.

—Puedo ser observado en mi casa —repliqué, sentándome en el borde de la cama y luchando contra el mareo que hizo que la habitación girara. —Denme mi ropa y preparen el coche.

Miré a Kostas.

—¿Dónde están mis hermanos?.

—Ya han vuelto a la mansión, jefe. Están coordinando la seguridad.

—Estupendo. —Intenté ponerme de pie. Mi pierna izquierda falló, pero me apoyé en la mesita de noche antes de caer. —¡Vamos!.

Chloe suspiró, dándose cuenta de que era inútil discutir. Se levantó y vino a mi lado, pasando mi brazo por sus hombros para darme apoyo.

—Eres el paciente más terco de la historia de la medicina —murmuró.

—Y tú eres la enfermera más guapa —respondí, besando su sien.

El viaje de vuelta a la Mansión Galanis se hizo en un convoy de seguridad máxima. Tres todoterrenos blindados, escoltas en moto y hombres armados hasta los dientes. Atenas sabía que los Galanis

habían sangrado, y mostrábamos los colmillos para garantizar que nadie intentara terminar el trabajo.

Cuando llegamos, rechacé la silla de ruedas que Despina intentó empujar en mi dirección en el hall de entrada.

—Puedo andar —gruñí, apoyándome pesadamente en Chloe y en un bastón que Kostas me consiguió.

Cojeé hasta el despacho de Athan. Necesitaba saber y ver lo que habíamos comprado con tanta sangre. Athan y Alex estaban allí. El despacho estaba lleno de papeles y equipos electrónicos. Cuando entré, Athan levantó la cabeza. Parecía exhausto, pero aliviado.

—Deberías estar en la cama —dijo mi hermano.

—Dormiré cuando esté muerto —respondí, soltando a Chloe y cayendo en el sillón de cuero frente a su mesa. —¿El diario y el disco duro? ¿Qué habéis encontrado?.

Alex cogió el cuaderno de cuero negro que Chloe había rescatado.

—Es el mapa maestro, Andreas. Las coordenadas de todas las rutas de contrabando de padre. Pero la última entrada... la de 1944... no es un depósito en tierra.

—Es un barco —completé, recordando lo que Chloe había descifrado en la tienda—. "El Fantasma de Creta".

—Exacto —confirmó Alex—. Un carguero alemán desaparecido. Según las notas de padre, localizó los restos en la Fossa Helénica, a ochenta metros de profundidad. El oro está allí y los servidores con los archivos originales también.

Me quité la manta de encima con un movimiento brusco.

—Tenemos que ir. ¡Ahora!.

—Andreas... —empezó Athan, en un tono de advertencia.

—Damon sabe que hemos cogido el diario —insistí, balanceando las piernas fuera del sofá y sintiendo la habitación girar. —Sabe que ha perdido la pista, va a intentar cercar el área probable

y traer sonares, dragas. Si ese bastardo encuentra el barco antes que nosotros....

—No va a encontrar nada —dijo Athan—. El Egeo es inmenso. Sin las coordenadas exactas de este cuaderno, está buscando una aguja en un pajar de cuatro mil metros de profundidad.

Puse los pies en el suelo y el dolor en mi muslo fue una puñalada caliente.

—No voy a arriesgarme. Cojo el Cerbero. Chloe viene conmigo, ella sabe qué buscar en los restos....

—¡TÚ NO VAS A NINGÚN LADO!.

La voz vino de la puerta. No era Athan. Mi madre entró en el despacho. Llevaba un vestido de seda azul marino y traía consigo un aura de autoridad que hizo que hasta Alex enderezara la postura inmediatamente. No parecía una madre preocupada; parecía la general que comandaba el ejército.

Caminó hacia mí y su mirada era de hielo y fuego.

—Madre, necesito....

—Necesitas callarte la boca y escuchar —cortó, parándose frente a mí y mirando mi pierna vendada, mi cara pálida y sudada. —Estás sangrando, Andreas.

Miré hacia abajo. Una pequeña mancha roja se estaba formando en mi vendaje donde había sido baleado.

—Es superficial.

—Es estupidez —replicó ella—. Un soldado herido es un pasivo. Si vas al mar ahora, en este estado, mueres y la chica muere intentando salvarte.

Señaló a la puerta, al pasillo.

—He hablado con la Dra. Stamos. Me ha contado lo que pasó en el tejado. Lo que pasó en la carretera. Has exigido demasiado a la suerte y a esa niña.

—Damon está ahí fuera —gruñí.

—Damon está ciego —afirmó Cassandra, cogiendo el diario de la mano de Alex y cerrándolo con un chasquido. —No tiene este libro. No tiene a la arqueóloga. No tiene nada más que dinero y desesperación. Deja que gaste millones barriendo el mar inútilmente.

Me puso la mano en el pecho y me empujó hacia atrás. No usé fuerza para resistirme. Caí sentado en la silla.

—Tu padre intentó destruir a esta familia con secretos —dijo ella, la voz bajando, cargada de un odio frío por el marido muerto. —Creó esta guerra entre hermanos. Pero yo... yo soy la madre que va a garantizar que sobreviváis a ella para vencer.

Miró a Athan y a Alex.

—El plan ha cambiado. Andreas se queda en remojo. Athan, refuerza la seguridad de la mansión y de Eleni. Alex, monitoriza las comunicaciones de Damon. Solo vamos a movernos cuando Andreas consiga andar sin parecer un viejo de noventa años y cuando tengamos un equipo de buceo preparado para la guerra, no para una huida desesperada.

—Tiene razón —admitió Athan, para mi disgusto—. Eleni está entrando en el octavo mes. No puedo dejar Atenas ahora para una expedición incierta. Necesitamos tiempo.

Cassandra asintió, volviéndose hacia mí. Su expresión se suavizó, solo una fracción.

—Vas a comer. Vas a dormir y vas a dejar que esa niña cuide de ti, porque parece ser la única persona a la que escuchas además de a mí.

—Chloe... —murmuré—. ¿Está bien de verdad?.

—Está ahí abajo, en la cocina, ayudando a la nueva cocinera a entender cómo se hace un café decente —Cassandra puso los ojos en blanco, pero había un brillo de aprobación allí. —Se ha adaptado rápido. Parece que tenemos una terca más en la familia.

Mis hermanos salieron, dejándome con la orden expresa de la Matriarca y la frustración de estar preso. Pero, mientras miraba por la ventana a los jardines fortificados de la mansión, me di cuenta de que mi madre tenía razón. Necesitaba curarme. Porque cuando fuera a buscar aquel barco... iba a necesitar toda mi fuerza para enterrar a Damon junto con él.



Chloe
STAMOS

Capítulo 30

La luz de la mañana entraba por las rendijas de las persianas blindadas, dibujando líneas de polvo dorado en el aire silencioso de la habitación de Andreas. O mejor, *nuestra* habitación.

Me giré en la cama inmensa, teniendo cuidado de no despertar al hombre que dormía a mi lado. Andreas estaba tumbado boca arriba, con un brazo echado sobre los ojos, como si intentara bloquear el mundo exterior incluso durante el sueño. La sábana cubría solo la mitad inferior de su cuerpo, dejando a la vista el pecho ancho vendado y los tatuajes tribales que parecían contar historias de guerras que yo nunca comprendería totalmente.

Respiraba de forma pesada y profunda. Era el sueño del agotamiento y de la curación. La "Bestia" finalmente había sido sedada, no por medicinas, sino por la orden implacable de su madre y por los límites de su propio cuerpo.

Extendí la mano, parando los dedos sobre el vendaje limpio de su hombro, pero resistí el impulso de tocarlo. Necesitaba eso, dejar de ser el Ejecutor por unas horas y ser solo un hombre recuperándose.

Me levanté despacio, sintiendo el frescor del suelo de madera bajo mis pies descalzos. Me puse la bata de seda que Despina me había dejado, una prenda lujosa, azul marino, que me hacía sentir una impostora en medio de tanta riqueza, y salí de la habitación, cerrando la puerta con un clic casi inaudible.

La casa estaba silenciosa, pero no era un silencio vacío. Era el silencio de una máquina compleja empezando a operar. Bajé las escaleras, rozando mis dedos en el pasamanos de mármol frío.

Ya no era una prisionera intentando huir, ni una arqueóloga perdida. Era... algo indefinido. La mujer que trajo al hijo pródigo de vuelta. La llave para el tesoro. La amante del monstruo.

Seguí el olor a café recién hecho hasta la cocina. Al empujar la puerta, el calor del horno me acogió. La cocina de la Mansión Galanis era el corazón de la casa, el único lugar donde la grandiosidad fría de mármol daba paso a aromas de comida casera y sonidos humanos.

Allí, una mujer joven, con el pelo negro recogido en un moño severo y ojos ansiosos, estaba cortando fruta con una velocidad nerviosa.

—Buenos días —anuncié suavemente, para no asustarla.

La mujer dio un salto, casi tirando el cuchillo. Se giró bruscamente, limpiándose las manos en el delantal inmaculado como si la hubieran pillado cometiendo un crimen.

—¡Señora! —Hizo una reverencia torpe y temblorosa—. Perdóneme, no la oí entrar. Soy Elena. La nueva... bueno, la nueva cocinera.

Me miraba con una mezcla de respeto y terror absoluto. Yo no sabía quién estaba allí antes que ella, o por qué había una vacante en una casa tan tradicional, pero, a juzgar por el pánico en los ojos

de Elena, trabajar para los Galanis exigía nervios de acero que ella aún no tenía. Para ella, yo debía de ser solo una pieza más de este tablero peligroso.

—Encantada, Elena. Soy Chloe. —Sonreí, intentando disipar la tensión que flotaba en el aire. —Y por favor, no hace falta tanta ceremonia. Solo he venido a coger un poco de café antes de que la casa despierte de verdad.

Elena se relajó visiblemente, soltando el aire que retenía en los pulmones.

—¡Café! Claro. Acabo de hacerlo. Es un lote especial que le gusta al Señor Athan, bien fuerte.

Mientras me servía, la puerta trasera se abrió. El jardinero anciano que había visto de lejos a través de las ventanas de la habitación, entró. Se quitó la gorra sucia de tierra, revelando una calva brillante y bronceada por el sol. En las manos callosas, sostenía un pequeño ramo de flores silvestres y algunas rosas blancas, atadas con una cuerda rústica.

—Buenos días —dijo, con la voz ronca de quien ha fumado toda la vida. Su mirada, bajo las cejas grises, se posó en mí y se suavizó. —Para la señorita.

Extendió las flores en mi dirección. Me quedé sorprendida, aceptando el ramillete. Cogí el ramo, sintiendo el olor dulce y terroso que contrastaba con el ambiente estéril de los pasillos.

—¿Para mí? Gracias. Son preciosas.

—Es poco —refunfuñó, avergonzado, mirando sus propias botas de trabajo sucias de tierra. —Pero todos sabemos lo que pasó. Usted trajo al niño Andreas de vuelta. Él es... difícil. Pero es nuestro. Gracias por no dejarlo en el mar.

Sentí un nudo en la garganta. No sabía nada sobre la lealtad de aquellas personas, pero me di cuenta de que, para ellos, Andreas no era solo el "Ejecutor" que el mundo temía ; era alguien a quien vieron crecer y, de alguna forma extraña, al salvar su vida, yo había dejado de ser una intrusa.

—No podría dejarlo —respondí, honesta, apretando las flores —. Él no me dejó.

Acaricié los pétalos de las flores y, de repente, una ola de nostalgia me golpeó con la fuerza de un puñetazo físico. Aquel gesto sencillo, la amabilidad ruda de un hombre mayor y preocupado... me recordó dolorosamente a mi padre. Mi padre, Costa Stamos, que vivía rodeado de libros en nuestro apartamento en Exarchia. Probablemente estaba tomando su té de hierbas ahora, leyendo el periódico, sin saber que su hija había cambiado el polvo seguro de los museos por la pólvora y la sangre de la mafia. Estaba acostumbrado a mis desapariciones en excavaciones, pero nunca había sentido tanta falta de su normalidad como en aquel instante.

—Con permiso —murmuré, sintiendo las lágrimas picar en mis ojos, girando la cara para esconder la emoción. —Necesito... necesito hacer una llamada.

Me alejé hacia un rincón más reservado de la cocina, cerca de la ventana que daba al jardín de hierbas, lejos de los oídos atentos de Elena y Petros. Mis manos temblaban levemente cuando saqué del bolsillo el móvil desechable seguro que Alex me había dado. Marqué el número que me sabía de memoria desde los seis años.

Llamó dos veces.

—*¿Nai?* (¿Sí?) —Su voz sonó distraída, acompañada por el sonido de páginas pasando.

—¿Papá? —Mi voz falló. Tuve que carraspear—. Soy yo, Chloe.

—¡Chloe! —Su tono cambió instantáneamente a un calor acogedor. —Hija mía, estaba a punto de llamar al Dr. Elias para preguntar si te había enterrado en alguna excavación en Creta. ¡Has desaparecido!.

Me reí, un sonido débil y aguado. No estaba asustado. Estaba acostumbrado a mis inmersiones profundas en el trabajo, días sin señal en sótanos de museos o islas remotas. Para él, mi silencio era solo dedicación profesional, no un secuestro.

—Lo siento, papá. —Apoyé la frente en el cristal frío de la ventana—. Surgió un... proyecto. Una restauración privada, muy delicada. Es fuera de Atenas. La señal aquí es terrible y el cliente exige confidencialidad total.

La mentira resbaló por mi lengua con una facilidad aterradora. Estaba aprendiendo a mentir demasiado rápido.

—Ah, entiendo. Esos coleccionistas privados son unos excéntricos. —Se rio—. Pero ¿estás bien? ¿Te estás alimentando?. No vayas a vivir de café y galletas como en la época de la tesis.

Miré la mesa harta que Elena estaba preparando.

—Estoy comiendo bien, papá. No te preocupes.

Estoy comiendo en la mesa de un asesino, papá. Y estoy enamorada de él.

—Solo quería oír tu voz. Decir que estoy bien.

—Me alegra que hayas llamado, querida. ¿Cuándo vuelves? He comprado ese aceite de Kalamata que te gusta. Podemos hacer una comida de domingo.

La invitación sencilla, la normalidad de aquella vida que parecía pertenecer a otra persona, hizo que mi corazón doliera físicamente.

—Yo... yo no sé cuándo vuelvo, papá. El trabajo es complejo. Pero avisaré. Lo prometo.

—Está bien, querida mía. Trabaja duro, pero descansa. Te quiero.

—También te quiero, papá.

Colgué antes de empezar a llorar de verdad. Estaba seguro en su ignorancia. Era mejor así. Si supiera dónde estaba, o con quién estaba, su corazón no aguantaría.

Respiré hondo, secándome una lágrima solitaria antes de girarme. Zoe, la camarera, había entrado en la cocina equilibrando una pila de toallas limpias. Me miró con simpatía, fingiendo no haber notado mi momento de debilidad.

—Veo que ya ha conocido al nuevo equipo, señora Chloe. Petros tiene debilidad por las heroínas —dijo Zoe, sonriendo.

Forcé una sonrisa de vuelta, guardando el móvil en el bolsillo de la bata. El mundo real tenía que esperar. Tenía un papel que desempeñar allí dentro.

—No soy una heroína, Zoe. Solo soy terca.

—A veces es lo mismo —una voz femenina y cansada vino de la entrada principal de la cocina.

Todas nos giramos.

Eleni estaba parada en la puerta. Llevaba un pijama de seda ancho, pero que no conseguía esconder la barriga de ocho meses que despuntaba orgullosa. El pelo castaño estaba suelto, cayendo en ondas sobre los hombros, y tenía ojeras oscuras bajo los ojos. Parecía exhausta, guapa y... hambrienta.

—Buenos días, Eleni —saludé, guardando mi dolor en el bolsillo junto con el teléfono.

—Buenos días —suspiró ella, caminando hacia la mesa y sentándose con dificultad, apoyando la mano en la espalda. —Elena, por favor, dime que sabes hacer *spanakopita*. El bebé se ha despertado exigiendo espinacas y queso feta, y si no como eso en diez minutos, creo que voy a morderle el brazo a alguien. Probablemente el de Athan, si tiene valor de salir del despacho.

Elena abrió los ojos de par en par y corrió a la nevera.

—¡Inmediatamente, señora Galanis! ¡Tengo masa filo fresca!.

Me senté a la mesa con Eleni, poniendo mi café y las flores de Petros en un jarrón improvisado. Nos quedamos en silencio un momento, observando el movimiento de la cocina. Era una calma doméstica extraña, considerando que había guardias armados fuera de la ventana y que mi "novio" estaba en el piso de arriba recuperándose de un tiro.

—¿Cómo está? —preguntó Eleni, sin mirarme, enfocada en alisar el mantel.

—¿Andreas? —Tomé un sorbo de café—. Durmiendo. Odia admitirlo, pero la pérdida de sangre lo ha tumbado. Se va a despertar furioso y hambriento.

Eleni rio, un sonido bajo y musical.

—Suena como un Galanis. Athan es igual. Cuando se pone enfermo o herido, la casa entera tiembla. No saben ser vulnerables, Chloe. Les enseñaron que sentir dolor es un defecto.

La miré. Eleni tenía esa aura de serenidad de quien carga un secreto, o una vida.

—Llevas bien esto —comenté—. Todo esto. La seguridad, las armas, el miedo.

Levantó la vista hacia mí. Había una sombra en ella.

—No lo llevo bien, Chloe. Simplemente lo llevo. —Se acarició la barriga. —Cuando me casé con Athan, pensé que mi vida se había acabado. Pensé que sería una prisionera de lujo y, en cierto modo, lo soy. Entonces... —Sonrió, una sonrisa pequeña y privada. —Entonces descubrí que la jaula también puede ser un santuario, si amas al carcelero.

La frase me golpeó de lleno. Era exactamente lo que estaba sintiendo. Andreas me secuestró, me arrastró al peligro, pero ahora... la idea de irme parecía más aterradora que quedarme.

—Tengo miedo —confesó Eleni, la voz bajando a un susurro, para que los empleados no oyeran. —No de la mafia. No de Damon. Tengo miedo del parto. Tengo miedo de no ser lo suficientemente fuerte para traer a este niño al mundo, o de que este mundo sea demasiado oscuro para él.

Extendí mi mano y cubrí la suya sobre la mesa.

—Ese bebé va a tener suerte de tenerte.

Me apretó la mano, con los ojos llorosos.

—Y Andreas tiene suerte de tenerte. Siempre fue el más... salvaje. El más roto. Athan tiene el deber, Alex tiene la mente, pero

Andreas... Andreas tiene la furia. Necesitaba a alguien que no tuviera miedo de su oscuridad.

—No tengo miedo de la oscuridad —respondí, recordando sus ojos en la cueva sumergida. —Solo tengo miedo de perderlo ante ella.

Elena puso la fuente de *spanakopita* humeante en la mesa, rompiendo el momento de confesión.

—Come —le dije a Eleni, sirviendo un trozo generoso—. Necesitas fuerzas. Y yo también. Parece que vamos a necesitar mucha energía para lidiar con estos hermanos en los próximos días.

Eleni mordió la tarta y gimió de placer.

—Estás contratada de por vida, Elena. —Me miró con la boca llena y guiñó un ojo. —Bienvenida a la familia, Chloe. Es una locura, es peligroso y probablemente te matará de estrés antes de los treinta. Pero la comida es genial y el amor... el amor es del tipo que quema ciudades.

Sonreí, mordiendo mi propio trozo. Quemar ciudades. Sí, parecía apropiado. Estaba sentada en la cocina de un jefe de la mafia, comiendo tarta con su esposa embarazada, mientras mi Ejecutor dormía en el piso de arriba. Mi vida antigua, con sus jarrones polvorientos y la voz tranquila de mi padre al teléfono, parecía pertenecer a otra persona y, por primera vez desde que Andreas invadió mi laboratorio, no quería mi vida antigua de vuelta. Quería ver qué pasaría cuando la Bestia despertara.



Andreas GALANIS

Capítulo 31

Desperté con el silencio...

Y el silencio, en mi línea de trabajo, era peor que un grito.

Abrí los ojos, esperando ver el techo sucio de la cabina del *Cerbero* o el cielo estrellado de mar abierto. En vez de eso, encontré el estuco blanco e impecable del techo de mi propia habitación.

El aire olía a antiséptico y lavanda, una combinación empalagosa que revolvió mi estómago. Tanteé el lado de la cama. Vacío y frío. Chloe no estaba allí.

La paranoia, mi vieja y fiel compañera, se disparó en mi cerebro antes incluso de que estuviera totalmente despierto.

¿Dónde está? ¿Se la han llevado?

Intenté sentarme en un movimiento brusco, instintivo, listo para sacar el arma que sabía que estaba en la mesita de noche.

El error fue fatal.

Un dolor alucinante me rasgó el muslo izquierdo, subiendo por la espina dorsal y explotando en la base de mi cráneo. Era como si alguien hubiera clavado un hierro al rojo vivo en el agujero de bala y lo hubiera girado.

Grité, un sonido ronco y animalesco, y me desplomé de nuevo en las almohadas, sudando frío.

—¡Joder! —rugí, golpeando el colchón con el puño cerrado.

Estaba atrapado.

Yo, Andreas Galanis, el Ejecutor, el hombre que hacía temblar a Atenas, estaba atrapado en una cama con sábanas de algodón egipcio, derribado por un trozo de plomo y por la orden de mi madre.

Miré mi pierna. Estaba vendada, inmóvil, un peso muerto que me anclaba allí mientras la guerra ocurría fuera. Athan estaba en el despacho, planeando. Alex estaba rastreando a Damon. ¿Y yo? Yo estaba aquí, inútil. Un arma sin munición. Un perro guardián sin dientes.

La frustración creció en mi pecho como una marea negra.

Necesitaba levantarme, salir y beber algo que no fuera agua o zumo. Vi la jarra de agua en la mesita de noche. Estiré el brazo para cogerla, pero el dolor en la costilla (otro recuerdo de la lucha en el barco) me hizo vacilar. Mi mano golpeó la jarra. El cristal pesado volcó, rodando por la mesa y cayendo al suelo con un estruendo de vidrios rotos.

El agua se esparció por la alfombra persa.

—¡Maldición! —berreé, agarrando la lámpara y lanzándola contra la pared opuesta en un acceso de furia ciega.

La cerámica explotó, dejando un agujero en el papel pintado de seda. Era un animal enjaulado y, si no salía de allí ahora, iba a destruir la habitación entera.

La puerta se abrió. No con miedo o con vacilación. Fue abierta con firmeza.

Chloe entró.

Llevaba una bata de seda azul que le daba un aire de realeza, pero el pelo estaba recogido en un moño flojo y había manchas de harina en su mejilla. Se detuvo en la entrada, mirando los fragmentos de cristal en el suelo, la lámpara destruida y, finalmente, a mí.

Esperaba que se encogiera. Esperaba ver aquel miedo de "arqueóloga" en sus ojos. Pero Chloe no retrocedió. Cruzó los brazos sobre el pecho y arqueó una ceja, con una calma irritante.

—Veo que la Bestia ha despertado —dijo, seca—. Y ha decidido redecorar la habitación.

—Sal de aquí —gruñí, girando la cara hacia la ventana.

No quería que me viera así: débil, roto y sudado de dolor.

—No —respondió ella, cerrando la puerta tras de sí y caminando en mi dirección, esquivando los añicos con los pies descalzos—. No recibo órdenes de pacientes caprichosos.

—¡No soy un paciente! —Intenté levantarme de nuevo, usando los codos para impulsarme—. Soy tu...

El dolor me cortó el habla, transformando mi amenaza en un gemido entre dientes apretados. Caí de vuelta, jadeando.

Chloe estuvo a mi lado en un instante. Sus manos, frescas y suaves, se posaron en mi pecho desnudo, empujándome suavemente contra el colchón.

—Eres un hombre que recibió un disparo para salvarme, Andreas. Deja de intentar rasgar tus puntos.

—¡Soy inútil aquí! —exploté, agarrándole las muñecas. Mis dedos eran esposas alrededor de los huesos finos—. ¡Damon está ahí fuera! ¡Mis hermanos están ahí fuera y yo estoy aquí, tumbado, mientras ellos hacen mi trabajo!

—Tu trabajo ahora es curarte —dijo ella, sin intentar soltarse, mirándome profundamente a los ojos—. Un soldado herido es un pasivo. Tu madre dijo eso. ¿Quieres ser una carga para Athan?

La pregunta fue una bofetada en la cara. Le solté las muñecas, sintiendo la vergüenza quemar más que la herida.

—Nunca he sido una carga.

—Entonces deja de actuar como un niño que ha roto el juguete.

Se apartó y fue hasta el baño, volviendo con un botiquín de primeros auxilios. Chloe se sentó en el borde de la cama, cerca de mi cadera.

—Voy a cambiarte el vendaje. El médico dijo que lo hiciera por la mañana.

—Puedo hacerlo solo.

—No, no puedes. Apenas consigues alcanzar la pierna sin gemir. Quédate quieto.

Tiró de la sábana, exponiendo mi pierna. El vendaje estaba manchado de sangre seca y exudado. Era feo. Chloe no hizo muecas. Empezó a cortar la venda con unas tijeras quirúrgicas, con manos firmes.

La observé. La concentración en su rostro, la punta de la lengua asomando entre los dientes... Cuidaba de mí con la misma dedicación que usaba para restaurar sus jarrones antiguos. Como si yo fuera algo valioso, algo que valía la pena salvar, y no solo una máquina de matar averiada.

Cuando retiró la gasa, el aire frío golpeó la herida abierta. Gemí, tensando los músculos.

—Lo siento —susurró, cogiendo el antiséptico—. Va a escocer.

Limpió la herida. El dolor era blanco y agudo, pero el toque de los dedos suaves en mi piel sana, alrededor del corte, era un bálsamo.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, la voz saliendo ronca, sin la rabia de antes.

Paró, sujetando una nueva gasa.

—¿Hacer qué?

—Cuidar de mí. Te secuestré. Te arrastré al infierno. Te grité y ahora estoy rompiendo muebles. Deberías estar corriendo lejos.

Chloe terminó de sujetar el vendaje y, entonces, puso la mano sobre mi rodilla buena. El calor de su palma atravesó mi piel.

—Me sacaste del museo cuando iban a matarme. Saltaste delante de una bala en el barco. —Levantó la vista, y la intensidad en ella me atrapó—. No eres solo el Ejecutor, Andreas. No eres solo un arma que tu familia usa y después guarda en el cajón.

—Es eso lo que soy —insistí, amargo—. Es para lo que fui entrenado.

—No para mí. —Se inclinó hacia delante, apoyando la mano en mi pecho, justo encima de mi corazón—. Para mí, eres el hombre que me sostuvo cuando estaba vomitando de miedo. El hombre que me enseñó a navegar en la oscuridad.

Me acarició la cara, la barba de tres días arañando su palma.

—Me salvaste la vida, Andreas. Déjame cuidar de la tuya por unos días. Es un intercambio justo.

Me quedé mirándola, sin palabras. Nadie me había mirado nunca así. Ni mi madre, ni mis hermanos. Me querían, sí, pero veían mi utilidad y la fuerza. Chloe veía al hombre detrás de la cicatriz y no le tenía miedo.

La rabia fue drenada de mi cuerpo, dejando solo un cansancio profundo y una necesidad que no sabía nombrar. Extendí la mano y le sujeté la nuca, atrayéndola hacia abajo.

—Eres peligrosa, arqueóloga —murmuré contra sus labios—. Más peligrosa que una bala.

Ella sonrió contra mi boca.

—Y tú necesitas una ducha, comida y dejar de romper la decoración de tu madre, o Despina te matará antes de que Damon tenga la oportunidad.

Me reí. Una risa débil, pero real.

—Está bien. Tú ganas. —La solté, recostándome en las almohadas—. Pero si tengo que comer gachas, me rebelo.

—Voy a buscar *spanakopita*. —Se levantó, alisándose la bata —. Y café de verdad.

La observé salir de la habitación para buscar el desayuno, esquivando los fragmentos de vidrio con la gracia de una bailarina. Todavía me sentía inútil y odiaba estar atrapado en aquella cama.

Sin embargo, por primera vez en mi vida, la jaula no parecía tan solitaria. Porque ella estaba allí dentro conmigo.



Chloe
STAMOS

Capítulo 32

Cerré la puerta de la habitación con cuidado, dejando atrás el olor a antiséptico y tensión eléctrica que siempre flotaba alrededor de Andreas.

Apoyé la espalda en la madera maciza de la puerta y solté el aire, sintiendo mis piernas temblar levemente. No de miedo, sino por la intensidad de lo que acababa de pasar allí dentro.

Me había besado. No como un secuestrador, sino como un hombre hambriento, y yo... yo había cambiado los vendajes de aquel hombre peligroso y acariciado su cara como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, y no una guerra llamando a la puerta.

—¿Señora?

La voz seca me hizo saltar. Despina estaba parada en el pasillo, con la postura rígida de un sargento. Su mirada pasó de mí a la puerta cerrada a mi espalda.

—El Señor Andreas... ¿ha roto algo? He oído ruido de cristales antes.

Sentí mi cara calentarse, recordando su ataque de furia con la lámpara y la jarra.

—Un accidente, Despina. Intentó coger agua y... se le resbaló. —La mentira era débil, y las dos lo sabíamos—. Hay cristales en el suelo. Necesitamos limpiar antes de que decida andar descalzo y se haga más daño.

—Mandaré a Zoe inmediatamente —dijo Despina—. Y la señora debe bajar.

—¿Bajar?

—La señora Cassandra la aguarda en el jardín de invierno.

Tragué saliva. La calma post-tormenta había terminado. Enfrentar a Andreas herido era una cosa; enfrentar a la Matriarca Galanis en su territorio era otra completamente diferente.

—¿Ahora? —pregunté, alisándome la bata de seda que Andreas había tirado para besarme minutos antes. Me sentía expuesta.

—A los Galanis no les gusta esperar, señora Chloe.

Asentí, enderezando la postura. Ya no era la rehén asustada. Era la mujer que acababa de domar a la Bestia ahí arriba. Podía lidiar con su madre.

Bajé la escalinata monumental. El hall de entrada, que estaba silencioso en la madrugada, en aquel momento vibraba con actividad contenida. La puerta del despacho de Athan estaba abierta. Pude oír su voz, grave y autoritaria, dando órdenes en griego rápido por teléfono.

Alex estaba sentado en un sofá en el hall, con un portátil en el regazo, tecleando furiosamente. Levantó la vista cuando pasé. Lanzándome una sonrisa cansada, pero encantadora.

—Mira quién está ahí... la enfermera ha sobrevivido al paciente. —Cerró el portátil—. ¿Te ha mordido?

—Lo ha intentado —respondí, parando por un segundo—. Pero el hambre de comida era mayor que la de sangre.

Alex se rio.

—Andreas odia quedarse quieto. Si has conseguido mantenerlo en esa cama por más de diez minutos, mereces una medalla. O un aumento.

—Voy a ver a tu madre. Creo que la medalla tendrá que esperar.

La sonrisa de Alex vaciló levemente.

—Ah. La audiencia con la Reina. —Me miró con una simpatía genuina—. Un consejo, Chloe: no intentes agradarla. Ella huele el miedo y la adulación. Solo... aguanta firme.

—Gracias, Alex.

Seguí hacia el ala oeste. El jardín de invierno era una estructura magnífica de cristal y hierro forjado, anexa a la casa principal. Al entrar, fui golpeada por el aire húmedo y caliente, perfumado con el olor dulzón a jazmín y tierra mojada. Era un contraste violento con el ambiente estéril y frío del resto de la mansión.

Cassandra Galanis estaba sentada en un sillón de mimbre de respaldo alto, ante una mesa de té de cristal. Llevaba un vestido de lino color crema, impecable, y parecía estar examinando documentos con un par de gafas de lectura en la punta de la nariz.

No levantó la vista cuando entré.

—Siéntese —ordenó, pasando una página.

Obedecí, sentándome en la silla de hierro frente a ella. Esperé. El silencio se extendió, roto solo por el sonido de una fuente de agua en algún lugar entre las plantas. Finalmente, se quitó las gafas y me miró. Los ojos azules eran afilados como bisturís.

—¿Andreas está contenido?

—Está descansando —corregí—. Y alimentándose. La herida está limpia, pero necesita tiempo.

—Tiempo es algo que no tenemos. Damon se está moviendo. —Juntó las manos sobre la mesa—. Mi hijo es un arma, Chloe. Un arma poderosa, pero inestable. Necesita un objetivo o se destruye a sí mismo.

—No es un arma —repliqué antes de que pudiera contenerme —. Es un hombre y está herido porque se puso delante de una bala por mí. No trate su sacrificio como un fallo mecánico.

Cassandra arqueó una ceja. No había rabia en su expresión, solo una curiosidad calculadora.

—Tienes la lengua afilada para ser una académica. Andreas me dijo que eras tímida.

—La timidez muere rápido cuando alguien te dispara, Señora Galanis.

Soltó una risa corta, seca.

—Verdad. El fuego purifica... o consume.

—Hice lo que cualquier persona haría.

—No. La mayoría habría huido. Andreas te secuestró. Te arrastró a una guerra que no es tuya y aun así... estás aquí, defendiéndolo ante su propia madre. —Me estudió—. Estás enamorada de él.

No fue una pregunta.

Tragué saliva. Podía negarlo y decir que era miedo o conveniencia. Pero el recuerdo de su beso, de la petición de protección...

—No sé qué es esto todavía —admití, sosteniendo su mirada —. Pero sé que no voy a ir a ningún lado y que él me necesita tanto como yo le necesito ahora.

Cassandra asintió lentamente, como si hubiera llegado a una conclusión interna. Cogió una pequeña caja de terciopelo azul oscuro que estaba escondida bajo los papeles y la empujó en mi dirección.

—Ábrela.

Con los dedos temblorosos, abrí la caja. Dentro, sobre el satén blanco, reposaba un broche antiguo de oro macizo. Era una lechuza, el símbolo de Atenas, de la sabiduría, con dos ojos de esmeralda brillantes.

La miré, confundida.

—¿Qué es esto?

—Este broche perteneció a mi abuela. Ella lo usaba cuando mi abuelo iba al frente en la guerra civil.

Señaló la lechuza.

—La lechuza ve en la oscuridad, Chloe. Guía al cazador. Andreas es la fuerza bruta, la oscuridad. Necesita a alguien que vea el camino cuando él esté ciego por la furia.

—¿Usted quiere que yo... lo guíe?

—Quiero que seas sus ojos y su conciencia. —La voz de Cassandra se suavizó, perdiendo la dureza de general por un instante—. Mi hijo nunca ha tenido a nadie que lo mirara sin ver al monstruo primero. Tú has visto al hombre. Mantén a ese hombre vivo, Chloe. Porque si la Bestia toma el control de él completamente... perderé a mi hijo.

Cerré la caja, apretándola en la mano. El peso del oro parecía anclar mi promesa.

—Cuidaré de él, señora Galanis.

—Llámame Cassandra. Creo que ya hemos pasado las formalidades. —Volvió a coger las gafas, señalizando el fin de la conversación—. Ahora vete y dile a Andreas que, si rompe algún mueble más de esta casa, se lo descontaré de su herencia.

Me levanté, sintiendo una ligereza extraña. Había entrado en aquella sala como una intrusa y salía como una aliada.

Cuando volví a la habitación, Zoe ya había limpiado los cristales y cambiado el agua.

Andreas estaba despierto, apoyado en el cabecero, con el ceño fruncido, mirando a la puerta como si estuviera a punto de

arrancarla de las bisagras con la fuerza de la mente. Cuando me vio entrar, sus hombros se relajaron visiblemente.

—¿Dónde estabas? —gruñó, pero había alivio en la voz—. Pensé que habías huido.

Caminé hasta la cama y me senté a su lado. Puse la caja de terciopelo sobre su pecho.

—He sido ascendida —dije, sonriendo—. Tu madre me ha dado una misión.

Andreas abrió la caja, miró el broche de la abuela y después a mí, en shock.

—La lechuza... —murmuró—. Nunca dejó que nadie tocara esto.

—Dijo que necesito ser tus ojos en la oscuridad, Andreas.

Cerró la caja y me cogió la mano, entrelazando nuestros dedos.

—Ya lo eres —dijo, atrayéndome hacia un beso que sabía a promesa y a futuro.



Andreas
GALANIS

Capítulo 33

La luna llena bañaba la habitación con una luz plateada, transformando los muebles oscuros en siluetas fantasmagóricas.

Estaba sentado en el sillón de cuero, con la pierna herida estirada sobre un puf, observando a Chloe cepillarse el pelo ante el tocador. El movimiento era hipnótico. Cerdas contra hebras de seda, un ritmo suave que debería calmarme, pero que, en realidad, hacía que mi sangre hirviera de una forma que ningún analgésico conseguía controlar.

En su pecho, sobre la seda de la bata azul, el broche de lechuza de mi abuela brillaba. Aquel pedazo de oro era más que una joya. Era un sello de aprobación. Mi madre, la mujer más difícil de complacer en Grecia, había aceptado a la arqueóloga. Eso eliminaba el último obstáculo.

Me levanté, ignorando la punzada aguda en el muslo. El dolor era un recordatorio constante de que era mortal, pero la mujer

frente a mí me hacía querer ser eterno. Apoyé el peso en el bastón y caminé hacia ella.

Chloe me vio por el espejo. Detuvo el cepillo en el aire, con los ojos castaños encontrando mi reflejo.

—¿Andreas? ¿Necesitas algo? —Se giró, preocupada, haciendo ya ademán de levantarse—. ¿Dolor?

—Sí —respondí, parando detrás de ella, apoyando la mano libre en el respaldo de la silla, atrapándola—. Pero no en la pierna.

Frunció el ceño, confundida.

—¿Dónde?

—Aquí. —Me llevé la mano al pecho, sobre el esternón, donde la ansiedad de perderla se había alojado desde el tiroteo en el barco —. No quiero esperar a que la guerra termine, Chloe.

—¿Esperar a qué?

—A reivindicarte. De verdad. Ante mi familia, ante Dios y ante cualquier bastardo que crea que puede apartarte de mí.

Contuvo la respiración, con los ojos abiertos de par en par.

Solté el bastón. Cayó en la alfombra con un sonido sordo. Apoyé las dos manos en los brazos de la silla, inclinándome sobre ella, enjaulándola con mi cuerpo. Su olor subió hacia mí: limpio, dulce, vital.

—Cásate conmigo.

No fue una pregunta. No había anillo de diamante (todavía), no había cena a la luz de las velas, ni yo de rodillas. Un hombre herido, en medio de una guerra, no pide; conquista.

Chloe parpadeó, aturdida.

—¿Qué?

—Me has oído. No voy a darte la opción de huir. No voy a darte la opción de encontrar a un hombre normal, seguro y entero. Me salvaste la vida, Chloe. Ahora eres responsable de ella.

—Andreas... —Su voz tembló, y vi lágrimas brotar en sus ojos —. ¿Eso es... eso es una petición o una orden?

—Es una promesa —respondí, rozando mi nariz con la suya—. Prometo que voy a protegerte hasta mi último aliento, que voy a matar a cualquiera que te amenace y que nunca, jamás, estarás sola de nuevo. Acepta a la Bestia, Chloe. Porque el hombre ya es tuyo.

Soltó un sollozo, pero sonrió. Una sonrisa radiante que iluminó la oscuridad de la habitación y barrió mis dudas.

—Acepto —susurró, levantando las manos para sujetar mi cara, contorneando mi barba de tres días—. Acepto a la Bestia, al hombre y todo el lío.

Sellé el acuerdo con un beso brutal, devorando su boca, sintiendo el alivio inundar mis venas como una droga potente. Era mía. Legalmente, espiritualmente y carnalmente.

Cesé el beso, pero no me alejé.

—Levántate —ordené, con voz ronca de deseo.

Obedeció.

La cogí en brazos. Mi pierna protestó violentamente, en un rasgón de dolor que me hizo apretar los dientes y sudar frío, pero no la solté. El dolor me mantenía enfocado.

La cargué los tres pasos hasta la cama y la tumbé sobre las sábanas. Subí a la cama justo después, cerniéndome sobre ella, teniendo cuidado de aliviar el peso sobre el lado izquierdo. Mis manos, temblorosas de necesidad, fueron al cinturón de la bata de seda que llevaba.

Deshice el nudo con un tirón seco. La tela se abrió, revelando el camisón fino de encaje por debajo y la piel pálida que ansiaba tocar.

—Andreas... —Chloe puso las manos en mi pecho, intentando pararme suavemente. Su mirada bajó a mi vendaje en el muslo, donde una pequeña mancha de sangre fresca empezaba a aparecer

por el esfuerzo—. Estás herido. Deberías estar descansando. Tus puntos...

Le sujeté las muñecas con una mano, inmovilizándolas por encima de la cabeza, dominándola sin hacerle daño.

—Estoy herido, Chloe —gruñí, acercando mi cara a la suya, dejándole sentir el calor febril que emanaba de mí—. No estoy muerto y nada, ni un tiro, ni un ejército, va a impedirme tocar a mi prometida ahora.

Se estremeció, y vi sus pupilas dilatarse. La preocupación en sus ojos dio paso a algo más oscuro y primitivo.

—Entonces tócame —desafió en un susurro.

Bajé la cabeza y empecé despacio. Necesitaba ser lento, o perdería el control en segundos. Mi boca trazó el camino de su cuello, sintiendo el pulso acelerado bajo la piel fina. Mi mano libre bajó, apartando el encaje del camisón, exponiendo el pecho izquierdo.

—Precioso... —murmuré, pasando el pulgar áspero por la areola rosada. El pezón se endureció instantáneamente a mi toque.

Me agaché y lo aboqué. Chloe arqueó la espalda, dejando escapar un gemido de sus labios. Chupé con fuerza, usando la lengua para provocar, mientras mi mano iba al otro pecho, amasándolo con posesividad.

—Eres perfecta —dije contra su piel, sintiendo el sabor en mi lengua.

Mi mano bajó. Pasé la palma abierta por la barriga de Chloe, sintiendo la contracción de los músculos abdominales con mi paso. La piel allí era suave y caliente. Paré en el vientre bajo. Me quedé allí por un segundo, con la mano plana sobre el útero.

La idea de poner un hijo mío ahí dentro, de mezclar mi sangre con la suya, me dejó mareado de lujuria.

—Voy a llenarte —prometí roncamente, besándola en el ombligo—. Voy a plantar mi vida en ti.

Chloe jadeó, clavando las uñas en mis hombros, tirando de mí.

—Andreas, por favor...

No pude contenerlo más. La lentitud era una tortura que ya no podía soportar. Bajé más. Le arranqué las bragas con impaciencia, rasgando la tela. Las tiré lejos. Separé sus piernas, posicionándome entre ellas. El olor de Chloe, mezclado con el aroma natural de la piel, me golpeó de lleno, embriagándome.

—Ábrete para mí —ordené.

Chloe abrió, exponiéndose completamente, vulnerable y confiada.

No entré. En vez de eso, bajé la cara. Cuando mi lengua tocó su intimidad, Chloe gritó, echando la cabeza hacia atrás en la almohada, subiendo las caderas del colchón. Lamí de abajo hacia arriba, probándola, sintiendo el gusto dulce y salado.

—¡Andreas! —lloriqueó, con las manos yendo a mi pelo, sujetándome allí, entrelazando los dedos en los mechones.

La devoré. Usé mi lengua, mis labios, mis dientes... Chupé el clítoris con fuerza, sintiéndola temblar y retorcerse contra mi boca. Quería llevarla al límite, que perdiera la razón y que solo supiera mi nombre.

El cuerpo de Chloe empezó a contraerse, con las caderas buscando más presión y el ritmo de la respiración volviéndose errático. Estaba a punto de llevarla al orgasmo, pero sentí sus manos tirar de mi pelo con fuerza, obligándome a parar.

Levanté la cabeza, jadeando, con la cara mojada con su sabor.

—¿Qué? —pregunté, con voz gruesa, frustrado.

Chloe me miraba vidriosa, el pecho subiendo y bajando frenéticamente. Estaba roja, sudada y preciosa. Se sentó, empujándome levemente por los hombros para que me tumbara de espaldas.

—Mi turno —dijo ella, con voz temblorosa, pero cargada de una determinación feroz.

Fruncí el ceño, sorprendido.

—Chloe, no hace falta... yo aguanto...

—Yo quiero —cortó, con aquel brillo en los ojos castaños que estaba empezando a amar—. Tú me has probado. Ahora yo quiero probarte a ti. Quiero sentirte en mi boca, Andreas...

La sangre drenó de mi cerebro directo a mi entrepierna, haciendo que mi polla pulsara dolorosamente contra la tela del pantalón. La imagen de mi arqueóloga, la mujer que creí que era frágil, arrodillada entre mis piernas, queriendo darme placer...

Me dejé caer en las almohadas, derrotado y victorioso al mismo tiempo.

—Hazlo —conseguí decir, en un susurro estrangulado.

Chloe sonrió, una sonrisa de mujer que descubría su propio poder sobre la Bestia. Bajó por la cama, sus manos pequeñas y suaves yendo a la cinturilla de mi pantalón de chándal. Cuando me tocó, cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, sabiendo que, en aquella cama, ya no era el Ejecutor.

Era solo un hombre, completamente rendido a la mujer que sería mi perdición y mi salvación.

Chloe sonrió, una sonrisa de mujer que descubría su propio poder. Bajó por la cama, con sus manos pequeñas y suaves yendo a la cinturilla de mi pantalón de chándal. Cuando me tocó, cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, sabiendo que, en aquella cama, ya no era la Bestia.

Solo un hombre, completamente rendido a la mujer que sería mi perdición y mi salvación. Sentí el aire fresco golpear mi piel cuando tiró de la tela hacia abajo, liberándome completamente. Abrí los ojos para verla. Chloe estaba arrodillada entre mis piernas, mirándome con una mezcla de curiosidad y adoración que hizo que mi sangre bombeara más fuerte.

Parecía una diosa pagana a punto de realizar un sacrificio, y yo era el altar. Se inclinó, con el pelo castaño cayendo como una cortina alrededor de su cara, rozando en mis muslos.

—Enséñame —susurró, con la respiración caliente golpeando mi piel sensible—. Dime qué hacer.

La sumisión de Chloe, aliada a la voluntad de darme placer, era la cosa más erótica que había oído jamás. Llevé la mano a la cabeza de Chloe, entrelazando mis dedos en los mechones suaves.

—Empieza despacio —instruí, con voz gruesa—. Usa la lengua. Contornea la cabeza.

Obedeció. La punta de su lengua me tocó, tímida al principio, explorando la textura y el sabor. El contacto fue eléctrico y un gemido bajo escapó de mi garganta.

—Eso... —incentivé, guiando su cabeza levemente—. Ahora métela en la boca. Pero no uses los dientes. Haz el vacío. Chupa como si quisieras sacarme el alma.

Chloe abrió los labios y me aceptó. La sensación del calor húmedo y apretado de su boca me envolvió. Era inexperta, sí, pero su voluntad compensaba cualquier falta de técnica. Chloe me chupaba con entusiasmo, siguiendo el ritmo que mi mano dictaba en su pelo.

—Más hondo —ordené, con el control empezando a escurrirse por mis dedos—. Relaja la garganta, Chloe. Déjame entrar.

Se atragantó un poco, pero no retrocedió. Sus ojos subieron para encontrar los míos, brillantes y fijos en mí, mientras se esforzaba por acomodarme. Ver aquella dedicación, ver a mi chica de rodillas, dispuesta a todo para satisfacerme, rompió algo dentro de mí.

Aceleré el ritmo, con mis caderas moviéndose instintivamente para encontrar su boca.

—Así... perfecto —gruñí—. No pares. Chupa con fuerza.

El placer escaló demasiado rápido, violento y arrollador. Su visión, el sonido húmedo, la presión de su boca... era demasiado.

—Chloe... —avisé, con mi cuerpo entero tensándose, los músculos del muslo herido protestando, pero siendo ignorados por la ola de éxtasis—. Aguanta. Me voy a correr. No sueltes.

Obedeció, apretando la succión, chupando con más fuerza en el momento exacto en que exploté. Grité su nombre, arqueando la espalda, derramándome completamente dentro de su boca. Chloe aceptó todo, tragando cada espasmo mío, sin romper el contacto visual, bebiendo de mí como si fuera vital.

Cuando finalmente terminé, caí exhausto en las almohadas, con la respiración irregular. Chloe se apartó despacio, limpiándose la comisura de la boca con el pulgar, con los labios rojos e hinchados. Parecía triunfante.

—¿Te ha gustado? —preguntó, con voz ronca.

Extendí la mano y le acaricié la cara.

—Vas a matarme, mujer.

Nos quedamos allí un momento, recuperando el aliento. Pero la noche no había terminado. Todavía necesitaba sentirla, estar dentro de ella, conectado de la forma más primitiva posible.

—Ven aquí —llamé, agarrándole la cintura y guiándola hacia encima de mí.

—Tu pierna... —empezó, preocupada.

—Yo aguanto. Tú haces el trabajo ahora. Móntame.

Chloe subió a la cama, posicionándose sobre mis caderas. Acomodó las piernas al lado de mi cuerpo, teniendo cuidado de no presionar la herida. Estaba preciosa encima de mí, con el pelo desordenado y el cuerpo iluminado por la luz de la luna.

Le sujeté las caderas con mis manos grandes, posicionándola.

—Despacio —murmuré, mirando su entrada, húmeda y acogedora—. Encájate.

Se alineó y empezó a bajar. Observé su cara contraerse de placer cuando la llené. Bajó hasta el fondo, envolviéndome entero, sentándose sobre mis muslos. Solté un suspiro largo, sintiendo la perfección del encaje. Estábamos completos.

Chloe apoyó las manos en mi pecho, poniéndolas planas sobre mis músculos, sintiendo el latido frenético de mi corazón.

—Muévete —pedí, apretándole el culo, incentivando—. Bota para mí, Chloe.

Empezó a moverse. Primero despacio, probando el ritmo, luego con más confianza. Subía y bajaba, con la fricción deliciosa llevándonos a la locura. Apreté sus nalgas con fuerza, ayudando en el movimiento, controlando la bajada para que fuera lo más hondo posible.

—Eso... —gruñí, viendo sus pechos balancearse con el movimiento, la cabeza echada hacia atrás y el cuello expuesto—. Tan guapa... tan mía.

Cabalgaba con una pasión que reflejaba la mía, las uñas clavándose levemente en mi pecho, marcándome. En aquella habitación, herido y marcado por la guerra, encontré la única paz que importaba y sabía a Chloe.

Su ritmo se volvió frenético, en una danza de caderas que me robaba el aire y la cordura. Chloe ya no era la niña tímida del museo; era una fuerza de la naturaleza, moviéndose sobre mí con una confianza recién descubierta que me dejaba hipnotizado.

Mis manos, firmes en sus nalgas suaves, guiaban cada bajada, forzándola a engullirme hasta la base, garantizando que no hubiera un milímetro de espacio entre nosotros. La fricción era electricidad pura, quemando en mi piel e incendiando mis nervios.

Echó la cabeza hacia atrás, con el cuello largo y pálido expuesto a la luz de la luna, en un gemido largo y roto escapando de sus labios.

—Andreas... —llamó, como si se estuviera ahogando y yo fuera la única superficie.

—Estoy aquí —gruñí, apretando la mandíbula mientras la veía perder el control—. Mírame, Chloe. Mira lo que me haces.

Bajó la cara, con los ojos vidriosos de placer, encontrando los míos. Las manos de Chloe, que estaban planas en mi pecho, se cerraron. Sentí sus uñas clavarse en mi piel, rasgando superficialmente, trazando líneas de fuego sobre mis músculos pectorales. El dolor agudo fue el catalizador perfecto.

—Eso... —gruñí, adorando la marca y la posesión—. Márcame. Deja que sepan que soy tuyo.

Incentivada por mi reacción, arañó con más fuerza, tirando de mí hacia ella mientras botaba con más violencia. Su sudor goteaba en mi abdomen, mezclando nuestros olores, nuestros jugos y nuestra esencia.

Estaba al límite. La sensación del apretón a mi alrededor, contrayéndose en espasmos deliciosos a cada embestida, me estaba deshaciendo.

—¡No pares! —ordené, con voz ronca y desesperada—. ¡Vamos, Chloe! ¡Ahora!

Aceleró, en un borrón de piel y pelo castaño. Sentí el cuerpo de Chloe bloquearse, los músculos internos de su intimidad aplastándome en un abrazo de terciopelo y acero.

—¡Andreas!

Su grito fue ahogado cuando tiré de su cara hacia abajo y capturé su boca en un beso brutal.

Exploté dentro de ella. Fue una detonación nuclear, mucho más intensa que la primera, drenando cada gota de fuerza, de voluntad y de alma que tenía, derramando todo dentro de su interior. Nos corrimos juntos, temblando, pegados el uno al otro, mientras el mundo de fuera dejaba de existir. Solo estábamos nosotros dos, el sonido de nuestras respiraciones irregulares y el olor a sexo y sangre.

Chloe se desplomó sobre mí, exhausta, con el cuerpo pequeño y sudado pesando deliciosamente sobre el mío. La envolví en mis brazos, ignorando el dolor en mi pierna, que volvía a latir. No importaba. Nada importaba aparte de la mujer que temblaba encima de mí.

Besé la parte superior de su cabeza, inhalando el olor de su pelo húmedo.

—Mi chica —susurré a la oscuridad de la habitación, sellando nuestro destino.

Por la manera en que suspiró y se anidó en la curva de mi cuello, supe que me había oído y que estaba de acuerdo.



Chloe
STAMOS

Capítulo 34

La lluvia golpeaba contra las ventanas blindadas de la sala de estar, en un sonido rítmico y constante que parecía aislar la Mansión Galanis del resto del mundo. Fuera, una tormenta de verano barría Atenas. Allí dentro, el clima era de una falsa calma, como el aire enrarecido antes de un trueno.

Estaba sentada en el sofá de terciopelo, con un libro abierto en el regazo que no leía desde hacía media hora. Mis dedos trazaban, inconscientemente, la línea de mi mandíbula, donde la barba de Andreas había rozado la noche anterior.

Mi piel todavía parecía hormiguear con su toque. Mis músculos internos todavía dolían de una manera dulce, recordándome la forma en que me llenó, la violencia posesiva con la que reivindicó no solo mi cuerpo, sino mi futuro.

Cásate conmigo...

Sus palabras resonaban en mi mente, más altas que la lluvia. No hubo anillo. No hubo petición formal a mi padre. Solo hubo la Bestia, herida y magnífica a la luz de la luna, exigiendo que me quedara.

Y yo acepté.

Miré a Eleni, que estaba en el sillón de al lado, tejiendo algo minúsculo y amarillo con una expresión de concentración feroz. No se lo había contado a nadie. Ni a ella. Guardé el secreto como una piedra preciosa en el bolsillo, queriendo sentirlo solo para mí por unas horas más. En el momento en que hablara, aquello se volvería político. Por ahora, era solo nuestro. Mío y de Andreas.

—Estás sonriendo a la nada, Chloe —comentó Eleni, sin apartar los ojos de las agujas —. Andreas debe de estar de buen humor hoy. He oído decir que se comió todo el desayuno sin amenazar con tirar la bandeja contra la pared.

Sentí mi cara calentarse.

—Está... mejorando. La fiebre ha bajado.

—¿La fiebre del tiro o la otra? —Levantó la vista, una sonrisa maliciosa curvando sus labios —. Las paredes de esta casa son gruesas, querida, pero no son a prueba de sonido. Y mi cuñado nunca ha sido conocido por su sutileza.

Abrí la boca para negar, pero la cerré enseguida, riendo. No había forma de esconder nada a Eleni Galanis. Ella lo veía todo.

—Digamos que ha encontrado una motivación para curarse —respondí diplomáticamente.

Eleni suspiró, soltando el tejido en el regazo y masajeándose la barriga enorme.

—Qué bien. Porque lo necesitamos. Athan no duerme desde hace dos días. Alex parece un fantasma acechando los pasillos con ese portátil. Esta espera por el próximo movimiento de Damon nos está matando a todos.

—Athan parece tenerlo todo bajo control —comenté.

—Athan es un lago congelado, Chloe. La superficie es sólida, perfecta. Pero por debajo... —Hizo una mueca, cambiando de posición en el sillón—. Por debajo, está aterrorizado. Cree que no lo veo, pero veo cómo mira mi barriga. Como si fuera una bomba de relojería.

—Solo quiere protegeros.

—Lo sé. Pero a veces la protección asfixia. —Se estremeció de repente, soltando las agujas. Una de las manos fue a la espalda, apretando la tela del vestido.

—¿Eleni? —Me incliné hacia delante, con el instinto de alerta disparándose—. ¿Estás bien?

—Sí, solo... —Frunció el ceño, la respiración volviéndose corta —. Solo un cólico. Todo el día. Creo que el bebé está bailando claqué en mi vejiga.

—¿Quieres agua? ¿Quieres que llame a Despina?

—No, no... ya pasa. Es solo... —Su voz falló.

Entonces, el sonido ocurrió.

Fue un sonido líquido, extraño, seguido por un suspiro ahogado de Eleni. Miré hacia abajo. Un líquido claro estaba empapando la alfombra persa carísima, escurriendo por sus piernas.

Eleni miró el charco, con los ojos abiertos de par en par de terror.

—Chloe... —susurró, con voz temblorosa —. Todavía no. Es demasiado pronto. Faltan cuatro semanas.

El libro se me cayó del regazo.

—Mantén la calma —ordené, más firme de lo que me sentía —. No te muevas.

Me levanté de un salto y corrí hacia la puerta del despacho, que quedaba a pocos metros de allí. No llamé. Abrí la puerta doble de roble de par en par con fuerza total.

Athan estaba de pie, sirviéndose una dosis de whisky. Se giró, con la mano yendo instintivamente a la cintura, al arma, irritado por la interrupción.

—¿Qué significa esto?

—Athan —dije, sin aliento—. Es Eleni.

El color huyó de su cara tan rápido que parecía que le hubieran pegado un tiro. El vaso de cristal se le resbaló de los dedos, haciéndose añicos en el suelo. No miró los fragmentos, solo pasó por mi lado como un huracán, corriendo hacia el salón.

Yo lo seguí.

Cuando llegamos, Eleni estaba intentando levantarse, con las manos apoyadas en los brazos del sillón, llorando bajo.

—Athan... lo siento... no sé qué ha pasado...

Athan cayó de rodillas frente a ella, ignorando el agua en el suelo, la dignidad... todo. El Don implacable de la Mafia Griega desapareció; quedó solo un marido aterrorizado.

—No pidas perdón —dijo, con voz ronca, sujetándole las manos—. ¿Sientes dolor?

—Sí —gimió ella, doblándose cuando una contracción fuerte la golpeó—. Me duele mucho.

—¡DESPINA! —El grito de Athan hizo temblar las lámparas—. ¡ALEX! ¡TRAED AL MÉDICO! ¡AHORA!

La casa entró en erupción. Guardias surgieron de las sombras. Alex bajó las escaleras corriendo, con el móvil ya en la oreja, gritando órdenes al equipo médico que estaba de guardia en la propiedad.

—Athan, mírame —intenté intervenir, viendo que su pánico estaba poniendo a Eleni más nerviosa —. Ella necesita respirar. Ayúdala a respirar.

Athan levantó la vista hacia mí. Había un terror desnudo en ella que me heló la espina dorsal. Estaba acostumbrado a controlar la muerte, pero no sabía cómo lidiar con la vida llegando sin aviso.

—Es pronto, Chloe —susurró—. Es muy pronto...

—El bebé quiere nacer, Athan, y va a nacer. Ahora necesitas ser su puerto, no la tormenta.

Asintió, tragando saliva, reasumiendo el control a la fuerza. Se volvió hacia Eleni, con la voz volviéndose suave, hipnótica.

—Estoy aquí, *agapi mou* (mi amor). Mírame. Respira conmigo.

Del piso de arriba, oí un ruido de algo pesado golpeando el suelo y una voz furiosa.

—¿QUÉ ESTÁ PASANDO? —Era Andreas.

Miré hacia la escalera. Iba a intentar bajar. Con la pierna cosida, se iba a matar intentando bajar aquellas escaleras si pensaba que la familia estaba bajo ataque.

—Yo me ocupo de Andreas —le grité a Athan—. Llévala a la habitación preparada.

Athan cogió a Eleni en brazos como si fuera de cristal y empezó a subir las escaleras, seguido por Despina y dos enfermeras que acababan de entrar.

Corrí hacia lo alto de la escalera, interceptando a Andreas en el pasillo. Estaba con pantalón de chándal, sin camisa, apoyado en la pared, con el bastón en una mano y el arma en la otra. Su cara estaba pálida por el esfuerzo y el vendaje en el muslo probablemente estirado al límite.

—¿Dónde está el ataque? —gruñó, con los ojos barriendo el piso de abajo, buscando enemigos—. He oído gritar a Athan.

—No es un ataque, Andreas. —Puse las manos en su pecho desnudo, empujándolo levemente hacia atrás—. Es el bebé.

Se detuvo, parpadeando, confundido. El arma bajó lentamente.

—¿El bebé? Pero... ¿no es el mes que viene?

—Aparentemente, tu sobrino tiene la impaciencia de los Galanis —respondí, intentando calmar mi propio corazón—. Ha roto

aguas. Athan la está llevando a la suite médica.

Andreas soltó el aire, apoyando la cabeza en la pared detrás de él.

—Joder. A Athan le va a dar un infarto.

—Casi le da. —Le quité el arma de la mano con cuidado. No se resistió—. Necesitas volver a la cama. No puedes ayudar allí, Andreas. Solo vas a estorbar si te quedas en medio del camino, sangrando.

—No puedo quedarme tumbado mientras mi hermano me necesita.

—Necesita que estés entero por si Damon decide aprovechar este momento para atacar —argumenté, usando la lógica retorcida de aquel mundo—. Alex está en seguridad. Athan está con Eleni. Tú eres la última línea de defensa aquí arriba. Quédate en la habitación. Te mantendré informado.

Me miró, evaluando la situación. Entonces, miró el broche en mi pecho.

—¿Estás al mando? —preguntó, con una media sonrisa tensa surgiendo.

—Alguien tiene que estarlo. Aparentemente, los hombres de esta casa pierden la cabeza cuando una mujer se pone de parto.

Bufó, pero se dio la vuelta, cojeando de vuelta a la habitación.

—Ve —dijo, sin mirar atrás—. Ayuda a Eleni. Athan no sirve para nada cuando se trata de dolor que no puede curar con una bala.

Corrí hacia el ala médica de la casa. La tormenta fuera había aumentado, los truenos ahora compitiendo con los gritos de Eleni. El secreto de mi compromiso quemaba en mi pecho, pero parecía pequeño. La vida real, cruda y sangrienta, estaba sucediendo. En aquella casa, la vida y la muerte andaban siempre de la mano.

La mansión, que normalmente operaba en un silencio monástico, en aquel momento zumbaba con una tensión eléctrica. Guardias hablaban bajo en sus radios, posicionándose en cada esquina, como si el nacimiento de un bebé fuera un evento que pudiera ser impedido por balas.

Cuando llegué a la puerta doble blanca, me detuve. Mi respiración estaba acelerada y mi corazón latía contra las costillas. Estaba lista para invadir, para gritar órdenes, para sujetar la mano de Eleni si fuera necesario.

Pero, al empujar la puerta levemente, lo que encontré me hizo detenerme.

La suite estaba equipada mejor que muchos hospitales públicos de Atenas. Monitores cardíacos pitaban a un ritmo constante y reconfortante. El olor no era de miedo, sino de antiséptico limpio y lavanda.

La Dra. Vasiliou, una obstetra de confianza de la familia que yo había visto solo una vez, estaba a los pies de la cama, verificando la dilatación con una calma profesional absoluta. A su lado, una doula, una mujer robusta con voz suave, masajeaba la espalda de Eleni, murmurando instrucciones de respiración.

—Eso, *koritsia* (niña). Despacio. Deja que la ola venga y vaya.

Eleni estaba pálida, con el sudor pegándole el pelo a la frente, los ojos cerrados con fuerza mientras enfrentaba una contracción.

Pero lo que atrapó mi mirada no fue el equipo médico. Fue Athan.

El Don de la Mafia Galanis, el hombre que comandaba el submundo griego con un movimiento de mano, estaba sentado en un taburete bajo al lado del cabecero. Parecía haber encogido. La chaqueta había desaparecido, las mangas de la camisa blanca estaban remangadas hasta los codos, y la corbata floja colgaba del cuello.

Sujetaba la mano de Eleni con las dos suyas, no con fuerza para hacer daño, sino como si ella fuera la única ancla que le

impedía ser arrastrado por un huracán. Le susurraba, en un tono tan bajo y devoto que me sentí una intrusa profana.

—...estoy aquí. Tú puedes. Eres mi reina. Eres fuerte. Respira, *agapi mou*. Respira por mí.

Eleni le apretó la mano, en medio de un gemido de dolor que escapó de sus labios mordidos. Athan se estremeció, como si el dolor de ella fuera físicamente transferido a él. Vi su mandíbula apretarse, los músculos del cuello tensos, luchando contra el instinto inútil de pelear contra algo que no podía matar.

La Dra. Vasiliou levantó la vista y me vio parada en la puerta. Solo sacudió la cabeza levemente, en un gesto casi imperceptible.

Retrocedí un paso.

Quería ayudar, quería ser útil, pero aquella batalla no era mía. Allí dentro, en aquella habitación estéril, no había espacio para la novia del hermano o para la arqueóloga. Había solo un marido y una mujer enfrentando el milagro aterrador de la vida.

Athan levantó la vista por un segundo. Su mirada se cruzó con la mía. No había la frialdad habitual. Había miedo, sí, pero también había una gratitud silenciosa por no haber entrado, por dejar aquel espacio sagrado solo para ellos. Asintió una vez, brevemente.

Asentí de vuelta y solté la manilla, dejando que la puerta se cerrara silenciosamente, ahogando el sonido de los monitores y de los susurros de amor desesperado.

Me apoyé en la pared del pasillo, soltando el aire que ni me había dado cuenta de que estaba conteniendo. Estaban bien. O lo estarían.

Me ajusté el broche de lechuza en el pecho, sintiendo el metal frío contra la piel caliente, y me giré para volver a la habitación principal. Andreas estaba esperando noticias, y si tardaba un minuto más, probablemente bajaría aquellas escaleras arrastrando la pierna herida y disparando a cualquier sombra que pareciera amenazadora.

La guerra de fuera podía esperar. El bebé Galanis estaba llegando, y nada, ni Damon, ni el destino, se atrevería a interponerse en el camino.



Andreas GALANIS

Capítulo 35

Preferiría estar en un tiroteo rodeado por diez rusos armados en un callejón sin salida que estar parado en aquel pasillo maldito, oyendo los gritos de la mujer de mi hermano.

Apreté el mango del bastón con tanta fuerza que la madera crujió bajo mis dedos. Mi pierna latía, en un dolor sordo y constante que subía por el muslo, pero era irrelevante comparado con la tortura psicológica de no poder hacer nada.

Yo era el Ejecutor. Mi función era acabar con vidas, no traerlas al mundo. Resolvía problemas con balas, cuchillos y fuego. Sin embargo, contra el dolor de un parto, era tan útil como un jarrón de porcelana roto.

Otro grito de Eleni rasgó el aire, ahogando el sonido de la tormenta fuera. El sonido me golpeó como un puñetazo físico. Cerré los ojos y, por un segundo, no estaba en el pasillo alfombrado de la mansión. Estaba de vuelta en los sótanos de Odessa, oyendo los

gritos de hombres a los que interrogaba. O peor, oyendo los gritos de las víctimas que no conseguí salvar a tiempo.

Gritos significaban dolor. Dolor significaba peligro y peligro exigía que yo matara la fuente de él. Pero la fuente del dolor de Eleni era mi sobrino. El futuro de nuestra familia.

—Deja de andar, Andreas. Vas a abrir un agujero en el suelo. —La voz de Alex vino del final del pasillo. Estaba apoyado en la pared, tecleando furiosamente en el móvil, coordinando la seguridad del perímetro. Parecía tranquilo, pero yo veía su pie golpeando nerviosamente en el suelo.

—No estoy andando —gruñí—. Estoy vigilando.

—Estás vigilando una puerta blanca. A menos que la placenta decida atacar armada, creo que están seguros ahí dentro.

—Vete a la mierda, Alex.

Antes de que pudiera responder, el silencio cayó. Fue un silencio absoluto, repentino y aterrador. Los gritos de Eleni cesaron. Los pitidos de los monitores no llegaban hasta el pasillo. Mi corazón se paró. Miré a la puerta, esperando lo peor. La muerte siempre venía en el silencio.

Entonces, el sonido cambió.

No era un grito de dolor. Era un llanto. Alto, irritado y vibrante. Un llanto de vida.

Solté el aire que estaba conteniendo en los pulmones, sintiendo mis hombros caer. La tensión agresiva que me mantenía en pie drenó, dejando solo un alivio exhausto.

La puerta se abrió y Athan salió.

No estaba llorando. Athan Galanis no lloraba. Pero parecía un hombre que acababa de salir de los escombros de un edificio que se desplomó sobre su cabeza y sobrevivido. Estaba sin la chaqueta. Las mangas de la camisa blanca estaban remangadas, y había manchas de sangre en la tela, sangre de la batalla más importante de su vida. El pelo estaba despeinado y pegado a la frente por el sudor.

Pero sus ojos brillaban con una ferocidad que yo nunca había visto, ni siquiera cuando conquistamos el puerto. Era un brillo de posesión absoluta y de triunfo.

Nos miró, pero parecía no vernos de inmediato. Todavía estaba allí dentro, en aquel momento sagrado y sangriento.

Chloe, que estaba apoyada en la pared al lado de la puerta, se separó. No dijo nada, solo tocó levemente el brazo de Athan, trayéndolo de vuelta a la tierra. Aquel toque simple rompió su trance. Parpadeó, enfocándonos.

—Un niño —anunció Athan. Su voz era ronca, grave, vibrando con un orgullo contenido—. Ha nacido.

Alex guardó el móvil y sonrió, una sonrisa genuina de alivio.

—Un heredero.

Me separé de la pared, cojeando un paso al frente.

—¿Eleni? —pregunté.

—Exhausta. Pero fuerte. —Athan se pasó la mano por la cara, respirando hondo—. Es la mujer más fuerte que he conocido.

Me miró. Vio el bastón, vio mi postura defensiva de quien estaba guardando su puerta mientras él estaba vulnerable. Athan no me abrazó. Nosotros no éramos ese tipo de hermanos. Pero asintió, en un movimiento corto y firme de barbilla.

—Gracias por montar guardia, hermano.

—Siempre —respondí.

—¿Queréis verlo? —preguntó Athan, abriendo más la puerta —. La Dra. Vasiliou ha dicho que está todo bien. Es pequeño, pero los pulmones son de un Galanis.

Chloe me miró.

—¿Vamos? —llamó, extendiendo la mano.

Dudé. Estaba sucio, sudado, cargando un arma en la cintura y la muerte en el alma. No pertenecía a aquella habitación limpia.

Pero Chloe no bajó la mano. Su mirada era firme, el broche de lechuza brillando en su pecho. *Eres un hombre*, parecía decir. *No solo la Bestia*. Acepté su mano, el calor de sus dedos me dio coraje para entrar.

La habitación olía a vida. Aquel olor peculiar de bebé, sangre y piel limpia.

Eleni estaba recostada en las almohadas, pálida como la cera, pero sonriendo. En sus brazos, envuelto en mantas blancas, había un paquete minúsculo. Pero Eleni no nos miraba. Miraba al otro lado de la cama, donde una figura estaba de pie, inmóvil como una estatua de mármol negro.

Mi madre estaba impecable, como si no fuera de madrugada, como si la tormenta fuera no existiera. El vestido oscuro alineado, el pelo recogido en un moño severo, las manos cruzadas delante del cuerpo. Miraba al nieto con una expresión indescifrable. No había sonrisas fáciles en el rostro de la Matriarca, pero había un brillo en los ojos oscuros que yo reconocía: poder. La dinastía estaba segura.

Me acerqué a la cama despacio, sintiéndome gigante y torpe en aquel espacio.

—Decidió no esperar —susurró Eleni, con voz débil, desviando la mirada de la suegra hacia mí.

Miré el paquete.

El bebé era minúsculo. La cara estaba roja y arrugada, los puños cerrados con fuerza, como si ya estuviera listo para pelear con el mundo. Había mechones de pelo oscuro en la cabeza.

—Es... pequeño —comenté, sin saber qué decir.

—Va a crecer —dijo Athan, parándose al lado de Eleni, poniendo la mano protectora sobre la cabeza del hijo—. Va a ser un gigante.

—Va a ser un rey —corrigió Cassandra. Su voz era tranquila, pero llenó la habitación. Extendió la mano, los anillos de oro

brillando bajo la luz suave, y tocó la mejilla del bebé con el dorso de los dedos. Fue un gesto sorprendentemente delicado.

—Tiene la barbilla de Konstantin —decretó, invocando al fantasma de nuestro padre como una bendición final—. Fuerte. Terco.

Cassandra levantó la vista y encaró a Athan.

—Lo has hecho bien, hijo mío. El linaje continúa.

Athan asintió, recibiendo la aprobación de la madre con la seriedad de un soldado siendo condecorado.

—¿Cuál es el nombre? —preguntó Alex, mirando fascinado al sobrino, rompiendo la tensión solemne.

Athan y Eleni intercambiaron una mirada. No necesitaron discutir. Ya estaba decidido.

—Theodoros —pronunció Athan—. Theodoros Galanis. Regalo de Dios.

Un nombre pesado. Un nombre de rey, como Cassandra había predicho.

Mi madre sonrió por primera vez. Una sonrisa pequeña, casi imperceptible.

—Un buen nombre. Fuerte. —Se apartó de la cama, abriendo espacio, pero su presencia todavía dominaba el ambiente. —Protegedlo. El mundo ahí fuera querrá su sangre antes incluso de que aprenda a andar.

Sentí un peso extraño en el pecho con sus palabras. No era dolor, ni angustia. Era... responsabilidad. Aquel ser minúsculo cargaba nuestra sangre. Todo el imperio, todo el dinero, todas las guerras que luchamos... eran para que él pudiera existir.

Miré mis manos callosas, marcadas por cicatrices de cuchillo y quemaduras de pólvora. Manos que sabían romper cuellos. ¿Podrían esas manos sostener algo tan frágil sin aplastarlo?

Sentí el apretón de Chloe en mis dedos aumentar. Giré la cara hacia ella. Me estaba mirando, había una pregunta silenciosa allí...

una promesa.

Me acordé del momento en la habitación, antes de la interrupción. De cómo dije que quería llenarla. De cómo quería plantar mi semilla en ella. Ver a Athan, el hombre más frío que conocía, transformado por la paternidad, y ver a mi madre, la mujer de hierro, inclinándose ante aquel berce, me hizo darme cuenta de algo aterrador: yo quería aquello.

Quería mirar a Chloe y ver un bebé nuestro en sus brazos. Deseaba un heredero que tuviera sus ojos y mi fuerza.

—Bienvenido a la familia, Theodoros —murmuré—. Crece rápido. Tenemos mucho que enseñarte.

Athan sonrió, una sonrisa cansada, pero real.

—Vamos a dejarles descansar —sugirió Chloe, percibiendo que Eleni estaba luchando para mantener los ojos abiertos.

—Sí —coincidió Cassandra, dándose la vuelta para salir—. El Don necesita descansar. Mañana, Atenas sabrá que los Galanis tienen un nuevo príncipe. Y los enemigos temblarán.

Salió de la habitación con la misma majestad con que entró, sus faldas rozando el suelo, dejando atrás la advertencia silenciosa de que la paz era solo un intervalo entre las guerras.

Salimos de la habitación poco después, dejando a la nueva familia en su burbuja. En el pasillo, la tormenta fuera parecía haber disminuido. Atraje a Chloe hacia mí, pasando el brazo alrededor de su cintura, necesitando el contacto físico.

—¿Estás bien? —preguntó ella, acariciando mi brazo.

—Sí —respondí, besando la coronilla de su cabeza—. Pero mi madre tiene razón. La paz se ha acabado, Chloe. Ahora tenemos un heredero que proteger. Damon acaba de convertirse en un problema mucho más urgente.

—Vamos a lidiar con él —dijo ella, con la confianza de quien formaba parte de la manada.

—Sí, vamos. —Miré la puerta cerrada donde mi sobrino dormía—. Nadie toca lo que es nuestro. ¡Nadie!.



Chloe
STAMOS

Capítulo 36

La llegada de Theodoros cambió la gravedad de la Mansión Galanis. Era como si el eje de la Tierra se hubiera desplazado algunos grados, inclinándose enteramente hacia la cuna de madera oscura en la habitación recién decorada. El silencio monástico de los pasillos, antes roto solo por botas tácticas y susurros de negocios, en aquel momento, era puntuado por el llanto agudo y exigente de un bebé que pesaba menos que un fusil, pero comandaba más respeto que el propio Don.

Sin embargo, si el bebé trajo luz, también trajo sombras más largas.

Caminaba por el pasillo hacia la habitación del bebé, observando el cambio en la atmósfera. Las ventanas, que ya eran blindadas, tenían sensores adicionales. El equipo de limpieza y cocina pasaba por cacheos diarios. La paranoia no era un sentimiento vago allí; era un protocolo operativo estándar.

Paré en la puerta de la habitación de Theodoros. La escena allí dentro era un estudio de contrastes. La habitación era suave, pintada en tonos crema y azul pálido. En el centro, Eleni estaba sentada en la silla de lactancia, pareciendo una madonna renacentista exhausta, pero radiante.

Cerniéndose sobre ella, como una gárgula de traje italiano, estaba Athan. No se relajaba. Sus ojos barrían la habitación, verificando el termostato, la posición de las cortinas y la respiración del hijo.

—¿Ha comido suficiente? —preguntó Athan por décima vez, con voz tensa.

—Está durmiendo, Athan —respondió Eleni, con una paciencia de santa—. Los bebés duermen.

—Voy a pedirle al médico que chequee la saturación de oxígeno de nuevo.

—Vas a sentarte en ese sofá y cerrar los ojos, o voy a pedirle a Andreas que te sede —replicó Eleni, pero sonrió, extendiendo la mano para tocar la cara del marido.

Miré hacia un lado. Apoyado en el marco de la puerta, del lado de fuera, estaba Andreas. Observaba al hermano con una intensidad clínica, con los brazos cruzados sobre el pecho ancho y el ceño fruncido. No estaba mirando al bebé con ternura; estaba analizando el comportamiento de Athan como un general analiza un fallo en la armadura.

Me acerqué a él, rozando mi brazo en el suyo. El contacto físico con Andreas se había convertido en mi ancla en los últimos días.

—Va a volver loca a Eleni antes de que el bebé cumpla un mes —susurré.

Andreas no desvió la mirada del hermano.

—Está aterrorizado —murmuró Andreas, con una voz baja y grave—. Míralo, Chloe. Athan siempre fue el hielo. Nada lo tocaba.

¿Ahora? Es un nervio expuesto. Cualquier amenaza a aquel niño lo destruirá.

—Eso es amor, Andreas.

—Eso es debilidad —rebatió, pero no había desprecio en su voz, solo una constatación sombría —. Es una debilidad táctica masiva. Damon lo sabe. Nuestros enemigos lo saben. Un hombre que tiene todo que perder lucha con miedo. Un hombre que no tiene nada lucha con furia.

Finalmente me miró. Sus ojos verdes recorrieron mi cara, bajando a mi cuello, donde el broche de lechuza reposaba, y después a mi vientre, demorándose allí por una fracción de segundo.

—Estoy mirando a mi futuro —confesó, y el peso de aquellas palabras me hizo contener la respiración. —Estoy mirando a Athan y viendo lo que va a pasar conmigo cuando... cuando tengamos el nuestro.

Sentí un escalofrío. Hablaba de "cuando", no "si".

—¿Crees que vas a ponerte paranoico así? —pregunté, intentando mantener la voz ligera.

Andreas sonrió, una sonrisa de lado, peligrosa y honesta.

—¿Paranoico? No. Athan pone guardias en la puerta. Yo pondría el mundo en llamas antes de que alguien llegara a un kilómetro de vosotros. No seré paranoico, Chloe. Seré el apocalipsis.

Me besó la frente, un beso rápido y posesivo, y se alejó, cojeando levemente hacia el despacho, donde Alex probablemente estaba rastreando nuevas amenazas. Me quedé allí, absorbiendo su promesa violenta. Debería estar asustada, pero, Dios me ayude, me sentía segura.

Decidí dar espacio a la nueva familia y bajé a la planta baja. Necesitaba aire. La atmósfera de la casa, saturada de testosterona protectora, estaba empezando a asfixiarme. Fui al jardín de invierno. Era el único lugar donde el olor a ozono y pólvora no penetraba.

Pero no estaba sola. Cassandra Galanis estaba allí, podando sus orquídeas con la misma precisión quirúrgica con que debía de haber eliminado rivales en el pasado.

—Señora Cassandra —saludé, respetuosa.

—Chloe. —No dejó de cortar—. ¿Has visto al heredero?.

—Sí. Es precioso.

—Es un blanco —corrigió ella, seca —. Precioso, sí. Pero sobre todo, un blanco.

Dejó las tijeras y se giró hacia mí. La matriarca parecía mayor, o tal vez solo más cansada.

—¡Siéntate! —Indicó la silla de hierro. Obedecí.

—Athan está actuando como si pudiera parar balas con la mirada —comenté.

—Es la carga de la corona —dijo Cassandra, limpiándose las manos en un pañuelo de lino—. El amor, en esta vida, Chloe, no es suave. El amor es violento. Nos vuelve crueles. Athan se volverá más implacable ahora, no menos. Porque ahora tiene un rehén biológico que el mundo puede usar contra él.

—Usted habla como si el bebé fuera una maldición.

—Es una bendición que viene con una etiqueta de precio escrita en sangre. —Suspiró—. Veo cómo Andreas te mira. Está listo para darte lo mismo. El anillo, el nombre... y el blanco en la espalda.

Me llevé la mano instintivamente a mi vientre, cubriéndolo con la palma. El movimiento fue sutil, pero los ojos de Cassandra, entrenados para ver mentiras, se fijaron en mi mano.

—¿Estás lista para eso? —preguntó ella, con la voz bajando un tono, volviéndose íntima y peligrosa—. ¿Estás lista para cargar el peso de ser la debilidad de un hombre como Andreas? Porque, en el momento en que cargues un hijo suyo, dejarás de ser la arqueóloga que él salvó. Te convertirás en su corazón latiendo fuera del pecho... Y a nuestros enemigos les encanta arrancar corazones.

Tragué saliva, sintiendo la verdad de aquellas palabras asentarse en mis huesos.

—No soy frágil, Cassandra. He sobrevivido al mar. He sobrevivido a Andreas.

—Sobrevivir es una cosa. Crear vida en medio de la muerte es otra. —Se volvió hacia sus flores. —Protégete, niña. Porque Andreas intentará protegerte del mundo, pero no puede protegerte de la naturaleza de esta familia. Si tienes algo que proteger... hazlo con uñas y dientes.

Me levanté, sintiendo el aire del jardín de repente enrarecido.

—Lo haré —prometí.

Salí de allí apresurada, con el corazón latiendo en la garganta. Las palabras de Cassandra resonaban en mi mente como una advertencia de tormenta. Subí las escaleras, sintiendo una ola súbita de mareo. Mi estómago se revolvió violentamente. Paré en medio del escalón, respirando hondo, esperando a que el mundo dejara de girar.

Estrés, pensé, llevándome la mano a la frente. *Es solo la tensión de ver a Athan desmoronarse, el bebé, la guerra... y el café demasiado fuerte de Elena*.

No comía bien desde hacía días, viviendo a base de adrenalina. Mi cuerpo estaba cobrando el precio. Entré en el baño de nuestra habitación y cerré la puerta con llave. Me eché agua fría en la cara y me miré en el espejo.

Parecía la misma por fuera, pero por dentro, todo había cambiado. El miedo que vi en los ojos de Athan... no quería ver aquello en los ojos de Andreas. No quería ser su debilidad. Quería ser su fuerza y, para eso, necesitaba garantizar que esa guerra terminara.

Si Andreas iba solo a aquella expedición, lucharía como un hombre que no tiene nada que perder. Pero si yo estaba allí... yo podría ser el ancla y, más importante, yo era la única que podía

descifrar los registros del barco lo suficientemente rápido para sacarlos de allí antes de que Damon atacara.

Tenía que ir. Tenía que encontrar el legado y garantizar el poder de la familia. La arqueóloga asustada había muerto en el mar. La Sra. Galanis estaba naciendo y estaba lista para la guerra.



Andreas
GALANIS

Capítulo 37

Hacía tres semanas que la Mansión Galanis había dejado de ser solo una fortaleza de hormigón y mármol para convertirse en un santuario blindado alrededor de un ser humano que pesaba menos que mi pistola favorita.

Caminé por el jardín trasero, la grava crujiendo bajo mis botas. A cada paso con la pierna izquierda, una punzada aguda subía por mi muslo, un recordatorio maldito de que aún no estaba entero. El bastón se había quedado en la habitación y me negaba a usarlo. La debilidad era una invitación al ataque, y no le daría a Damon ni a sus espías el placer de verme cojear.

Pero el dolor estaba ahí, y la rabia también.

Me detuve cerca de los olivos antiguos, respirando hondo el aire caliente de la tarde. La casa a mis espaldas era diferente. Antes, el silencio era la norma, pero en aquel momento, había una tensión vibrante. Athan había doblado la guardia. Había hombres armados en cada esquina del muro, sensores de movimiento en cada ventana

y una niñera que pasó por una verificación de antecedentes más rigurosa que la de un agente de la CIA.

Mi hermano se había convertido en un perro guardián paranoico, pero podía entenderlo. Veía cómo miraba a Eleni y al bebé. Tenía el mundo en sus manos, y el mundo era frágil.

Golpeé el tronco del olivo, frustrado. Debería estar en el mar, cazando a Damon. Sin embargo, allí estaba yo, "en remojo", esperando a que mi cuerpo recordara cómo ser invencible.

—Vas a acabar haciéndole daño al árbol y Petros se pondrá furioso contigo.

Su voz fue como un bálsamo instantáneo en mi piel irritada.

Me giré y vi a Chloe caminando por el sendero de piedras, usando un vestido ligero de verano que el viento pegaba contra las curvas de su cuerpo. El sol de la tarde hacía que su pelo castaño brillara con reflejos dorados. No parecía ya la arqueóloga asustada que secuestré. Caminaba con la seguridad de quien pertenecía a aquel lugar.

De quien me pertenecía a mí.

—El árbol aguanta —refunfuñé, pero sentí mis hombros relajarse—. Y Petros me tiene miedo.

—Petros le tiene miedo a Doña Cassandra. De ti, solo siente pena cuando te ve empeñado en andar sin apoyo.

Se detuvo frente a mí, poniendo la mano en mi pecho, justo encima del corazón. El toque era leve, pero tenía el peso de un ancla.

—¿Cómo está la pierna? —preguntó Chloe, sus ojos castaños analizando mi rostro, buscando señales de dolor que yo intentaba esconder.

—Funcional.

—Andreas...

—Duele —admití, soltando el aire—. Duele como el infierno. Pero duele menos cuando tú estás cerca.

Sonrió, de esa manera que hacía que mi estómago se revolviera como ningún pulso jamás hizo.

—Es usted un adulador, Sr. Galanis.

—Soy un hombre honesto, Sra. Galanis. —Usé el título a propósito. Nadie más lo sabía, pero para nosotros, era real.

Tiré de ella por la cintura, pegando su cuerpo al mío. El olor de Chloe: jazmín y algo dulce, invadió mis sentidos, expulsando la frustración.

—La casa es sofocante —murmuré contra su cuello—. El llanto del bebé, la paranoia de Athan, mi madre actuando como si fuera la reina de Inglaterra... necesito un escape.

Chloe pasó los brazos alrededor de mi cuello, jugando con el pelo en mi nuca.

—¿Y qué sugieres? ¿Huir al mar de nuevo?

—Todavía no. —Mordisqueé el lóbulo de su oreja, sintiéndola estremecerse—. Pero podemos aprovechar el jardín.

Bajé mis manos por su espalda, apretando las nalgas suaves a través de la tela fina del vestido. Chloe arqueó el cuerpo contra el mío, pero miró alrededor, nerviosa.

—Andreas... aquí no. Estamos al aire libre.

—Estamos detrás de los olivos. Nadie puede vernos desde la casa.

—¿Y los guardias? —susurró, con la cara sonrojándose violentamente—. Hay hombres en el muro este.

—Están a doscientos metros y están de espaldas, vigilando el perímetro externo. —Apreté más su cintura, rozando mi erección contra su vientre—. A menos que grites muy alto, nadie se enterará.

—Estás loco —dijo, pero no se apartó. Al contrario, sentí sus dedos apretar mis hombros.

—Loco por ti.

No esperé más. La necesidad de sentirla, de reafirmar que era mía en medio de aquel caos doméstico, era abrumadora. La levanté del suelo, prensándola contra el tronco rugoso del olivo.

Chloe soltó un jadeo sorprendido, envolviendo mi cintura con las piernas instintivamente. El dolor en mi muslo protestó con el peso extra, pero lo ignoré. Era bueno. Me mantenía enfocado.

—Andreas... —lloriqueó Chloe, escondiendo la cara en mi cuello, avergonzada, pero su cuerpo se amoldaba al mío, traicionando sus palabras—. Si alguien aparece...

—Deja que aparezcan —gruñí contra la piel sensible de su garganta—. Deja que vean que la Bestia tiene dueña.

Callé cualquier otroprotesta devorando su boca. No fue un beso amable; fue una invasión. Mi lengua barrió la suya, exigiendo paso, probando el gusto dulce a café y deseo que Chloe tenía. Mordí su labio inferior, tirando de él con los dientes hasta oírla jadear, el sonido vibrando directo en mi pecho.

Mis manos no conseguían quedarse quietas. Una de ellas subió, cubriendo el pecho de Chloe por encima de la tela fina del vestido. Apreté con fuerza, sintiendo el peso y la suavidad en mi palma, rozando el pulgar en el pezón que ya estaba duro como una piedra.

—Me vuelves loco, *agapi mou* —murmuré entre besos húmedos y mordiscos en el cuello.

Bajé la otra mano por la curva de la cintura, subiendo la falda del vestido, amontonando la tela en su cintura. El contacto de mi mano callosa y áspera contra la piel de seda de su muslo hizo que los dos nos estremeciéramos. Apreté su muslo con posesividad, subiendo los dedos hasta encontrar el borde de las bragas.

—Andreas... —Echó la cabeza hacia atrás, exponiendo la garganta para mí, clavando las uñas en mis hombros.

Llevé las dos manos a sus nalgas, sujetándola con firmeza, hundiendo los dedos en la carne suave. Tiré de ella contra mi cadera, haciéndola sentir cuánto la deseaba, duro y pulsando por

ella. Me froté contra ella, oyendo el gemido anhelante que escapó de sus labios hinchados.

—Mojada —constaté, deslizando la mano hacia su entrepierna, sintiendo el calor húmedo a través del encaje—. Lista para mí...

Le aparté las bragas hacia un lado con impaciencia, oyendo la tela estallar. No había más espacio para amabilidades o preliminares lentos. La necesidad era una fiebre, una urgencia de estar dentro, de llenar cada espacio vacío de ella y mío.

La levanté un poco más, sujetándola firmemente por el culo.

—Agárrate a mí —ordené.

Entré en ella de golpe, embistiendo hondo, hasta la base.

Chloe ahogó un grito en mi hombro, con el cuerpo entero tensándose alrededor del mío, apretándome en un abrazo interno delicioso.

—Dios... —gimió, con voz ahogada.

Empecé a moverme. La fricción del tronco del árbol en su espalda, el calor del sol de la tarde, el peligro de ser pillados... todo aumentaba la intensidad. La besaba en el cuello, mordisqueando la piel, mientras mis manos mantenían el ritmo, guiando su cuerpo contra mi ataque, reivindicándola en cada movimiento.

—Mírame —ordené, sujetándole la barbilla, forzándola a encarar mis ojos. Su cara estaba roja, con los ojos vidriosos de placer y vergüenza. Era la visión más hermosa que había visto jamás. La mezcla de la inocencia que intentaba mantener con la depravación que yo despertaba en ella.

—Eres mía —le dije, puntuando cada palabra con una estocada fuerte—. Mía en la habitación. Mía en el jardín. Mía en el infierno...

—Soy tuya... —jadeó, mordiéndose el labio inferior—. Solo tuya.

Sentí sus músculos internos apretarme, espasmódicos. Estaba cerca. Aumenté el ritmo, golpeando mi cadera contra la suya, oyendo el sonido de piel contra piel resonando en el silencio de los árboles.

— córrete para mí, Chloe. ¡Ahora!

Obedeció. Su cuerpo tembló en mis brazos, y soltó un gemido largo y tembloroso que devoré con un beso, tragándome el sonido para que quedara solo entre nosotros.

Sentí mi propio límite llegar segundos después. Me vacié dentro de ella con un rugido ahogado, la liberación barriendo la rabia, el dolor y el miedo, dejando solo la certeza absoluta de que, mientras la tuviera, era invencible.

Nos quedamos allí unos minutos, jadeantes, con ella todavía en mi regazo, con la cara escondida en la curva de mi cuello. Poco a poco, su respiración se calmó. Levantó la cabeza, arreglándose el pelo despeinado, con la cara todavía sonrojada.

—Eres imposible —susurró, pero había una sonrisa tímida en sus labios hinchados.

—Soy necesario —corregí, poniéndola en el suelo despacio y arreglándole el vestido con un cuidado que contrastaba con el salvajismo de hacía minutos.

Alisó la tela, quitando una hoja seca que se había quedado enganchada.

—¿Estamos presentables? —preguntó, preocupada.

La miré. Parecía una diosa que acababa de ser adorada en un bosque sagrado.

—Estás perfecta.

Le ofrecí el brazo.

—Vamos a volver. Athan debe de estar a punto de despedir a alguien por respirar demasiado alto cerca de la cuna, y yo necesito ver a Alex.

—¿Sobre qué?

—Sobre el barco —respondí, mi tono endureciéndose. El placer me había recargado. La Bestia estaba saciada, pero el Ejecutor estaba despertando—. Mi pierna aguanta, Chloe, y mi paciencia se ha acabado. Es hora de terminar lo que mi padre empezó.

Entrelazó el brazo en el mío, y sentí un leve temblor en ella.

—Es la hora —coincidió.

Mientras caminábamos de vuelta a la mansión, sentí el cambio. La casa ya no era solo un refugio. Era nuestro punto de partida. La guerra estaba a la espera, y yo finalmente estaba listo para ella.



Chloe
STAMOS

Capítulo 38

El mundo giró antes incluso de que abriera los ojos.

No era el mareo dulce y embriagador que Andreas me causaba, aquel que venía del placer y del agotamiento de ser amada por él. No... Era algo visceral, ácido y urgente.

Tiré las mantas de seda a un lado, sintiendo el aire frío de la mañana golpear mi piel desnuda, y corrí al baño. Mis rodillas golpearon el mármol frío delante del inodoro, y mi estómago se retorció violentamente, expulsando lo poco que había cenado la noche anterior.

Me agarré al borde de la loza, temblando, mientras el sudor frío brotaba en mi nuca.

—Dios... —gemí, limpiándome la boca con el dorso de la mano, sintiendo el gusto amargo de la bilis.

Me quedé allí unos minutos, esperando a que la náusea pasara, pero solo se asentó en el fondo de mi estómago como una piedra pesada. No era algo que pudiera atribuir al estrés de la guerra o al balanceo del mar. Estaba en tierra firme desde hacía semanas.

Me levanté, apoyándome en el lavabo para lavarme la cara. El reflejo en el espejo me devolvió una imagen pálida. Mis ojos estaban demasiado brillantes, febriles, y había una plenitud en mis pechos que venía intentando ignorar, atribuyéndola a la sensibilidad del ciclo menstrual que... parecía que no venía.

El pensamiento me golpeó con la fuerza de una bofetada.

Me llevé la mano al vientre plano. El recuerdo de la noche en el barco, de la posesión desenfrenada de Andreas sin protección, de su promesa ronca en el jardín ayer: *"Voy a plantar mi vida en ti."*

—No —susurré al espejo, el miedo y la esperanza librando una batalla en mi garganta—. Ahora no... No en medio de todo esto.

Necesitaba estar segura.

Salí del baño y me vestí rápidamente, poniéndome un pantalón de lino y una blusa suelta. Andreas no estaba en la habitación. Su lado de la cama ya estaba frío; debía de estar con Athan y Alex, trazando estrategias para la guerra que tanto deseaba.

Bajé el pasillo silencioso, esquivando a los guardias con un movimiento de cabeza, y fui directo a la única persona en esta fortaleza que podría entenderme sin juzgarme.

La puerta de la habitación del bebé estaba entreabierta y entré. La luz de la mañana se filtraba por las cortinas de gasa, creando una atmósfera etérea. Eleni estaba cambiando a Theodoros, tarareando una melodía griega antigua. Se detuvo cuando me vio. La sonrisa maternal murió en sus labios en cuanto notó mi palidez.

—¿Chloe? —Eleni terminó de cerrar el mono del bebé y lo cogió en brazos, girándose hacia mí—. ¿Qué ha pasado? Pareces haber visto un fantasma. O que vas a desmayarte.

Cerré la puerta tras de mí y me apoyé en ella, sintiendo las piernas débiles.

—Necesito... —Mi voz falló. Miré a Theodoros, tan pequeño y perfecto en sus brazos, y sentí una punzada de envidia y terror—. Eleni, tienes... ¿cómo lo supiste?

Frunció el ceño, confundida por un segundo, hasta que su mirada bajó a mi mano, que protegía mi estómago instintivamente. La comprensión iluminó su rostro.

—Ah... —Suspiró, un sonido mezcla de alegría y preocupación —. ¿Las náuseas?

Asentí, incapaz de hablar.

Eleni puso a Theodoros en la cuna con cuidado y vino hacia mí, sujetándome los hombros.

—¿Retraso?

—Dos semanas. Tal vez tres. Perdí la noción del tiempo en el barco.

—¿Andreas lo sabe?

—¡No! —La negativa salió demasiado rápida, demasiado alta. Bajé el tono—. No. No puede saberlo. No todavía. Está... está preparándose para ir tras el barco. Si sabe esto, perderá el foco. O me encerrará en una torre e irá solo, y morirá sin mí allí para leer los códigos.

Eleni me estudió, viendo el pánico en mis ojos.

—Tienes que estar segura, Chloe.

—No puedo ir a una farmacia. Los guardias informarían a Athan, que se lo contaría a Andreas en segundos.

—Lo sé. —Se mordió el labio, pensando—. Espera aquí.

Salió de la habitación tras acomodar a su hijo en la cuna. Me quedé sola con el bebé. Me acerqué a la cuna y miré a Theodoros. Dormía con los puños cerrados. Extendí el dedo y toqué su manita.

Me agarró el dedo por reflejo. El apretón era sorprendentemente fuerte.

La idea de que había algo así creciendo dentro de mí... una mezcla de mi sangre con la sangre de la Bestia... me hizo querer llorar y reír al mismo tiempo. Era la cosa más peligrosa y maravillosa que podría pasar.

Eleni volvió minutos después, con una caja pequeña escondida en los pliegues del vestido.

—Sobró de mi reserva —susurró, entregándome el test de farmacia—. Usa el baño de mi suite. Athan está en el despacho con Andreas. Nadie te molestará allí.

Cogí la caja con manos temblorosas.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía. —Me cogió la mano—. Haz la prueba. Estaré aquí esperando.

Entré en el baño lujoso de Eleni. Los tres minutos que siguieron fueron los más largos de mi vida. Me quedé sentada en la tapa del inodoro, con la cabeza entre las manos, oyendo el tic-tac imaginario de una bomba de relojería.

Cuando finalmente tuve valor para mirar el bastoncillo de plástico sobre el lavabo, el mundo se paró.

Dos líneas rosas fuertes e indiscutibles.

Embarazada.

El aire salió de mis pulmones. Me apoyé en el lavabo, mirando mi propio reflejo. Ya no era solo Chloe Stamos, arqueóloga e hija de un librero. Era la madre del hijo de Andreas Galanis. Cargaba al heredero, o a la heredera, del Ejecutor.

Una lágrima solitaria escurrió por mi mejilla. Debería estar feliz. En un mundo normal, correría hacia él, le enseñaría la prueba y lo celebraríamos. Pero ¿en este mundo? Acababa de pintar una diana en mi espalda y en la de Andreas.

Escondí la prueba en el bolsillo, respiré hondo para componer la máscara y volví a la habitación. Eleni me estaba esperando, mordiéndose la uña, ansiosa. Me miró a la cara y no necesitó preguntar.

—Positivo —susurré.

Eleni soltó un grito ahogado y me abrazó fuerte.

—Un bebé... ¡otro bebé! —Se rio, emocionada—. Andreas se va a volver... oh, Chloe, se va a volver loco. En el buen sentido. Va a querer meterte en una campana de cristal blindado.

—Es exactamente de eso de lo que tengo miedo —me aparté, sujetándole los brazos—. Eleni, prométeme que no se lo vas a contar a nadie. Ni a Athan. Especialmente no a Athan.

—Pero Chloe...

—Por favor. Andreas necesita ir a esa misión con la cabeza fría. Si sabe que estoy embarazada, dudará. O me impedirá ir. Y las dos sabemos que, sin mí, no consiguen abrir esa caja fuerte a tiempo. Necesito ir con ellos. Necesito garantizar que volvamos vivos. Después... se lo cuento.

Eleni dudó, con el conflicto claro en sus ojos. La lealtad al marido luchando contra la lealtad a la amiga. Por fin, suspiró.

—Está bien. Guardo tu secreto. Pero en cuanto volváis del mar...

—Se lo contaré. Prometido.

Salí de su habitación sintiendo el peso del secreto en el bolsillo y en el vientre. Volví a mi cuarto, con la mente girando con planes y miedos. Necesitaba prepararme y ser fuerte por dos.

Entré en la habitación y cerré la puerta. El silencio me acogió.

Fue entonces cuando oí el zumbido.

Venía de la mesita de noche. Abrí el cajón y vi el móvil desechable vibrando. Aquel que había recibido solo para emergencias extremas. Aquel del que solo una persona en el mundo fuera de esta casa tenía el número: mi padre.

Mi corazón dio un salto. *Papá...* No hablaba con él desde la llamada rápida en la cocina. Debía de estar preocupado.

Cogí el teléfono, con una sonrisa de alivio surgiendo en mis labios.

—¿Diga? ¿Papá?

Hubo un silencio al otro lado. Un silencio pesado y crepitante. Entonces, una respiración.

—*Chloe...*

Su voz era un susurro roto. Como si tuviera la boca llena de sangre.

La sonrisa se congeló en mi cara.

—¿Papá? —Mi voz salió aguda y temblorosa—. Papá, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—*No vengas...* —se atragantó, y oí un sonido de tos violenta, seguido de un golpe sordo, como carne siendo golpeada.

—¡Papá!

—*¡Cállate la boca, viejo!*

La nueva voz no era la de mi padre. Era fría, suave, con una cortesía aterradora que me heló la espina dorsal. Conocía aquella voz. La había oído en grabaciones que Alex me mostró.

—Hola, cuñada —dijo él, con el tono casual como si estuviéramos hablando del tiempo—. Disculpa la falta de delicadeza. Tu padre tiene el pésimo hábito de intentar dar avisos cuando debería estar suplicando clemencia.

—Damon... —El nombre salió como un ahogo. Mis manos empezaron a temblar tanto que casi se me cae el aparato—. ¿Qué le has hecho? ¿Dónde está?

—Ah, está aquí conmigo. Un poco magullado, confieso. —Oí el sonido de él encendiendo algo, un cigarrillo tal vez—. Es resistente para un hombre que vive entre libros. Pero todos se rompen, Chloe.

Él se rompió cuando amenacé con quemar su biblioteca... con él dentro.

—¡Monstruo! —grité, con las lágrimas desbordándose—. ¡Él no tiene nada que ver con esto! ¡Déjalo en paz! ¡La guerra es con los Galanis!

—¡Exactamente! Tú elegiste acostarte con uno de ellos. Tú elegiste a los Galanis, Chloe. Lo que te convierte en una pieza en el tablero. —Su voz se endureció, perdiendo la falsa cordialidad—. Necesito lo que tú tienes.

—¡Yo no tengo nada! Andreas tiene el dinero, el poder...

—No quiero su dinero. Quiero el legado de mi padre y sé que habéis encontrado el diario. Sé que la clave para los códigos del *Fantasma de Creta* no está en un ordenador, está en tu brillante cabeza.

Me helé. ¿Cómo lo sabía?

—Yo... yo no sé de qué estás hablando.

—¡No me mientas! —gritó, y oí a mi padre gemir de dolor al fondo. El sonido fue como un cuchillo en mi pecho—. Escucha bien. Tengo al viejo Costa y un arma en su cabeza ahora mismo. Si quieres que viva para ver la puesta de sol, vas a hacer exactamente lo que yo mande.

—¿Qué quieres? —sollocé.

—Te quiero a ti. En los muelles del Pireo. Almacén 4B. Dentro de una hora.

—No puedo salir... la casa es una fortaleza...

—Busca la manera. Eres lista. Si veo un coche de seguridad, si huelo a Andreas o a sus hermanos... le vuelo la cabeza a tu padre y la mando por correo a la mansión. ¿Entendido?

Miré a la puerta cerrada. A la seguridad que Andreas había construido a mi alrededor. Si se lo contaba... cerraría la casa, llamaría a los hermanos y montarían un plan. Pero llevaría tiempo y Damon era inestable. Mataría a mi padre a la primera señal de

demora. Además, estaba el bebé. Si había un tiroteo aquí... si Andreas iba allí ciego de rabia...

Estaba dividida. El hombre al que amaba por un lado. El hombre que me dio la vida por el otro. Y el bebé creciendo dentro de mí en medio del fuego cruzado.

—Voy. —La decisión salió de mis labios antes de que pudiera procesarla. Era la única opción. Tenía que quitar la diana de la cabeza de mi padre y de Andreas.

—Pero el diario está con Athan. No puedo cogerlo sin ser vista.

—Entonces no sirves para nada —dijo Damon, amartillando el arma.

—¡No! ¡Espera! —grité, desesperada—. ¡Leí el diario. Lo memoricé! Sé los códigos, Damon. Sé la ruta, sé la secuencia de apertura de la caja fuerte. Lo tengo todo en mi cabeza.

Hubo un silencio tenso. Estaba mintiendo en parte, sabía mucho, pero no todo de memoria, no obstante era la única moneda de cambio que tenía. Necesitaba volverme valiosa. Más valiosa que mi padre.

—¿Todo? —preguntó, desconfiado.

—Todo. Si matas a mi padre, pierdes la llave. Si me coges a mí... te llevo hasta el barco. Pero tienes que soltarlo.

Damon rio por lo bajo.

—Muy bien. Creo que vales más viva. Ven a mí, Chloe, y veremos si tu memoria vale la vida del viejo. Una hora. Tic-tac.

La línea cayó.

Me quedé parada en medio de la habitación, con el móvil mudo en la mano, sintiendo el mundo derrumbarse.

Iba a entregarme al enemigo... Embarazada.

Sin embargo, no tenía opción. Si Andreas iba allí, sería una trampa. Damon estaría esperando para matar a la "Bestia". No

obstante, él me necesitaba viva. Yo era la única oportunidad de mantener a todos a salvo.

Fui hasta la mesita de noche de Andreas. Mis manos temblaban incontrolablemente mientras cogía un bolígrafo y un bloc de notas. Necesitaba dejarle algo, que explicara y pidiera perdón. Algo que impidiera que pensara que lo había abandonado por falta de amor.

Escribí rápido, las lágrimas manchando el papel:

Andreas, Él ha llamado. Damon. Está con mi padre... Ha dicho que va a matarlo si no voy ahora. No podía dejar que arriesgarais la vida por él. No podía dejar que te hicieras más daño por mi culpa. Ya has sangrado demasiado por mí. Tengo que ir. Le he dicho que sé los códigos. Me necesita viva. Es la única ventaja que tenemos. Perdóname por huir. Te amo más que a mi propia vida. Cuida de nosotros... Cuida de todo. Tuya, Chloe.

No mencioné al bebé. Si decía que estaba embarazada en la nota, Andreas perdería la cordura y quemaría el mundo sin estrategia. Necesitaba ser el líder, no solo el padre desesperado.

Dejé la nota en su almohada, donde el olor a sándalo y mar todavía estaba fuerte. Inhalé aquel olor una última vez, grabándolo en mi memoria como un escudo.

—Voy a volver —susurré a la habitación vacía—. Lo prometo.

Me puse una chaqueta gruesa sobre la ropa, escondiendo mi silueta, y prendí el broche de lechuza en el forro interior, cerca del corazón. Mi única protección.

Abrí la puerta y espié el pasillo... vacío. La reunión en el despacho de Athan debía de estar en su apogeo. Bajé por la escalera de servicio, silenciosa como una sombra. El corazón latía tan fuerte que creía que cualquiera podría oírlo.

En la cocina, el movimiento era intenso. Elena estaba distraída con la cena. Aproveché el momento en que entró en la despensa y me deslicé hacia la puerta trasera, donde estaba la salida de servicio que daba al área de carga.

Había una furgoneta de entrega de alimentos parada allí, con el motor encendido. El conductor conversaba con un guardia en el portón, riéndose de alguna broma, distraído por la rutina. Era mi única oportunidad.

Corrí agachada y me metí en la parte trasera de la furgoneta, escondiéndome detrás de una pila de cajas de verduras vacías. El olor a tierra y cartón me envolvió.

Segundos después, la puerta de la furgoneta se cerró y el motor aceleró. Sentí el vehículo moverse, pasando por los portones que Andreas juró que me mantendrían segura. Estaba saliendo de la fortaleza y yendo directo a la boca del lobo.

Me llevé la mano al vientre plano, cerrando los ojos mientras las lágrimas escurrían libremente.

Agárrate, pequeño, pedí mentalmente a mi hijo. *Mamá va a salvar al abuelo y después... después papá va a venir a buscarnos. Él siempre viene*.

La furgoneta giró en la carretera principal, y la Mansión Galanis quedó atrás. La guerra había empezado, y yo acababa de ponerme en la línea de fuego.



Andreas
GALANIS

Capítulo 39

El pasillo estaba callado. Un silencio espeso, pesado, que parecía presionar mis tímpanos.

Salí del despacho de Athan frotándome la nuca, intentando disipar la tensión acumulada por dos horas de estrategias, mapas y especulaciones sobre los movimientos de Damon. Mis hermanos se habían quedado atrás, todavía discutiendo la logística de mover nuestros activos líquidos a cuentas indetectables, pero yo no podía estar más tiempo en aquella sala.

Necesitaba aire. La necesitaba a *ella*.

A cada paso que daba hacia nuestra habitación, el dolor en mi muslo izquierdo latía, un pinchazo caliente y familiar. Sin embargo, extrañamente, había otra molestia creciendo en mi pecho. Una presión fría, justo debajo del esternón, donde mi corazón latía a un ritmo irregular.

El "sentido arácnido". El instinto que me mantuvo vivo en Beirut, en Odessa y en medio del Mar Egeo. Estaba gritando en aquel momento, una alarma silenciosa que me erizaba el vello de los brazos.

Está todo bien, intenté convencerme a mí mismo. *La casa es una fortaleza. Athan ha triplicado la guardia. Ella está en la habitación, probablemente durmiendo o leyendo uno de esos libros sobre cerámicas rotas.*

No obstante, la imagen de ella subiendo las escaleras más temprano, aquella mirada indescifrable que lanzó por encima del hombro... aquello no se me iba de la cabeza. Parecía una despedida.

Aceleré el paso, ignorando la protesta de mis músculos heridos.

Llegué a la puerta de roble macizo de nuestra habitación y giré la manilla.

—¿Chloe? —llamé, empujando la puerta.

La penumbra me recibió. Las cortinas pesadas estaban cerradas, bloqueando el crepúsculo de Atenas. El aire estaba frío, acondicionado, y cargaba el olor inconfundible de jazmín y sándalo. *Su olor...*

—Chloe, deja de esconderte. —Intenté mantener el tono de broma, el mismo que usé en el jardín, pero mi voz salió ronca, teñida de urgencia.

Ninguna respuesta. Ni el sonido de respiración, ni el crujido de sábanas.

Entré, encendiendo la luz principal. La lámpara de araña de cristal iluminó la habitación impecablemente ordenada. La cama estaba hecha, las sábanas estiradas como si nadie las hubiera tocado desde la mañana.

Fui hasta el baño. La puerta estaba abierta. Vacío. La toalla que ella usaría estaba seca y doblada en el soporte.

El pánico empezó a subir por mi garganta como bilis.

—¡Chloe! —llamé más alto, girando sobre los talones.

Fui hasta el vestidor. Su ropa estaba allí, organizada por color, exactamente como el equipo de limpieza la dejaba. Sin embargo, había un espacio vacío en el perchero.

La chaqueta térmica gruesa, negra, que le había comprado por si las noches en el mar se ponían frías. Había desaparecido.

¿Quién coge una chaqueta pesada en medio del verano griego?

Alguien que no planea volver pronto.

Volví a la habitación, sintiendo la sangre drenar de mi cara. Mi respiración se volvió corta. Yo era el Ejecutor y no sentía miedo. No obstante, en aquel momento, el terror me paralizó.

Mis ojos barrieron el ambiente, buscando cualquier señal, cualquier pista.

Entonces, lo vi...

Sobre mi almohada, en un contraste blanco gritón contra la funda de seda oscura. Un pedazo de papel arrancado de un bloc de notas.

Caminé hacia la cama. Mis pies parecían hechos de plomo. A cada paso, el mundo a mi alrededor parecía desmoronarse un poco más. Las paredes blindadas, los guardias fuera, el sistema de seguridad de millones de dólares... todo eso era inútil si el enemigo ya estaba dentro de su cabeza.

Cogí el papel. Mis dedos temblaban. Yo, el hombre que desactivaba bombas sin sudar, no conseguía sujetar un pedazo de papel sin temblar.

Su letra era apresurada y garabateada. Había una mancha circular en la esquina de la hoja, donde la tinta del bolígrafo se había corrido. Una lágrima...

Leí la primera línea y sentí como si me hubieran clavado un cuchillo en el estómago.

"Andreas, él ha llamado. Damon. Está con mi padre... Ha dicho que va a matarlo si no voy ahora."

—No... —El susurro escapó de mis labios, en un sonido de negación infantil.

Continué leyendo, con los ojos devorando las palabras que sellaban mi condena.

Se había entregado...

La mujer a la que protegí con mi cuerpo, la mujer a la que reivindiqué como mi esposa, se había entregado al monstruo para salvarme. Ella creía que me estaba salvando.

Su inocencia estúpida y valiente acababa de ponerla en las manos del hombre que más odiaba nuestra existencia.

El papel se arrugó dentro de mi puño cerrado. Una presión insoportable explotó dentro de mi pecho. No era tristeza. La tristeza es silenciosa. Lo que sentí fue una detonación nuclear.

Un sonido escapó de mi garganta. Empezó como un gemido grave y subió, rasgando mis cuerdas vocales, transformándose en un rugido que no tenía nada de humano.

—¡NO!

Giré el cuerpo, ciego de furia.

Pateé la mesita de noche con la pierna buena. La madera maciza crujió y cedió bajo la fuerza del impacto. La lámpara voló, chocando contra la pared opuesta y explotando en una lluvia de cerámica y cristal.

No fue suficiente. Necesitaba destruir algo y que el mundo externo reflejara el caos que estaba ocurriendo dentro de mí.

Agarré la silla del tocador y la lancé contra el espejo grande del armario. El cristal estalló con un estruendo ensordecedor, millones de fragmentos cayeron en la alfombra como diamantes rotos.

—¡MALDICIÓN! —berreé, golpeando la pared hasta sentir los nudillos rasgarse y la sangre caliente escurrir. —¡¿POR QUÉ HAS

HECHO ESTO, CHLOE?! ¡¿POR QUÉ?!

La puerta de la habitación fue abierta de golpe con violencia.

Athan y Alex entraron, con armas en mano, barriendo la habitación en posición de combate.

—¡Andreas! —Athan gritó, viendo la destrucción, los añicos de cristal, y a mí, parado en medio del caos, jadeando, con la mano sangrando. —¿Dónde está el tirador? ¿Dónde...?

—¡No hay tirador! —gruñí, girándome hacia ellos.

Se detuvieron. Debieron de ver algo en mi cara, porque Alex bajó el arma lentamente, y Athan dio un paso cauteloso hacia atrás.

—¿Dónde está Chloe? —preguntó Alex, con voz tensa.

Levanté la mano, mostrando el papel arrugado.

—Damon —escupí el nombre—. La tiene.

—¿Cómo? —preguntó Athan, en shock—. La alarma no sonó. Nadie entró.

—No necesitó entrar. —Lancé la nota al pecho de Athan—. Usó la única cosa contra la cual no tenemos defensa. Su corazón. Cogió a su padre y Chloe se cambió por él.

Athan leyó la nota rápidamente. Alex leyó por encima de su hombro y maldijo por lo bajo.

—Salió por la cocina —Alex dedujo rápido, cogiendo el móvil —. La furgoneta de reparto. Fue la única salida no registrada en la última hora. ¡Mierda!

—Es una trampa —dijo Athan, arrugando la nota. Su voz era la del Don: fría y analítica—. Damon sabía que dejaría un rastro y que tú irías tras ella. Quiere atraerte fuera de la fortaleza.

Caminé hacia Athan. A cada paso, el dolor en mi pierna izquierda era un recordatorio de que ya había fallado en protegerla una vez, pero no fallaría de nuevo. Me detuve a centímetros de la cara de mi hermano mayor.

—Sé que es una trampa, Athan.

—Entonces no puedes ir. Necesitamos planear. Necesitamos saber dónde él...

Agarré a Athan por el cuello de la camisa, atrayéndolo hacia mí. La acción fue tan rápida que los guardias en el pasillo levantaron las armas, pero Athan levantó la mano, ordenando que bajaran.

—Escucha bien —susurré, y mi voz era más aterradora que mis gritos—. Él la ha tocado y la ha sacado de mi casa. De mi cama. No existe plan. No existe estrategia. Existe solo yo encontrando a Damon y arrancándole cada pedazo de piel del cuerpo, mientras aún respira.

—Andreas... —intentó Athan, pero vio la locura en mis ojos. Vio que no había negociación allí.

Lo solté con un empujón.

—Prepara el *Odisseia* —ordené a Alex, sin mirarlo—. Quiero al equipo Alpha listo en diez minutos. Armamento pesado. Nada de pistolas eléctricas o balas de goma. Quiero munición real y explosivos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Alex, ya tecleando, aceptando que la guerra había empezado.

—Muelles del Pireo. Almacén 4B. —La información vino a mi mente, recordándome el informe de Alex más temprano sobre los movimientos de Damon. Era el único lugar—. Si salió en una furgoneta, fue allí.

Fui hasta el vestidor y empecé a vestirme, poniéndome el chaleco táctico sobre la camiseta, funda en el muslo y cuchillos en las botas.

Athan todavía estaba parado en medio de la habitación destruida.

—Si ya está con ella... —empezó Athan, cauteloso—. La usará como escudo humano, Andreas. Lo sabes.

Dejé de abrocharme el chaleco y miré a mi hermano.

—Entonces descubrirá que los escudos humanos no funcionan contra mí. —Cogí mi pistola favorita, verifiqué el cargador y lo encajé con un chasquido seco—. Voy a traerla de vuelta, Athan. O voy a morir intentándolo... y si muero, quiero que quemes el resto del mundo en mi honor.

Athan asintió, solemne.

—Tráela a casa, hermano.

Pasé por su lado, cojeando, pero rápido como un depredador herido. El dolor físico había desaparecido, sustituido por una adrenalina helada.

Chloe pensaba que podía sacrificarse para salvarme. Pensaba que podía enfrentarse al diablo sola.

Tonta valiente, pensé mientras bajaba las escaleras, transformando la mansión en un cuartel general de guerra. *No sabes que el diablo soy yo.*

Damon había cometido el último error de su miserable vida. Había robado lo único que mantenía mi humanidad intacta y tendría que lidiar con lo que quedaba.

Salí a la noche de Atenas, y la ciudad parecía demasiado pequeña para mi rabia.

Iba a incendiarlo todo hasta encontrarla.



Chloe STAMOS

Capítulo 40

El olor del mar siempre había sido, para mí, sinónimo de libertad e historia. Olía a sal, a viajes antiguos y a horizontes infinitos.

Sin embargo, allí, en los muelles del Pireo, escondida detrás de cajas de pescado podrido en una furgoneta de reparto, el mar olía a muerte, a gasóleo quemado, agua estancada y miedo.

La furgoneta se detuvo con una sacudida brusca. El motor se apagó, y el silencio que siguió fue más aterrador que el ruido del tráfico. Esperé un minuto, con el corazón golpeando contra las costillas como un pájaro enjaulado. Me llevé la mano al vientre plano, por encima de la chaqueta gruesa.

Coraje, pedí silenciosamente al hijo que ni siquiera sabía que existía hasta hacía una hora. *Coraje, pequeño. El abuelo nos necesita.*

La puerta trasera de la furgoneta se abrió desde fuera. La luz amarilla y enfermiza de las farolas invadió mi escondite.

—¡Eh! ¿Qué es lo que...?.

El conductor de la furgoneta no tuvo tiempo de terminar la frase. Oí un sonido ahogado, un golpe seco, y su cuerpo cayó al asfalto, fuera de mi campo de visión.

Me encogí, apretando el broche de lechuza en el bolsillo interior de la chaqueta hasta que el metal me hirió la piel.

—Ya puedes salir, cuñada —la voz de Damon resonó, divertida y cruel. —De nada sirve esconderse entre las verduras. El olor de tu miedo es más fuerte que el de las cebollas.

Respiré hondo, tragándome la náusea que amenazaba con subir, mezcla de embarazo y pánico, y salí del vehículo. Mis botas tocaron el suelo de cemento sucio. El aire de la noche era frío y húmedo.

Estábamos en una zona desactivada del puerto. Contenedores oxidados se apilaban como murallas de una ciudad fantasma. Frente a mí, el Almacén 4B se alzaba, una boca oscura y abierta de par en par.

Damon estaba parado a unos metros, vestido con un traje azul oscuro impecable que contrastaba absurdamente con la inmundicia del lugar. Sonreía, de una forma idéntica a la de Andreas, excepto por los ojos. Los ojos de Andreas eran intensos, calientes como el fuego. Los de Damon eran hielo muerto.

Detrás de él, dos hombres armados con fusiles flanqueaban la entrada del almacén. Sus rostros eran inexpresivos y profesionales.

—¿Dónde está? —pregunté, más firme de lo que esperaba. —Dijiste que estaba vivo.

—Y lo está. —Damon hizo un gesto teatral, indicando el interior del almacén. —Entra. Hagamos esto como una reunión familiar civilizada.

Dudé por un segundo. El instinto de huir gritaba en mis piernas. Si corriese... ellos dispararían y Andreas no estaba allí para ponerse delante de la bala.

Enderecé la columna. *Soy una Galanis ahora*, recordé. *La Bestia tiene dueña y ella no se inclina.*

Caminé hacia Damon, pasando por su lado sin desviar la mirada. Él se rio por lo bajo, pareciendo apreciar la audacia, y me siguió.

El interior del almacén era cavernoso y mal iluminado. El sonido del agua golpeando los pilares de sustentación resonaba por debajo del suelo de metal.

En el centro del espacio vacío, había una silla de madera y en ella, atado con bridas de plástico, estaba mi padre.

—¡Papá! —El grito rasgó mi garganta.

Corrí hacia él, olvidando las armas, a Damon... todo. Costa Stamos estaba irreconocible. El rostro gentil, que yo siempre veía iluminado por la luz de una lámpara de lectura, estaba hinchado y morado. Había un corte profundo en la frente y la sangre seca le pegaba el pelo canoso. La camisa de lino que llevaba estaba rasgada.

Caí de rodillas frente a él, con mis manos flotando sobre su cara, con miedo de tocar y hacerle más daño.

—Papá... papá, mírame. Soy yo.

Abrió un ojo, el otro estaba cerrado por la hinchazón. El reconocimiento tardó en llegar, enturbiado por el dolor, pero cuando llegó, vi el terror inundar el iris castaño.

—Chloe... —Tosió, y sangre escurrió por la comisura de la boca. —No... ¿por qué has venido? Dije... que huyeras....

—No podía dejarte —sollocé, acariciándole la mano, que estaba fría y sujeta al respaldo de la silla. —He venido a llevarte a casa.

—Qué escena tan conmovedora. —La voz de Damon cortó el momento. Caminó hacia nosotros, con el sonido de sus zapatos de cuero resonando en el silencio. —Casi me hace arrepentirme de no haber tenido un padre al que le importase tanto. El mío prefería enseñarme a limpiar un arma que a leer un libro.

Me levanté y me giré hacia él. La tristeza dio paso a una furia blanca y caliente.

—Suéltalo —exigí. —Estoy aquí. He cumplido mi parte. Ahora cumple la tuya.

Damon se detuvo frente a mí, analizándome de arriba abajo.

—Estás diferente, Chloe. —Inclinó la cabeza. —Menos... bibliotecaria. Más... peligrosa. Mi hermano tiene ese efecto en las personas. Corrompe todo lo que toca.

—Él protege lo que es suyo. Algo que tú nunca entenderás.

La expresión de Damon se endureció. Dio un paso rápido y me agarró la barbilla, apretando con fuerza suficiente para dejar marca.

—No te ha protegido hoy, ¿verdad? Él está allá en la mansión, rodeado de lujo, mientras tú estás aquí, en el barro, negociando con el diablo.

—Estoy aquí porque lo he elegido —escupí las palabras en su cara. —¡Suelta a mi padre!

—¿Y el diario? —Me soltó la cara con un empujón. —¿Dónde está?

—Está aquí. —Me toqué la sien. —Memorizado. Cada coordenada. Cada código de acceso. La secuencia de las serpientes en el mosaico, la combinación de la caja fuerte mecánica... Todo.

Damon entrecerró los ojos, desconfiado.

—Estás mintiendo. Nadie memoriza todo eso en una lectura.

—Soy arqueóloga, Damon. Mi trabajo es recordar el pasado. Conozco patrones. —Di un paso adelante, jugando el farol de mi vida. —Si matas a mi padre, o si me matas, te quedas con un barco

lleno de oro en el fondo del mar que nunca conseguirás abrir sin detonar los explosivos de seguridad. Me necesitas.

Me estudió por un largo momento. El silencio era tenso, roto solo por la respiración irregular de mi padre. Finalmente, Damon sonrió... Una sonrisa cruel.

—Muy bien. Te creo, vales más viva.

Hizo una señal a uno de los mercenarios. El hombre se acercó a mi padre, sacando una jeringuilla del bolsillo táctico.

—¡No! —Grité, intentando ponerme delante de mi padre. —¡El trato era soltarlo!

Damon me agarró por el brazo y me tiró hacia atrás con violencia.

—El trato era que viviría. No dije que saldría andando.

El mercenario clavó la aguja en el cuello de mi padre. Costa abrió mucho el ojo bueno, intentó luchar, pero su cuerpo, ya debilitado, cedió en segundos y la cabeza cayó hacia delante, inerte.

—¿Qué le has hecho? —grité, debatiéndome en los brazos de Damon. —¿Qué le has dado?

—Un sedante potente. —Damon me arrastró hacia la salida trasera del almacén, que daba al agua oscura de la marina. —Dormirá durante doce horas. Si tu precioso Andreas es tan buen rastreador como dicen, lo encontrará antes de que muera de hipotermia o deshidratación. Es mi regalo para la familia. Una advertencia.

—¡Eres un enfermo!.

Damon rio y me empujó fuera del almacén. Allí, meciéndose en las aguas negras, estaba un yate. No era clásico y elegante como el *Odisseia*. Era moderno, gris, con líneas agresivas. El nombre pintado en el casco brillaba bajo la luz de la luna: *Némesis*. La diosa de la venganza.

—Bienvenida a bordo, Chloe —dijo Damon, forzándome a subir la rampa de acceso. —Vamos a hacer un crucero. Espero que

no te marees en el mar.

Sentí mi estómago revolverse violentamente con la mención al mareo, recordándome el secreto que cargaba. En la cubierta, miré hacia atrás una última vez. A la puerta abierta del almacén donde mi padre yacía inconsciente y solo. Las lágrimas enturbiaron mi visión.

Andreas, por favor, recé, mientras los motores del *Némesis* rugían, cobrando vida. *Encuéntralo. Sálvalo.*

Sentí la vibración del barco bajo mis pies. Estábamos partiendo. La mansión, la seguridad, el amor de la Bestia... todo se estaba quedando atrás. Iba al mar nuevamente. Sin embargo, esta vez, no había brazos fuertes para sujetarme cuando llegara la tormenta. Estaba sola en la boca del lobo.

Me llevé la mano al pecho, sintiendo el contorno del broche de lechuza bajo la tela.

Sé sus ojos en la oscuridad, había dicho Cassandra.

Pues bien. Estaba en la oscuridad ahora y guiaría a Andreas hasta nosotros, aunque tuviera que incendiar este barco para servir de faro.



Andreas
GALANIS

Capítulo 41

Los neumáticos de los tres todoterrenos blindados cantaron en el asfalto mojado de los muelles del Pireo, en un sonido agudo que cortó la noche silenciosa como un grito. Salté del coche de delante antes incluso de que parase totalmente.

El dolor en mi muslo izquierdo explotó, subiendo por la espina dorsal, pero la adrenalina que bombeaba en mis venas era un analgésico más potente que cualquier morfina.

El Almacén 4B se alzaba ante nosotros, en una estructura de metal oxidado y sombras. La puerta principal estaba abierta de par en par, con la boca negra invitadora y amenazadora.

—¡Equipo Alpha, flanquear la izquierda! ¡Bravo, derecha! —Athan gritó órdenes detrás de mí, con su voz de Don superponiéndose al caos. —¡Alex, quiero los drones en el aire ahora!.

Ignoré las tácticas y la cautela. Saqué mi pistola y avancé directamente hacia la entrada principal. Si Damon estaba allí esperándome con una mira láser en mi frente, que así fuera. Solo quería ver sus ojos antes de matarlo.

—¡Andreas, espera! —gritó Alex.

No esperé. Entré en el almacén con el arma en alto, barriendo el perímetro. El lugar olía a pescado podrido, gasóleo y... sangre. Estaba vacío.

No había mercenarios, ni Damon y, lo más aterrador de todo, no había Chloe. Mi corazón se paró por un segundo, el silencio del lugar parecía burlarse de mi furia.

—¡Limpio! —gritó uno de los guardias del equipo Alpha.

—¡Aquí! —La voz de otro guardia vino del centro del almacén. —¡Tenemos un cuerpo!

El mundo giró. *Un cuerpo*. Corrí en esa dirección, el terror helado apretándome la garganta. Si era ella... si aquel bastardo le había hecho daño....

Llegué al centro del almacén, donde una única silla de madera estaba tumbada. Miré hacia abajo.

No era Chloe. Era un hombre mayor, con pelo gris sucio de sangre, la cara hinchada y morada de hematomas. Estaba caído de lado, todavía atado a la silla de pies y manos. El pecho subía y bajaba a un ritmo débil e irregular.

Costa Stamos. Su padre.

Me arrodillé a su lado, enfundando el arma. Saqué un cuchillo de la bota y corté las bridas de plástico que sujetaban sus muñecas en un movimiento rápido.

—¡Costa! —Llamé, dándole leves palmadas en la cara para despertarlo. —¡Costa, mírame!

Gimió, los párpados temblando. El pobre estaba drogado. Había una marca de pinchazo reciente en su cuello.

Athan y Alex llegaron a mi lado.

—¿Está vivo? —preguntó Athan.

—Por poco. —Verifiqué su pulso. Débil. —Damon lo dejó aquí como basura.

El viejo abrió un ojo. El globo ocular estaba rojo, inyectado en sangre. Tardó un momento en enfocar mi cara, y cuando lo hizo, se encogió, esperando más dolor.

—Soy yo —gruñí, intentando suavizar la voz, aunque la furia estuviera vibrando en cada palabra. —Soy Andreas. ¿Dónde está ella?.

Costa intentó hablar, pero tenía la boca seca. Tosió, un sonido ronco y doloroso.

—Ella... —Tragó saliva. —Se fue... con él.

—¿A dónde? —Le agarré el cuello de la camisa rasgada. —¿A dónde se la ha llevado?

—El barco... —susurró Costa, con las lágrimas mezclándose con la sangre en su cara. —Ella dijo... que sabía los códigos. Para salvarme. Chloe se cambió... por mí.

Cerré los ojos por un segundo, sintiendo el peso de la culpa aplastarme. Chloe se había entregado para salvar a su padre. Había entrado en la boca del lobo armada solo con su inteligencia y el amor estúpido y valiente que sentía por su padre.

—El barco —repetí, levantándome. Mi mente se aclaró instantáneamente. —Se la va a llevar a la Fosa Helénica, para hacerla abrir la caja fuerte.

—La matará en cuanto consiga lo que quiere —dijo Alex, con la cara pálida. —Ella es la única testigo y el cabo suelto.

Me giré hacia mis hermanos, sin espacio para miedo o vacilación.

—Athan, lleva a Costa a la mansión. Pon al equipo médico encima de él. Si se muere, Chloe nunca me lo perdonará.

—¿Y tú? —preguntó Athan, aunque ya sabía la respuesta.

—Voy a buscar a mi mujer.

—Andreas, tu pierna... —empezó Alex.

—¡Mi pierna no importa! —grité, con la voz resonando en las paredes metálicas. —Se la ha llevado al mar. A mi territorio.

Salí del almacén corriendo, cojeando visiblemente, pero moviéndome más rápido que cualquiera de mis hombres.

—¡Alex! —llamé sin mirar atrás. —Prepara el *Odisseia*. Quiero los motores encendidos y al equipo de abordaje listo en cinco minutos.

—Ya está de camino al puerto deportivo privado —respondió Alex, corriendo a mi lado con la tableta en la mano. —He rastreado la señal del yate de Damon. Es un modelo rápido, el *Némesis*. Tienen cuarenta minutos de ventaja.

—El *Odisseia* es más rápido —gruñí. —Y nosotros tenemos más armas.

Llegamos al muelle donde nuestro yate, una bestia negra y elegante de treinta metros, estaba anclado. Las luces de navegación estaban encendidas y los motores roncaban como truenos contenidos. La tripulación de élite de los Galanis, hombres que habían luchado conmigo desde el principio, se movía en la cubierta preparando el armamento.

No subí la rampa; salté a la cubierta, el dolor en el aterrizaje siendo solo un combustible más para mi odio. Fui directo al puente de mando. El capitán, un ex oficial de la marina griega llamado Elias, me miró.

—Coordenadas introducidas, Señor Andreas. Interceptación estimada en dos horas si mantenemos la velocidad máxima.

—Olvida la velocidad máxima de crucero —ordené, sujetando la consola de navegación con fuerza. —Quiero que esos motores griten. Quiero llegar allí en una hora y media. Si fundimos el motor, remamos. Pero alcancen ese barco.

—Sí, señor.

El *Odisseia* partió, con la proa cortando el agua oscura del puerto, dejando un rastro de espuma blanca atrás. Fui a la proa, donde el viento helado de mar abierto me golpeaba la cara.

Athan apareció a mi lado. Había dejado al padre de Chloe con el equipo de apoyo y venido con nosotros. El Don no abandonaba al Ejecutor en la batalla final.

—Vamos a traerla de vuelta —dijo Athan, bajo.

—Damon cree que ha ganado —murmuré, mirando al horizonte negro donde el enemigo se escondía. —Cree que porque tiene la llave, tiene el tesoro.

Apreté la barandilla de acero.

—Se ha olvidado de una cosa, Athan.

—¿De qué?

—De que Chloe no es solo una rehén. Es una Galanis ahora. Y se ha olvidado de que, al llevársela al mar, no se ha escondido, solo se ha acorralado.

Toqué el bolsillo del chaleco táctico, donde la nota arrugada de ella reposaba sobre mi corazón.

—¡Aumentad la velocidad! —grité al puente, con mi voz siendo llevada por el viento. —Quiero ver el miedo en sus ojos antes del amanecer.

El mar estaba agitado, con las olas golpeando el casco como martillos. Sin embargo, no sentía el balanceo, era una estatua de furia y determinación.

Estaba llegando, Chloe, y Dios se apiade de quien se interponga en mi camino, porque yo no tendré ninguna.



Chloe STAMOS

Capítulo 42

El *Némesis* no navegaba; cortaba el mar como una hoja quirúrgica fría e impersonal. Diferente del *Cerbero*, que tenía el alma de madera y cuero envejecido, el yate de Damon era un monumento de acero, cristal y minimalismo blanco. Todo allí era estéril, gritaba dinero nuevo y falta de raíces.

A mi cuerpo no le importaba la decoración, solo sabía que el mar estaba revuelto y que cada subida y bajada del casco en las olas enviaba una señal de revuelta a mi estómago. Empujé la puerta del baño de la cabina principal y caí de rodillas ante el inodoro por tercera vez en una hora. El espasmo fue violento. Mi estómago, ya vacío, se retorcía dolorosamente, expulsando solo bilis amarga.

Me agarré a la loza fría con los dedos blancos de tanta fuerza, la frente apoyada en el brazo, sudando frío.

—Eres patética.

La voz de Damon vino de la puerta abierta. No tenía la decencia de darme privacidad. Estaba apoyado en el marco, sujetando un vaso de whisky, y observándome como si yo fuera un espécimen de laboratorio defectuoso.

—Es el mar... —mentí, con la voz ronca, levantándome con dificultad e yendo hasta el lavabo para lavarme la boca. —El balanceo...

—El mar está tranquilo para los estándares del Egeo —replicó, entrecerrando los ojos de hielo. —Tal vez sea miedo. El miedo hace que la gente vomite.

—Tal vez sea el olor de tu colonia barata —respondí, encarándolo por el espejo. Estaba pálida, con ojeras profundas, pero mantuve la barbilla erguida.

Damon se rio, pero el sonido no llegó a los ojos.

—Límpiate. Estamos casi llegando y necesito que tu cerebro esté funcionando y no en el desagüe.

Salió, dejando la puerta abierta. Me lavé la cara con agua helada. Mis manos temblaban, pero no de miedo. Temblaban de debilidad. Me llevé una de ellas al vientre, por encima de la blusa de lana gruesa.

Lo siento, pequeño, pensé, sintiendo una culpa abrumadora. *No debería haberte traído aquí*. *Pero no podía dejar morir al abuelo.*

El bebé era un secreto minúsculo y peligroso. Si Damon supiera que cargaba a un Galanis, un heredero legítimo... no sería solo una llave para el tesoro. Me convertiría en una moneda de cambio mucho más valiosa. O un objetivo a eliminar para herir a Andreas permanentemente.

Me sequé la cara y salí del baño. La cabina principal había sido transformada en un centro de comando improvisado. Mapas náuticos cubrían la mesa de cristal. Monitores mostraban el sonar de profundidad y el radar de superficie. Damon estaba debruzado sobre la mesa.

—Siéntate —ordenó, señalando una silla atornillada al suelo.

Obedecí. Empujó un bloc de papel y un bolígrafo de punta fina hacia mí.

—Empieza a dibujar.

—¿Dibujar qué?.

—No te hagas la tonta, Chloe. —Se inclinó sobre mí, invadiendo mi espacio personal. Olía a tabaco mentolado y peligro. —Quiero la secuencia de la caja fuerte, las coordenadas exactas del naufragio en relación a la fosa y quiero la traducción de los códigos del capitán que estaban en el diario.

—Necesito tiempo para recordar. Son muchos números....

Damon sacó una pistola de la sobaquera y la puso sobre la mesa, encima de los mapas. El metal hizo un sonido pesado contra el cristal.

—El tiempo se ha acabado. Andreas no es estúpido. Ya debe de haber encontrado a tu padre y haberse dado cuenta de tu jugada de mártir. Viene hacia aquí y quiero estar fuera de ese barco con el oro antes de que el horizonte se llene de barcos de los Galanis.

Tenía razón. Andreas vendría. La certeza de ello calentó mi pecho, pero también me llenó de terror. Mi hombre vendría a una trampa.

Cogí el bolígrafo y mi mano flotó sobre el papel blanco. Sabía los códigos. Mi memoria fotográfica, entrenada por años de catalogación de fragmentos de cerámica, había grabado cada página del diario que leí en la mansión.

Alfa. 7. 4. Delta. La secuencia de rotación de las serpientes en el mosaico de Santorini: dos a la izquierda, una a la derecha, presionar el ojo de la Medusa.

Si le daba la secuencia correcta, abriría la caja fuerte, cogería lo que quería y me mataría. Yo era un cabo suelto. Si le daba la incorrecta... la caja fuerte tenía un mecanismo de seguridad. Explosivos antiguos, pero todavía letales, accionados por intentos

fallidos. Si explotaba, moriríamos todos. Necesitaba un término medio. Tenía que ganar tiempo.

Empecé a dibujar. Tracé la línea de la costa de Creta. Marqué la Fosa Helénica.

—Más rápido —siseó Damon.

—La caligrafía alemana antigua es compleja —murmuré, dibujando los símbolos.

Dibujé la primera secuencia correctamente. Eso daría credibilidad. Pero en la segunda parte, la parte que desactivaba la trampa de presión interna de la caja fuerte... dudé.

—¿Qué pasa? —Se dio cuenta de la pausa.

—Había una mancha de agua en la página 42 —mentí, mirándole con una confusión fabricada. —El número era un 3 o un 8. No estoy segura.

Damon me agarró la muñeca, apretando con fuerza.

—Intenta estar segura, cuñada. Porque vas a bajar conmigo. Si el número está mal y ese barco explota... vas a ser la primera en convertirte en comida para peces.

Tragué saliva. Iba a llevarme allí abajo.

—No puedo bucear —dije, con la voz saliendo en un hilo. —Yo... tengo problemas de oído. Presión. Nunca he buceado a esa profundidad.

—Aprenderás hoy.

De repente, el sonido de los motores cambió. El rugido constante disminuyó a un zumbido grave. El barco desaceleró y el balanceo se hizo más pronunciado. Unos de los mercenarios, un ruso gigante con una cicatriz en el cuello, entró en la cabina.

—Estamos en posición, señor. El sonar ha captado una anomalía metálica grande a ochenta metros.

Damon sonrió. Era una sonrisa depredadora, de triunfo puro.

—El *Fantasma de Creta* —susurró, como si fuera el nombre de una amante. Me soltó la muñeca y cogió el papel con mis dibujos incompletos. —Hemos llegado. —Me miró. —Prepárate, Chloe. Vamos a visitar la tumba del legado de mi padre.

—Damon, por favor... —Intenté apelar a cualquier resquicio de humanidad. —Andreas devolverá el dinero. No quiere el oro. Déjame ir y quédate con todo.

Se detuvo en la puerta y miró hacia atrás.

—¿Crees que es por el oro? —Se rio, sacudiendo la cabeza. —Pobre niña ingenua. El oro es un extra. Lo que quiero es ver la cara de Andreas cuando se dé cuenta de que ha fallado, que a pesar de toda la fuerza, de toda la brutalidad... no consiguió proteger la única cosa que importaba.

Señaló a la puerta.

—Vamos. El equipo de buceo está esperando.

Me levanté, con las piernas temblando. Toqué nuevamente el broche escondido dentro de la chaqueta. *¿Dónde estás, Andreas?*, grité mentalmente al universo. *Me estoy quedando sin tiempo*.

Salí a la cubierta. La noche estaba oscura y sin luna. El mar era un abismo negro rodeándonos. El viento frío me azotó la cara, trayendo salpicaduras de agua salada. Miré al horizonte, buscando desesperadamente una luz, una señal del *Odisseia*. Nada. Solo oscuridad y el sonido de las olas golpeando contra el casco, como el latido de un reloj contando los segundos para el fin.

El mercenario me empujó hacia los tanques de oxígeno. Iba a tener que entrar en esa agua. Embarazada... Con hombres que querían matar al padre de mi hijo.

Respiré hondo, llenando los pulmones con el aire salado, y decidí allí mismo: no iba a morir hoy. Iba a luchar. Por mí, por el bebé y por Andreas. Si Damon quería guerra, tendría guerra, aunque fuera a ochenta metros de profundidad.



Andreas GALANIS

Capítulo 43

El horizonte dejó de ser un vacío negro. Un punto de luz parpadeó en el radar del puente de mando del *Odisseia*, seguido por el pitido agudo que sonó como música para mis oídos.

—Contacto visual en dos minutos —anunció el Capitán Elias, con voz tensa, pero controlada. —Están parados exactamente sobre las coordenadas de la fosa.

—Han parado —dijo Alex, inclinado sobre los monitores, con la cara iluminada por el brillo verde del sonar. —Los motores están en marcha lenta.

—Están preparando la inmersión —dedujo Athan, ajustándose el chaleco antibalas. —Damon no ha perdido el tiempo.

Caminé hasta el panel de vidrio de la proa, observando la oscuridad de fuera. Mi mano derecha acariciaba la empuñadura de la pistola en la funda, en un tic nervioso que antecedía a la carnicería.

—Cree que tiene tiempo —murmuré—. Que somos solo un puntito en su radar, tal vez un barco mercante o la guardia costera a la que puede sobornar.

Me giré hacia la tripulación. Eran doce hombres de la Élite Galanis. Hombres que yo había entrenado personalmente. Mercenarios leales solo a la sangre y al oro de nuestra familia. Estaban armados con fusiles de asalto y listos para la guerra.

—¡Escuchad bien! —Mi voz cortó el zumbido de los motores. —El objetivo es el rescate. La mujer es la prioridad máxima. Si alguien dispara en su dirección, lo mato antes de que el enemigo lo haga. ¿Entendido?.

—¡Sí, señor! —El grito unísono resonó.

—¿Y qué hay de Damon? —preguntó uno de los soldados.

Sonreí. No fue una sonrisa feliz. Fue el mostrar de dientes de un lobo que ha acorralado a la presa.

—Damon es mío. Si respira, es porque yo lo he permitido para que sufra un poco más.

—¡Estamos a trescientos metros! —gritó Elias. —¡Nos han visto! ¡El *Némesis* está intentando virar, han encendido los motores principales!.

—No dejes que huyan —ordené. —Alex, apaga las luces. Vamos a llegar en la oscuridad. Elias, velocidad de ataque.

El *Odisseia* se sumergió en la oscuridad total. Todas las luces de navegación fueron cortadas. Nos convertimos en un fantasma de treinta metros de largo, avanzando sobre las olas a cincuenta nudos.

—Athan —llamé a mi hermano. —Cuando estemos a cincuenta metros, enciende los focos de búsqueda. Ciégalos y manda a los francotiradores disparar a los motores.

—Andreas, si disparamos a los motores, el barco puede explotar con Chloe a bordo —argumentó Athan, con la voz de la razón intentando penetrar mi niebla de guerra. —Deberíamos intentar abordar y negociar la rendición....

Me acerqué a él, sintiendo el viento azotando mi pelo.

—No hay negociación, Athan. Damon la ha tocado. Ha perdido el derecho a la palabra. —Señalé a la proa. —No vamos a pedir permiso. Vamos a invadir.

Athan me miró a los ojos, vio que no había vuelta atrás, y asintió. Cogió la radio.

—Equipo de tiradores, posición. Objetivo: motores de popa. Fuego de incapacitación. A mi señal.

El *Odisseia* rugió, cortando la distancia final. Cincuenta metros. Conseguía ver la silueta blanca del *Némesis* meciéndose en las olas. Conseguía ver bultos corriendo en la cubierta.

—¡AHORA! —grité.

El *Odisseia* se encendió. Cuatro focos de alta potencia, usados para búsqueda y salvamento, rasgaron la noche, enfocando directamente en el puente de mando y en la cubierta trasera del *Némesis*. Fue como encender el sol en su cara. Vi hombres cubriéndose los ojos, ciegos por el brillo repentino.

—¡FUEGO!.

El sonido de los rifles de precisión fue seco y rítmico. En la popa del *Némesis*, chispas volaron. El sonido de metal y cristal fue seguido por un humo negro instantáneo. Los motores del yate de Damon se ahogaron y murieron con un gemido mecánico.

—¡Preparaos para el impacto! —avisó Elias en el intercomunicador.

No íbamos a chocar de frente, pero íbamos a arrimarnos con violencia. Corrí hacia la borda de estribor, ignorando el dolor punzante en mi pierna. La adrenalina lo anestesiaba todo.

El *Odisseia* se deslizó al lado del *Némesis*, los cascos rasparon con un chirrido de fibra de vidrio y acero que hizo doler los dientes. Antes incluso de que los barcos pararan el movimiento relativo, salté.

Volé sobre el abismo negro de agua entre los dos cascos y aterricé en la cubierta del *Némesis*, rodando para absorber el impacto. Me levanté con el arma en la mano. Un mercenario ruso estaba intentando levantarse a tres metros de mí, todavía aturdido por el choque. Le di dos tiros en el pecho. Cayó antes de tocar el arma.

—¡Limpiad la cubierta! —grité, mientras mi equipo saltaba detrás de mí, invadiendo el barco como una plaga de langostas armadas.

El caos se instaló. Disparos resonaban, gritos en ruso y griego se mezclaban. El olor a pólvora y diésel quemado llenó el aire. Avancé hacia la cabina principal, matando a cualquiera que no fuera Chloe. Mi visión estaba teñida de rojo. Era una máquina de eficiencia brutal.

Un hombre salió de la puerta de la cabina con un subfusil. Le disparé en el hombro, haciéndolo girar, y le di una patada en la cara cuando pasé, dejándolo inconsciente.

Entré en la cabina principal. Vacía. Había mapas esparcidos en la mesa. Un vaso de whisky volcado derramaba líquido en el suelo. Y, en un rincón, un papel con dibujos de códigos... y una mancha de agua reciente. Toqué el papel. Todavía estaba húmedo. Ella había estado aquí hacía minutos.

—¡Andreas! —La voz de Alex vino de la radio en mi oído. —La cubierta está limpia. Pero no encontramos a Damon ni a Chloe.

—No están en la cabina —gruñí, saliendo de vuelta al aire frío. ¿Dónde? ¿Dónde la escondería en un barco de este tamaño?.

Miré hacia la popa, hacia la plataforma de buceo. Había equipos esparcidos. Tanques de oxígeno y el cabrestante hidráulico de la plataforma estaban bajados.

Corrí hasta allí, asomándome sobre la borda trasera. El agua estaba agitada, iluminada por los focos del *Odisseia*. Espuma blanca, burbujas... muchas burbujas subiendo de buceadores que acababan de bajar.

El terror me heló la sangre, parando mi corazón por un segundo.

—Han bajado —susurré, con la comprensión golpeándome como una bala. —Aquel hijo de puta se la ha llevado para abajo.

Apreté la radio.

—¡Alex! ¡Trae el equipo de buceo! ¡Ahora!.

—Andreas, no puedes... tu pierna... la presión....

—¡TRAE EL MALDITO EQUIPO! —berreé al mar oscuro, mirando las burbujas que marcaban el lugar donde mi vida se estaba hundiendo. —Y que alguien me dé un cuchillo. Voy a cazar tiburones.



Chloe STAMOS

Capítulo 44

El agua no estaba solo fría; era una entidad viva y hostil que intentaba aplastarme. En cuanto el mercenario me empujó de la plataforma de popa, el choque térmico me robó el aire. El peso del cilindro en mi espalda, el cinturón de lastre en mi cintura, todo me tiraba hacia abajo, hacia la oscuridad abisal donde la luz de la luna no osaba entrar.

Mordí la boquilla del regulador, sintiendo el gusto a goma y sal, y forcé la primera respiración. El aire vino seco y sibilante.

Respira, me ordené a mí misma, luchando contra el pánico instintivo de estar sumergida. *No hiperventiles*. *Piensa en el bebé*.

El bebé. El terror me heló la sangre más que el agua del Egeo. Había leído sobre buceo. Sabía sobre la enfermedad descompresiva, sobre las burbujas de nitrógeno. No sabía qué le

haría la presión de ochenta metros a un feto de pocas semanas. ¿Lo estaba sacrificando para salvar a mi padre?.

Una mano me agarró el tobillo y me tiró hacia abajo con violencia. Era Damon. Estaba justo debajo de mí, en una sombra distorsionada por la máscara de buceo, sujetando un arpón en una mano y la linterna en la otra. Sus ojos, ampliados por el cristal, eran dos bolas de furia. Señaló hacia el fondo, ordenando que bajara más rápido.

Dos otros mercenarios nos flanqueaban, con las linternas cortando la oscuridad como sables de luz en la noche eterna. Empezamos a bajar por el cabo guía que habían instalado.

A cada metro, la presión aumentaba. Sentí mis tímpanos protestar, en un dolor agudo y fino. Me llevé la mano a la nariz, pinzándola a través de la máscara, y soplé para compensar. Los oídos estallaron, aliviando el dolor momentáneamente, pero la sensación de aplastamiento en el pecho continuaba.

Diez metros. Veinte metros.... Arriba, la superficie era un techo tembloroso y distante.

De repente, el agua a nuestro alrededor vibró. No fue un sonido que oí, fue un sonido que sentí. Una onda de choque atravesó mi cuerpo, reverberando en los huesos. Miré hacia arriba. Destellos de luz distorsionada explotaban en la superficie.

¡Andreas!. Mi corazón se disparó. Había llegado y estaba luchando ahí arriba. Aquellas vibraciones eran explosiones, tiros y el caos de la guerra que traía consigo.

Damon también lo sintió. Vi que miraba hacia arriba, con el cuerpo tenso. Sabía que el tiempo se había acabado. Me agarró el chaleco y me sacudió, apuntando la linterna al abismo bajo nosotros. *No pares*, parecía gritar sin palabras. *O bajamos ahora, o morimos*.

Tenía razón. Si me quedaba allí, suspendida en medio de la nada, sería atrapada en el fuego cruzado o Andreas no me encontraría a tiempo. La única oportunidad de supervivencia era

abrir aquella maldita caja fuerte y rezar para que Andreas viniera a buscarme al infierno.

Continuamos bajando. El agua se volvió tinta negra. La única referencia eran los haces de luz de las linternas y las burbujas plateadas de nuestra respiración subiendo. Cuarenta metros. Cincuenta.

El frío penetraba el traje de neopreno, haciendo que mis dientes golpearan la boquilla. La náusea del embarazo volvió, amplificada por el vértigo de no tener suelo ni techo. Cerré los ojos por un segundo, visualizando una burbuja de luz dorada alrededor de mi útero. Protección. Protección.

Entonces, surgió.

Primero, fue solo una sombra colosal, más oscura que la propia agua. Después, las luces de las linternas revelaron el metal corroído. El Fantasma de Creta.

El barco nazi estaba tumbado sobre el lado de estribor en el lecho de arena. Era un monstruo de acero, cubierto de algas, incrustaciones y redes de pesca fantasma que flotaban en la corriente como telas de araña. Era una tumba. Podía sentir la muerte emanando de él. Setenta años de silencio, guardando los secretos de un imperio que intentó destruir el mundo.

Damon nadó hasta la cubierta principal, guiándonos hacia una abertura abierta de par en par en el casco, probablemente causada por la explosión que lo hundió en 1944. Entramos en el vientre de la bestia.

El interior del barco era claustrofóbico. El haz de mi linterna iluminaba pasillos estrechos, puertas atascadas y escombros flotantes. Vi una bota militar antigua, medio enterrada en el lodo, y el brillo opaco de objetos que podían ser huesos. Mi miedo se transformó en pavor puro. Estaba profanando un cementerio.

Damon me tiró del brazo, arrastrándome por un pasillo que parecía no tener fin, hasta que llegamos a una puerta de acero maciza, reforzada con barras transversales y un mecanismo de rueda

complejo. Había un águila imperial grabada en el metal, todavía visible bajo la corrosión, sujetando una esvástica en las garras. La caja fuerte.

Damon me soltó y golpeó con la mano el panel de metal al lado de la puerta. Se giró hacia mí, iluminándome la cara con la linterna, cegándome momentáneamente. Hizo un gesto con la mano: *¡Abre!*.

Me acerqué al panel. Era un mecanismo mecánico, no digital. Tres discos concéntricos con símbolos runicos y números góticos. Mi respiración estaba tan acelerada que el regulador hacía un ruido de succión alto.

Miré el panel. Me acordaba del diario, de los dibujos del capitán alemán, paranoico y leal hasta el fin. Primer disco: La Runa de la Victoria (*Sieg*). Sentido horario. Hasta el clic. Segundo disco: El número de la División Panzer. Sentido antihorario. Tercer disco: La fecha de nacimiento del Führer. Sentido horario.

Mis manos, entumecidas por el frío y envueltas en guantes de neopreno, parecían torpes. Giré el primer disco. El metal chirrió, un sonido grave que vibró en el agua. Paré en la runa. Damon estaba justo detrás, con el arpón apuntando a mi espalda. Sentí la punta de metal tocar mi tanque de oxígeno. Un movimiento en falso, y perforaba el tanque... o a mí.

Giré el segundo disco. Antihorario. El barco gimió a nuestro alrededor, como si estuviera despertando. O tal vez eran más explosiones en la superficie. El *Odisseia* debía de estar destruyendo el barco de Damon ahí arriba. *Por favor, Andreas*, pensé, girando el metal corroído. *No lo explotes todo antes de que salga*.

Tercer disco. Fecha de nacimiento. Paré en el último número.

Hubo un segundo de silencio absoluto, donde ni el sonido de mi respiración parecía existir, entonces, un estruendo metálico, profundo y resonante. Las barras de bloqueo de la puerta se movieron, retrocediendo hacia dentro de las paredes con una nube de óxido y sedimentos. La puerta pesada giró lentamente hacia

fuera, impulsada por el cambio de presión o por las corrientes. La caja fuerte estaba abierta.

Damon me empujó hacia un lado con violencia, casi arrancándome la máscara, y nadó hacia adentro como un hombre poseído por la fiebre del oro. Recuperé el equilibrio, flotando cerca de la entrada. Apunté mi linterna hacia dentro.

No había pilas de oro brillando como en las películas. Había cajas. Cajas de metal selladas con cera y plomo y, al fondo, estanterías con servidores de una tecnología que parecía anacrónica para 1944, pero que yo sabía que eran las transcripciones modernas, añadidas por el padre de Damon antes de morir. El verdadero legado.

Damon estaba intentando abrir una de las cajas con el cuchillo, eufórico.

De repente, el agua a mi alrededor se puso roja. No era sangre. Era luz. Una luz roja de emergencia empezó a parpadear dentro de la caja fuerte y en el pasillo. ¿Un sistema de alarma tardío? O....

Miré hacia la entrada del pasillo por donde habíamos venido. Una sombra bloqueó el paso. No era un pez. No era un mercenario. Era una silueta ancha, poderosa, moviéndose con la gracia letal de un depredador alfa.

El haz de su linterna cortó la oscuridad y me iluminó. Incluso a través de la máscara y con la distorsión del agua, reconocí aquellos ojos verdes.

Andreas.

Había venido. Estaba allí, a ochenta metros de profundidad, para luchar contra monstruos en la oscuridad.

Solté el aire en un grito silencioso de burbujas y alivio, pero el alivio duró poco. Damon vio la luz. Se giró, la cara contraída de odio, levantando el arpón. No hacia Andreas, hacia mí.



Andreas GALANIS

Capítulo 45

El agua es un amplificador de silencio. En el mundo de la superficie, la rabia tiene sonido: gritos, tiros, huesos rompiéndose. Allí abajo, a ochenta metros de profundidad, la rabia es muda, solo movimiento e intención letal.

Vi a Damon levantar el arpón. La punta de acero serrada no estaba apuntada hacia mí, sino en dirección al pecho de Chloe. El tiempo se dilató. La viscosidad del agua parecía haber transformado el aire en melaza, desacelerando cada segundo, permitiéndome ver su dedo presionando el gatillo milímetro a milímetro.

No pensé. No calculé. Solo actué. Me impulsé contra el mamparo oxidado del pasillo, usando las piernas poderosas para lanzarme como un torpedo humano. Mi muslo herido gritó en protesta, una quemazón aguda que ignoré con la facilidad de quien ya convive con el dolor desde hace años.

El arpón se disparó. El sonido fue una vibración hueca en el agua. Pero yo ya estaba en movimiento. Choqué mi hombro contra

el de Damon con la fuerza de un ariete. El impacto desvió su brazo en la última fracción de segundo. La lanza de acero pasó a centímetros de la cabeza de Chloe, raspando en su máscara, dejando un rasguño en el cristal, y se clavó en una caja de madera podrida detrás de ella, levantando una nube de sedimentos.

Chloe se encogió, con los ojos abiertos de par en par de terror tras el cristal y las manos protegiendo el vientre instintivamente. Aquel gesto. Aquel pequeño movimiento de protección.... Mi cerebro lo registró, lo archivó como "extraño", pero el foco volvió a la amenaza inmediata.

Damon rodó en el agua, intentando recuperar el equilibrio. Soltó el arpón vacío y sacó el cuchillo de buceo sujeto a la pierna. Al mismo tiempo, los dos mercenarios rusos que estaban con él reaccionaron. Uno de ellos avanzó en mi dirección, con el cuchillo en la mano, mientras el otro intentaba agarrar a Chloe.

Error fatal. Nadie toca a mi mujer mientras yo respire.

Giré el cuerpo, interceptando al primer mercenario. Bajo el agua, los puñetazos son inútiles. Hay que agarrar y cortar. Intentó apuñalarme el cuello. Le sujeté la muñeca con la mano izquierda, sintiendo la goma del traje de buceo. Con la derecha, donde sujetaba mi propia hoja de combate, estiré el brazo. Enterré el cuchillo en su axila, donde el chaleco no protegía. Una nube de humo negro, sangre, que parecía oscura en aquella profundidad sin luz natural, explotó en el agua, enturbiando la visión. Se debatió, soltando burbujas frenéticas, y se quedó inerte.

Empujé el cuerpo lejos y me giré hacia el segundo. Había agarrado el brazo de Chloe y estaba tirando de ella hacia fuera de la caja fuerte, usándola como escudo humano contra mí. Chloe luchaba. Clavó las uñas en el guante del hombre, dando patadas con las aletas, pero él era mucho más fuerte.

Apunté la linterna a su cara, cegándolo. El tipo se protegió los ojos por un instante. Fue suficiente. Nadé por encima de él, evitando la zona de alcance de Chloe, y agarré la manguera de su regulador de aire. Tiré con violencia. La goma se estiró y se rompió. Una

explosión de burbujas plateadas envolvió su cabeza. El pánico fue instantáneo. Soltó a Chloe y se llevó las manos a la garganta, intentando inútilmente respirar agua. En segundos, se debatía hacia el techo del pasillo, condenado.

Quedaba Damon.

Me giré hacia la caja fuerte. Damon no estaba luchando, mientras yo despachaba a sus perros guardianes, el cobarde había aprovechado la distracción. Estaba dentro de la caja fuerte, metiendo una caja metálica negra dentro de una bolsa de red a prueba de agua.

Me vio. Nos miramos fijamente por un instante. Vi el miedo puro en sus ojos. Sabía que, mano a mano, sin armas de fuego, sin rehenes, era hombre muerto. Yo era la Bestia. Él no pasaba de ser un playboy jugando a gánster.

Damon miró hacia la salida opuesta de la caja fuerte, un agujero en el casco que daba a mar abierto. Después me miró a mí. Tomó la decisión. Pateó las aletas, disparándose en dirección al agujero, huyendo como la rata que era, llevándose el "tesoro" con él.

Mi instinto fue perseguirlo. Cazarlo. Rasgarlo... entonces miré a un lado, Chloe estaba flotando cerca de la puerta de la caja fuerte, agarrada a una barra de metal para no ser arrastrada por la corriente. Temblaba violentamente. Su respiración era tan rápida que conseguía oír el silbido del regulador al límite. Estaba entrando en shock.

Damon podía esperar. Ella no.

Nadé hasta ella. Le sujeté los hombros con mis manos grandes, estabilizándola. Acerqué mi cara a la suya hasta que nuestras máscaras casi se tocaron. Apunté la luz a mis propios ojos para que pudiera verme. Para ver que no era la Bestia la que estaba allí, sino su Andreas.

Estoy aquí, intenté transmitir con la mirada. *Estás a salvo*.

Dejó de debatir. Los ojos castaños enfocaron en los míos, llenos de lágrimas que el agua del mar lavaría si la máscara no las contuviera. Asintió despacio, con la respiración empezando a acompasarse. Verifiqué su manómetro. La mitad del aire. El estrés la hizo consumir demasiado oxígeno. Necesitábamos salir. Pero no sin terminar el trabajo.

La solté por un segundo y nadé hacia dentro de la caja fuerte. La caja que Damon se llevó contenía barras de oro. Lo sabía por la forma. Había ido a por el dinero. Típico. Pero el verdadero legado de Konstantin Galanis, los archivos de chantaje, los secretos que podían derribar gobiernos... estaban en los servidores blindados fijados en la pared. No podíamos llevárnoslos. Eran demasiado grandes, demasiado pesados.

Saqué del cinturón de lastre el paquete que había preparado. C4. Explosivo plástico militar, moldeado para funcionar bajo el agua, con un detonador de presión y tiempo. Fijé la carga en el centro de los servidores y ajusté el temporizador en cinco minutos. Era el fin del legado maldito de mi padre, de la palanca que Damon quería usar contra nosotros y de la sombra que se cernía sobre nuestra familia.

Nadé de vuelta a Chloe. Vio el explosivo y la luz roja del temporizador empezar a parpadear. Señalé hacia arriba. *Subir*.

Me cogió la mano. Su apretón era fuerte y desesperado. Entrelacé mis dedos con los suyos, sintiendo el guante de neopreno contra el mío. Tiré de ella hacia fuera del naufragio, guiándola a través del corredor de la muerte, pasando por los cuerpos de los mercenarios que flotaban como muñecos rotos.

Salimos del *Fantasma de Creta* y el mar abierto nos recibió. La oscuridad era total, excepto por los haces de nuestras linternas. Empezamos el ascenso y yo sabía que no podíamos subir demasiado rápido. Las burbujas de nitrógeno nos matarían. Sin embargo, con una bomba a punto de explotar y Damon suelto ahí arriba, "despacio" era un lujo que no teníamos.

Sujeté el ordenador de buceo en la muñeca, monitorizando la velocidad de subida. *Calma*, me dije a mí mismo. *Mantenla segura*.

A treinta metros de la superficie, sentí el agua vibrar nuevamente. ¿Una explosión secundaria ahí abajo? No. Miré el reloj. Todavía faltaban tres minutos para el C4. El sonido venía de arriba.

Miré hacia la superficie. El casco del *Némesis* se estaba hundiendo. El *Odisseia* había terminado el trabajo. Escombros llovían lentamente a nuestro alrededor, pedazos de metal y fibra de vidrio bajando hacia su descanso final.

Apreté la mano de Chloe. Estábamos subiendo a través de un campo de batalla y yo solo tenía un pensamiento: *llévala al aire*. *Mantenla viva*.

Continuamos subiendo, dos sombras unidas contra la inmensidad del océano, dejando atrás los fantasmas del pasado, a punto de emerger en un futuro que todavía necesitábamos conquistar con sangre.



Andreas
GALANIS

Capítulo 46

El tiempo es una cuenta atrás. Mientras subíamos por la columna de agua oscura, mi mente contaba los segundos con la precisión de un metrónomo militar. Ciento veinte... Ciento diecinueve....

Mi mano izquierda sujetaba la de Chloe con una fuerza que temía que le rompiera los huesos, pero no podía soltar. La derecha mantenía el cuchillo listo, barriendo la oscuridad sobre nosotros. Estábamos ignorando las paradas de descompresión. Era una elección calculada: arriesgar la enfermedad del buceador o ser vaporizado por la explosión de C4 que había dejado en el corazón del barco nazi. Elegí la primera opción. Al menos la embolia podía ser tratada en una cámara hiperbárica; la desintegración, no.

Miré a Chloe. La linterna iluminaba la cara pálida dentro de la máscara. Los ojos estaban cerrados, como si estuviera rezando o concentrándose solo en respirar.

Quince metros. El agua a nuestro alrededor empezó a aclararse, no por la luz de la luna, sino por los focos del *Odisseia* que barrían la superficie como faros divinos en busca de supervivientes.

Diez segundos para la detonación.

Atraje a Chloe hacia mí, envolviéndola en un abrazo torpe por culpa de los chalecos y cilindros. Giré mi espalda hacia el fondo, transformando mi cuerpo en un escudo de carne y hueso entre ella y la onda de choque que vendría.

Tres. Dos. Uno.

El océano rugió. No fue un sonido que oímos por los oídos; fue un golpe que sentimos en cada célula. El agua a mi espalda se comprimió y después se expandió con violencia. Sentí como si un gigante me hubiera dado un puñetazo en la espalda con una maza.

Fuimos arrojados hacia arriba. La turbulencia fue caótica. Burbujas, sedimentos y la fuerza bruta de la explosión nos empujaron los últimos metros en segundos.

Rompimos la superficie. Escupí el regulador y llené los pulmones con el aire nocturno, mezclado con humo y maresía. El mundo sobre el agua era un infierno diferente. El mar hervía con la liberación de gas de la explosión abajo. Escombros del *Némesis*, trozos de fibra de vidrio, cojines quemados, madera astillada, flotaban a nuestro alrededor en un cementerio náutico.

—¡Chloe! —grité, quitándome la máscara para ver mejor. —¡Chloe, mírame!.

Emergió a mi lado, tosiendo agua, arrancándose la máscara con manos temblorosas. La cara estaba blanca como el papel, los labios morados de frío y shock.

—Estoy... estoy aquí —se atragantó, agarrándose a mi chaleco para no hundirse.

—¡Allí! —La voz amplificada de Alex vino del *Odisseia*. —¡A estribor! ¡Los veo!.

Nuestro yate estaba a cincuenta metros, maniobrando entre los escombros. Una lancha de apoyo ya estaba siendo bajada.

—Agárrate —le dije, batiendo las piernas para mantenernos a flote. —¡Se acabó! El legado ha sido destruido.

—¿Y Damon? —preguntó ella, con voz débil, mirando alrededor con terror. —Subió antes que nosotros.

Examiné el agua, los ojos entrecerrados contra el brillo de los focos y el fuego de algunos escombros que aún ardían. Damon había huido como una rata. Debía de estar lejos, escondido en la oscuridad, o....

—¡Andreas! —El grito de Chloe fue agudo.

Me giré en la dirección que señalaba. A veinte metros de nosotros, agarrado a un trozo del casco del *Némesis* que flotaba como una balsa improvisada, estaba él.

Damon Galanis.

Había perdido la máscara y las aletas. El traje de buceo caro estaba rasgado en el hombro, sangrando. Pero en la mano izquierda, todavía sujetaba la bolsa de red con la caja de metal. *Oro*. Se había aferrado a aquel maldito oro a través de la explosión, del naufragio y de todo.

En la mano derecha, tenía una pistola.

Nos vio. Su rostro, iluminado por las llamas de un trozo de aceite ardiendo en el agua, era una máscara de odio puro y locura. Sonrió, los dientes a la vista como un animal acorralado.

—¡No morís! —gritó, la voz ronca sobre el sonido de las olas. —¡¿Por qué no morís?!.

Levantó el arma.

No había tiempo para pensar. No había cobertura en el agua. Tenía a Chloe en mis brazos. Si intentaba nadar, seríamos blancos lentos.

—¡Baja la cabeza! —ordené, empujando la cabeza de Chloe bajo el agua.

Al mismo tiempo, la solté con una mano y llevé mi derecha a la funda de la pierna. Mi pistola, una Glock táctica modificada para operaciones marítimas, estaba allí. Recé para que el sellado hubiera aguantado la presión de ochenta metros.

Damon disparó. La bala silbó cerca de mi oreja, golpeando el agua detrás de mí con un *ploft* inofensivo. El balanceo del mar y su brazo herido arruinaron la puntería.

Saqué mi arma y apunté. Damon estaba intentando alinear el segundo tiro. Vio el cañón de mi arma apuntando hacia él. La sonrisa vaciló. Por un segundo, vi la realización en sus ojos. Tenía el oro, pero el oro no paraba las balas.

Apreté el gatillo. El sonido fue seco, definitivo. Pero el mar, traicionero como siempre, se alzó en una ola gigante en aquel momento exacto, sacudiendo los escombros violentamente.

La bala le dio en el hombro alto, cerca del cuello, girando su cuerpo con la violencia del impacto. La sangre explotó, mezclándose con la espuma salada, y soltó el arma, gritando algo que el rugido de las olas engulló.

Intenté disparar nuevamente, apuntando a la cabeza para terminar el trabajo, pero ya estaba cayendo. Su cuerpo se desplomó hacia atrás, resbalando del trozo de escombro. La mano izquierda, en un reflejo desesperado, continuó agarrada a la bolsa de oro, y el peso del metal actuó como un ancla inmediata.

Damon fue arrastrado hacia abajo en un abrir y cerrar de ojos, engullido por el agua negra y agitada antes de que pudiera confirmar el fin. Observé el lugar donde desapareció. Solo había espuma roja y oscuridad.

El abismo lo había reclamado, llevándose el oro nazi y al hombre que lo codiciaba al fondo. O, al menos, lejos de mi vista.

—Se acabó —susurré, intentando convencerme a mí mismo, mientras la tensión salía de mis hombros.

Saqué a Chloe de vuelta a la superficie. Emergió, cogiendo aire con fuerza, con los ojos abiertos de par en par de pánico.

—Él... —empezó.

—Muerto —corté, sujetándole la cara entre mis manos mojadas. —Está muerto, Chloe. Nunca más.

La lancha del *Odisseia* llegó a nuestro lado. Manos fuertes nos sacaron del agua. Athan y Alex estaban allí, ayudándonos a subir a la cubierta segura del yate.

Caí en el suelo de teca del *Odisseia*, arrancándome el chaleco pesado, sintiendo el dolor en mi pierna volver con venganza total, mientras la adrenalina bajaba. Pero no me importó. Me arrastré hasta Chloe, que estaba tumbada a mi lado, tosiendo.

—¿Estás bien? —pregunté, tocándole la cara, verificando si había heridas. —¿Chloe?.

Me miró. Había algo mal. Estaba demasiado pálida, incluso para quien acababa de salir de un naufragio. Sus labios temblaban, y se llevaba la mano al vientre con una insistencia dolorosa.

—Andreas... —susurró, y vi un hilo de sangre escurrir de su nariz. —Duele....

—¿Dónde te duele? ¿Fue el tiro? —El pánico volvió, frío y afilado. Empecé a verificar su cuerpo, buscando agujeros de bala.

—No... —Cerró los ojos y una lágrima solitaria escapó de su párpado. —La presión... el bebé....

Me congelé, con las manos paradas en el aire. El sonido del mar, de los motores, de las voces de la tripulación... todo desapareció.

—¿Qué? —pregunté, con mi voz fallando.

Abrió los ojos, llenos de dolor y miedo.

—El bebé... estoy embarazada, Andreas.

El mundo se paró.

Embarazada. Había bajado a aquella oscuridad, soportado la presión de ochenta metros y sentido la onda de choque de una explosión militar, todo eso cargando a mi hijo.

—¡MÉDICO! —Mi grito fue tan alto, tan desesperado, que asustó hasta a Athan. —¡TRAED AL MÉDICO AHORA!.

La cogí en brazos, ignorando la sangre, el agua y el dolor.

—Quédate conmigo —imploré, apoyando la frente en la suya, sintiendo el terror verdadero por primera vez aquella noche. —No te atrevas a dejarme ahora, Chloe. ¡No te atrevas!.



Andreas
GALANIS

Capítulo 47

La enfermería del *Odisseia* era un cubo blanco de acero inoxidable y luces fluorescentes que herían los ojos. Olía a alcohol, yodo y al miedo ácido que exhalaba de mis propios poros.

Coloqué a Chloe en la camilla estrecha con un cuidado que contrastaba violentamente con la manera en que acababa de matar a un hombre hacía diez minutos. Mis manos, todavía sucias de pólvora y sal, temblaban. No de frío, sino de una impotencia aterradora.

—¡Salgan de en medio! —El Dr. Stavros, el médico de a bordo, me empujó a un lado, asumiendo el control. Dos enfermeras rodearon la camilla, cortando el traje de buceo de Chloe con tijeras quirúrgicas, exponiendo su piel pálida y fría.

—Andreas... —Athan intentó sujetarme el hombro. —Estás sangrando. Siéntate.

Sacudí su brazo con un gruñido.

—No me toques.

No podía apartar los ojos de ella. Chloe estaba consciente, pero ausente. La sangre que le escurría de la nariz había parado, pero la mancha roja en la cara pálida parecía un grito de acusación. Se sujetaba la barriga con las dos manos, protegiéndola y llorando silenciosamente.

Embarazada. La palabra resonaba en mi cráneo, golpeando contra las paredes de mi mente como un pájaro atrapado. Había bajado a aquella oscuridad, soportado la presión de ochenta metros y sentido la onda de choque de una explosión militar, todo eso cargando a mi hijo.

—Presión arterial 9 por 6 —gritó una enfermera. —Taquicardia. Señales de barotrauma leve en los oídos y senos nasales.

—¿Y el útero? —preguntó el Dr. Stavros, con voz tensa, mientras aplicaba gel en su vientre. —¡Traed el ultrasonido portátil. Ahora!.

El monitor cardíaco pitaba demasiado rápido. Era el ritmo de mi propio pánico. Me acerqué a la camilla, ignorando la mirada de advertencia del médico. Le cogí la mano a Chloe, que estaba helada.

—Andreas... —Me miró, con los ojos castaños llenos de culpa. —Lo siento mucho... no sabía si... tuve que bajar... iba a matar a mi padre....

—Shhh. —Le apreté los dedos, llevándolos a mis labios. —No hables. Respira. Solo respira.

El médico deslizó el transductor sobre su barriga. El gel frío hizo que Chloe se estremeciera. Todos en la sala contuvieron la respiración. Athan y Alex, parados en la puerta, parecían estatuas. Yo dejé de respirar.

El silencio se extendió por segundos interminables. Segundos en los que hice promesas a un Dios en quien no creía. Llévate el oro. Llévate el barco. Llévate mi pierna. Pero no te lleves esto. No te lleves lo que hemos hecho.

El médico frunció el ceño, moviendo el aparato, buscando. El miedo clavó las garras en mi pecho. No hay nada. Lo hemos matado. La presión lo mató.

Entonces... el sonido llenó la pequeña sala. Era rápido, rítmico, fuerte. El sonido de un tren de vapor en miniatura y de caballos al galope. El ruido de la vida.

Mis piernas fallaron. Me apoyé en el lateral de la camilla para no caer. Solté un aire que ni me había dado cuenta de que estaba reteniendo, en un sonido que fue mitad sollozo, mitad risa incrédula.

Chloe cerró los ojos y empezó a llorar alto, un llanto de alivio puro y visceral.

—Está ahí —anunció el Dr. Stavros, y vi sus hombros relajarse. —Latidos fuertes. Cerca de 160 por minuto. Saco gestacional intacto. Sin señales de desprendimiento.

Me miró, sonriendo tras la máscara quirúrgica.

—Es un milagro, Señor Galanis. La presión podría haber causado un aborto espontáneo inmediato. Pero parece que este bebé es terco.

—Es un Galanis —murmuró Alex desde la puerta.

Besé la frente de Chloe, mezclando mis lágrimas con el agua salada que todavía mojaba su pelo.

—¿Lo has oído? —susurré. —Está bien.

—Estamos bien —corrigió ella, abriendo los ojos y sonriendo débilmente.

El Dr. Stavros limpió el gel de la barriga.

—Necesita reposo absoluto. Oxígeno para garantizar que no haya hipoxia fetal. Voy a monitorizar la descompresión, pero no veo señales de burbujas graves. El sangrado nasal fue solo vasos rotos por la presión, común, pero asustador. Se pondrá bien. Ambos se pondrán bien.

—Gracias —dije, y fue la primera vez en mi vida que di las gracias a un hombre sin sentir que debía algo.

—Voy a dejarles a solas un minuto —dijo el médico, haciendo señal a las enfermeras y a mis hermanos.

Athan asintió hacia mí antes de cerrar la puerta.

El sonido del monitor cardíaco continuaba, una canción de cuna mecánica. Me quedé allí, mirándola. La rabia que sentí cuando leí la carta y la furia que me impulsó a través del mar... todo se había evaporado, dejando solo un amor tan pesado que dolía.

—Estás loca —murmuré, pasándole la mano por la cara, quitando un mechón de pelo mojado de la mejilla. —Completamente loca.

—Tenía que salvar a mi padre —se defendió, con voz débil. —Y tenía que salvarte a ti. Si venías solo... sería una trampa.

—Te entregaste a un monstruo mientras cargabas a mi hijo. —La frase salió más dura de lo que pretendía. El miedo todavía estaba allí, disfrazado de reprimenda. —¿Tienes idea de lo que sentí cuando vi aquel arpón apuntando hacia ti? ¿Cuando te vi bucear en aquella agua?.

—Tuve miedo —admitió, con las lágrimas volviendo. —Tuve tanto miedo, Andreas. A cada metro que bajábamos, le pedía disculpas a él. —Tocó su vientre. —Creí que lo había perdido.

—Nunca más —prometí, sujetándole la cara con las dos manos, obligándola a mirarme a los ojos. —Nunca más saldrás de mi vista, ni te pondrás en riesgo. Se acabó, Chloe. La guerra ha terminado. Damon está muerto. El legado ha sido destruido.

—El legado de tu padre ha sido destruido —susurró ella. —Pero nosotros tenemos el nuestro ahora.

Miré su barriga, todavía plana, pero guardando el universo. Bajé la cabeza y besé su vientre, por encima de la sábana de hospital. Me quedé allí un momento, oyendo el sonido que venía de la máquina, sintiendo la realidad asentarse.

Levanté la cabeza.

—Cuando volvamos a casa —dije, con voz ronca—, voy a encerrarte en la habitación un mes. Voy a darte de comer en la boca. Y voy a poner tantos guardias alrededor de esa cuna que ni el aire va a pasar sin permiso.

Chloe rio, un sonido cansado, pero feliz.

—Inténtalo. Pero creo que voy a estar demasiado ocupada preparando la boda.

—¿Boda?.

—Me llamaste esposa en el jardín. Me llamaste esposa en medio del tiroteo. Creo que me debes un anillo de verdad, Andreas Galanis, y una fiesta. Mi padre querrá estar allí.

—Tu padre... —Recordé a Costa, sedado en la mansión. —Se pondrá furioso cuando sepa lo que hiciste.

—Lo superará. Especialmente cuando sepa que va a ser abuelo.

La besé de nuevo, esta vez en los labios, en un beso suave, de promesa y paz.

—Descansa, mi reina. Voy a llevarnos a casa.

Salí de la enfermería, sintiéndome diez kilos más ligero, a pesar del agotamiento. En el pasillo, Athan estaba apoyado en la pared, esperándome.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí. —Me pasé la mano por el pelo mojado. —Están bien.

—Estupendo. —Athan se separó de la pared. —Porque tenemos un problema.

—¿Qué? Damon está muerto. El barco se hundió.

—Sí. Pero mientras jugabas a los médicos... Alex decodificó parte de los archivos que Damon dejó en el servidor del barco antes de explotar.

Athan me miró seriamente.

—El dinero que financió esta operación. Las armas, el yate, los mercenarios rusos... no vinieron de las cuentas robadas de nuestro padre.

Fruncí el ceño.

—¿De dónde vinieron?

—De una cuenta en Londres. Una cuenta fantasma ligada a un cártel que pensábamos que estaba extinto.

Sentí mi sangre helarse. La guerra había terminado, pero las brasas todavía estaban calientes.

—¿Quién? —pregunté.

—No lo sabemos todavía. Pero Damon no estaba trabajando solo. Tenía un patrocinador. Alguien que quería el legado tanto como él.

Miré la puerta cerrada de la enfermería, donde estaba mi familia.

—Descubrid quién es —ordené, la voz de la Bestia volviendo, pero ahora templada con la protección de un padre. —Y garantizad que sepan una cosa: los Galanis no caen y quien intente venir a por nosotros ahora... va a encontrar algo mucho peor que la muerte.

Athan sonrió, una sonrisa fría.

—Alex ya está tras la pista.

Caminamos hacia el puente de mando. El *Odisseia* cortaba el mar de vuelta a Atenas, llevando el verdadero tesoro a casa. La batalla había sido ganada. Pero la guerra... era nuestro modo de vida y yo tenía muchos más motivos para luchar.



Chloe
STAMOS

Capítulo 48

El sol de la mañana entraba por las ventanas de la habitación en la Mansión Galanis, pero no era la luz lo que me calentaba. Era la mano grande y callosa que sujetaba la mía mientras dormía.

Abrí los ojos despacio, sintiendo el peso del agotamiento en los huesos, pero sin la náusea terrible que me había acompañado en el mar. La habitación olía a lavanda y limpieza, no a gasóleo y sal.

Giré la cabeza. Andreas estaba sentado en un sillón al lado de la cama, todavía vestido con la ropa táctica negra, aunque se había quitado el chaleco y la funda. Parecía no haber dormido ni un segundo. Los ojos verdes estaban fijos en mí, vigilantes, como si pudiera mantener mi corazón latiendo solo con la fuerza de su voluntad.

—Has despertado —constató con voz ronca de cansancio.

—¿Dónde estamos? —pregunté, intentando sentarme. Mi cuerpo dolía, músculos protestando contra el esfuerzo del buceo, pero era un dolor soportable.

—En casa. —Se levantó y me ayudó a colocar las almohadas, con una gentileza que todavía me sorprendía viniendo de aquellas manos letales. —Llegamos hace tres horas. El Dr. Stavros te sedó en el barco para garantizar que el estrés no... volviera.

Me llevé la mano a la barriga instintivamente.

—¿El bebé?.

—Está estupendo. —Andreas sonrió, cansado, pero genuino de una forma que iluminó su rostro severo. —Su corazón late más fuerte que el mío.

Solté un suspiro de alivio, recostándome. Estábamos vivos. Damon estaba muerto. La pesadilla había terminado. Pero faltaba una pieza.

—Mi padre... —empecé, sintiendo el miedo apretar el pecho nuevamente. —Andreas, dijiste que lo encontraste en el almacén. ¿Está...?

—Está en la habitación de al lado —interrumpió Andreas, sujetándome la barbilla suavemente. —Está bien, Chloe. Deshidratado, con algunos hematomas feos y muy confundido por causa de los sedantes, pero vivo. El equipo médico está monitorizándolo.

—Necesito verlo.

—Necesitas descansar.

—Andreas, por favor. —Le cogí la mano. —Me entregué a Damon por él. Necesito ver con mis propios ojos que valió la pena. Necesito saber si está respirando.

Andreas dudó, con el instinto protector luchando contra la comprensión. Por fin, asintió.

—Está bien. Pero no vas a andar.

Tiró de las mantas y me cogió en brazos con facilidad, como si no pesara nada. Acomodé la cabeza en su pecho, oyendo el latido constante y fuerte del corazón de la Bestia que era mi guardián.

Me cargó por el pasillo corto hasta la habitación vecina. La puerta estaba abierta. Allí dentro, tumbado en una cama similar a la mía, estaba mi padre.

Costa Stamos parecía envejecido diez años en una única noche. La cara estaba marcada por hematomas morados y amarillos, y había un vendaje en la frente. Sin embargo, su pecho subía y bajaba a un ritmo constante.

Andreas me sentó en una silla al lado de su cama. Extendí la mano y toqué los dedos de mi padre.

—¿Papá?.

Se agitó, gimiendo bajo. Los párpados temblaron y se abrieron. Los ojos castaños, iguales a los míos, tardaron un momento en enfocar. Cuando me vieron, se llenaron de lágrimas instantáneas.

—Chloe... —La voz era un susurro arañado. —Tú... estás viva.

—Lo estoy, papá. Estamos todos bien.

Intentó levantar la mano para tocarme la cara, pero estaba demasiado débil. Le cogí la mano y me la llevé a la mejilla.

—Te vi irte... —lloró. —En aquel barco... pensé que nunca más te vería. Fuiste tan tonta, hija mía. Tan valiente y tan tonta.

—Tenía que hacerlo.

La mirada de mi padre se desvió de mí hacia la figura parada detrás de mi silla. Andreas estaba allí, como un centinela sombrío, con los brazos cruzados. Costa se puso rígido. El miedo antiguo, el prejuicio contra el nombre Galanis, volvió a su rostro.

—Tú... —murmuró Costa. —La has traído de vuelta.

—Prometí que la traería —dijo Andreas. La voz no era amenazadora, pero era firme. No había petición de disculpas, solo hechos. —Nadie toca lo que es mío, Costa, y tu hija es mía.

Mi padre miró de Andreas a mí, y después a nuestras manos entrelazadas. Vio la forma en que Andreas estaba posicionado, protegiéndome hasta del aire. Vio el anillo imaginario que nos unía.

—¿Los ha matado? —me preguntó Costa, bajito. —A aquel hombre... ¿Damon?.

—Sí —respondí, sin dudar. —Se acabó, papá. Nunca más nos hará daño.

Costa cerró los ojos, soltando un suspiro tembloroso. Era un hombre de libros, de paz, que despreciaba la violencia. Sin embargo, en aquel momento, vi el agradecimiento crudo en su rostro. La gratitud de un padre que sabía que la ley y los libros no habrían salvado a la hija. Solo un monstruo podía matar a otro monstruo.

—Gracias.

Andreas asintió, un movimiento corto de cabeza.

—Te quedarás aquí hasta que te recuperes —informó Andreas. —Tu casa no es segura por ahora. Y... Chloe querrá tenerte cerca.

—¿Cerca? —Costa frunció el ceño. —¿Para qué?.

Miré a Andreas. Sonrió, animándome. Llevé la mano de mi padre hasta mi barriga.

—Papá... —empecé, sintiendo las lágrimas volver. —Hay otra razón por la que he luchado tanto para volver. No solo vas a recuperarte. Vas a tener que ayudarme.

—¿Ayudar con qué?

—A enseñar griego antiguo a tu nieto... O nieta.

Los ojos de mi padre se abrieron de par en par. Miró mi barriga, luego mi cara, y después a Andreas, en shock.

—¿Un bebé? —susurró. —Pero... ¿en medio de todo esto?.

—La vida encuentra un camino —dijo Andreas, poniendo la mano en mi hombro. —Ha sobrevivido a un naufragio y a una explosión antes incluso de nacer. Va a ser un guerrero.

Costa empezó a reír y a llorar al mismo tiempo. Me apretó la mano.

—Un abuelo... voy a ser abuelo.

Nos quedamos allí mucho tiempo, con el silencio de la habitación llenado solo por la respiración tranquila y por la sensación de paz que se instalaba tras la tormenta.

Por fin, Andreas acabó llevándome de vuelta a mi habitación, insistiendo en que necesitaba comer y dormir más. Mientras me acomodaba en la cama, subiendo el edredón hasta mi barbilla, le sujeté el brazo.

—Andreas.

—¿Sí?

—¿Qué pasó con el diario? ¿Y con los archivos que cogimos?.

Su cara se endureció por un segundo. Fue hasta la chimenea de mármol de la habitación, donde un fuego bajo crepitaba, inútil en el calor del verano, pero reconfortante. Sacó del bolsillo el disco duro mojado que habíamos rescatado de las profundidades.

—El legado de Konstantin Galanis estaba hecho de chantaje, dolor y sangre —dijo, mirando el objeto negro. —Creía que eso nos hacía poderosos. Pero casi nos destruyó y te apartó de mí.

Tiró el disco a las llamas. El plástico se derritió, siseando. Los chips estallaron. El secreto de décadas, la lista de nombres que valía billones, se transformó en humo negro y tóxico que subió por la chimenea.

—Se acabó —dijo, volviendo a la cama y sentándose a mi lado. —A partir de hoy, el nombre Galanis no significa miedo, sino familia. Vamos a construir nuestro propio legado, Chloe. Uno que nuestro hijo no necesite cargar como una maldición.

Tiré de él para un beso, sintiendo el sabor a promesa en sus labios.

—Te quiero, Andreas.

—Te quiero, Sra. Galanis.

El beso que siguió no fue casto. Fue una reivindicación de vida.

Andreas profundizó el toque, con su lengua invadiendo mi boca no para conquistar, sino para comulgar. Era un beso lento, húmedo y profundo, con sabor a promesa y alivio.

Sentí la tensión que cargaba en los hombros, el peso de ser el Ejecutor, el protector, el padre... empezar a disolverse, derritiéndose contra el calor de mi cuerpo. Sus manos, grandes y callosas por la guerra, subieron a mi cara, sujetándome como si fuera la única cosa sólida en un mundo líquido.

Apartó el edredón con cuidado, tirándolo al suelo. La luz del fuego en la chimenea bañaba la habitación en tonos de ámbar y sombra, dibujando los contornos de los músculos tensos de sus brazos mientras se libraba de su propia ropa. Cuando su piel tocó la mía, el contraste fue chocante y perfecto: él era acero caliente y cicatrices; yo era seda y rendición.

—Necesito sentirte —susurró, con voz ronca arañando mi piel sensible. —Necesito saber que no eres un sueño causado por la morfina y el agotamiento.

—Soy real —garanticé, llevándome las manos a su pecho ancho, sintiendo el latido frenético del corazón bajo la palma de mi mano. —Somos reales.

Me desnudó despacio, deslizando los tirantes de mi camisón por los hombros. No hubo la urgencia frenética de antes, ni la necesidad de rasgar telas. Había solo una reverencia silenciosa, casi profana.

Cuando me quedé desnuda ante él, Andreas retrocedió un poco. Su mirada, verde y límpida, barrió mi cuerpo como si estuviera mapeando un territorio sagrado. Miró mis pechos, más llenos y sensibles por el embarazo, y vi su pupila dilatarse.

Entonces, su mirada bajó. Se detuvo en mi vientre. Andreas se arrodilló en la cama, quedándose a la altura de mi cintura. Inclinó la cabeza y, con una delicadeza que hizo que mi respiración se

detuviera, presionó los labios en la piel suave justo debajo de mi ombligo. No fue un beso erótico. Fue una oración.

Sentí sus manos acariciar mis caderas, con los pulgares trazando círculos en mi piel, mientras besaba el lugar donde nuestro hijo crecía. Un beso, después otro, y más otro, venerando el milagro que habíamos hecho en medio del caos.

—Mi casa —murmuró contra mi piel, la vibración de su voz resonando dentro de mi útero. —Mi santuario.

Subió el cuerpo, cubriéndome con su peso, una manta de músculos y calor que yo ansiaba. Cuando su mano se deslizó hacia mi entrepierna, ya estaba empapada. Su toque fue preciso, separando los pliegues de mi intimidad, rozando el dedo en el clítoris hinchado con una presión leve que me hizo arquear la espalda y soltar un gemido anhelante.

—Húmeda para mí —constató, con voz gruesa de deseo. —Siempre lista para mí.

—Por favor, Andreas... —imploré, abriendo más las piernas, invitándolo, necesitando que llenara el vacío que el miedo había dejado.

Se posicionó en mi entrada. La cabeza de su polla rozó mi abertura, probando, provocando.

Entonces, entró. No de una vez. Entró despacio, centímetro a centímetro, torturante, estirándome, llenándome completamente. Le miré a los ojos mientras me invadía. No había la niebla roja de la Bestia; solo había Andreas. El hombre que se zambulló en el infierno por mí.

Suspiré, sintiendo la plenitud absoluta cuando llegó al fondo.

—Mírame, Chloe —pidió, entrelazando los dedos en los míos y sujetando mis manos a los lados de la cabeza, dejándonos pecho con pecho.

Empezó a moverse. No era un ritmo de posesión, era una danza de curación. Cada estocada era larga y profunda, rozando en

todos los puntos correctos, en una fricción deliciosa y agonizante que enviaba ondas eléctricas a mis extremidades. Sentía cada centímetro de él dentro de mí, anclándome a la vida. Mis caderas subían al encuentro de las suyas, buscando más fricción, más contacto.

—Nunca más voy a dejarte ir —juró entre dientes, besándome el cuello, mordisqueando la piel sensible bajo mi oreja. —Estás atada a mí.

—Estoy aquí —respondí, clavando las uñas en sus hombros, sintiendo el placer crecer como una marea, subiendo despacio, constante e imparable. —Soy tuya.

El ritmo aumentó, no en velocidad, sino en intensidad. El sonido de nuestra piel golpeando una contra la otra, mezclado con nuestras respiraciones entrecortadas, era la única música en la habitación.

Andreas soltó una de mis manos y deslizó la suya hacia abajo, encontrando mi clítoris mientras continuaba embistiendo hondo. El toque doble fue la mecha... Mi mundo explotó. El orgasmo me golpeó con la fuerza de una onda de choque, no de dolor, sino de luz pura.

Grité su nombre, con el cuerpo convulsionando alrededor del suyo, apretándolo, ordenando que se viniera conmigo. Sentí a Andreas tensarse, un rugido grave vibrando en su pecho contra el mío. Dio tres estocadas más brutales, profundas, y se derramó dentro de mí, pulsando con fuerza, entregando todo lo que él era.

Nos quedamos allí, unidos, mientras los temblores disminuían. Andreas se desplomó sobre mí, pero apoyó el peso en los codos para no aplastarme, escondiendo la cara en la curva de mi cuello, con la respiración pesada calmándose poco a poco en sincronía con la mía.

Rodó hacia un lado, pero no me soltó. Me atrajo hacia su pecho, acomodando el edredón sobre nosotros. Su brazo pasó protector sobre mi cintura, la mano grande descansando

posesivamente sobre nuestro hijo, sintiendo la vida que habíamos creado y protegido con sangre.

Por primera vez en semanas, la Bestia cerró los ojos y durmió sin pesadillas y yo me dormí en sus brazos, sabiendo que, ahí fuera, el mundo podía ser peligroso, pero aquí dentro, debajo de aquellas sábanas y de aquella protección feroz, éramos invencibles.



Andreas GALANIS

Capítulo 49

Dos meses después....

La paz es una sensación extraña para un hombre criado para la guerra. No tiene el olor metálico de la sangre, ni el gusto ácido de la adrenalina. Olía a café recién hecho, tostadas y aceite de bebé.

Estaba en el balcón de la habitación, apoyado en la balaustrada de mármol, observando el sol nacer sobre Atenas. Mi pierna izquierda dolía menos, solo un fantasma de incomodidad cuando el tiempo cambiaba, un recuerdo permanente de que era mortal. Pero el bastón había sido quemado en la chimenea junto con los archivos de mi padre.

Oí el sonido de la puerta de cristal corredera detrás de mí. Me giré y vi mi vida entera caminando en mi dirección. Chloe llevaba una bata de seda blanca que le daba la apariencia de una divinidad griega. Sin embargo, lo que atrapaba mi mirada, lo que hacía que mi respiración se detuviera todas las mañanas, era la curva suave, pero

innegable, bajo la tela a la altura del vientre. Nuestro hijo o hija, ella quería sorpresa, yo quería solo que fuera sano, crecía rápido.

—Te has despertado temprano —dijo ella, parándose frente a mí y envolviendo mi cintura con los brazos. Apoyó la cabeza en mi pecho, exactamente sobre mi corazón.

—Hábito —murmuré, besando su coronilla. —Y quería ver si el perímetro estaba seguro antes de que bajaras.

Chloe rio, con el sonido vibrando contra mis costillas.

—Andreas, el perímetro tiene treinta hombres armados, sensores láser y perros guardianes. Creo que estamos seguros para tomar el desayuno.

—Nunca se está demasiado seguro.

Puse mis manos sobre las suyas, que reposaban en mi espalda, y después deslicé una de ellas hacia el frente, cubriendo la barriga. El calor allí era mi ancla.

—¿Se ha movido hoy? —pregunté, con la voz bajando a aquel tono reverente que solo usaba con ellos.

—Un poco. Creo que sabe que hoy es un día importante.

La boda.... No la ceremonia secreta en el jardín o en el mar. Sino la oficial. Aquella que diría a toda Grecia, a toda Europa y a todo el submundo que Chloe Stamos era intocable. Que era una de los Galanis.

—¿Estás nerviosa? —pregunté.

—Un poco. Habrá mucha gente. Muchos... socios tuyos.

—No van a mirarte —garanticé, con un tono sombrío. —Si alguien mira demasiado tiempo, pierde los ojos.

—Andreas... —reprendió ella, pero sonrió. —Intenta no mutilar a nadie en nuestra fiesta, por favor. Mi padre no aguantaría el shock.

Hablando del viejo....

Miré hacia abajo, al jardín. Costa Stamos estaba sentado en un banco de hierro, con un libro grueso en el regazo, leyendo en voz alta para las rosas. Se había recuperado físicamente, aunque cojeaba un poco de la pierna derecha, donde los mercenarios le habían golpeado con más fuerza. Estaba viviendo en la casa de invitados, una villa dentro de los muros de la propiedad. La convivencia no era perfecta. Todavía miraba mis armas con disgusto. Yo todavía creía que era demasiado blando para este mundo. Sin embargo, amaba a Chloe y miraba su barriga como si fuera la Biblioteca de Alejandría renacida.

—Es feliz —comenté.

—Está a salvo —corrigió Chloe. —Gracias a ti.

—Gracias a ti —rebatí, levantándole la barbilla. —Tú lo salvaste. Yo fui solo la herramienta.

La besé despacio, saboreando la calma antes de la tormenta social que sería el día.

—Vamos a bajar. Elena ha hecho esos pasteles de miel que te gustan y, si no los comes, se los come Athan.

Bajamos al comedor. La casa estaba viva. No con la tensión de hace meses, sino con una eficiencia doméstica. Athan estaba en la cabecera de la mesa, leyendo un periódico financiero, mientras Eleni le daba el biberón a Theodoros. Mi sobrino, ahora con casi tres meses, era un bebé robusto y ruidoso que ya tenía la mirada desconfiada de los Galanis.

—Buenos días, novios —saludó Athan sin levantar la vista del papel. —Las acciones de nuestra transportadora han subido un 4% con la noticia de la fusión. Parece que al mercado le gusta la estabilidad.

—Al mercado le gusta saber que no hay más guerras en el horizonte —respondí, retirando la silla para que Chloe se sentara.

—Por ahora —dijo Alex, entrando en la sala con una tableta en la mano y una expresión cerrada.

Sentí el clima cambiar ligeramente. Athan bajó el periódico. Dejé de servir café.

—¿Qué pasa, Alex? —pregunté. —Damon está muerto. El cártel ruso se retiró.

—Sí —Alex se sentó, cogiendo una manzana y girándola en la mano. —Pero no me gustan los cabos sueltos. El dinero de Londres... la cuenta que financió a Damon. Fue cerrada esta mañana.

—¿Rastreaste al dueño? —preguntó Athan.

—Llegué cerca. Un holding fantasma. Pero la IP de acceso final... —Alex sonrió, una sonrisa sin humor. —Vino de un hotel de lujo en Mónaco.

—¿Mónaco? —bufé. —Parece que nuestro enemigo tiene gustos caros.

—Déjalo estar, Alex —intervino Chloe, la voz suave, pero firme. Puso la mano sobre la de Andreas en la mesa. —Hoy no. Hoy es día de celebrar la vida, no de cazar fantasmas.

La miré. Chloe tenía razón. Habíamos pasado meses en la oscuridad. Merecíamos un día al sol.

—Alex —avisé, con la mirada de hermano mayor. —Apaga eso. Hoy eres padrino, no hacker.

Alex suspiró, pero apagó la pantalla de la tableta.

—Está bien. Pero mañana... vuelvo a la caza.

—Mañana —coincidí.

El resto de la mañana fue un borrón de preparativos. La ceremonia sería en los jardines de la mansión, al atardecer.

Cuando me puse el esmoquin hecho a medida, me miré en el espejo. El hombre que me devolvía la mirada no era el mismo de hacía un año. Las cicatrices estaban allí: en la cara, en la pierna y en el alma. La Bestia todavía vivía dentro de aquellos ojos verdes. Sin embargo, había ganado un collar, y la cadena estaba en manos de una mujer y de un bebé.

Athan entró en la habitación para llamarme.

—Es la hora.

Caminamos juntos hasta el altar montado bajo los olivos, el mismo lugar donde yo y Chloe nos habíamos amado como hombre y mujer, y no como secuestrador y rehén. Los invitados eran una mezcla peligrosa: jefes de familias aliadas, políticos comprados, empresarios legítimos. Había más armas escondidas bajo los trajes de marca allí que en un cuartel.

Sin embargo, cuando la música empezó... todo eso desapareció.

Costa apareció al inicio del pasillo de pétalos blancos, del brazo de Chloe. Se me cortó la respiración. No estaba guapa. Estaba devastadora. El vestido era sencillo, fluido, marcando la barriga de forma orgullosa. No llevaba velo. La cara estaba limpia y radiante. Caminó hacia mí, y a cada paso, me juraba a mí mismo: *Voy a protegerte, honrarte y matar por ti*.

Costa me entregó su mano. El viejo me miró a los ojos, serio.

—Cuídala, Galanis.

—Con mi vida, Stamos.

La ceremonia fue rápida. No necesitábamos palabras largas. Nuestras promesas habían sido hechas con sangre y agua salada. Cuando le puse la alianza en el dedo, un diamante amarillo raro, rodeado de piedras negras, sentí el peso del compromiso.

—Yo, Andreas Galanis, te recibo... —mi voz no tembló. — Como mi reina, mi compañera y la única dueña de mi alma.

Chloe sonrió, con lágrimas en los ojos.

—Yo, Chloe Stamos, te recibo... como mi amor. Mi protector y mi hogar.

El beso fue casto para el público, pero prometía todo para la noche de bodas. Mientras los invitados aplaudían y la música tocaba, miré al horizonte, al mar que brillaba a lo lejos. El mismo mar, que casi nos mató, parecía tranquilo y dorado.

Abracé a Chloe por detrás, las manos reposando en su vientre.

—Se acabó —susurré en su oído. —Hemos ganado.

Se recostó en mí.

—Sí. Hemos ganado.

Sin embargo, mientras miraba a Alex, que estaba apartado de la fiesta, mirando el móvil con una expresión sombría, sabía que la paz era una ilusión temporal. El mundo seguía girando. Nuevos enemigos surgirían, pero no importaba. Miré a mi mujer y a mi futuro hijo.

Que vengan. Soy Andreas Galanis. Y ahora, tengo todo que perder. Lo que me convierte en el hombre más peligroso de la Tierra.



Chloe
STAMOS

Capítulo 50

La música era suave, una melodía de violín que flotaba por el aire caliente de la noche ateniense, mezclándose con el olor a jazmín y champán caro. Estaba en el centro del jardín, en los brazos de mi marido. Andreas bailaba como luchaba: con una intensidad enfocada y una posesión absoluta. Su mano derecha estaba firme en mi espalda, guiándome, mientras la izquierda sujetaba la mía, entrelazando nuestros dedos, donde las alianzas nuevas brillaban bajo las luces de los cordones suspendidos en los olivos.

—¿Estás cansada? —susurró, rozando los labios en mi sien. —¿Tienes los pies hinchados? ¿Quieres que mande parar la música y eche a todo el mundo?.

Me reí, apoyando la cabeza en su hombro ancho, sintiendo la textura del esmoquin caro contra mi mejilla.

—Andreas, son las nueve de la noche. La fiesta apenas ha empezado y estoy bien.

—Estás embarazada y has pasado por un infierno hace dos meses. Tengo derecho a ser paranoico.

—Tienes derecho a ser un marido —corregí, apartándome un poco para mirarle a los ojos. Aquellos ojos verdes, que antes veía como los de un monstruo, pero que se habían transformado en mi puerto seguro. —Y un padre.

Sentí un movimiento súbito en mi vientre. Una patada fuerte, decidida. Andreas también lo sintió, pues su mano se deslizó de mi espalda a mi barriga, cubriendo el volumen de cuatro meses. La sonrisa que se abrió en su rostro, una sonrisa de niño maravillado, era algo que guardaría para siempre.

—Está de acuerdo contigo —dijo Andreas. —O está pidiendo que te deje sentar.

—Solo está bailando, como su padre.

Miré alrededor. El jardín de la mansión, antes un lugar de sombras y estrategias, estaba transformado. Mesas redondas con manteles de lino blanco, cristales, flores y risas.

En una mesa cercana, vi a mi padre. Costa Stamos estaba conversando animadamente con un profesor de historia de la Universidad de Atenas, uno de los pocos invitados "civiles" que Andreas permitió. Mi padre gesticulaba, sujetando una copa de vino, pareciendo más joven de lo que lo veía hacía años. Las marcas físicas del secuestro habían desaparecido, quedando solo cicatrices tenues que el tiempo borraría. Estaba seguro y riendo.

Al otro lado, Athan estaba sentado con Eleni. El Don temible sujetaba al pequeño Theodoros en el regazo con una delicadeza incongruente, mostrando el hijo a uno de sus *capos*, que miraba al bebé con un respeto aterrorizado.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Andreas, siguiendo mi mirada.

—En lo extraña que es la vida —respondí. —Hace unos meses, estaba en una biblioteca, catalogando trozos de jarrones

antiguos, pensando que la aventura solo existía en los libros. Y ahora....

—Ahora eres mi reina —completó, en un tono medio serio, medio bromista.

—Ahora soy libre. —Dejé de bailar y le sujeté la cara. —Me has liberado, Andreas. Me sacaste de mi torre de papel y me mostraste el mundo real. Es peligroso, sí. Es aterrador. Pero está vivo.

Andreas cerró los ojos a mi toque, como si absorbiera las palabras.

—Pensé que había destruido tu vida cuando te llevé a aquel barco.

—Cambiaste mi vida y yo cambié la tuya. —Lo besé suavemente. —La Bestia y la Bella. Solo que, en esta historia, la Bella también tiene garras.

—Y lleva un arma en el bolso —recordó, riendo.

—Precaución. Aprendí con el mejor.

La música cambió a algo más lento. Andreas me abrazó nuevamente, y nos quedamos allí, balanceándonos suavemente, aislados en una burbuja de intimidad en medio de la multitud. Me acordé del momento en el fondo del mar, cuando vi la luz de su linterna cortar la oscuridad. Me acordé del miedo, de la explosión, de la subida desesperada.

Todo aquello parecía un sueño lejano ahora. El *Fantasma de Creta* estaba destruido. El legado de dolor de Konstantin Galanis se había convertido en cenizas en nuestra chimenea. No había más listas de chantaje, no había más peso del pasado. Había solo el futuro. Un futuro que crecía dentro de mí.

—¿Andreas?.

—¿Sí, *agapi mou*?.

—Vamos a hacer una promesa.

—Cualquier cosa.

—Nuestro hijo... no va a heredar las guerras —dije, seria. —Va a heredar la fuerza, la lealtad, el dinero... pero no el odio. Vamos a parar el ciclo aquí.

Andreas dejó de moverse. Miró a Athan, a Alex que estaba en el balcón solo, y después volvió la mirada hacia mí. Había una determinación feroz en aquellos ojos verdes.

—Lo prometo. Sabrá quiénes somos, sabrá defenderse, pero tendrá la elección que nosotros nunca tuvimos. Podrá ser lo que quiera.

—¿Hasta bibliotecario? —provoqué.

Andreas arrugó la nariz.

—Si es un bibliotecario que sabe disparar con una Glock y pilotar un barco... lo acepto.

Reímos juntos, en un sonido leve que se mezcló con la brisa nocturna. Miré el cielo estrellado sobre Atenas. Las mismas estrellas que guiaban a los marineros hace milenios. Las mismas estrellas que nos vieron en la cubierta del *Odisseia*.

Ya no era solo Chloe Stamos. Era Chloe Galanis. Tenía cicatrices invisibles, recuerdos de pólvora y sal, y un amor que había sobrevivido a ochenta metros de profundidad. Apreté la mano de mi marido, sentí la patada de mi hijo y supe, con una certeza absoluta, que estaba exactamente donde debía estar. En el centro de la tormenta, en el corazón de la bestia, en casa....

Epílogo – Andreas Galanis

La fiesta estaba en su apogeo, pero para mí, el mundo se había encogido hasta caber en el círculo de mis brazos. Chloe apoyó la cabeza en mi pecho, balanceándose suavemente al son de un jazz lento. Su mano reposaba sobre la barriga, y la mía cubría la suya. Podía sentir el calor de su piel a través de la tela fina del vestido, una prueba viva de que no estábamos ya en el fondo del mar, ni en medio de un tiroteo. Estábamos en casa.

—Estás pensando demasiado —murmuró, sin abrir los ojos. —Consigo oír los engranajes de tu cabeza girando más alto que la banda.

—Solo estoy vigilando —respondí, besando su sien.

—¿Vigilar el qué? Mi padre se está comiendo el tercer trozo de tarta. Athan se está riendo con Eleni. Nadie va a sacar un arma, Andreas.

Sonreí. Tenía razón. Athan parecía un hombre nuevo, libre del peso abrumador que cargó durante el nacimiento prematuro de Theodoros.

Mi mirada barrió el jardín, pasando por las mesas iluminadas, por los guardias discretos en las sombras, hasta parar en el balcón del segundo piso. Allí arriba, aislado de la celebración, estaba Alex. Estaba apoyado en la balaustrada de piedra, con un vaso de whisky en una mano y la tableta en la otra. La luz azul de la pantalla iluminaba su cara, que estaba fruncida en una expresión que yo conocía bien. No era la expresión de alguien que celebraba una victoria, sino de un depredador que acababa de sentir el olor a sangre fresca.

Sentí aquel apretón familiar en el estómago... un instinto.

—Chloe —susurré, apartándome un poco. —Necesito cinco minutos.

Siguió mi mirada y vio a Alex. La sonrisa disminuyó un poco, pero la arqueóloga asintió, comprensiva.

—Ve. Pero si son negocios, cobra una tasa extra por ser en nuestra noche de bodas.

Le di un beso rápido en los labios.

—Vuelvo antes de que acabe la música.

La dejé con su padre y subí las escaleras laterales de piedra, dirigiéndome al balcón. Alex no se movió cuando me acerqué. Sabía que estaba allí.

—¿Se ha acabado el whisky ahí abajo? —pregunté, parando a su lado y apoyando los brazos en el muro frío.

—El whisky ahí abajo es bueno —respondió Alex, sin apartar los ojos de la pantalla. —Pero la compañía es demasiado ruidosa para lo que acabo de encontrar.

Miré la tableta. Gráficos de ondas sonoras y líneas de código pasaban rápidamente.

—Pensé que habíamos acordado tomarnos el día libre —comenté, aflojando la pajarita. —El barco se hundió. El legado fue quemado. Se acabó, Alex.

—Eso pensamos. —La voz de mi hermano pequeño salió baja, cargada de una tensión que hizo que se me erizara el vello del brazo. —Pero los cadáveres no acceden a cuentas bancarias, Andreas.

Me quedé rígido. El aire de la noche de repente pareció helado.

—¿De qué estás hablando?.

Alex giró la tableta hacia mí.

—Hace diez minutos. Un intento de acceso al servidor de contingencia que Damon creó en Zúrich. El que solo él tenía la llave biométrica.

—Imposible —gruñí, con la imagen del cuerpo cayendo al agua volviendo a mi mente con violencia. —Le disparé. Vi el cuerpo hundirse. El peso del oro se lo llevó al fondo.

—Viste sangre. Viste que caía. Pero no le tomaste el pulso. —Alex amplió la imagen en la tableta. —El acceso fue denegado porque congelé el servidor. Pero el intento se hizo. La biometría fue compatible.

Sentí la sangre hervir. Damon estaba vivo. Aquella rata desgraciada había sobrevivido a dos tiros, a un naufragio y al abismo.

—¿Dónde? —Mi mano fue instintivamente a la cintura, buscando la Glock que no estaba allí. —¿Dónde está?

—La señal fue rebotada. Pero el origen... —Alex dudó, y vi un brillo peligroso en sus ojos. —El origen apunta a Londres.

—¿Londres? —Apreté el muro de piedra con fuerza suficiente para hacerme daño en los dedos.

—Huyó a territorio neutral. Va a intentar reagruparse.

—Va a intentar vengarse —corrigió Alex. —Ha perdido el oro, el barco y la dignidad. Un hombre como Damon no para hasta que todos estemos muertos.

giré el cuerpo, listo para bajar las escaleras y ordenar que prepararan el jet.

—Voy a reunir al equipo. Si está vivo, voy a terminar el trabajo. Esta vez, voy a arrancarle la cabeza para estar seguro.

—No, Andreas.

La mano de Alex me sujetó el brazo con firmeza. Paré, sorprendido, y le miré.

—Suéltame, Alex. Es mío.

—No más. —Alex me soltó el brazo y señaló con la barbilla al jardín debajo de nosotros.

Seguí su mirada. Allí abajo, Chloe se reía de algo que su padre decía, con la mano protectora sobre el vientre donde mi hijo crecía. Cerca de ella, Athan sujetaba a Eleni por la cintura, meciendo al pequeño Theodoros que dormía en sus brazos.

La imagen era perfecta. Era la paz por la cual habíamos matado y sangrado.

—Míralos —dijo Alex, con voz suave, pero implacable. —Athan acaba de salir del infierno. Vas a ser padre en unos meses y tienes todo que perder ahora. Si vas tras Damon, traes la guerra de vuelta al interior de esta casa, pones una diana en la cabeza de tu esposa y de tu hijo.

—No puedo dejarlo vivo.

—Y no lo dejaremos. —Alex tomó un trago largo del whisky, terminándolo. Puso el vaso en el muro con un chasquido definitivo. —Pero tú ya no eres el Ejecutor solitario, Andreas. Eres un patriarca. Athan es el Don. ¿Yo?.

Sonrió, y fue una sonrisa que me recordó a la hoja de un cuchillo quirúrgico: afilada, fría y precisa.

—Yo soy el único que tiene las manos libres, sin nadie esperando en casa.

Entendí lo que estaba diciendo. Estaba asumiendo la carga y presentándose voluntario para ir a la oscuridad para que nosotros pudiéramos quedarnos en la luz.

—Alex... —empecé, vacilante. —Damon es inestable. Es peligroso.

—Soy el Cerebro, ¿recuerdas? —Guiñó un ojo, guardando la tableta en el bolsillo interior de la chaqueta. —Conozco laberintos y me encanta cazar ratas.

Se ajustó la corbata y se giró para salir del balcón, hacia la salida lateral de la mansión, lejos de la fiesta y de las miradas.

—Dile a Chloe que su regalo llegará con retraso. Tengo un viaje que hacer.

—¡Alex! —llamé.

Se detuvo en la sombra del pasillo y miró hacia atrás.

—No lo subestimes —avisé. —Sobrevivió a mi bala.

La sonrisa de mi hermano pequeño aumentó, volviéndose algo terrible.

—Tuvo suerte contigo, Andreas. ¿Conmigo? Deseará haber muerto en aquel mar.

Lo observé desaparecer en la oscuridad. Sentí un apretón en el pecho, el miedo de hermano mezclado con el orgullo. Alex siempre fue el más subestimado de nosotros, el hombre en la

sombra. Sin embargo, sabía que Damon acababa de cometer el peor error de su vida al atraer su atención.

Respiré hondo, dejando que el aire de la noche limpiara la tensión. Damon estaba vivo. La amenaza todavía existía. Pero no hoy.

Volví al jardín. Chloe me vio bajar las escaleras y su cara se iluminó, disipando las sombras de mi mente. Mi esposa me tendió la mano en cuanto me acerqué.

—¿Todo bien? —preguntó, analizando mi rostro, buscando señales de peligro con aquella intuición afilada que había desarrollado.

Le cogí la mano y le besé la palma, sintiendo la alianza fría contra mis labios.

—Todo bien —mentí, protegiéndola con la única arma que me quedaba: el silencio. —Alex ha ido a resolver un asunto personal. Pero aquí... está todo perfecto.

La atraje hacia mis brazos, mientras la banda empezaba una nueva canción.

La guerra nunca terminaba de verdad para hombres como nosotros. Solo cambiaba de frontera, mientras Alex partía hacia Londres para cazar al fantasma de nuestro pasado. Yo tenía mi propio mundo que proteger aquí... por esta mujer, y por el hijo que cargaba, haría que la paz durase, aunque fuera a fuerza de mentiras, balas y sangre.

Pero hoy... hoy, solo bailaríamos.

Agradecimientos

Me gustaría dejar constancia de lo mucho que mi corazón rebosa gratitud por cada persona que decide acompañarme, sobre todo ahora, cuando abrimos las puertas a una nueva familia mafiosa. Gracias por embarcarse conmigo en este universo lleno de poder, peligro, deseo y lealtad. Compartir cada escena, cada secreto y cada emoción con ustedes es un privilegio que nunca doy por sentado.

Escribir esta historia mientras caminaba por Grecia, sintiendo el mismo viento que toca a los personajes, observando la luz dorada que incide sobre el mármol como si el mundo entero fuera un escenario preparado para ellos, ha hecho que todo sea aún más especial porque los tengo a ustedes conmigo. Gracias por permitirme compartir cada detalle de este viaje helénico, desde los callejones hasta las islas, desde los mitos hasta la realidad, y por hacer de este proceso algo vivo, intenso e inolvidable.

Agradezco con inmenso cariño a cada lector y lectora, en Brasil y en todo el mundo, que abre su corazón a mis historias. Ustedes son mi fuerza diaria, la razón por la que pongo mi alma en cada línea.

Mi gratitud también a todos los que me siguen en las redes sociales. Cada "me gusta", cada comentario y cada mensaje

resuenan aquí dentro con un calor que me acompaña incluso en los días más difíciles.

Y, por supuesto, mi amor desbordante por el grupo más increíble de WhatsApp. Ustedes transforman mi día a día, me inspiran y me recuerdan constantemente por qué escribo. Gracias, mis queridas: Juliana Lélis, Camila Perna, Jessyka, Thaty, Fran Barbosa, Claudia Garcia, Dani Bispo, Ilza Mendes, Eglaia, Mariana Telles, Rosana de Souza, Amélia Luize, Gardênia Feitosa, Ivana Sandes, Elaine Martins, Gaby, Sophia, Ticyanne, Elisandra, Nedja, Elenice Cristina, Mi, Cleusa Santana, Kaliandre, Bruna Correia, Angela, Cris Tiemi, Ilza Mendes, Alexsandra, Pri, Beatriz, Maristela, Lidiane.

Ustedes son mi refugio, mi motivación, mi familia literaria.

Mi cariño infinito a mi amiga y compañera Rosi, presencia constante, fuerza silenciosa y mano derecha en cada batalla. Tu apoyo es parte estructural de todo lo que construyo.

Mi agradecimiento a Jackeline, con su visión aguda y su estrategia impecable, que sostiene mi carrera con profesionalismo y cuidado.

Al Grupo Editorial Portal y a todo el equipo dedicado, gracias por hacer realidad mi sueño día tras día.

A mi amado Gabriel, mi puerto seguro, gracias por anclarme cuando el mundo gira demasiado rápido. Y a mi dulce Aurora, que

con su alegría e imaginación ilumina todo lo que escribo.

Por último, honro con profundo respeto a mis mentores y guardianes espirituales, que guían mis pasos y bendicen cada nueva historia que nace.

Gracias por formar parte de esta familia mafiosa. Gracias por acompañarme por las calles de Grecia. Gracias por existir.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias envolventes y personajes cautivadores. Una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, ahora es oficialmente la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que abarcan el romance, la fantasía y el suspenso, Jéssica se ha destacado por su capacidad para crear historias que cautivan a lectores de diferentes edades, lo que se refleja en su creciente número de fans y en su reconocimiento como una de las "Forbes Under 30". Este hito refleja el impacto de su obra, consolidando su espacio entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer por obras como "Rejeitada no Altar" y "Virgem Prometida", sin embargo, cuenta con casi 300 obras, publicadas en 6 idiomas. Esta posición refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, consolidándola como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida por el público joven y adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ampliado su público global a través de la autoedición y ya figura entre los más vendidos en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca una era para la literatura nacional en el extranjero.

Para más información sobre otros libros de la autora, síguela en las redes sociales.

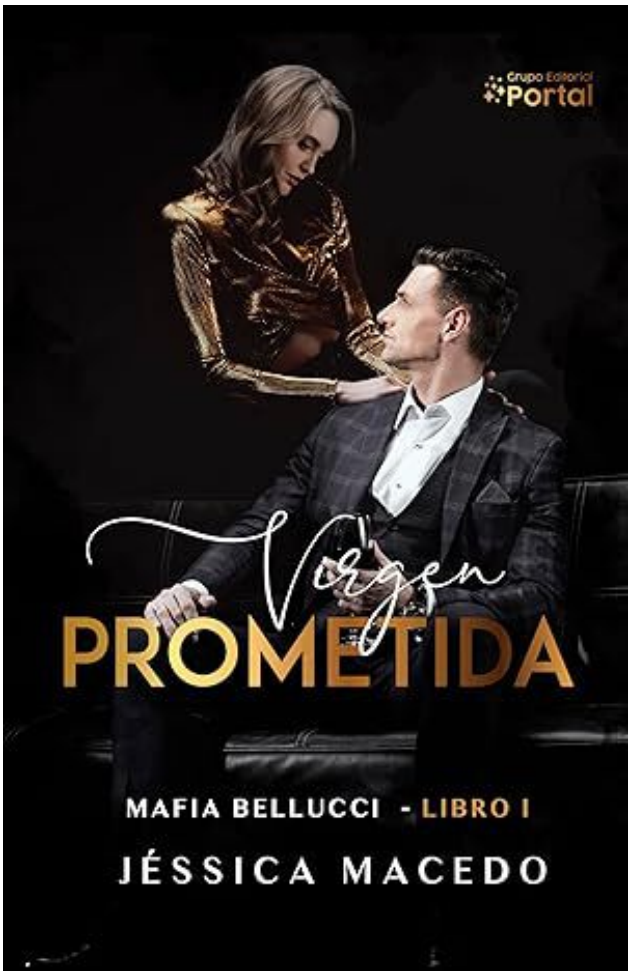
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram -www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY



Lee también:



Enlace=> https://amzn.eu/d/6ETK4Or

Marco Bellucci, el venerado jefe de la mafia italiana, llevaba consigo las estrictas normas de sangre y honor desde sus días de formación. Era un líder que gobernaba con puño de hierro y sabía que no había nada más importante que la familia. Su vida siempre giró en torno a la mafia y sabía que todas las decisiones debían tomarse pensando en su familia, incluido el matrimonio.

En el siglo XXI, los matrimonios seguían siendo contratos, las mujeres no tenían voz ni voto y eran tratadas como moneda de cambio que favorecía a los hombres de la mafia. Laís contaba apenas con once años cuando la envolvieron en un acuerdo destinado a asegurar la protección de su familia en Portugal y favorecer los intereses italianos. Siendo aún una niña, se convirtió en

propiedad del jefe. Llevada a Italia, fue internada en un convento hasta que cumplió veintiún años y pudo casarse con un hombre quince años mayor que ella, el líder de una de las mayores organizaciones criminales del mundo.

La virgen prometida sólo sabía lo que contaban de su futuro marido, la faceta más oscura del cruel criminal. En el camino hacia la boda, tomó la arriesgada decisión de huir, sólo para descubrir que la vida fuera del convento no se parecía en nada a lo que ella imaginaba.

Cuando fue abandonado en el altar por una joven ingenua que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, Marco se enfrentó a dos opciones: continuar con la alianza y buscarla, o desatar una guerra.



Enlace=> https://amzn.eu/d/aTZqXgM

ENEMIES TO LOVERS , DE ENEMIGOS A AMANTES ,

SECUESTRACIÓN, VIRGEN Y MAFIOSO, ROMANTICISMO OSCURO

Pietro Bellucci nació en el corazón de la mafia italiana y fue enviado por el Don al lujo y el caos de Las Vegas tras la destrucción del motoclub que controlaba la ciudad. Decidido a enfrentarse a cualquier amenaza con tal de cumplir su misión de expandir su imperio criminal, Pietro estaba preparado para todo, excepto para la inesperada atracción de una joven indefensa que se cruzó en su camino.

Daniela vio cómo su mundo se ponía patas arriba cuando la separaron de su hermana y acabó en un terrible cautiverio. No esperaba ser rescatada por Pietro y acabar envuelta al peligroso italiano. Atrapada entre el deseo y el miedo, se vio enroscada en un mundo oscuro donde la violencia era la moneda de cambio y la lealtad una cuestión de vida o muerte. A medida que el vínculo entre Pietro y Daniela se intensificaba, tuvieron que navegar por una red de traiciones, enfrentándose a enemigos mortales y secretos devastadores.

Cuando La Santa, una organización enemiga, amenazó con hacerse con el control de Las Vegas, Pietro se vio dividido entre proteger a Daniela y eliminar a sus adversarios. En un mundo donde el poder era la moneda más valiosa, Pietro y Daniela descubrieron que el amor podía ser tanto una debilidad como una fuerza incontrolable.